Hélène Gullberg

LA DISCÍPULA

Seix Barral

Índice

Portada

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

La discípula

Hélène Gullberg

Traducción del sueco por Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Seix Barral

1

JUNIO DE 1993

ROSLAGEN, CARRETERA 76

Sten Hammar detuvo el coche ante el granero, pero decidió no bajarse. Tenía que organizar sus pensamientos ante lo que iba a suceder. Aunque no era fácil. Con los años se había ido volviendo cada vez más distraído y, al calor de principios de verano, el cuello almidonado de la camisa le estaba irritando la piel. En cuanto apagó el motor, el aire del coche se volvió sofocante, y él, que llevaba casi toda la vida usando corbata, sentía ahora que le apretaba. Tenía ganas de deshacer el nudo, pero, por supuesto, no lo tocó.

Lo que sí hizo fue entreabrir un poco la ventanilla a pesar de los insectos que se arremolinaban alrededor del coche, atraídos seguramente por todas las vacas que había en la granja. Al instante entró volando un tábano y se colocó en el centro del emblema de Jaguar que había en el volante. El insecto tenía el tamaño de la uña de un pulgar y seguro que era capaz de arrancarles la carne a pedazos a las reses. Aquellos relucientes ojos facetados se quedaron observándolo. Sten Hammar les sostuvo la mirada. Sintió que el animal lo había hipnotizado y que el tiempo se había detenido. El insecto se frotó las patas delanteras y se inclinó hacia delante como diciéndole: «¿Estás seguro?».

Sacudió la cabeza, volvió al presente y dirigió la vista a la razón por la que se encontraba allí.

El granero.

Por fuera parecía una de las típicas edificaciones agrarias que en su día se construyeron con entusiasmo y fe en el futuro para acabar deteriorándose con el tiempo y cayendo en el olvido, como un pariente que se está haciendo mayor. Rodeado de establo, garaje, casa y un puñado más de casetas, podría haber sido un granero cualquiera.

Cuadrado y anodino. El color ocre rojizo de las paredes estaba desgastado y dejaba a la vista el gris subyacente. La hierba seca y tan alta como un hombre acariciaba los marcos de las ventanas. La humedad atenazaba los bordes inferiores de los tablones de la pared, que se estaban astillando. Una ruina con todas las letras.

Pero para Sten Hammar podría haber sido el Taj Mahal. Un santuario. Teniendo en cuenta lo que había dentro del granero, debería haber estado provisto de almenas y torres en lugar de estar sin tejas y con una lona por encima del caballete del tejado.

En una fachada lateral habían clavado un cartel escrito a mano que decía MERCADILLO. Esbozó una sonrisa. Mercadillo. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en la jugarreta que le había gastado el destino aquel día, hacía casi un año. Justo aquella semana, el mayoral, Gunnar, estaba de vacaciones. De modo que, cuando se le estropeó el coche, se vio obligado a detenerse y a pedir ayuda justo en esa granja. Luego se vio en la necesidad de ir al baño y entró justo en ese granero.

Lo recordaba como si fuera ayer.

Un manojo de cencerros sonó cuando abrió la puerta. Como no había reparado en el cartel de MERCADILLO, al principio se sorprendió al ver tantos objetos: canastas de corteza de abedul, molinillos de café, lino amarilleado por el tiempo, taburetes de ordeño, piezas de vajilla apiladas, pantallas de lámparas plisadas, cochecitos de muñecas, sartenes de cobre, extintores antiguos, vasos de licor verdes, jarapas, cuadros bordados... Todo desordenado y todo basura. Los trastos estaban apretujados en estanterías de madera que formaban pasillos estrechos. El olor a nicotina, a pis de rata, a humedad y a cuero era sofocante. Olvidó por qué había entrado en el granero y empezó a mirar a su alrededor. La iluminación era pobre, y entornó los ojos al recorrer el espacio con la mirada.

—Hola —dijo.

Nada.

Al principio pensó que estaba solo, pero un chirrido le reveló que no era el caso. No había duda de que lo estaban observando, pero ¿de dónde provenía el sonido? Debajo de una mesa abatible había algo que brillaba. Entonces los vio bien: unos ojos vigilantes y curiosos a un tiempo. Los ojos de una niña.

Cuando se dio cuenta de que la habían descubierto, se dejó ver y esbozó una sonrisa:

—Hola.

Salió y se subió a la mesa de un salto con un ruido sordo. Empezó a balancear las piernas enseguida, mientras seguía escudriñándolo con la mirada. Él se puso derecho instintivamente.

«Menudo personaje», fue lo primero que le vino a la cabeza. Tenía la cara ancha, cubierta de pecas, y los pómulos altos. Su sonrisa reveló un hueco considerable entre las dos paletas. ¿Qué edad tendría? ¿Ocho, nueve años?

Tenía la mirada inocente y un tanto retadora, como si fuera a dar un salto para arrebatarle el sombrero cuando mirara hacia otro lado solo por diversión. Al mismo tiempo, había en ella algo oscuro que recordaba a un espíritu del bosque.

Era de cuerpo rechoncho y rollizo, probablemente fruto de la nata de la granja o de un consumo ilimitado de dulces. Nada de disciplina. Tenía el pelo casi negro y le sobresalía como si fuera un estropajo metálico, como si nadie tuviera energía —o valor— para peinarle los enredos, porque el riesgo de que la niña o el bichillo que llevaba dentro te mordiera era demasiado grande. Una brizna de hierba le sobresalía por la nuca, tal vez hubiera estado rodando por el heno, aquello era habitual entre los niños de campo. Si se paraba a pensarlo, la niña era como la cría de un depredador —un encanto, pero una fiera al fin y al cabo—, y con el tiempo llegaría a ser un depredador adulto que habría que manejar con cuidado. Pero en ese momento era un encanto.

—Hola —la saludó él también.

—Soy Majja. Con dos jotas.

—Vale —dijo él—. Yo soy Sten... Con una ene.

Aquella mirada abierta se afiló de inmediato, envejeció varios años y se volvió negra como el lago en medio de un bosque. La broma no había sido de su agrado.

—Necesitaría ir al escusado, y un joven que está fuera me ha dicho que...

—¿Eso qué es?

¿Le pasaba algo raro? Tal vez en las granjas se siguiera dando la endogamia.

—El baño. Necesito ir al baño.

—¡Ah! —La niña se echó a reír como si acabara de tirarse un pedo. Después dijo algo para sí—: Escusado, escusado. Acuérdate.

Él se aclaró un poco la garganta para recordarle por qué se encontraba allí.

A la niña se le iluminó el rostro.

—¿Sabes para qué se usa esto? —preguntó apuntando a un objeto que había en la mesa a su lado—. Papá no lo sabe y yo necesito saberlo. Era de mi madre, pero no sé qué es lo que hacía con él. ¿Tú lo sabes? Mi hermano dice que es una herramienta de tortura para niños traviesos que dan la lata, pero yo creo que se usa para hacer cosas al horno.

—Lo usaban para rizar las cintas de las almohadas. Antiguamente.

La niña se quedó callada y parecía pensativa, como si tuviera que procesar la información.

Él se dirigió hacia un armario de ropa, encontró una funda de almohada y se la mostró.

—Mira, a veces fruncían las cintas que les ponían a las fundas de almohada.

—¿Y por qué?

—Porque quedaba bonito.

—Vale... —dijo, y volvió a sonreír—. Rizar... Rizar... Igual mi madre también pensaba que quedaba bonito, aunque en realidad no hay forma de saberlo.

—Ya.

—¿Es antiguo?

—Del siglo XIX, creo.

—Ah. ¡Sabes un montón de cosas! ¿Por qué? Bueno, perdona —dijo rápidamente bajando la mirada—. Papá dice que pregunto demasiado, que le da dolor de cabeza de lo pesada que soy. ¿A ti te da dolor de cabeza?

—No... Preguntar está bien, de lo contrario, no aprendemos nada. Pero te agradecería que me dijeras dónde está el...

—Vale, ¿esta silla también es del siglo XIX? —Señaló el mueble que tenía a su lado. El asiento era de caña, con grandes agujeros, probablemente obra de algún roedor—. ¿Cuántos años tiene?

—Alrededor de cien.

—Papá piensa que es bonita, pero yo creo que esta es mucho más bonita —dijo, se bajó de la mesa de un salto y salió brincando por el pasillo—. ¡Ven!

Sten la siguió al trote con la esperanza de que también fuera el camino al baño.

Cuando la niña llegó a la esquina más alejada del granero, alargó la mano como un director de circo.

—¡Tachááán!

Sten se quedó mirando fijamente. Sintió que la habitación se tambaleaba y, por instinto, se agarró a la estantería abarrotada que tenía más cerca. Al ver la silla que tenía ante sí, se le encogió el estómago. Notó algo en la cara. ¿Eran lágrimas? Permaneció quieto y parpadeando unos segundos hasta que los pies se atrevieron a moverse hacia el objeto.

Pero solo los pies. Nada de tocar. Aún no.

El aleteo de la historia le resonó en los oídos y vio que todo se desarrollaba como en una película, una fastuosa película de época que comienza con planos generales de San Petersburgo y continúa adentrándose en salones palaciegos con caballeros rusos de uniforme y damas con atuendos imperiales. ¿Qué habría presenciado aquella silla? ¿Quién la habría fabricado? Con una talla tan exquisita, con aquel dorado intacto. No había visto nunca ese tipo de delfines en el respaldo. ¿Sería original el tapizado? La seda burdeos con abejas de oro se veía algo deteriorada...

—¡Majja! ¡Sal a echarle una mano a Peter con el coche! Coge un gato y una llave de cruceta.

—Pero quiero preguntarle al hombre si...

—¡Nada de peros! ¡Vete ya!

Sten se despertó como si hubiera estado sumido en un trance. Se quedó mirando atontado a la niña, que salía del granero cabizbaja.

El ganadero, que supuso que sería el hombre de la casa, era ancho de hombros y tenía el cabello tan negro como la niña. Cuando se le acercó, Sten percibió cierto aroma a alcohol, puede que de fabricación casera.

—Perdone a la niña, a veces puede llegar a ser un poco preguntona. —Dio una palmadita—. Me ha dicho mi hijo que el coche le ha dado problemas. No pasa nada, él y su hermana lo van a mirar ahora. Si quiere, puede esperar aquí.

—Muy amable, pero puedo llamar a un taxi.

—A ellos no les molesta entretenerse arreglando un coche así, no es algo que pase todos los días.

Sten se dio cuenta de que había dejado de mirar al hombre que le hablaba, de nuevo se había quedado absorto pensando en la silla. Volvió en sí y no quiso revelar su entusiasmo.

—Muy bonita la silla.

El hombre asintió como si quisiera decir: «Bueno, si tú lo dices». Sten se preguntó si era una estrategia, pero estaba bastante seguro de que el ganadero no era en absoluto consciente de lo que tenía en su haber.

—Hay más —dijo el hombre.

Sten Hammar tragó saliva.

—¿Más?

El hombre se lamió el *snus* de los dientes y se encogió de hombros.

—Ocupan tantísimo espacio que las tengo apiladas allí detrás.

A Sten le dio un vuelco el corazón y sintió que palidecía. ¿Más? ¿Apiladas? Las ideas se le arremolinaban en la cabeza mientras seguía al hombre hacia una cortina.

Cuando apartó la tela, se abrió la puerta al paraíso.

Naturalmente, compró todas las sillas allí mismo, y por supuesto que preguntó de dónde procedían. A juzgar por la mirada del hombre, las preguntas de ese tipo no eran bien recibidas. No se puso agresivo exactamente, cosa que Sten se había temido al principio, teniendo en cuenta su olor corporal, los puños y las mejillas encendidas, sino más bien brusco y cortante. Sin pasarse. ¿Hay trato o no hay trato? Cuando más se sorprendió Sten fue al preguntar el precio. Al principio el hombre parecía no saberlo. Se rascó la barba incipiente y miró hacia arriba como si pudiera leer la respuesta en las estrellas.

«Dios mío, este hombre no sabe que tiene aquí una mina de oro», pensó.

Hasta que no volvió a estar de camino a casa, después de que los hijos, sobre todo la niña, lo hubieran sorprendido con sus conocimientos de mecánica, no se acordó de la vejiga. Aquel hallazgo increíble había inhibido por completo sus necesidades. Aliviarse en un árbol era algo a lo que no se rebajaba desde su juventud, pero aquella compra tan exitosa, en combinación con el hecho de poder aligerar por fin la presión en aquel bosque tranquilo, fue una experiencia fuera de lo normal. Casi una bendición.

La visita al granero empezó a repetirse cada vez más, el resultado no siempre era satisfactorio, pero sí la mayoría de las veces. Con el tiempo, Sten Hammar descubrió un patrón. Los objetos corrientes eran por lo general suecos y de procedencia conocida. Los objetos más selectos eran sobre todo bálticos y no se toleraban preguntas al respecto. Cuando se trataba de ellos, el hombre se andaba con cien ojos. Estaba claro que sabía de su pasado sospechoso, pero, al mismo tiempo, desconocía por completo su valor, cosa de la que Sten procuraba aprovecharse.

El hombre era por lo general parco en palabras, pero en ocasiones el alcohol lo volvía más hablador. Entonces salía a la luz que, en realidad, él no pensaba ser ganadero, había sido cosa de su esposa ya difunta. Qué va, él había estado trabajando en petroleros. Sten decidió no mencionar que poseía una compañía naviera, no quería poner el foco en la falta de igualdad entre los dos. Pero el pasado del hombre dentro de la navegación, el origen de los objetos y el hecho de que se encontraran cerca de la costa, a apenas un breve trayecto del Báltico, le permitió sumar dos y dos. Y las conclusiones que había sacado eran el motivo de que ahora se encontrara allí en su coche con las palmas sudorosas.

Eran suposiciones peligrosas sobre delitos, contrabando y bienes robados, y la propuesta que había ido a presentar podía ser recibida de una forma inesperada. Es cierto que el hombre era alcohólico, estaba claro, y que la granja se encontraba en mal estado, así que, con suerte, se mostraría dispuesto a cooperar. Y además necesitaba dinero. Pero ¿sería de fiar? ¿O sería peligroso?

Sten Hammar se sentía eufórico en el coche, a pesar de los riesgos. O tal vez se debiera precisamente a eso. Desde que se había jubilado, los días se fueron volviendo cada vez más uniformes. Previsibles. No es que no tuviera nada que hacer —las tareas del consejo de administración, las subastas y las reuniones del club llenaban el calendario—, pero ya nada le resultaba interesante. La fuerza que lo había impulsado a lo largo de su vida adulta había sido aprender arte, coleccionar arte y poseer arte. Más arte. O, en realidad, ¡el mejor! Pero con la edad la pregunta había ido acuciándolo cada vez más: «¿Y después, qué?». No tenía hijos a los que legar su conocimiento y su colección. Y a los amigos, buf, hacía ya mucho tiempo que los había impresionado. La mayoría eran lo bastante

tontos como para no saber distinguir entre un objeto de plata y otro con un simple baño. Todo era lo mismo a sus ojos, siempre y cuando brillara.

Su vida había consistido sobre todo en acudir a exposiciones de subastas, comprar y después impresionar a su entorno. Mirar, comprar, impresionar, mirar, comprar, impresionar; año tras año. No conllevaba reto ninguno. Nada emocionante. Pero allí, en el granero junto a la carretera, había podido experimentar el mismo cosquilleo que cuando era joven.

Sin embargo, solo era cuestión de tiempo que más gente descubriera aquel paraíso. Ya durante el rato que llevaba allí parado habían pasado unos cuantos coches que no presagiaban nada bueno. El granero se encontraba en la carretera 76, entre Forsmark y Lövstabruk, un lugar estratégicamente acertado para un mercadillo. Entre los turistas que iban a ver las fundiciones valonas y a hacer senderismo; y pronto los veraneantes que también empezarían a recorrer las carreteras. Mientras solo fueran familias en busca de un helado no habría problemas, pero...

Como para confirmar sus temores, un coche se detuvo en el camino a la altura del granero. Por suerte, parecía que estaba atestado de maletas y de gente. Una mujer se bajó, abrió una de las puertas traseras y se asomó al interior. Sten contuvo la respiración. Al cabo de una eternidad, la mujer salió, cerró la puerta y volvió a montarse en el asiento del copiloto. El coche continuó su camino.

La amenaza en potencia había desaparecido, pero aun así hizo que Sten actuara. Había llegado el momento.

Tal y como le había enseñado el fisioterapeuta, giró el cuerpo y sacó las piernas del coche, se aseguró de que las rodillas estuvieran en la posición correcta y llevó la mano a la agarradera del techo. Se meció un poco y se levantó a la de tres.

—Mira tú... —murmuró, y se quedó quieto un momento para que las articulaciones volvieran a encajar en su sitio.

Le habían preguntado unas cuantas veces si no debería comprar un coche más alto, como habían hecho sus patéticos compañeros del grupo de caza, que estaban obsesionados con la edad y se dedicaban a comparar jeeps y utilitarios deportivos. Pero él siempre decía que uno es lo que conduce. Y él era su Jaguar. Pensaba conservarlo hasta que tuvieran que usar una grúa para bajarlo del coche. O hasta que

Gunnar se rebelara; después de todo, era él el que se encargaba del vehículo.

Sten empezó a caminar despacio por el terreno, se estiró y llenó los pulmones de aire. Intentó armarse de valor. En el arcén había un 240 oxidado y los restos de un rodillo de planchar antiguo, los dos recubiertos de hierba seca del año anterior. Los pesados tractores habían dejado huellas profundas en el lodo, ahora seco, así que tenía que avanzar con cuidado. Cuando casi había llegado, oyó unas voces jóvenes acompañadas de algún que otro portazo. Se detuvo.

—¡Tú te vienes!

—¡No, no pienso ir! Estoy ayudando a papá a...

—¿A qué? ¿A sujetarle la botella? O lo que quiera que esté haciendo ahí dentro. Lo tienes harto de tanto andar todo el día dándole la tabarra, ¿es que no te enteras? Ven a quitar el estiércol o te doy un guantazo.

—Como si yo no te lo fuera a devolver, so imbécil.

La voz del joven se volvió más sombría:

—Si no vienes, no te dejo que nos acompañes al lago esta noche a Tobbe y a mí.

Un grito agudo siguió a un breve silencio.

—¡Qué injusto eres...! Pues me iré a quitar estiércol. Pero entonces me tienes que dejar que conduzca yo. Prométemelo, si no...

Los gritos y la discusión se fueron apagando conforme los hermanos se marchaban del granero. Sten se atrevió a seguir caminando. Al llegar, carraspeó un poco para darse ánimos antes de abrir la puerta.

Los cencerros emitieron un tintineo y comprobó con alivio que el hombre estaba solo detrás del mostrador improvisado, que consistía en una mesa y unas cajas. Al verlo, se apresuró a meter algo debajo de la mesa y saludó.

Sten se acercó y le dio la mano.

—Creo que nunca he llegado a presentarme. Sten Hammar.

El hombre reaccionó como con sorpresa antes de estrecharle la mano.

—¿Hammar? ¿De Hammarnäs? Ajá —dijo asintiendo—. Eso sí que es un cliente elegante. Ahora entiendo que tenga usted sitio de sobra para todo esto.

Sten pensó que era mejor ir directo al grano.

—Bueno... —dijo—. No exactamente «esto». Solo... lo último.

Se quedó mirando al hombre para ver si había entendido el mensaje.

—¿Lo último?

—Eso es. Seguro que se ha dado cuenta de que solo compro un tipo concreto de artículos. Estos no —dijo haciendo un gesto con la mano hacia el local—. Y seguro que también se ha dado cuenta de que pago bien, en el momento y sin regatear. Sin rodeos.

—Sí, claro, y lo agradezco.

Sten hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Había pensado proponerle que llegáramos a..., cómo decirlo, un acuerdo, y que me enseñaran los objetos que tienen a mí y solo a mí. Si nadie más puede ver «lo último» antes de que yo le haya echado un vistazo, le prometo que seré más que generoso.

Estaba claro que el hombre había entendido lo que quería decir, pero aun así se retorció un tanto dudoso.

—No sé, es que...

—Además —dijo Sten Hammar mientras le sostenía la mirada—, no preguntaré nunca por la procedencia de la mercancía.

Con eso, el rostro del hombre se ensombreció. Su expresión pasó de la sorpresa a la rabia. Y después al cansancio. Un cansancio de lo más evidente. Dirigió la vista hacia la entrada y sacudió la cabeza. Como si suspirara por los hijos, que acababan de pelearse fuera. Se mordió el interior de la mejilla y después se volvió hacia su cliente, de pronto con la mirada fija y decidida.

—Venga. Lo hacemos así. Pero con una condición...

Parecía que estuviera dudando, y Sten no pensaba preguntarle. El hombre tomó aire y se sentó, volvió en sí y echó el aire otra vez. Seguía dudando. Sten permaneció a la espera. Al final, el hombre lo soltó, rápido, de golpe:

—Que le enseñe a mi hija.

Qué inesperado. Qué imprevisto. ¿Enseñarle a la niña? Lo había oído bien, desde luego, porque el hombre había hablado más alto y más claro que de costumbre, como si lo tuviera decidido; esa era la condición, de lo contrario, no habría trato.

Sten Hammar soltó una carcajada, pero se recompuso rápido.

—¿Enseñarle qué?

—¡Esto! —dijo el hombre haciendo aspavientos—. Ya he visto

que sabe usted de arte y todo eso y, ahora que me he enterado de que vive en Hammarnäs, creo que un sitio así para aprender...

Se calló de repente y empezaron a brillarle los ojos. «Dios mío —pensó Sten—, espero que no se ponga a llorar, al fin y al cabo, a veces pasa cuando uno está borracho.» Pero el hombre soltó un profundo suspiro, cruzó las manos sobre las rodillas y empezó a contarle. Fue como si abrieran una presa, las palabras le salían a borbotones, y Sten no pudo hacer más que quedarse a su lado y observar.

—No sé qué hacer con ella. No para de preguntar. Bueno, seguro que usted se ha dado cuenta. ¡Y ella ya sabe mucho más que yo sobre todo lo que tenemos aquí! Me da la impresión de que es capaz de enterarse y aprender cualquier cosa, donde más se nota es en el colegio, pero yo no llego. Y no tiene compañeros con los que compartirlo y...

—¿Compartir el qué? —lo interrumpió Sten, que no sabía cómo manejar el estallido emocional que estaba teniendo lugar delante de sus narices.

—¡Pues esto! —dijo el hombre señalando a su alrededor con la mano—. ¡Este tipo de cosas! Historia. Arte. Cultura, o como quiera que se diga. En el campo la gente no tiene amigos si no practica algún deporte, va a la iglesia, está en un grupo de baile o se dedica a la caza. Con esto nadie puede hacer amigos. Creen que es rara. Y en realidad a ella parece que le da igual. Es como si todas las cosas que tenemos aquí fueran sus amigos. Al principio sobre todo quería pasar tiempo entre los trastos porque fueron de su madre, y no paraba de hacer preguntas sobre ella. Pero con el tiempo su obsesión se ha ido centrando en todos los objetos antiguos. Y en todo lo que se puede aprender.

—Pero usted, como dueño que es de esto...

—¡Yo sé de barcos! Nada más. Que sí, que igual he conseguido enseñarles a mis hijos a arreglar motores. Pero la granja, los trastos y los dichosos animales son una herencia de mi mujer, ¡no mía! —gritó como si lo estuvieran acusando de algo.

—¿Y por qué conserva todos estos objetos?

—La mayoría estaban aquí, en la granja, eran de mi mujer. Otros... los han traído, amigos, antiguos compañeros, y me di cuenta de que daban algo de dinero. Poco, no mucho, pero sobre todo, tranquilidad. Está bien poder sentarse aquí a solas. Pero la niña, no...

Ahora sí que era obvio que se le habían empañado los ojos y Sten empezó a sentirse bastante incómodo, pero aun así continuó escuchando.

—No quiero que acabe como yo. Como nosotros. No sé muchas cosas, nunca me ha resultado fácil aprender, pero que Majja no es como los demás, eso sí que lo sé. Es como que nunca está satisfecha. Todo lo que ve, oye y lee se le queda, pero siempre quiere más. ¡Si no lo consiguiera, yo creo que se volvería loca! O al menos sería muy desgraciada. Y ya hemos tenido desgracias de sobra aquí, en la granja. Majja no se acuerda de su madre, pero yo sí, desde luego. —Le temblaron los labios y se quedó callado un instante para recuperar el control—. Lo que quiero decir es que mi mujer no estaría muy contenta si nos viera desde arriba. Pero yo no puedo más, no llego a más, teniendo que cuidar de una granja entera. Peter es más o menos autosuficiente, parece hecho para ocuparse de todo. En eso es como su madre. Pero Majja...

Mientras el hombre hablaba, Sten Hammar se había perdido en sus propios pensamientos. No era tanto que no sintiera compasión por el hombre, con su condición de viudo y todo lo demás, pero durante sus visitas se había dado cuenta de que no se mataba a trabajar en la granja precisamente. También sentía compasión por los hijos, tal vez el padre les pegara cuando se calentaba en las noches de borrachera, al fin y al cabo, esas cosas pasaban. Aunque puede que la niña fuera capaz de devolver el golpe, por lo que había visto. Pero hubo otra cosa que lo conmovió en lo más hondo cuando la idea de aceptar a una alumna cobró forma. Una discípula. Alguien a quien formar. A quien impresionar. De verdad. Todos los objetos y todo el conocimiento que había reunido tal vez encontraran su propósito. Un propósito modesto, en cualquier caso. Y luego estaba la niña en sí, claro, Majja. Con dos jotas. Una niña diferente, sin duda. La cuestión era si se dejaría domar o si su naturaleza depredadora sería demasiado fuerte. La idea resultaba aterradora y estimulante a un tiempo. Una discípula que era un personaje.

El acuerdo se selló con un apretón de manos, sacaron unos vasitos sucios y sirvieron una bebida sin identificar. Sten Hammar seguía sin estar completamente seguro de dónde acababa de meterse; se sentía confuso, como mínimo.

Pero cuando el nauseabundo líquido le bajó por la garganta,

sintió algo que le recordó a aquel momento en el bosque, cuando se paró a vaciar la vejiga junto al árbol entre el susurro de las hojas, el murmullo del arroyo y el canto de los pájaros.

2

«Esto no es el servicio secreto.»

Karin Klinga iba por la calle Torsgatan con la frase resonándole en los oídos. Las seis palabras llevaban repitiéndose *da capo* en su interior desde la reunión de evaluación que habían celebrado por la mañana. «Esto no es el servicio secreto.»

Tenía en el campo visual los edificios de Norra Tornen y notaba su poder de atracción, como la torre de una iglesia para un creyente necesitado. Ir a casa. Eso era lo único que quería. Estar allí arriba, con la ciudad entera a sus pies, y poder relajarse. Pero el calor intenso de julio la obligaba a aminorar el ritmo. El uniforme oscuro no había sido una buena elección para ese día, y procuró ir por la sombra.

Al llegar a la zona de Röda Bergen pasó por delante de un parque canino lleno de perros que peleaban. Le entraron ganas de ponerse a pelear ella también. De defenderse de algo. No se le daba bien encajar las críticas, era completamente consciente de ello, pero nunca había necesitado que se le diera bien. Eran contadas las ocasiones en las que un superior había tenido que hacerle alguna observación. Las ocasiones como esa.

En realidad, no habría que entender aquellas palabras necesariamente como algo negativo. Pero dado que eran palabras que había dicho Kulan, sabía que debía tomárselas como una crítica. Y sabía que Kulan tenía razón. Resultaba absurdo que ese hombre siguiera siendo capaz de hacer que ella, una policía experimentada de cincuenta y dos años, se sintiera como una aspirante sedienta de reconocimiento. Formalmente, el comisario de la Policía Judicial era su jefe, pero conforme ella fue subiendo de grado hasta llegar a inspectora y adquiriendo más experiencia, acabaron convirtiéndose prácticamente en iguales. Si él estaba de permiso, ella lo sustituía; si él necesitaba hablar con alguien, era a ella a quien acudía. Y, a pesar de sus diferencias, no había nadie con quien trabajara mejor que con él. Y tampoco había ningún colega al que respetara más.

Había empezado disculpándose por haber retrasado la conversación hasta los días previos a las vacaciones y, como de costumbre, torció un poco el gesto por tener que estar allí otra vez con tanto formalismo. Después se puso las gafas de cerca y empezó a hojear los papeles. Bengt Kuhla era el prototipo de comisario: trabajador, divorciado, inteligente y con malos hábitos en lo relativo a la alimentación y al sueño. Duro por fuera, pero amable por dentro. El mote de Kulan no solo se lo habían puesto por el apellido, también reflejaba su habilidad con las armas de fuego. Con las manos cruzadas sobre la generosa barriga empezó la conversación abordando las cosas buenas, las cosas positivas: su capacidad de organización, meticulosidad, disciplina, atención y vista para los detalles. Que estaba hecha para ese trabajo. Halagador, desde luego, aunque era lo que Karin Klinga se había acostumbrado a oír.

Pero luego se quitó las gafas y las dejó en el escritorio, se recostó en la silla, cerró los ojos y respiró hondo.

—Joder, Karin —dijo con un suspiro—. Nos estamos haciendo mayores. Igual tú no estás tan cerca de la jubilación como yo, pero van pasando los años y, cuando menos te lo esperas, se terminó estar entre canallas y bandidos. —Se inclinó hacia delante y habló como saboreando las palabras—: Si vas a poner a prueba tus límites, si quieres apuntar alto, ahora es el momento.

—¿Apuntar alto?

—¡Claro! Lo que quiero decir es que en este formulario de marras no soy yo el que tiene que rellenar la casilla de «Capacidad de desarrollo», sino tú. —Agitó los papeles que sujetaba en la mano—. Debes explorar de qué eres capaz. Y eso solo lo puedes hacer espabilando, dejándote llevar... ¡Tómate algo y sal a bailar, por Dios!

—Vale...

—O sea, me refiero a que tienes que probar nuevas vías. Y no ser siempre tan cumplidora. Esto no es el servicio secreto, ¿sabes?

Seguramente se había puesto pálida, porque de pronto él suavizó un poco el tono.

—Entiéndeme, Karin. Llevamos suficiente tiempo juntos en este sitio como para que sepas que te digo todo esto con la mejor intención. Eres la colega más competente que tengo, no hay duda, pero saldrías ganando si te relajaras, si bajaras la guardia y te abrieras; también entre los colegas.

Aquello no era ninguna novedad, cabía la posibilidad de que ella fuera un tanto inflexible y correcta, sobre todo en comparación con sus colegas varones, pero, al fin y al cabo, era una fachada necesaria, precisamente porque era una mujer. Aun así, el comentario le dolió. Tal vez las normas hubieran cambiado sin que ella lo hubiera advertido. Lo que estaba vigente cuando era joven e inexperta —ocultar sus rasgos más dulces, cordiales y femeninos para tener alguna posibilidad de que la tomaran en serio— no tenía por qué seguir vigente hoy. Sin duda, tanto ella como la sociedad habían cambiado. Quizá ahora podría permitirse, ¿qué era lo que le había dicho?, «bajar la guardia».

Él sabía cómo funcionaba. En cuanto alguien pronunciaba la crítica, Karin la asumía y enseguida se impacientaba por ponerle remedio. De ahí que la siguiente jugada de Bengt Kuhla surtiera el efecto que él esperaba. Al parecer, la capacidad de enredar a la víctima de un interrogatorio para que se fuera de la lengua, confesara y terminara por colaborar también podía usarse en una reunión de evaluación. Primero hizo estallar la bomba para que el objetivo se volviera dócil, después presentó la propuesta. Y en lugar de marcharse y pasar un par de días dándole vueltas a la propuesta, como siempre hacía, Karin se oyó a sí misma aceptando la oferta de inmediato. En cuestión de minutos dejaron listo y enviado el papeleo. Luego pensó con desconcierto que así debían de sentirse quienes se hallaban al otro lado de la mesa de interrogatorios.

Un programa de intercambio. Al municipio de Östhammar. Había visto los carteles en el tablón de anuncios y en los ascensores, claro. Y había oído hablar de las experiencias positivas que habían tenido sus colegas en programas parecidos, pero nunca se lo había planteado como una posibilidad. Ella se sentía policía de la capital hasta la médula.

Sin embargo, durante el camino de vuelta a casa desde la calle Kungsholmsgatan, Karin Klinga se dio cuenta de que aquella decisión rápida no solo había dependido de la manera en la que su jefe se la había planteado. Más bien iba en la línea de todas las demás decisiones vitales que había tomado a lo largo del año transcurrido desde el divorcio. La sensación de empezar otro capítulo, de que había pasado página, seguía muy presente. Ahora era la protagonista, había llegado su momento. Nora y Filip ya no preguntaban por ella. Estaban

ocupados con su vida de estudiantes y satisfechos porque por fin podían pastar libremente. Ella tenía claro que los hijos la llamarían en cuanto la necesitaran, y entonces volvería a ejercer de madre, pero, mientras tanto, pensaba volcar toda su energía en sí misma. Y en nadie más.

Si se paraba a pensarlo, la mayor parte de las cosas que hacía en la actualidad estaban muy marcadas por lo que le importaba a ella. El nuevo piso, en el recién construido edificio, lo bastante cerca de la comisaría como para poder priorizar por fin el trabajo que tanto le gustaba y también lo bastante lejos como para dar un paseo mientras reflexionaba antes y después de la jornada. Perfecto. Se acabó tanto viaje de ida y vuelta desde los suburbios. La cercanía al sendero para correr del Hagaparken y a todos los sitios de comida para llevar de Vasastan encajaba con aquello que le interesaba: la salud, el ejercicio, el *mindfulness* y la comida saludable.

A pesar de que la contaminación del tráfico estaba más presente en la ciudad, su nueva vida parecía del todo beneficiosa. Sin contar la rodilla que tenía dolorida y los sofocos de la menopausia, era como si hubiera rejuvenecido. Karin Klinga daba gracias por haberse decidido a dar el paso por fin. ¿Qué habría sido de ella si hubiera seguido en Täby, en la casa de ladrillos de arena con aquellas paredes empapeladas de decepciones, malestar y prioridades equivocadas? Se estremeció a pesar del calor. Magnus aún no se había ido de la casa, seguía allí, como si estuviera esperando que un día, al despertar, ella volviera a encontrarse a su lado. Sintió una punzada de tristeza y compasión al pensar en él. Pese a que ya no lo quería y estaba harta de verlo, deseaba que no tardara en recobrar los ánimos.

Un corredor vestido con colores neón cruzó la calle y Karin se sintió lenta. Estaba deseando ponerse las zapatillas de correr y salir al Hagaparken, al fin y al cabo, era lo que hacía cuando tenía que analizar algo, y aún no había terminado de procesar la apresurada decisión sobre Östhammar. Antes, salir a correr era una forma de huir de la familia, de tener tiempo para sí misma y la posibilidad de encajar una llamada de trabajo mientras estiraba, pero los sentimientos de culpa por escoger las zapatillas antes que a la familia, por elegir el trabajo antes que a la familia, aunque no fuera urgente y sí muy satisfactorio, aparecían de vez en cuando: culpa, culpa, culpa. Era incapaz de entender cómo lo había aguantado tanto tiempo.

Ese dolor tan familiar que le atravesaba la rodilla vino a interrumpir sus pensamientos. No era intenso, pero aun así soltó un taco. Vale, quizá fuera mejor esperar un poco más para salir a correr. Que un traspié de lo más ridículo con un tocón pudiera hacerle tanto daño... Bienvenida a la vida después de los cincuenta. Esa noche no podía olvidarse de hacer los ejercicios para la rodilla que le había mandado el fisioterapeuta. Tal vez con un poco de yoga o meditación.

Alguien retiró con estruendo una silla de metal y la obligó a apartarse. Estaban empezando a llenarse las terrazas. Las dos últimas semanas habían batido todos los récords de temperaturas y no era posible salir de casa hasta bien avanzada la tarde. Quizá le diera tiempo a quedar con una amiga y tomarse un vino al sol. ¡Ah, no...! La mayoría estaban de vacaciones y se habían ido de viaje, así que compró doce porciones de sushi y edamame. Se lo merecía, después de todos aquellos años esclavizada en la cocina. Además, lo único que quería era irse a su casa. A su torre.

Cuando Karin Klinga entró por la puerta, se percató de que aún olía a nuevo. En la alfombra de entrada, bajo el buzón, habían dejado otro folleto con protestas por la edificación de las torres. ¿Cuánto tiempo pensaban seguir así?, se preguntó mientras lo arrugaba. La construcción del proyecto Norra Tornen había sido cuando menos turbulenta, con problemas de dinero, retrasos y cambios de propietario. El proyecto dejó de llamarse Torres de Thor y recibió amplias críticas por fugas de agua y la falta de montacargas, pero, sobre todo, por el aspecto que tenían. Como siempre, se cumplía la regla de que, cuanto más feo pensaba la gente que era un edificio, más premios de arquitectura recibía. Y, como siempre, Karin no entendía nada. Es posible que las torres fueran «todo cemento» y «cuadriculadas», pero a ella le daba igual. El piso era nuevo y era suyo.

La compra había sorprendido a todo su entorno. Aunque no se tratara del ático de doscientos metros cuadrados de un rascacielos que costara cincuenta y cinco millones, consideraron extravagante su elección. Después de todo, se trataba de un piso en uno de los edificios más altos de Estocolmo, que contaba incluso con sala de cine, spa y locales de reunión. Y claro que lo había notado en el bolsillo, pero sin casa de vacaciones ni pasatiempos caros, podía invertirlo todo en su nueva vivienda. Además, no es que fuera muy grande. El piso de

sesenta y cinco metros cuadrados con dos habitaciones en la decimosegunda planta de las treinta y seis que había en la torre este era uno de los más pequeños del edificio.

Que Nora y Filip no estuvieran incluidos también sorprendió a todo el mundo, salvo a ellos mismos. Cuando les enseñó el sofá cama que había comprado pensando en ellos, se encogieron de hombros y dijeron «guay». Y así quedó zanjada la cuestión. Quizá porque, para dos estudiantes sin dinero, el acceso a una sala de cine, a un spa y a locales de reunión resultara más atractivo que un dormitorio en casa de mamá. Y las vistas, claro. «Joder, mamá, qué surrealista» era el comentario que repetían siempre cuando iban a verla y se acercaban a la ventana. La ciudad entera se extendía ante ellos, nada recomendado para gente con vértigo. El rascacielos del *Dagens Nyheter*, el estadio Globen, el Ayuntamiento y la Torre Kaknäs sobresalían como setas en la vista de la ciudad y formaban un horizonte impresionante. Por debajo se extendía la amplia zona del Instituto Karolinska con el famoso edificio de Medicina Forense, entre otros.

No se notaba que el piso tuviera solo un tercio de la superficie de la casa donde vivía antes. Sobre todo, después de esa limpieza a fondo en la que se había deshecho sin piedad de todo aquello de lo que se podía prescindir, como si se preparara para la muerte.

Aquel había sido el piso piloto, y el agente inmobiliario la miró sorprendido cuando Karin le preguntó cuánto costaría incluir en la compra el mobiliario. Una cama, un sofá, una mesa y cuatro sillas. También dejaron en su sitio dos cuadros grandes con motivos japoneses neutros. Casi no había más mobiliario, además de las cosas que de verdad tenían importancia para ella: fotos de los hijos, un cuenco que había hecho Nora en preescolar y la manta favorita de la abuela. Nada de libros. Nada de flores. Nada de tonterías. El dinero se lo había gastado en las carísimas sábanas de algodón egipcio, las velas de lujo y una bata de seda maravillosa. Y en ropa interior de alta calidad. Para su propio bienestar y no para los ojos de nadie. Al menos, de momento.

¿O sería para siempre? ¿Llegaría algún hombre a ver esa ropa interior, a verla desnuda? ¿Llegaría ella a desear que le procurara satisfacción una voz que no fuera la de Frank Sinatra? Y, sobre todo, ¿era lo bastante atractiva? ¿Se sentía atractiva? Cincuenta y dos años. No era una cría, pero tampoco una abuela. ¿O sí? ¿La menopausia

equivalía a ser una abuela? Qué más daba, concluyó. Ahí, en la torre, daba igual, ahí no tenía edad.

Como siempre, Karin se quedó un momento en el vestíbulo, impregnándose del ambiente, de la tranquilidad y del aroma de lo intacto. Pureza absoluta. Cualquier suciedad que surgiera allí era suya solamente. No se podía imaginar nada peor que vivir en una casa como la de *Fanny y Alexander*, llena de trastos viejos que nunca se limpiaban, que habían manoseado generaciones de gente guarra.

Además de un toque de claustrofobia, su mayor debilidad era el asco tan intenso que le daban la mierda y la suciedad de la gente. En el trabajo se encontraba con fluidos corporales, borrachos y cadáveres viejos, así que no había tenido más remedio que aprender a controlar el profundo asco que sentía, y había conseguido ocultarlo bien. Ninguno de sus colegas lo sabía, ni siquiera Kulan. Pero la necesidad de llegar a una casa con un entorno casi estéril después de la jornada laboral estaba muy presente. De modo que hizo igual que todos los días, mudó de piel y se convirtió en algo distinto de la pulcra inspectora de la Policía Judicial.

Se quitó el uniforme, se retiró la goma del pelo y la melena rubia le cayó sobre los hombros. El cuero cabelludo le picaba un poco. Se puso la bata de seda, disfrutó de su tacto suave y, con paso respetuoso, se dirigió a su templo: el baño. Quizá fuera una exageración compararlo con un santuario, pero las paredes revestidas de piedra natural clara y la bañera, como un altar delante de la ventana panorámica, creaban una sensación casi sagrada. Es posible que aquel baño extraordinario fuera la principal razón por la que se decidió a comprar el piso. Un lugar para el recreo y el disfrute, tan distinto de la práctica ducha de Täby que Magnus se empeñó en poner y que siempre estaba oculta por cortinas de ropa deportiva sudada colgada allí para secar.

Una vez llena de agua la bañera, encendió las velas aromáticas y puso a Frankie para que sonara por los altavoces. Se sumergió en la espuma y sacó un pie por encima de la superficie del agua. Nunca se le habría ocurrido llevar las uñas de las manos pintadas ni ropa colorida, y al verse las uñas de los pies con esmalte rosa oscuro soltó una carcajada. Así tendrían que verla ahora sus colegas, que piensan que es aburridísima, en una bañera digna de una estrella de cine, con velas aromáticas, el pintaúñas y la ropa interior de encaje tirada por el

suelo.

Cuando volvió a pensar en la conversación de aquella mañana, se le borró la sonrisa. Suspiró y se irguió un poco, le entraron ganas de apagar la música. ¿A quién quería engañar? No iba a ser capaz de relajarse hasta que digiriera lo que había pasado hoy. Se dio cuenta de que debería llamar a Magnus y a sus hijos para contárselo, pero enseguida comprendió que no tenía sentido, su nuevo cargo temporal no iba a afectarles. Ya no. Y no era con ellos con quien solía ventilar sus problemas ni desahogarse. Tampoco con las amigas. Eran idóneas para contrastar con ellas asuntos de relaciones, pero no tenían ni idea de la profesión de policía.

Cogió el móvil y marcó el número. Solo dio tiempo a que sonaran dos tonos de llamada.

—Cero ocho siete seis cinco tres dos nueve seis, ¿quién es?

—Hola, mamá. Soy yo. ¿Cómo estás?

—¡Ah! Pues todo estupendo. Hace un día espléndido, ¿verdad, cielo? ¿Qué tal tu día?, ¿espléndido también?

—Ha hecho un tiempo muy bueno hoy, la verdad es que sí. Pero ya es de noche.

—Cierto. Lo estoy viendo. Seguro que va a ser una noche estrellada. Y de vientos templados. Qué bien se está con los vientos templados, ¿eh? ¿Cómo vas tú, cielo? En el trabajo bien, supongo.

—Quería decirte que he aceptado un nuevo cargo. Es temporal, pero en... Östhammar.

—¡Anda! El campo, el corazón de Roslagen. Seguro que allí estás a gusto. Aire puro. Sol. La frescura del mar. Y qué enebros tan bonitos.

—¿Enebros? Por cierto, ¿está papá contigo?

—Claro, acaba de salir de la ducha. Seguro que le ha sentado de maravilla. Huele tan bien cuando está recién duchado y recién afeitado y...

—¿Tendrá tiempo de hablar un rato?

—¡Por supuesto! Ya viene. Y que no se te olvide probar el oro de Roslagen, el espino amarillo está cargado de vitaminas, ¡te va a sentar de maravilla!

Al cabo de un rato se oyó un leve carraspeo.

—Espera un momento que cierre la puerta, Karin.

La serenidad de la voz de su padre contrastó con la anterior, y Karin sintió que se le relajaban los hombros.

—Listo. Ya puedo hablar.

—¿Cómo está, papá?

—Bueno. Tiene sus altibajos, justo hoy lo está llevando bien.

—Pero ¿tú te las arreglas?

—Claro. Tenemos toda la ayuda que necesitamos. Y a la cháchara ya me he acostumbrado. Al menos te hace ver lo positivo de la vida —dijo riéndose.

En circunstancias normales, Karin también se habría reído, pero ahora algo se lo impedía, cosa que no se le escapó a su padre.

—¿Cómo estás tú, cariño?

No hacía falta nada más. Las conversaciones con él eran un lugar donde los pensamientos podían fluir con libertad. Podía hablar del mundo policial, del comportamiento de sus colegas, e incluso dilucidar qué camino seguir en una investigación. Sin necesidad de sentir vergüenza o la presión de las exigencias del trabajo. La mayor parte de las veces él hablaba poco. Algún gruñido o un «¿Qué me dices?» de sorpresa bastaban para que empezara a pensar en otras formas de ver las cosas. Le recordaba un poco a la terapia de pareja que había hecho con Magnus durante el divorcio, pero con la gran diferencia de que allí ella no se sentía para nada incómoda o culpable. Y su padre, como técnico criminalista jubilado, estaba completamente al tanto del trabajo policial.

Tenía a Kulan de apoyo, por supuesto. Era tan inteligente como su padre y también le daba consejos sensatos, pero, pese a todo, era su jefe. Y al mismo tiempo muy distinto de su padre, tan tranquilo, tan bien afeitado y tan lleno de sabiduría. Kulan le brindaba pensamientos e ideas, pero su padre tenía la capacidad de provocarlos en ella. Tal vez fuera porque nunca sintió que su presencia le exigiera nada. No le pedía nada, pero Karin había hecho suya la idea de que era fundamental responsabilizarse de la sociedad. En su familia no eran religiosos ni filosóficos, pero la actitud de que era importante contribuir al entorno resultaba indiscutible para los tres.

Al principio de su andadura profesional, a Karin le asustaba la idea de que el cargo de su padre fuera un obstáculo, que los demás pensaran que le daba ventajas y privilegios, pero resultó que no fue así. Es cierto que el hecho de que pertenecieran a diferentes áreas facilitó las cosas, y ella no tardó en darse cuenta de que no era muy raro que el trabajo de policía se heredara, pese a que los hijos de los

policías se criaban con padres a menudo ausentes.

Él nunca le insistió para que eligiera un camino parecido al suyo, pero siempre la apoyó. Finalmente, cuando Karin informó de su decisión, no la recibieron ni con sorpresa ni con alegría, sino como algo obvio: estaba hecha para eso. Una vez le preguntó a su padre si él siempre supo que ella formaría parte de la Policía Judicial. Él levantó la mirada del periódico y asintió en silencio. Conocía bien a su hija.

Ahora que Karin le estaba hablando del programa de intercambio, en el que nunca se había parado a pensar, le preguntó con calma:

—Vale, ¿y por qué te interesa?

Ella suspiró.

—Porque Kulan me lo ha propuesto.

—Ya.

—Ha dicho que... O sea, ha sido durante una reunión de evaluación. Según él, saldría ganando si espabilara, probara algo nuevo y «me soltara la melena».

Su padre dejó escapar una carcajada.

—Muy propio de Bengt. Y es cierto que da buenos consejos. Aunque no siempre le haces caso, ¿verdad?

Se quedó reflexionando un poco, sabía que su padre esperaría y la dejaría pensar en paz sin colmar ese silencio.

—Papá, ¿soy demasiado inflexible? —preguntó al fin.

Ahora le tocaba a él quedarse callado unos instantes.

—Supón que fueras demasiado inflexible, ¿a qué crees que se debe?

—A que quiero demostrar que soy profesional, imagino. Que soy válida.

—Válida —dijo él—. Mmm, válida. Es decir, que vales para el trabajo.

—Claro que... que valgo.

Nada más pensarlo se dio cuenta de que era una idea ridícula. ¿Por qué tenía que demostrar que valía para el trabajo? ¿No lo había demostrado ya hacía mucho tiempo?

—¿Y Bengt cree que te volverás menos inflexible si estás de servicio durante un tiempo en Östhammar?

—Sí.

—¿Y tú también lo piensas?

—Puede. Al menos estaría más relajada. Allí los delitos más graves son los relacionados con la caza, la gente que conduce borracha y el robo de ganado. O sea, es que ¿qué otra cosa podría pasar?

Karin dio un bostezo y sacudió la cabeza mientras aceleraba por la autopista. Seguía casi sin entender lo que había sucedido. Hacía menos de una hora estaba tan tranquila en su cama. Ahora iba camino de su nuevo puesto y del nuevo escenario de un crimen. ¿Cómo era posible?

A las 3.16 la despertó una llamada de un tal Lennart Hansson, del distrito policial del norte de Uppland. Transcurrieron unos instantes hasta que se le encendió la bombilla: el programa de intercambio, ese era su nuevo jefe del distrito policial del norte de Uppland. Por la voz le pareció simpático y amable cuando la informó de que se había producido un fallecimiento, probablemente un asesinato, motivo por el cual estaba contactando con ella antes de lo esperado. Necesitaban sus conocimientos y su experiencia de inmediato. ¿Estaría dispuesta a comenzar ya con el programa de intercambio? Se oyó decir que sí adormilada, colgó y después se quedó sentada parpadeando atónita en la oscuridad.

Las únicas instrucciones que tenía eran que debía dirigirse a Gimo, aparcar en la gasolinera y esperar a su colega, el agente Berggren, para continuar con él hasta el lugar del crimen.

En la autopista se permitió relajarse un poco. El tráfico era inexistente, y con cada kilómetro iba disfrutando cada vez más del viaje. No tardó en apagar el aire acondicionado, que había encendido por costumbre. Eso era lo bueno de los viajes nocturnos en coche, ese anhelado frescor. Y en aquella época del año tampoco había tanta oscuridad. Los campos y la tierra cultivada se extendían entre las poblaciones con casas cada vez más dispersas.

Bueno, pues Östhammar. Un posible asesinato. Tener que salir de la cama y conducir en plena noche para poner rumbo a lo desconocido no era lo más apetecible. Pero una nueva misión siempre la estimulaba. Aguzaba sus sentidos. Empezó a notar una agradable expectación.

Tardó poco más de una hora en llegar a Gimo. No le resultó

difícil encontrar la gasolinera, probablemente la única del lugar. Aparcó, se bajó y se quedó de pie para esperar al tal Berggren. Necesitaba estirar un poco.

La gasolinera estaba cerrada y a oscuras. No se veía un alma, así que se puso a hacer un amplio movimiento de yoga con los brazos, sacó el pecho y se llenó los pulmones del aire de la noche. Era fresco y olía a hierba mojada, a asfalto nuevo y un poco a gasolina. Sentía que había descansado más o menos bien, las pocas horas que había podido dormir habían sido suficientes. Teniendo en cuenta la naturaleza de su trabajo, era una ventaja no necesitar muchas horas de sueño; los primeros días después de un asesinato implicaban por lo general poco descanso nocturno.

Se puso a pensar en qué tipo de muerte sería: ¿alguien a quien hubieran atropellado con un tractor o una bala perdida desde un puesto de caza? Tal vez un caso de maltrato a una mujer con resultado de muerte. Miró las casas que tenía a su alrededor y sintió un escalofrío, imagina estar atrapada aquí, en medio del campo, en una casa de amianto con un...

—Hola.

Se volvió y descubrió a un hombre que se encontraba más cerca de lo que esperaba. ¿De dónde había salido? Una bocanada de loción para después del afeitado. Lo miró con atención. Una cadena de oro, un polo ajustado y un par de ojos que estudiaban con descaro su cuerpo de arriba abajo. «Un cabrón impresentable», pensó, y se recordó a sí misma que tenía la placa de policía y el arma reglamentaria al alcance de la mano.

Luego vio el coche policial aparcado. El hombre extendió un brazo peludo con un reloj tan grande como un disco de hockey.

—Berggren. Ricky Berggren.

«Claro, Ricky, menuda catetada», pensó ella.

—Tú puedes llamarme Ricky. Pero solo tú —dijo enseñándole toda la dentadura.

—Klinga. Karin Klinga. Tú puedes llamarme Klinga.

El tono cortante no le apagó la sonrisa a su colega, y Karin se preguntó si en el campo los policías no se llamaban por el apellido, como era costumbre en la policía de Estocolmo.

—Karin es más bonito. —Berggren continuó con su ofensiva de seducción.

Estaba a punto de responderle con una reprimenda cuando de pronto él se echó a reír y movió las caderas.

—Si se te olvida mi nombre, piensa en Ricky Martin. Aunque yo prefiero contonearme en la cama antes que en la pista de baile.

Llevaba la funda del arma reglamentaria completamente descubierta en las caderas. Sin pudor y sin protección. Karin le clavó la mirada antes de responderle:

—Me vas a llamar Klinga y punto. Y no voy a pensar ni en la pista de baile ni en la cama, sino que me voy a centrar en la investigación de un crimen. Que corre prisa. ¿Entendido?

El contoneo de caderas cesó de golpe.

—Vale, vale, entendido —dijo él con las manos en alto—. Aunque lo de la prisa, no sé yo. Todavía no he estado allí, pero el viejo no se va a mover. En fin, *allright*, al coche. Las damas primero.

Cuando Karin Klinga empezó a caminar delante de Ricky no le hizo falta darse la vuelta para saber dónde estaba mirando él. Aquella absurda confianza en sí mismo delataba que probablemente las muchachas se arremolinaran a su alrededor en el colegio, pero que ahora tendría que conformarse con alguna que otra viuda desesperada. Cuando se subieron al coche, miró las manos que llevaban el volante. Una alianza. Casado, por lo visto.

Ricky conducía con la misma despreocupación con la que se había presentado en su reciente encuentro. ¿Por qué respetaba las normas de circulación si iban por mitad del campo camino del escenario de un crimen mientras todos dormían?

Al principio intentó respirar por la boca en aquel coche que apestaba a loción para después del afeitado, pero al cabo de un rato se había acostumbrado al olor y a la insistencia de Ricky en mirarle las rodillas.

—Así que de la policía de Estocolmo. Allí tendréis bastante acción, ¿no?

«¿Cómo narices se responde a eso?», se preguntó Karin en silencio, aunque no parecía que él estuviera esperando una contestación.

—Por desgracia, aquí mi compañero rara vez tiene que trabajar.

«Ha dicho “por desgracia” —pensó Karin—. Menudo imbécil.»

Ricky soltó el volante con una mano y le dio una palmadita a la funda de la pistola, para que a Karin no le cupiera duda de a qué se

refería.

—Nada, aquí no hay acción. Aunque por eso no debemos descuidarnos. A mí no me gusta presumir..., pero pocos se atreven a competir con Ricky Berggren en el campo de tiro. ¡Qué suerte tienen los delincuentes de Estocolmo de que yo no esté allí!

—O no.

Él la miró extrañado, pero ella recordó lo de bajar la guardia y decidió dejarlo ahí. Aun así, la breve réplica surtió efecto, el hombre dejó de cotorrear y se concentró en conducir.

La carretera no tenía un solo tramo recto y parecía que no iba a terminar nunca. Karin miró el mapa del GPS y leyó los nombres de los pueblos. Se encontraban en algún punto entre Lövstabruk y Österbybruk, cerca de un lago llamado Finnsjön. O sea, lejos de todo.

—¿Adónde tenemos que ir? —preguntó.

—A Hammarnäs, a una hacienda o una mansión, o como quiera que se llame.

En cuanto atravesaron la verja con el coche, a Karin le pareció que todo lo que veía era mucho más grande. Y ella misma, mucho más pequeña. Las altas columnas enlucidas de blanco de la verja se veían coronadas por unas urnas de hierro fundido con plantas de hojalata que recordaban a cactus y que extendían amenazantes unas hojas llenas de espinas. Todo parecía hecho para obligar a las visitas a agacharse y pedir permiso. Ante ellos discurría una alameda de árboles enormes; debían de haber crecido a lo largo de generaciones y seguro que estaban habitados por búhos y murciélagos. La copa de los árboles ensombrecía el camino y lo oscurecía pese a la clara noche estival. A ambos lados del camino se extendían campos envueltos en la niebla. Entre el terreno humeante y el claro cielo nocturno se veía algo que Karin creyó que eran ciervos. Los animales salieron corriendo al oír el ruido del motor y se desvanecieron en la oscuridad.

—Qué maravilla —dijo, y se dio cuenta de que estaba susurrando, algo que seguramente hacía todo el mundo en ese entorno. A menos que fueras Ricky.

—¡Pues sí! Seguro que en Estocolmo no tenéis escenarios tan bonitos en los que trabajar. Todo serán estaciones de metro, hormigón y porquerías así. Esto sí que es una maravilla.

Karin no hizo caso y decidió disfrutar de aquel silencio hasta el

último momento.

No era cierto que no estuviera acostumbrada a entornos bonitos. De niña, cuando vivía en Lidingö, uno de los suburbios más ricos de Estocolmo, los tenía a la vuelta de la esquina. La clase del colegio estaba formada por alumnos de estratos sociales completamente distintos; ella, que vivía en una zona de casas adosadas más sencillas, pertenecía a los más modestos.

En alguna ocasión la habían invitado a fiestas en las mansiones de Elfvik y Hersby, pero no podían compararse con el edificio al que se estaban aproximando en ese momento. No estaba segura de que llamarlo *mansión* o *hacienda* fuera suficiente. ¿No era más bien un palacio?

A pesar de unos policías de uniforme y de las luces largas de un vehículo de emergencias mal aparcado, el lugar era impresionante. Ricky continuó avanzando por la grava, rodeó una zona de césped bien cuidada con un reloj de sol en el centro y paró el coche. Karin se bajó y se colocó ante la casa enlucida de blanco. Miró a su alrededor. En el tejado negro se alzaba un campanario con un banderín. A cada lado del edificio principal había un ala menor. Detrás vio lo que le pareció que era una cochera o un establo. Más allá de los setos recortados se entreveía un lago con un muelle y una caseta de baño.

Elegante, como mínimo. Pero en lugar de un mayordomo con una bandeja de plata, la recibieron un policía en prácticas y una cascada de vómito. Karin se apartó y, volviendo la cabeza, le ofreció un pañuelo, sin mirarlo y conteniendo la respiración.

—Gracias —dijo él resollando.

—¿Muy fuerte, lo de ahí dentro?

—Puedes jurar que sí.

Sabía que era verdad. Pero también sabía que le costaba menos acercarse a un cadáver en el escenario de un crimen que andar entre toxicómanos en un barrio inundado de droga o que ir pisando excrementos en el baño de la plaza Sergel. O que respirar el vómito de un colega. Aquello no tenía lógica ninguna, pero la sangre, la carne y los huesos le parecían limpios, como un niño antes de nacer, impolutos. Y es que no era una guarrería, en comparación con el vómito, los excrementos y las manos mugrientas de los sintecho. Nada de lo que enorgullecerse, pero algo que había terminado aceptando, después de todo.

Por eso entró con paso firme en la casa para ver a la víctima. Y no tuvo que adentrarse mucho. Justo al otro lado de la enorme puerta de doble hoja estaba el cadáver, extendido sobre la cuadrícula del suelo de baldosas. Retrocedió un poco, el rostro ya no era un rostro, sino algo machacado más parecido a los desperdicios de una matanza.

Pero en cuanto se le pasó la impresión de ver el frontal aplastado, la sangre, los huesos astillados y la sustancia cerebral, empezó a observar el cadáver con verdadero interés y curiosidad. La palabra que mejor lo describía era *pulcro*. Pulcro, ni más ni menos. Pese a que la cabeza estaba destrozada, el resto de la víctima se veía bien cuidada. Como el maniquí meticulosamente preparado para el escaparate de una tienda de artículos para caballeros. La bata de estampado de cachemira estaba cruzada y el cinturón, con media lazada. El cuello de un pijama azul asomaba por debajo. Ni siquiera el pañuelo de seda que le rodeaba el cuello se había manchado de forma llamativa. Todo estaba muy limpio y bien planchado. Solo se le había caído una zapatilla, que revelaba un pie de hombre delgado, de venas azules, con las uñas bien cortadas.

Se apartó a un lado, empezó a asociar libremente. Un linaje en vías de desaparición. Un caballero digno de una novela de Agatha Christie y, al mismo tiempo, una parodia de su clase y su generación.

¿Tendrían todos los cadáveres ese aspecto en aquel entorno?

3

Charlotte Mörner tenía en el escritorio un café y un sándwich. Intactos. Estaba muy concentrada en los papeles que había junto al desayuno: el resumen de la próxima subasta de Wallius. Le parecía cualquier cosa menos alentador. ¿Cuántos millones faltaban? Al menos cinco, calculando por encima. Suspiró y se pasó los dedos por la melena gris. ¿Cómo iban a encontrar cinco millones por arte de magia? Al final le dio irritada un mordisco al bocadillo y miró por la alta ventana hacia la calle Birger Jarlsgatan. Volvió a pensar en lo magnífico que era el edificio de enfrente. Pero nada podía superar al Krokan, el apelativo cariñoso con el que se referían internamente a su edificio. De un marrón dorado, con pilastras, frontones, ventanas saledizas y balcones ampulosos que nadie utilizaba. Aquella mezcolanza decorativa encajaba con la casa de subastas; al fin y al cabo, trabajaban con todo tipo de estilos artísticos. «Lo aceptamos todo, siempre que sea caro», como decía Fredrik Wallius, director general y también hijo del dueño de la casa.

Después de todos aquellos años en la planta baja, en un espacio mucho más pequeño y junto al cacareo de las oficinas abiertas, aún no se había acostumbrado a ese despacho tan bonito. Y es que, además, los objetos de arte más caros muchas veces los guardaban allí cuando faltaba sitio a la espera de que fueran a subasta. En principio, podía elegir libremente entre lo que habían aceptado. Pero sabía que eso tenía un precio. Fredrik había ido endilgándole cada vez más tareas y estaba más ausente que presente. De modo que, cuando fue tan amable de cederle su maravilloso despacho, se dio por sentado que esperaban de ella más que el simple hecho de dirigir a los expertos.

Por ejemplo, tener controladas las cuentas. Y a la competencia. Los dichosos Kaufmanns no paraban de crecer, era una cuestión de tiempo que los superasen. Tic, tac. Miró irritada el reloj rococó que había junto a la ventana y recordó que tenían que deshacerse de él. Lo escogió porque era bonito, pero no tardó en arrepentirse. Ese sonido,

al mismo ritmo que su interior: tic, tac; la subasta se acercaba y había que completarla.

Pese a los casi treinta años que Charlotte Mörner llevaba trabajando en la empresa, nunca llegó a acostumbrarse a la tensión que conllevaba trabajar para una casa de subastas. Las subastas de calidad y las subastas especiales, más las que se producían constantemente en línea, nunca dejaban de exigir atención: había que completarlas, catalogarlas, conseguir compradores, venderlas, ¡pagarlas! Y después, otra vez. Año sí y año también.

Aunque tal vez se estuviera preocupando sin motivo. La última adquisición de Claes era prometedora y, con que el cuadro estuviera bien, podrían llegar a buen puerto. Pero solo si el cuadro estaba bien. Con suerte, recibiría la respuesta a lo largo del día. De Majja Skog, su colaboradora más fiable. Independientemente de que la contestación fuera positiva o negativa, tenía la garantía de que sería correcta y podrían responder a cualquier objeción posible.

Como de costumbre, sonrió al pensar en Majja Skog, la Lisbeth Salander de Wallius. Fue la propia Charlotte la que le puso el apodo, se le escapó un día. Y se arrepintió en cuanto vio la mirada de Majja. Esa mirada que de un segundo a otro pasaba de abierta e ingenua a oscura y calculadora.

Majja Skog era un muchacha fascinante, no se podía negar. Aunque muchacha..., ¿no tenía ya más de treinta años? Pero para Charlotte sería siempre una muchacha. Esa joven que se presentó en la entrevista con un vestido amarillo pálido, un collar de perlas y el pelo arreglado para después parecer una persona completamente distinta cuando empezó a trabajar. Una... pandillera. Una *skinhead*. Con la cabeza rapada entera. De cuerpo achaparrado, cosa que encajaba con su forma de hablar, aquel dialecto tan marcado de Uppland, con ese tonillo tajante del norte y el cantarín de la costa. El dialecto daba la impresión de algo sencillo y genuino, aunque un poco de campo. La tenían completamente apartada en los salones de Wallius, a pesar de sus méritos. La mayoría de los trabajadores eran hijos y conocidos de otros empleados o de algún cliente. Majja era una desconocida para ellos, y consiguió el trabajo únicamente gracias a sus notas excepcionales y a la recomendación de sus profesores. Cosa que no era habitual.

Es cierto que muchos arrugaron la nariz al ver a la nueva colega,

incluso llegaron a marginarla. Y los jefes se quejaron del aspecto desmañado de la chica y de que no podían tenerla allí con los clientes. Pero Charlotte supo ver el potencial de la joven y los conocimientos tan extraordinarios que poseía, y decidió ponerla bajo su protección. Y surtió efecto. Como era la colaboradora más distinguida de la casa, tanto por modales como por sus orígenes, su opinión tenía bastante peso, algo de lo que era muy consciente. Si aquella *skinhead* era válida para la conservadora Mörner, también debía serlo para los demás.

Ahora la mayoría de los colegas apreciaban a Majja, aunque ninguno se relacionara demasiado con la joven. Claro que se reían de ella de vez en cuando, pero con buena intención. La mencionaban con cariño como si fuera un ser casi exótico, un bicho raro. Porque, a pesar de su aspecto extraño, Majja era muy natural. Un poco peligrosa, pero del todo auténtica. Lo que se veía era lo que había, aunque Charlotte intuía que albergaba mucho más bajo aquella fachada de chica dura. Y si al que la observaba no le parecía bien su aspecto, a Majja le daba completamente igual. No había el menor atisbo de que quisiera impresionar a su entorno. Y, aun así, eso era lo que conseguía. Majja era alguien que entretenía, que fascinaba, con quien incluso cabía encariñarse, pero no entender o conocer de verdad. Como una edición magnífica de un libro en una lengua extranjera.

Era solitaria, pero esa soledad parecía una elección propia. Con una mirada negra y alerta y los hombros tensos, dejaba claro que no confiaba en nadie.

Charlotte sabía que existía el peligro inminente de que empezaran a ver a la conservadora Skog como la preferida de la jefa. Majja era la única de la casa a la que permitían llegar tarde, y no tenía que vestirse adecuadamente. No era de extrañar que los demás a veces la miraran mal. Pero Charlotte también sabía que ese era el requisito para que Majja se quedara con ellos. Valía su peso en oro, y a Charlotte no se le ocurría nada peor que el que un día se marchara a la competencia: ver a Majja en la lista de empleados de Kaufmanns.

En realidad, su aspecto descuidado era una ventaja, ocultaba sus habilidades a las otras casas de subastas. Si Majja hubiera ido bien vestida, fuera elocuente y llevara en el dedo el anillo de alguna casa noble, se habría convertido de inmediato en una presa codiciada en el sector. Ahora era la estrella anónima de Wallius. La estrella de

Charlotte, la que le solucionaba todos los problemas.

Sin embargo, claro que había clientes que apreciaban a Majja y solo querían trabajar con ella, y había otros que preferían evitarla. Como los comerciantes. Majja tenía la espeluznante habilidad de detectar cualquier «mejora» reciente en un objeto. Por eso los comerciantes de antigüedades preferían que Majja no fuera la que examinara sus sillas gustavianas retocadas o los espejos que habían vuelto a dorar. Objeto que caía en manos de Majja, objeto que se examinaba sin piedad. No dejaba nada al azar y no lo soltaba hasta haber desvelado sus misterios.

Y ni una sola vez había fallado en su valoración, ningún cuadro falso había escapado a su ojo crítico, nunca les habían reclamado nada.

Pero cuando tenían que venderle la empresa a algún ignorante nuevo rico o socializar con compradores potenciales era como si Majja no trabajara en Wallius. No se la veía por ninguna parte. Charlotte sabía que Majja podía ser un camaleón, meterse en otros papeles y adaptarse a cualquier cliente, lo pudo comprobar con sus propios ojos cuando le hizo la entrevista de trabajo. Pero las pocas veces que eso sucedía era porque ella lo quería así, con sus condiciones y solo si de verdad era preciso.

Por eso Charlotte no la utilizaba para conseguir clientes e ir repartiendo besos en la mejilla por los salones, había otros empleados mucho más hábiles para ese fin. Majja tenía que centrar su energía en su fuerte: valorar los objetos. Informarse sobre su historia y su autenticidad. Cómo lo conseguía, qué contactos tenía y a qué métodos recurría era algo que Charlotte ignoraba. Esas cosas no se le preguntaban a Majja. Normalmente, le asignaban una tarea, después desaparecía y regresaba con una respuesta. Charlotte no tenía ni idea de cómo era su proceso de trabajo. Pero merecía la pena. Aunque la respuesta fuera distinta de la que esperaba, siempre estaba deseando escuchar cómo informaba de sus conclusiones. No le interesaba ni le afectaba nada cómo recibieran la noticia. Los hechos eran la verdad, y algo que nadie podía cambiar, aunque el propietario de la obra de arte fuera el mismísimo rey. Todo lo que no fuera la verdad era irrelevante. Era como si ella y el objeto estuvieran inmersos en una relación que no abarcara a nadie más.

Charlotte dio un respingo cuando el dichoso reloj marcó las

nueve. Esperó a que las campanadas enmudecieran para levantarse y bajar a la sala a la reunión semanal.

Ahora solo faltaba que Majja apareciera con una respuesta positiva.

4

Al salir del 7-Eleven de la calle Hantverkargatan, Majja Skog notó el calor como un muro. Parecía que el aire no se moviera, pero podía verlo vibrando sobre la calzada. El desayuno consistía en un Red Bull y un dónut con glaseado de colores, y se tomó la bebida fría directamente de la lata mientras miraba los titulares en el tablón que había en el exterior de la tienda. «¿Han asesinado al magnate de los negocios?» «Así puedes sobrevivir al calor.» «Babben rompe a llorar.» Cuando se terminó la bebida con cafeína, echó un vistazo al reloj y se dio cuenta de que iba a llegar tarde a la reunión semanal. Mejor. No tenía nada en contra de perderse aquellos primeros minutos aburridos en los que se ponían a hablar de cómo habían pasado el fin de semana con los hijos, las cenas y las casas de vacaciones. Después entrarían en quién asistiría a qué funeral de alta alcurnia, para cortejar a las viudas y a los herederos y lisonjear a clientes importantes. Por suerte, a ella no le pedían nada de eso. A la trabajadora solitaria de Wallius, al bicho raro, no recurrían hasta que los objetos se encontraban en poder de Wallius, no en la casa del cliente.

Sabía que algunos de sus colegas pensaban que era una enchufada y que por eso no tenía que realizar las tareas propias del trabajo de conservadora. Pero ¿cuántos estarían dispuestos a abandonar tanta frivolidad y a trabajar de la misma manera que ella?

«Si ellos supieran...», pensó bostezando. Después de una noche de estudio, intercambio de correos e investigación, volvía a encontrarse cansada por la mañana. Si vieran cómo vivía y cómo se pasaba las noches en vela, lo entenderían. Además de un baño a la estocolmeña, con el retrete debajo de la ducha, y una cocinita prácticamente sin usar, su diminuto apartamento en Södra Agnegatan, al lado de la plaza de Kungsholm, solo tenía libros. Literalmente. El espacio era un cubo donde cada pared estaba cubierta de estanterías. Que detrás tenían otra hilera de estanterías. Y detrás, otra. Todas llenas de dos filas de libros, ordenados con cuidado por los nombres de los artistas y

los movimientos y periodos artísticos. En el centro del cubo, en el poco suelo que quedaba disponible, había un escritorio donde cabían el ordenador y todos los libros de arte abiertos que necesitaba en ese momento. La mesa era tan larga como el colchón que tenía debajo. Lo único caro que había comprado para el apartamento era una silla de oficina, un milagro ergonómico perfectamente ajustado para ella.

A pesar de tener una colección tan amplia, los libros eran lo único que no le gustaba tasar. Pensaba que no dominaba la materia lo suficiente y, sobre todo, que los libros eran una fuente de conocimiento, no obras de arte. Eran herramientas que necesitaba para desvelar la verdad de los objetos. Lo más importante de su vida era investigar los relatos que contenían. La idea de ver los objetos de arte como mobiliario o como una inversión le resultaba totalmente ajena, formaban parte de una historia, eran mucho más que algo que combinar con la tela del sofá. Podían revelárselo todo a quien estuviera por la labor de escuchar.

Aunque Majja era un caso único en Wallius, había más como ella por el mundo. En sus viajes de trabajo se aseguraba siempre de visitar las colecciones y los museos de la ciudad, de conocer a los archiveros y a los expertos, para cortejarlos con regalos la siguiente vez que volviera a encontrarse por allí. Así había creado una red de un valor incalculable, donde siempre podía encontrar a la persona adecuada a quien pedirle o devolverle un favor. La mayoría eran como ella, ermitaños por decisión propia y, con pocas excepciones, la relación nunca llegaba a ser demasiado profunda o privada. Coincidían en su soledad y en su obsesión.

¿Dónde se hallaría el origen de esa fijación? ¿Por qué siempre tenía que averiguar la historia y el pasado del objeto, por qué nunca podía contentarse con contemplar su belleza? ¿O hacer como sus compañeros: averiguar cuál era el material, las medidas, la firma y el valor económico, y continuar con el siguiente? Por muy buena que fuera encontrando respuesta a todas las preguntas acerca de distintas obras de arte, aquello era algo que no alcanzaba a entender. Profundizar bajo la superficie de un objeto era una forma de acercarse a la historia, de hacer un viaje en el tiempo. Le daba un subidón, la dejaba embriagada y se quedaba con sed de más. ¿Por qué perder el tiempo socializando con gente traicionera, cuando el mundo estaba inundado de objetos por investigar? ¿Por qué Suecia en los 2000,

cuando podías encontrarte en Guangzhou en 1782 o en Berlín en 1923?

El caso es que ahora Majja tenía que acudir a la reunión semanal en el Krokan. Estrujó la lata y la tiró a la basura. Engulló el dónut al tiempo que recorría los pocos pasos que la separaban de la estación de metro de Rådhuset y agradeció la bajada de temperatura. En cuanto terminó el dónut, se metió una porción de *snus* en la boca y soltó un silbido a través del amplio hueco que tenía entre las paletas.

Bajó los escalones de dos en dos hasta el andén, pero las puertas del tren se le cerraron en las narices. Majja soltó un taco en voz alta y estampó la mano en el metal antes de que se marchara. Con el rabillo del ojo vio que había una mujer asustada que agarró más fuerte su bolso. «Claro que sí, señora, agárrelo bien —pensó—. Los bolsos de rafia de Palgrems se están revalorizando.»

Majja se volvió para no asustar más a la mujer, pero sabía que la estaba inspeccionando de la cabeza a los pies. Aunque casi siempre podía ocultarse entre el gentío anónimo, las personas mayores parecían un poco preocupadas al verla. Probablemente pensaran que su aspecto representaba algo. Algo anarquista o de política radical. Algo peligroso. Es posible que así fuera en su momento, pero ahora su exterior lo que reflejaba era eficacia, prioridades y un rotundo *«fuck it»*.

A ella, que convivía con grandes artistas, con obras maestras y con la historia universal, no le preocupaba su propio aspecto. La ropa y el peinado le importaban tan poco que la sola idea de gastarse un céntimo en ello sin necesidad le parecía del todo absurda. La chaqueta de piel aún le servía y daba la impresión de resistir el paso del tiempo. Igual que las botas Dr. Martens, le costaba imaginarse llevando otra cosa en los pies; las botas y ella eran uno. El cinturón de tachuelas que se ponía con los vaqueros negros era el único que tenía, y cumplía su función. Lo mismo sucedía con la bolsa blanca y roja del supermercado ICA más cercano, donde llevaba el portátil y una carpeta azul. Era perfecta, nadie robaría una bolsa de la compra descolorida, y además era impermeable.

Por no hablar de la cabeza sin un solo pelo, que siempre llamaba la atención. El recuerdo de la primera vez que cogió la máquina de afeitar era oscuro y horrible. Uno de los más dolorosos de su vida. Puede que el corte fuera una forma de recordarse a sí misma que no

debía confiar en nadie, pero también le ahorraba muchísimo tiempo. Deshacerse de aquel pelo de estropajo que parecía tener vida propia y al que tanta energía había dedicado siempre era lo mejor que había hecho, con independencia del motivo.

Cuando el siguiente tren se detuvo, vio su reflejo en las ventanas. Aparte de ser muy práctico, el *«fuck it»* era decisivo, aunque lo hubiera rebajado un poco. Hacía un par de años pensó que ya no necesitaba el piercing en la lengua, el aro de la ceja y el tintineo de las cadenas que llevaba en la ropa. Pero, con cada adorno que se quitaba, resonaba en su interior la promesa que se hizo una vez: no permitiría nunca que nadie volviera a dictar su vida, y no volvería a ocultar ni a olvidar jamás a su verdadero yo.

Majja empezó a oír la exagerada voz aguda y cantarina de Claes mucho antes de entrar en la sala de reuniones de Wallius. La gente siempre se quedaba un poco dudosa al conocerlo, como preguntándose si estaba bromeando o si de verdad era así de artificial. Iba por ahí lanzando falsos cumplidos como si fueran confeti. De vez en cuando hacía un gesto con la cabeza para recolocarse el flequillo. El movimiento solía ir acompañado de exclamaciones de alegría o de espanto. «Pero ¡qué *fab*! *For real?!*» Ni una frase sin una palabra en inglés. Sin embargo, así como el *«How are you?»* que suelta todo dependiente americano sin que llegue a significar nada, el parloteo de Claes podía resultar estimulante a ratos. Para otros, rara vez para Majja.

La puerta estaba entreabierta y pudo ver el interior de la sala. Como siempre, habían expuesto allí las últimas adquisiciones: un aguafuerte de Frank Stella gigantesco, dos Jockum Nordström y una escena bélica holandesa. Alrededor de la mesa Josef Frank había una quincena de expertos y asistentes, y todos dirigían su atención hacia Claes y el catálogo de prueba que había confeccionado solo a base de recortes. Hizo un aspaviento.

—*Oh. My. God.* ¿No ha quedado *amazing* la portada? Bueno, yo no le he prometido nada al cliente, pero cualquiera con un poco de estilo puede apreciar lo *fab*…

Majja entró en la sala y soltó de golpe la carpeta azul encima del catálogo.

—Falso.

—¿Per-do-na? —dijo Claes acentuando cada sílaba.

—Hola, Majja. Me alegro de que hayas venido —dijo Charlotte—. ¿Qué es lo que has dicho?, ¿que es falso?

—¡Imposible! —gritó Claes—. Si tengo aquí el certificado de autenticidad...

—Que ha expedido la viuda —añadió Majja.

Claes se rio.

—Ah, por supuesto. Es que ella es la que tiene que expedir el certificado. Si miras la *Guide international des experts & spécialistes*, lo verás enseguida.

Aquel comentario hizo que varios colegas se revolvieran en la silla. Todos estaban al tanto de que Majja se sabía aquel libro de memoria.

—Efectivamente —se limitó a responder.

—¿Entonces...? —dijo Claes cruzándose de brazos.

—La han sobornado.

—¿Que la han sobornado? Pero ¿qué dices?... ¿Por qué iba a dejarse sobornar?

—Claes —dijo Charlotte—. Deja que Majja se explique.

—Es que, ¿hola? ¡Acusar a alguien de algo así es *pretty serious*!

Majja esperó pacientemente a que terminara de hablar y aprovechó para cambiarse la bolita del *snus*. Cuando Claes se calló, se dirigió a Charlotte:

—Han descubierto otros dos casos más de certificados de autenticidad expedidos para cuadros falsos.

—De acuerdo —dijo Charlotte—. Pero ¿por qué iba a aceptar sobornos para firmar que su marido es el autor de unos cuadros que son falsos?

—Está endeudada y necesita el dinero.

Claes cogió su catálogo y empezó a abanicarse con él.

—¡Vale, vale! ¡Ya me he enterado! Joder... —dijo—. Pero ¿cómo sabemos que precisamente este certificado de autenticidad está comprado?

Majja siguió dirigiéndose a Charlotte:

—Uno de los otros cuadros tenía un tema parecido y los expertos en falsificaciones aprecian incluso debilidades en el diseño. Es falso, seguro.

Claes cogió aire para seguir protestando, pero Charlotte lo

interrumpió alzando una mano.

—Gracias, Majja. Si estás tan segura, no hay nada que debatir. Y me imagino que no quieres mencionar el nombre de la casa de subastas o de dichos expertos...

No obtuvo más que un rostro mudo por respuesta, pero bajo aquella expresión tranquila, Majja se recordó a sí misma que debía darles las gracias a sus fuentes.

Claes cogió la carpeta azul.

—A mí me gustaría saber cómo es que Majja ha estado husmeando en una tarea que me correspondía a mí. Yo soy el que ha encontrado el cuadro, yo soy el que ha contactado con la clienta. ¿Por qué se atribuye el derecho de...?

—Se lo concedí yo, Claes —lo interrumpió Charlotte—. Cosa de la que me alegro. Así nos ahorraremos quedarnos con el culo al aire y llevar un cuadro falso como pieza principal. Además, fue la clienta la que acudió a ti, y no al contrario. —Se inclinó hacia él—. Pero nadie te culpa. Es normal, podría haberle pasado a cualquiera de nosotros.

Le lanzó un guiño casi imperceptible a Majja: lo último no la incluía a ella.

—Pero —Charlotte juntó las manos— me temo que eso significa que nos siguen faltando varios millones para llegar al nivel esperado. Os digo lo mismo que la semana pasada: cada uno de nosotros debe aportar su granito de arena para conseguir un catálogo razonable.

Se quedó en silencio mirándolos a todos, como para que entendieran la gravedad del asunto, y después se puso las gafas y leyó en voz alta lo que tenía en la agenda.

—Tenemos *vernissage* y *champagne* dentro de seis semanas. Eso quiere decir que hay que llevar a imprimir el catálogo dentro de cuatro. Y no tenemos ni un Haupt ni un Zorn ni un Liljefors decente del que presumir. Claro que esta semana es la gira por Escania y la recepción en Saltsjöbaden, esperemos que de ahí salga algo. Sin embargo, tengo un recado de Fredrik, dice que su campanilla lleva descansando demasiado tiempo.

Majja no fue la única que puso los ojos en blanco. Todos se imaginaron a Fredrik Wallius tocando la campanilla de latón por los pasillos cuando un objeto valorado en más de un millón entraba en el edificio.

—Bueno, bueno —prosiguió Charlotte—, aunque, en cierto modo,

yo estoy de acuerdo con él. Ya va siendo hora de que tengamos algún hito en la subasta. Pero id con ojo: ahora, en el último momento, es cuando entran las posibles falsificaciones. Los más granujas creen que en verano estáis demasiado desesperados y estresados como para inspeccionar a fondo los artículos. Sin embargo, nosotros sabemos lo que hacemos, ¿verdad? Por cierto, la policía me ha enviado las fotos de los objetos robados de esta semana, así que, por favor, estad atentos.

Repartió las fotografías, que todos observaron con gran interés.

—Para terminar, me imagino que habréis visto el capítulo de *Antikrundan*. Como siempre, sobreestimaron el valor de varias piezas. Y, como siempre, en el momento de la entrega aparecerán algunas similares. Por favor, informad a los clientes de cuáles son los precios en realidad, pero sin ser desconsiderados. Eso es todo. Si no tenéis preguntas, solo me queda deciros: a cazar. Cortejad a los clientes, repasad los archivadores con las visitas a domicilio antiguas... ¡Matad a alguien si hace falta!

Se oyeron algunas risas y todos empezaron a levantarse y a recoger las tazas de café.

—Ay, por cierto —dijo Charlotte enseñando un periódico vespertino—. Casi se me olvida. Quizá hayáis visto los titulares sobre el asesinato cometido en Östhammar. Al parecer, la víctima era aquel naviero..., ¿cómo se llamaba?..., Sten Hammar. Se supone que tenía una colección de antigüedades considerable. Así que debemos asegurarnos de estar presentes cuando se celebre el funeral. ¿Alguno de vosotros lo conocía?

A Majja Skog se le cortó la respiración. La habitación empezó a darle vueltas y la estaba aprisionando. Le zumbaban los oídos y, cuando cerró los ojos, notó que le ardían los párpados. Hizo un esfuerzo por negar con la cabeza para responder a la pregunta de Charlotte.

En cuanto terminó la reunión, sus pies empezaron a moverse hacia el exterior de la sala. Las náuseas se apoderaron de ella enseguida. No supo cómo, pero consiguió llegar al baño y cerrar la puerta. Se le atenuó el mareo, pero en su cabeza empezaron a sucederse fulminantes los recuerdos: ella con la máquina de afeitar en la mano, su padre en el granero, aves exóticas, habitaciones abarrotadas y, al final, él.

Sten Hammar. Muerto. ¿Asesinado?

Un hombre como Sten debía vivir para siempre, fundirse con sus reliquias, permanecer firme junto al reloj de pie al que solo él podía dar cuerda, y continuar haciendo tictac por toda la eternidad.

Pero, a pesar de que tenía unos recuerdos vívidos de él y una opinión firme acerca de su persona, y de que se había quedado aturdida al enterarse de la noticia de su muerte, se dio cuenta de que no le había mentido a Charlotte al negar con la cabeza.

Majja Skog no conocía a Sten Hammar.

5

1993

HAMMARNÄS

Hacía frío y soplaba un viento inusual para ser junio, casi parecía otoño. Majja estaba apoyada en el último árbol de la alameda y un malestar le cubría los hombros como una pesada manta. Había dejado la bici apoyada en el tronco rugoso. Detrás del árbol se encontraba al abrigo del viento, pero en la copa resonaban unos crujidos espeluznantes. Al mirar hacia arriba vio las ramas perfilándose como esqueletos que se agitaban hacia el cielo.

Había ido hasta allí pedaleando con las piernas temblorosas, zigzagueando entre las ramas caídas y agarrando el manillar con tal fuerza que le dolían las manos. Al mismo tiempo que no veía la hora de llegar, una parte de ella solo quería volver a casa. Y, ahora que se encontraba allí, los pies no le respondían. No tenía ni idea de qué hora era; aun así, permaneció junto al tronco del árbol para observar. Aunque no sabía qué.

Ante ella se extendía una explanada circular enorme con la grava rastrillada en líneas rectas que le recordaba al edredón que tenía en casa. Cuando levantó la mirada se encontró con la casa más grande que había visto en su vida. Sabía que estaba en el sitio adecuado, su padre le había descrito muy bien el camino, pero aun así no terminaba de creérselo. Tal vez el tal Sten Hammar perteneciera a una familia regia y aquel fuera su palacio. O quizá no se tratara de un palacio, sino de una de esas cárceles para niños y jóvenes traviesos con las que Peter la amenazaba a veces. Se llamaban *centros de menores*. Su amigo Jonte estaba en uno. Se le hizo un nudo en el estómago. ¿Y si Peter y su padre se habían cansado y la habían engañado para librarse de ella?

¿O sería verdad que el tal Sten Hammar vivía allí?

Algo pasó revoloteando por encima, Majja se estremeció encogida. Se le puso la carne de gallina. Ya al principio de la alameda, con sus altas columnas, todo le pareció enorme. Amenazador. Como cuando Peter estaba muy enfadado y se plantaba delante de ella cuan largo era. En esas ocasiones se sentía así de pequeña.

De repente se sintió observada. Como si los árboles, o quizá las aves y los murciélagos que se encontraban en ellos, la estuvieran mirando fijamente. Intentando agobiarla para que se volviera a casa. Pero oyó un crujido y se giró.

Un hombre la miraba desde el prado, a varios metros de distancia. Parecía una de las esculturas que hay en la plaza de Östhammar. Pero, a diferencia de ellas, llevaba un rifle a la espalda y una liebre en cada mano. Tenía a los dos animales cogidos por las orejas, a la altura de la caña de la bota, como si fueran bolsas de basura. A una le había disparado en la cara. Donde debería estar el ojo, solo se veía un agujero negro, y el resto de la cara era una amalgama de blanco y rojo en el pelaje marrón, enmarañado y pegajoso.

Majja se preguntó cuánto tiempo llevaría ahí. Su presencia le resultaba preocupante e irritante a un tiempo. ¿Qué era lo que quería? ¿Qué era lo que le pasaba?

—¿Puedo ayudarle, señorita?

La escultura había hablado, y ella debería responderle. Pero se limitó a encogerse de hombros, no quería mirarlo a los ojos y se quedó contemplando la liebre masacrada.

—Espero que no te asustes. De mí. O de ellas —dijo él levantando los brazos, de forma que los cadáveres de los animales se mecieron en el aire.

Entonces Majja se atrevió a mirarlo.

—¡No tengo miedo! De ti, no. Y tampoco de ellas.

El hombre sonrió, parecía que dudara de sus palabras, así que Majja prosiguió:

—Mi padre me ha enseñado a retorcerles el cuello. Es más, lo he hecho varias veces.

—De acuerdo. Qué bien. Hay que acabar con los ladrones de coles.

Majja soltó una carcajada, pero se arrepintió al ver lo contento que se ponía el hombre.

Él señaló el campo.

—¿Eso es lo que estás haciendo aquí con este viento?, ¿vigilar las liebres?

—No —respondió ella, aunque después entendió que estaba bromeando y se sintió tonta—. Vengo a ver a Sten. Sten Hammar.

El hombre arqueó las cejas.

—Vaya... No me digas. —La observó con un interés renovado—. Pues has venido al lugar correcto. Puedo acompañarte a la entrada de... la cocina.

Echó a andar enseguida a grandes zancadas, así que Majja tuvo que apremiar el paso. Notaba las piernas rígidas después de llevar quieta tanto tiempo. El hombre iba por el borde de la hierba, rodeando la grava, en lugar de atravesarla. Se preguntó si habría sido él el que había hecho aquellas líneas tan bonitas y ahora no quería estropearlas.

A ambos lados de la puerta había unos arbustos enormes de hojas verde oscuro y afilados capullos de color rosa. Eran tan altos que, si los hubieran tenido en la granja, no habrían podido ver nada por las ventanas. El hombre rodeó los arbustos y desapareció detrás de la casa. Majja aceleró el paso para no quedarse rezagada. Cuando dobló la esquina, vio una pendiente cubierta de ondulante hierba que se extendía hacia un lago. Por lo visto, en aquel sitio les gustaban las rayas, porque el césped también estaba cortado formando líneas. ¿Se podría llegar rodando hasta el agua desde allí? Y la casa que se veía junto al muelle seguro que servía de maravilla como trampolín...

Un carraspeo interrumpió sus pensamientos. El hombre había subido por una escalera baja de piedra y le sujetaba la puerta abierta. Cuando entró, Majja vio un letrerito de metal en la pared: COCINA.

En la cocina había una mujer que le recordaba a la higienista dental del colegio y que le sonrió. Llevaba un vestido rosa claro de manga corta con botones de arriba abajo. En la cabeza lucía un casco de rizos grises y redondos. Majja pensó que se la veía más blanda que gorda. La piel de la parte interior de los brazos le tembló al llevarse las manos a las caderas.

—¡Anda, Gunnar, hoy no has cazado solo liebres! —Se agachó para hablarle a Majja—. ¿Te ha pillado robando fruta del huerto?

—No —dijo el hombre, que al parecer se llamaba Gunnar—, esta jovencita quiere ver al señor.

A Majja le resultó curioso que dijera «señor», pero recordó cuando aprendió que existía lo que se llamaba el cuarto de fumar de los señores, y pensó que tenía sentido. Seguro que *señor* era una palabra que le gustaba a Sten.

Gunnar se marchó y la mujer dio una palmadita y le volvieron a temblar los brazos.

—Entonces, tú debes de ser Majja, ¿verdad?

—Sí. Con dos jotas.

—Claro. Creo que el señor te está esperando arriba.

Majja se inquietó por si había llegado tarde y él estaba enfadado, dondequiera que quedara lo de «arriba».

—Lo mejor será que te lleve ahora mismo —dijo la mujer secándose las manos en un paño que colgaba del tirador del horno. Después se paró en seco y la inspeccionó de arriba abajo—. Aunque creo que el señor agradecería que te lavaras antes.

Majja asintió, el maestro del colegio también se lo pedía siempre. Se acercó al fregadero y abrió el grifo.

—Ah, no, no, en la cocina no. Ahí dentro —dijo la mujer señalando un aseo.

Majja hizo lo que le decía. Cuando salió y quiso subir para no llegar más tarde, la mujer le cortó el paso y extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—A ver.

Majja mantuvo en alto las suyas mientras la mujer las examinaba escéptica.

—Mmm, bueno, digamos que están pasables. ¡Vamos!

La mujer se movía tan rápido como Gunnar, pero daba el doble de pasos, y sus pies no hacían ningún ruido.

El trayecto para subir a la planta de arriba le trajo a la memoria la montaña rusa y la casa de aventuras del parque Furuvik. Las escaleras y los pasillos se extendían sinuosos y tras cada puerta que se abría parecía que hubiera cientos de objetos que admirar. Intentaba seguir el ritmo con la mirada, pero solo consiguió marearse. Todos aquellos cuadros, relojes y muebles iban quedando atrás a toda velocidad. Casi se tropieza al levantar la vista para ver los candelabros de techo.

De pronto, la mujer se detuvo ante una puerta cerrada y decorada con guirnaldas de hojas. Majja consiguió por poco no estamparse

contra su orondo trasero. La mujer se alisó unas arrugas inexistentes en el vestido y se arregló los rizos, que ya estaban bien.

Después llamó con cuidado a la puerta y entró.

Majja no había estado nunca en una habitación tan grande, sin contar el salón de actos del colegio. Era como un salón de baile, pero lleno de cosas. No es que estuvieran apiladas ni muy juntas, había espacio entre los muebles y delante de las ventanas no había nada, pero aun así daba la impresión de que estuviera atestada de objetos. Las paredes se veían cubiertas de una tela verde musgo, y todo el espacio recordaba a un bosque, solo que con objetos, en lugar de árboles, tocones y piedras. Los techos eran altísimos. Al fondo se veía un piano de cola, mucho más grande que el del salón de actos del colegio. Encima tenía una tela brillante de colores alegres con flecos largos. Hasta en el techo había cosas que observar, parecía un merengue lleno de adornos. Majja no entendía cómo era posible que aquella superficie blanca y esponjosa pudiera sostener el pesado candelabro de techo. Por si las moscas, se apartó.

—Señor, Majja ya está aquí.

Sten Hammar le respondió con un gruñido, parapetado detrás de un periódico abierto en un escritorio más grande que el 240 del padre de Majja. Lo único que se movía era una voluta de humo que se elevaba hacia el techo.

Al parecer, el gruñido bastó, porque la mujer hizo una reverencia rápida y se marchó. Majja miró hacia la puerta cerrada y después al hombre. Estaba totalmente callado. Sin moverse. Majja no sabía si debía decir algo o acercarse. Pero para eso debía atravesar una alfombra muy bonita. Bajó la vista hacia sus zapatillas deportivas sucias con un agujero sobre el dedo meñique derecho y después hacia la alfombra de flecos perfectos. Mejor quedarse donde estaba.

Cuando cambió de postura, el suelo de madera emitió un crujido bajo sus pies. A Majja le sonó como un trueno en medio del denso silencio. Aunque no había un silencio absoluto, claro. Un reloj de pie hacía tictac, y se oía el ruido de una máquina proveniente del parque. Y el frufrú cuando el señor pasaba las páginas del periódico.

Se apartó un poco más y estiró el cuello para verlo mejor. Un zapato marrón sobresalía detrás del escritorio. El señor lo movió y la superficie resplandeció como las castañas recién cogidas. Llevaba la pierna cubierta con una tela de traje gris oscuro que parecía de las que

picaban. Seguro que ser señor era muy incómodo, aunque vivieras en un palacio. La tela era de rayas finas, y a esas alturas Majja ya estaba segura de que a Sten Hammar le gustaban las rayas. Las manos que veía sobre el escritorio eran pálidas y huesudas, casi del mismo tono del periódico que sostenían. Con lo mucho que sabía, seguramente habría leído tanto que se le había pegado el color de las páginas. Como las manos de su padre, que siempre estaban negras del establo y el aceite de motor. ¡Hay que ver lo diferentes que podían ser los hombres! Y qué raro que tanto a su padre como al señor se los pudiera llamar hombres. Su padre era su padre, pero Sten Hammar era algo totalmente distinto.

Sabía que la diferencia no se debía solo al aspecto que tenían, a cómo hablaban o a cómo se movían. Había algo más. Se había dado cuenta de que su padre se inclinaba y decía palabras como «disculpe» y «buenos días» cuando iba el señor. Como un alumno delante del director del colegio. Por supuesto, a su padre el señor no le daba miedo, pero sí lo ponía nervioso.

—¡Bueno!

Majja se sobresaltó cuando el señor cerró el periódico. Se puso derecha y tragó saliva. Sten Hammar se levantó, rodeó el escritorio y luego se sentó en él y se cruzó de brazos.

—Bueno. Majja. Con dos jotas.

—Sí —respondió—. Señor con una ese.

El hombre se rio.

—Cierto. «Señor» va con una ese. Pero puedes llamarme Sten.

Majja no entendió por qué, pero pensó que quizá «señor» fuera algo que solo podían decir los adultos.

—Mientras yo terminaba de leer el periódico, has demostrado tener paciencia. Eso está muy bien. Diría que es un requisito para los domingos que vamos a pasar juntos. Y que no vengas con el estómago vacío. Si tienes hambre, ven un poco más temprano y pídele a Inger un bocadillo.

Inger debía de ser la mujer de antes, pensó Majja. Tenía pinta de que se le dieran bien los bocadillos.

—No hay que estar cansado, tener hambre o ser impaciente cuando se estudian las Bellas Artes. Ni sucio —añadió.

Majja volvió a mirarse las zapatillas.

—¡Muy bien! —El hombre empezó a caminar de un lado para

otro—. Por lo que tengo entendido, tu interés por las antigüedades comenzó cuando empezaste a buscar pistas sobre tu difunta madre. Las piezas se convirtieron en un enlace con ella, que con el tiempo fue creciendo y se transformó en un interés general por lo que la historia y la artesanía pueden...

Majja cogió aire. Oía lo que le estaba diciendo, todas las palabras. Y lo entendía, a pesar de lo raro que hablaba. Al mismo tiempo, le resultaba imposible escuchar, puesto que las primeras palabras habían ocupado toda su atención. Eran ciertas, pero también muy duras. Algo que habría que escribir en una nota secreta o susurrarle al oído a alguien, y no recitarlo así como acababa de hacer el hombre. Como cuando estaba en la consulta del médico del colegio sin ropa mientras iban recitando medidas, peso y percentil. Verdades desnudas.

Volvió en sí cuando el hombre dio una palmada y regresó a su sitio detrás del escritorio. Abrió un cajón cerca del suelo, sacó una alfombra y la sostuvo entre las manos. Se veía ajada y raída, la luz que entraba por la ventana se colaba por los agujeros.

—¿Esto qué es? —preguntó.

Majja respiró hondo y se puso derecha.

—Una alfombra —respondió contenta de saber qué decir.

—Una alfombra oriental. Una alfombra oriental de nudo.

—Qué estropeada está, tiene...

—Cuenta los nudos —la interrumpió él mientras le lanzaba la alfombra.

No le dio tiempo a cogerla, así que aterrizó a sus pies. Se le iba la vista entre la alfombra y el hombre. Sten Hammar había vuelto a sentarse y a coger el periódico. Majja se quedó allí mirándola; estaba indecisa, pero finalmente se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y extendió la alfombra sobre sus rodillas.

—Aquí no. —La voz provenía de detrás del periódico.

Majja levantó la mirada esperando que dijera algo más. Al cabo de un momento de silencio, se rindió, cogió la alfombra y se levantó dispuesta a salir de la habitación. Intentó bajar el picaporte de la puerta con una mano, pero estaba muy alto y duro. Tuvo que soltar la alfombra y usar las dos manos, pero, cuando se abrió, la puerta se enganchó en la alfombra arrugada. Después de tironear un poco, por fin se encontraba en el pasillo con la alfombra y la puerta cerrada.

Miró a su alrededor. Nadie a la vista. Ni un sonido, ni siquiera el tictac de un reloj. No había ventanas y la luz de la lámpara de techo era tan débil que no llegaba al suelo. Majja tenía muchas ganas de irse de allí y empezó a andar. La única opción que se le ocurrió fue intentar encontrar el camino de vuelta a la cocina.

Aquel pasillo desierto le parecía interminable, por todas partes había puertas cerradas que daban la impresión de ir a abrirse en cualquier momento y de que alguien o algo gritaría «¡Bu!». Iba tan veloz como antes la mujer. Se le estaba acelerando el pulso y respiraba cada vez más rápido. Al final del pasillo llegó a otro pasillo. Se quedó parada. ¿Derecha o izquierda? ¿O volver atrás? Intentó recordar el camino que había recorrido la mujer, pero solo se acordaba de algunos objetos y no tenía ni la menor idea de dónde los había visto.

Un susurro repentino hizo que le diera un vuelco el corazón. Sus pies decidieron dirigirse al pasillo que la alejaría del sonido, y resultó ser tan largo como el que había dejado atrás. Estaba totalmente desorientada.

Pero ahora había un poco más de claridad, no porque hubiera ventanas ni lámparas potentes, sino porque entraba luz de una puerta que estaba abierta. Le pareció oír un golpeteo y puede que un silbido desde el interior. La idea de pasar por delante de la puerta la aterrorizaba, pero le vinieron a la cabeza Peter y su lema: «Nadie se acuerda de un miedica», y se tragó el miedo.

Cuando ya estaba a la altura de la puerta, pudo echar un vistazo. La intensa luz provenía de unas ventanas altas sin cortinas, pero también de la figura que tenía delante. Una larga melena blanca como el algodón de azúcar rodeaba a una mujer tan pálida como las manos del hombre que agarraban el periódico. Un fantasma. Estaba de perfil con los brazos extendidos, como si esperara a que la invitaran a bailar.

Cuando la señora vio a Majja y se volvió hacia ella, esbozó una sonrisa espantosa de oreja a oreja enseñando todos los dientes. En ese momento, Majja notó una fuerte corriente de aire. Algo rojo se abalanzó sobre ella y la agarró del pelo. Unas garras afiladas. Cuando empezó a gritar, el sonido se mezcló con un aleteo y la risa de la mujer. Se reía tan fuerte que se le heló la sangre. En cuanto las garras le soltaron el pelo, Majja salió huyendo.

Corrió como no había corrido en su vida mientras la risa resonaba por la casa.

6

Karin Klinga se quedó quieta olfateando el ambiente. Lo único que movía eran las aletas de la nariz. En la habitación no había técnicos, forenses ni cadáver y, hasta ahora, que se había hecho de día, no había podido tener ese momento crucial en el que estar a solas en el escenario del crimen.

Sabía que la primera impresión podía llegar a ser decisiva, lo había aprendido pronto. De Kulan, por supuesto. Lo había visto echar a todo el mundo, pese a las sonoras protestas, para poder ordenar las impresiones del entorno sin que lo molestaran.

En el escenario de un crimen, algunos se llenaban de energía, se aceleraban y levantaban la voz. Karin Klinga, no. En cuanto entraba, sufría una transformación. Se calmaba y suspendía todas las emociones y las reflexiones personales, se convertía en algo casi mecánico y se concentraba de lleno en el escenario del crimen. *Mindfulness* en su máxima expresión.

Era muy consciente de que su capacidad de reconocer un espacio y de ponerse en la situación de la víctima y el autor del delito no era nada común. Quizá fuera su punto más fuerte, pero no lo había conseguido sin esfuerzo. Raro era el día en el que no meditaba, hacía yoga y practicaba la atención plena.

No se trataba de ninguna habilidad mágica, ella no creía en esas cosas, sino más bien de un talento innato que había cuidado a lo largo de los años para agudizar los sentidos cuando fuera necesario.

Cuando se encontraba en el escenario de un crimen, lo trágico, lo macabro y lo impactante no tenían cabida en su conciencia. Solo más tarde, cuando llegaba a casa, daba espacio a las emociones. A veces también la invadían por la noche en sueños. Pero no aquí y ahora. Ahora estaba concentrada en el objetivo y nada más.

Por eso apenas se dio cuenta de que llevaba los pies empapados dentro de los patucos de plástico, igual que las manos con los guantes. Tampoco le importaron las moscas que zumbaban por la habitación y

le aterrizaban encima. Estaba sola en el felpudo de la puerta, olisqueando. Nada más. Eran impresiones que activaban todos los sentidos, incluso el olfato, y, cuando Ricky intentó entrar en el vestíbulo un poco antes, lo echó de inmediato. No se le ocurría nada más molesto que él en ese momento. Sobre todo con aquella loción para después del afeitado en la que se bañaba.

Karin cerró los ojos y se concentró en el olfato, movió la cabeza un poco mientras iba cogiendo aire a intervalos cortos. Buscaba entre los recuerdos olfativos.

Tuvo que rendirse al cabo de un rato, presa de la frustración. Qué va, no era capaz de identificar el aroma. O quizá *aroma* no fuera la palabra adecuada; era más bien un hedor. Agrio y denso. Había algo familiar en el olor, pero no conseguía precisar el qué.

Dejó a un lado el olfato y recorrió la habitación con la mirada sin moverse del sitio. Un caos. ¿O quizá no? Incluso estando ordenada, una casa como aquella parecía un caos a primera vista. De colores apagados, extravagante y llena de objetos que reclamaban la atención de quien observaba. Madera oscura en las paredes y en la escalera que subía a la segunda planta. La madera estaba cubierta de tapices y los tapices, de retratos de familia, sables, escopetas y trofeos de caza. Una capa encima de otra. Tan alejado de la limpieza de su torre, tan alejado de la armonía. Joder, vivir así. ¿Cómo quitaban el polvo de todo aquello? ¿Lo quitarían siquiera? Aunque, claro, si alguien quitaba el polvo seguro que no era el propietario.

El suelo de piedra a cuadros blancos y negros no ayudaba a distinguir los detalles. Tardó un poco en localizar las astillas de la puerta forzada y en ver los bastones, los calzadores y el perchero que habían volcado. Había un cepillo para la ropa que parecía de plata con las cerdas amarillentas bocarriba, y Karin tuvo que hacer un esfuerzo para controlar la sensación de asco. Los cajones de la cómoda de la entrada estaban abiertos y el contenido, revuelto.

Al final consiguió despejarse y ordenar las impresiones y llegó a la conclusión de que el ambiente que imperaba en el escenario del crimen de Hammarnäs era sin duda la ira. Por eso le resultaba difícil aceptar la rápida conclusión de que se trataba de un robo con homicidio a la que habían llegado Ricky y el policía en prácticas que no paraba de vomitar. Meneó la cabeza. Lo que mueve al robo es la avaricia, no la ira. Se acordó de un ponente muy interesante y algo

radical que fue a la academia de policía y que les dijo que, si pudieran clasificarse todos los delitos conforme a los siete pecados capitales, la ira, la avaricia y la envidia ocuparían los tres primeros puestos. ¿Habría sido la ira esta vez?

Interrumpió sus pensamientos una oleada que le recorrió el cuerpo como un tsunami. De golpe volvió a ser consciente de los pies, las axilas, el hedor y las palmas de las manos. Y de las moscas. Irritada, se apartó una de la frente.

El infierno de la menopausia.

Se había roto la magia.

Karin salió por la enorme escalera de entrada de la casa y se quitó los guantes y los patucos. El suelo de piedra del vestíbulo y los gruesos muros del edificio protegían del calor, fuera apretaba bastante más. El sol deslumbraba, y Karin se hizo sombra con la mano mientras contemplaba la explanada. Se compadecía de los técnicos, ataviados con monos de plástico y guantes de látex color lila, que iban arrastrando el pesado equipo por el suelo. Como siempre, estaba impaciente por conocer los resultados, pero sabía que no debía presionarlos.

Ese día volverían a batir el récord de calor, y en los medios proliferaban los reportajes sobre granjeros desesperados y expertos en todo lo relativo al clima que daban la voz de alarma. Los árboles y el campo más allá de la alameda se veían sequísimos. Pero alrededor de la casa todo era verde. ¿Estaba permitido regar ahora?

A lo lejos, Ricky iba de un lado para otro por el césped con el móvil pegado a la oreja y una brizna de hierba en la boca, como un vaquero. A saber qué animales se habrían hecho pis en aquella brizna o con qué sustancia cancerígena la habrían rociado.

Daba zancadas cada vez más largas y parecía que se iba disgustando conforme avanzaba la conversación. Karin no tuvo más remedio que tomar el control del lugar desde el principio y había visto la mirada de Ricky cada vez más sombría. Quizá por eso se sintió obligado a llamar a su jefe.

Pero a ella no le preocupaba. Su intervención era necesaria. El trabajo previo había sido deficiente, avisaron tarde a los técnicos y había marcas de frenazos de los coches de policía donde, de lo contrario, habrían podido aislar huellas de pisadas. Cuando preguntó por qué no habían acordonado la zona, se encontró con el comentario

imbatible de Ricky: «No hace falta, esto no es Sveavägen».

Karin se imaginó que la llamada no había sido propicia para Ricky. Se le acercó con paso rápido y la cara roja. El impetuoso policía se quitó un tábano del cuello de un manotazo. Karin vio que se había restregado los restos del animal por la piel.

Con él llegó una oleada de loción para después del afeitado con trazas de vómito. El rastro del policía en prácticas seguía en el terreno de la casa.

—Bueno, *madame*, ¿has terminado de regodearte con las manchas de sangre?

—Ya he terminado, sí.

—Está claro que ha sido un robo con homicidio, según lo veo yo. Y los técnicos.

—¿Cómo? ¿El técnico criminalista ha hablado contigo?

—Claro, tú estabas ocupada haciendo lo que fuera que estuvieses haciendo, así que yo...

—¿No podrías haber esperado unos minutos?

—Da igual, volverán cuando hayan terminado del todo, esto ha sido una primera opinión. Pero de momento la puerta forzada y el desorden apuntan a que la víctima se ha encontrado con un ladrón y el intruso lo ha asesinado.

—Pero...

La interrumpió el teléfono. ¡Joder! Lo sacó y vio la pantalla: Magnus. No tenía el menor interés en hablar con él. Quería interrogar al hombre que tenía delante y leerle la cartilla. Pero tal vez llamara por algo relacionado con sus hijos. Cerró los ojos un segundo antes de responder.

—Hola, Magnus —dijo mientras veía que Ricky se escabullía disimuladamente.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien. Pero me pillas ocupada.

—Lo entiendo. No corre prisa. De verdad. Solo quería... oír tu voz.

La pesada respiración al otro lado del teléfono hizo que se le encogiera el estómago. Pero no dijo nada.

—La casa está tan vacía...

—Magnus, ¿no estás en el trabajo?

—No... Ya no.

No le preguntó por qué, no quería saberlo, se limitó a esperar a que continuara.

—Me gustaría que nos viéramos. Necesito... Todo ha pasado muy rápido.

¿Rápido? ¿Después de un año entero? Karin dejó escapar un suspiro.

—Claro. Podemos vernos. Pero no...

—¡Genial! Quizá en tu casa, que todavía no la he visto. Los niños no me cuentan mucho.

Karin sintió gratitud hacia sus hijos. Comprendió que, al igual que ella, querían ahorrarle al padre la imagen de la nueva vida de su exmujer, pero tal vez fuera eso precisamente lo que Magnus necesitaba. Una visita a la torre podría ser el bofetón necesario que lo espabilara y le hiciera ver que el capítulo había terminado. Para que pudiera salir adelante. No obstante, Karin se resistía a que él y todo lo antiguo entraran en lo nuevo. No pensaba permitir que la presencia de Magnus contaminara la frescura de su nueva vida. Además, probablemente se entristeciera al ver su semblante herido.

Puede que él notara que estaba dudando.

—O quedamos en casa, si no. Así ves todo lo que he hecho. He arreglado el balancín donde tanto te gusta sentarte cuando hace calor.

Ricky estaba volviendo hacia el lugar donde ella se encontraba.

—Mejor que sea en algún sitio fuera de casa, Magnus. Elige tú. Tengo que seguir con esto. Te llamo más tarde.

Colgó y respiró hondo, y volvió a notar el olor a vómito.

—Tenemos que asegurarnos de que todo esto quede limpio —dijo señalando la pared de la casa.

Ricky se encogió de hombros.

—Seguro que en un sitio como este tienen personal de sobra para esos menesteres.

Karin lo miró y se dio cuenta de que no era una broma.

—No es tarea suya, Ricky. Y probablemente ya estén bastante ocupados, dado que acaban de asesinar a su jefe.

Él sonrió.

—Entendido. Pero tendrá que ser luego. El que encontró a la víctima ya está por aquí.

—Bien. —Karin le cedió el paso con la mano—. Los señores primero.

Dieron un rodeo hasta una puerta lateral y entraron en una amplia cocina con una hornilla moderna y electrodomésticos de alta gama, pero todo lo demás era tan antiguo y clásico como cabía esperar de un palacio, con mesa de amasar, escurreplatos y sartenes de cobre. Y en el centro se encontraba un hombre que encajaba a la perfección con todo aquello.

«Qué guapo», pensó Karin, sorprendida por su propia reacción. El hombre era bastante mayor que ella, tenía arrugas y llevaba un mono sucio de jardinería. Pero poseía unos rasgos bonitos y la piel oscura y curtida y, cuando les sonrió, se le formaron unas arrugas leves y claras. Tenía un porte orgulloso. Cualquier indumentaria le sentaría bien, seguro.

—Gunnar.

Su mano caliente y seca envolvió por completo la de Karin. Un apretón de manos capaz de hacer llorar a quien se sintiera frágil.

Cuando Ricky los dejó solos, se sentaron. Había una vela encendida en la mesa, a pesar del sol que hacía a aquella hora de la mañana, y Karin imaginó que sería por Sten Hammar.

El hombre se quitó la gorra y se pasó la mano por el cabello poco tupido.

—Lo acompaño en el sentimiento —dijo Karin mientras sacaba su cuaderno.

—Gracias —respondió él—. Estamos conmocionados. Y tristes. Cuesta aceptarlo.

—Lo entiendo. Y no vamos a molestarlo sin necesidad.

Él le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Queremos ayudar en todo lo posible.

—De acuerdo, gracias —dijo Karin—. Pues quería hacerle unas preguntas. ¿Qué puesto...? —Se arrepintió del tono cortante que estaba usando y volvió a empezar—: ¿Qué trabajo desempeña usted en Hammarnäs?

—El señor decía... me decía que yo era su intendente, pero yo diría que soy mayoral.

Karin, que acababa de oír «señor», «intendente» y «mayoral» en la misma frase, sintió como si hubiera retrocedido al menos noventa años en el tiempo. Él se dio cuenta de su reacción y añadió:

—Ya sé que los títulos pueden sonar un poco anticuados.

—Pues sí, un poco.

Le sonrió, pero enseguida volvió a ponerse seria.

—¿Podría contarme qué pasó anoche, cuando encontró usted a Sten Hammar?

Él asintió y respiró hondo.

—No sé la hora exacta, pero justo después de medianoche salí a dar una vuelta.

—¿Por qué? ¿Oyó algo?

—No. Estaba fuera... orinando.

—¿Por qué fuera? —preguntó, sin saber si estaba entrando en un terreno demasiado personal.

—Me gusta el aire de la noche —respondió—. La madreselva florece ahora y por la noche es cuando más aroma desprende.

Karin se imaginó aquellas grandes manos sosteniendo una delicada flor.

—Crecen por la esquina de la cabaña. Desde allí vi que en el edificio principal las luces estaban encendidas, algo insólito a esas horas. Cuando me acerqué, me di cuenta de que la puerta principal estaba abierta.

—¿Y quiso ver qué pasaba?

El hombre asintió.

—¿Advirtió algo de particular mientras se acercaba, algo distinto? ¿Un sonido o alguna huella?

Se quedó pensativo mirando la llama de la vela.

—No —dijo meneando la cabeza con determinación—. Nada.

—¿Qué hizo usted al entrar?

—Pues... —empezó a decir antes de tragar saliva—. Pues creo que me quedé parado. Por la impresión, imagino. Lo primero que pensé fue en acudir corriendo, pero enseguida caí en la cuenta de que el señor no podía estar vivo. Me inquieté por la señora de la casa, quería asegurarme de que estaba sana y salva, así que subí a la planta de arriba.

—¿Estaba despierta?

—No, dormía. No quise arriesgarme a que se levantara y viera al señor, así que llamé a Inger, mi mujer, que vino corriendo. Ella es el ama de llaves y vivimos en la Casa del Guardabosques. Mi mujer es la que mejor sabe cuidar a la señora.

—¿Y después llamó al 112?

—Sí.

—¿Ha visto alguna otra cosa desde entonces, algo que esté diferente o que le haya llamado la atención?

—¿Aparte de la ambulancia y los policías, quiere decir? —dijo sonriendo—. No, nada.

Karin cerró el cuaderno.

—Pues entonces de momento no tengo más preguntas. No es raro que los recuerdos acudan cuando uno se recupera de la primera impresión. Si eso sucediera, quiero que se ponga usted en contacto conmigo.

Le dio su tarjeta. Él pasó el dedo pulgar por las letras.

—Karin Klinga. Qué nombre tan bonito.

En su boca sonaba bonito de verdad, completamente distinto de cuando alguien como Ricky hacía el mismo cumplido.

—Gracias —dijo ella sonriendo.

Hubo un breve silencio antes de que Gunnar se levantara y volviera a estrecharle la mano.

—Avíseme si puedo ayudar de alguna otra forma —dijo mientras abría la puerta.

Antes de salir, Karin lo detuvo.

—Por cierto, necesitaría hablar con Lilly Hammar en cuanto fuera posible. ¿Sabe...?

—Entonces será mejor que Inger esté presente. Es que la señora no es una persona muy estable.

Karin se preguntó a qué se debería, pero pensó que seguro que lo entendería cuando conociera a la «señora».

7

1993

HAMMARNÄS

—Era la señora de la casa. Es un poco particular, pero no tengas miedo —dijo la mujer mientras le llenaba una taza de chocolate—. Bueno, ¿te encuentras mejor?

Majja asintió y bebió un poco, pero era demasiado fuerte. El batido de chocolate estaba mucho más rico. Para librarse del amargo sabor, se comió un chicle que encontró en el bolsillo.

En todo caso, le resultaba agradable estar en la cocina, a una distancia segura de la mujer loca y los pájaros. Estaba sentada a la mesa agarrando bien la alfombra. No dejaba de escurrírsele por las rodillas y, cuando tiraba de ella, quedaba demasiado cerca de todo lo que había en la mesa: un jarrón, un candelabro, un crucigrama y una funda de gafas.

—El otro sería Jussi, lo más seguro —prosiguió la mujer—. Le pusieron ese nombre por Jussi Björling, porque canta muy bien, y es el único pájaro que puede estar dentro de la casa. Los demás viven en la *volière*.

Majja no sabía qué era una *volière*, y no se molestó en preguntar. Le escocía la zona donde el pájaro le había arañado con sus garras, y empezó a rascarse el cuero cabelludo. El miedo había dejado paso a la rabia. El próximo domingo se traería la escopeta de aire comprimido de Peter, se iba a enterar el dichoso pájaro.

Volvió a tirar de la alfombra e intentó retomar la cuenta. «23, 24, 25...» Pero la mujer no se iba de allí y no paraba de hablar.

—Pobre niña, no entiendo de qué va a servir contar todos los nudos.

«Buena pregunta —pensó Majja—. 26, 27, 28, 29...»

—¿Y de dónde dices que eres?

«No lo he dicho. —Majja hizo como que no oía para no perder la cuenta otra vez más—. 30, 31…»

—Mira que tenerte aquí encerrada, ¿no deberías estar fuera jugando con tus amigos?

«No tengo ninguno», pensó. Sin contar a los amigos de Peter, claro; normalmente le dejaban pasar tiempo con ellos, un poco en segundo plano, si había suerte. En el colegio no tenía a nadie, porque era la niña rara, la pobre y la asquerosa que ni hacía deporte ni iba a la iglesia ni le gustaba el grupo de baile. Lo peor era que tenía mucha capacidad y aprobaba todos los exámenes sin esfuerzo, y eso nunca era bueno si querías tener amigos. No se burlaban de ella, no le chinchaban ni le pegaban, no se atreverían jamás. Pero la excluían. Los maestros deberían haberla adorado teniendo en cuenta sus notas, pero a una alumna que siempre llega tarde y se niega a tirar el chicle durante las clases la trataban de rara hasta ellos. Así que no, señora, no tengo amigos con los que salir a jugar.

Se abrió la puerta y entró el hombre de las botas grandes. Sacudió los brazos y dio unos pisotones en el felpudo.

—Vaya tiempo que hace. Ahora ha empezado a llover también. Tienes que pedirles a tus padres que vengan a recogerte luego. Con esta lluvia no puedes irte en bici.

Majja sonrió. Como si su padre fuera a querer. Y, si quisiera, seguro que se salía de la carretera. «29, 30… ¿30?» Dejó de masticar el chicle. Mierda. ¿Por dónde iba?

—Pues sí, será lo mejor. ¿Sabes, Gunnar? Me he encontrado a la pobre muchacha en la escalera del ala oeste, entre la señora y Jussi la tenían aterrorizada.

—¡Yo qué iba a estar aterrorizada!

Majja vio cómo los dos se sobresaltaban y se quedaban mirándola. Igual que el sustituto del colegio el otro día, cuando Majja le gritó a Milla que cerrara el pico.

Se dio cuenta de que tenía que volver a empezar desde el principio y hundió la cabeza en la alfombra otra vez.

Gunnar colgó la chaqueta, se sentó en una silla y se quitó las botas con un ruidito. Estiró los pies hasta que emitieron un crujido.

—Ay, qué descanso.

La mujer le dio una taza y se volvió otra vez hacia Majja.

—¿Y tus padres a qué se dedican?

—Al negocio de limusinas —respondió sin levantar la vista.

—Anda, qué maravilla.

El hombre soltó una carcajada.

—Querida, las limusinas son una raza de vaca. Se dedican a la cría de vacuno. ¿Verdad?

Majja asintió distraída. Había estado pensando un rato y sentía que había dado con la tecla. Si contaba todos los nudos de un lado a lo largo y después a lo ancho y los multiplicaba, entonces tendría la solución. ¿No? Lo comprobó en una superficie más pequeña. Hizo un cuadradito con los dedos. Cinco nudos en esa dirección y cuatro en la otra. Cinco por cuatro son veinte.

—¿Y tu madre?

Contó todos los nudos del cuadradito.

—Está muerta.

20. ¡Salían 20! Se le iluminó la cara con una sonrisa, pero se encontró con la expresión desconcertada del hombre y de la mujer. Así que bajó la vista y empezó a contar por el borde del lado más largo.

Se ve que la mujer al fin pilló la indirecta y empezó a susurrarle a Gunnar.

—Por lo visto, va a venir todos los domingos. No sé el porqué...

—... y eso a nosotros no nos incumbe, Inger. Déjala tranquila, es evidente que está ocupada.

—Contando nudos, Gunnar, ¿has visto qué tontería?

La segunda vez que subió a la planta de arriba, Majja no se quedó embobada con los cuadros y los objetos, sino que memorizó con precisión el camino que Inger recorría por la casa. Intentó no pensar tanto en dónde se encontraría la dama de las aves, pero aun así fue prestando atención por si oía un batir de alas. Un hormigueo de esperanza le recorría el cuerpo. Estaba deseando contarle a Sten la solución, sobre todo, cómo había dado con ella.

Delante de la puerta se repitió el procedimiento. Inger se recolocó la ropa y el peinado y luego llamó con suavidad antes de abrir. Sten Hammar estaba sentado en el mismo sitio, aunque ahora sostenía en las manos unos documentos, en lugar del periódico.

Entraron, pero Inger no se fue de la habitación como la vez anterior, sino que se quedó esperando con curiosidad.

—Gracias, Inger —dijo Sten Hammar sin levantar la vista.

La mujer suspiró decepcionada, hizo una discreta reverencia y se dio la vuelta.

—No. Espera.

Sten dejó los papeles e Inger se detuvo. Él se reclinó en la silla y entrelazó las manos mientras la miraba.

—¿Qué dirías que es lo más importante de esta habitación: las flores o el arte? —preguntó señalando el cuadro de los gallos y luego un jarrón con una colorida explosión de flores que se encontraba debajo en una mesita auxiliar.

—El arte, señor —dijo la mujer.

Sten Hammar asintió.

—Muy bien —dijo volviendo a dirigir la mirada a los papeles—. ¿Entonces quizá podrías tener en cuenta el arte la próxima vez que debas decidir cómo disponer las flores?

Inger no respondió, se limitó a repetir la reverencia y se llevó las flores al salir. Cuando se quedaron solos, Sten miró el cuadro y suspiró.

—Bueno. Mucho mejor. —Aspiró hondo por la nariz—. Vamos a ver, ¿a qué conclusión ha llegado mi querida discípula?

Majja dio un respingo y se puso derecha. Por fin.

—¡282.000 nudos! Primero conté el lado más largo, después...

Él la interrumpió arrojándole una nueva alfombra.

—Cuenta los nudos.

Tuvo el tiempo justo de soltar la anterior en el suelo y atrapar la nueva en el aire. Se lo quedó mirando perpleja. Pero él no le prestaba atención, volvía a estar inmerso en los papeles. Sintió que la ira le burbujeaba en el pecho y le encendía el rostro. Apretó los puños y se decidió.

—Entonces me quedo aquí sentada —dijo, se sentó en el suelo y evitó mirarlo. Notó que la observaba, pero sin protestar.

Respiró hondo y se inclinó sobre la alfombra. Vale. El lado más largo. Empezó a contar. Pero la idea de que para él todo aquello era un chiste, una forma de pasar el tiempo, no se le iba de la cabeza. No le había preocupado lo más mínimo cómo había llegado a la solución. Podría haberle dicho cualquier cosa y, con cada nudo que contaba, le crecía la sensación de estar perdiendo el tiempo. No dejaba de mascar el chicle, que había perdido el sabor hacía un buen rato; conforme

aumentaba la irritación, más rápido movía las mandíbulas.

—¿Podrías tirar lo que tienes en la boca o masticar con más discreción?

—¡Tú no eres mi padre!

Las palabras le salieron solas. Majja contuvo la respiración. Lo miró con el rabillo del ojo, pero no le vio ninguna expresión en la cara.

—Cierto, no soy tu padre, pero sí que soy un ser humano con dos oídos, y no me gusta ese ruidito.

Después continuó leyendo mientras empujaba una papelera con el pie.

«Viejo de mierda.» Majja se acercó, escupió el chicle y decidió que aquel domingo iba a ser el último. Aguantaría el tirón y luego no volvería nunca más.

Cuando terminó y estaba a punto de darle el resultado, 325.000, cambió de idea.

—542.000.

Como a cámara lenta, lo vio agacharse y sacar otra alfombra. Pero esta vez estaba preparada. Cuando le llegó volando, la apartó de modo que fue a caer al suelo, entre los dos.

—Cuenta los nudos —dijo él con voz grave.

—¡Sí, claro! ¿Te crees que soy tonta? Te estás quedando conmigo, no te interesa nada saber cuántos nudos tienen.

—Cuenta los nudos.

Majja se mordió el interior de las mejillas y meneó la cabeza sin articular palabra.

Sten Hammar dio un suspiro y se inclinó sobre el escritorio.

—Majja, préstame atención. Soy un buen conocedor del ser humano. Un conocedor de categoría. Y sé que tú no eres de las que se rinden nada más empezar. Hoy es tu primer día en Hammarnäs. Esta es tu primera tarea. ¿De verdad te vas a rendir ya?

La última vez que oyó esa misma frase fue la tarde anterior. Cuando no pudo aflojar un tornillo bien apretado que tenía el tractor, Peter le dijo: «¿Te vas a rendir ya, hermana?». Y le sentó tan mal como ahora.

Cogió la alfombra de un tirón y se sentó en el suelo de golpe. Intentó no imaginarse la sonrisa autosuficiente del viejo y se concentró en los nudos.

«Pero ¿esto qué es?» Se quedó mirando la alfombra que tenía entre las manos. Le dio la vuelta, por delante y por detrás. No tenía nudos. Y sí un montón de hilos por la parte de atrás. Se quedó dudando y entonces oyó a Sten:

—Ajá, Majja. Efectivamente.

Ella levantó la mirada y no se encontró con ninguna sonrisa. Más bien admiración.

—¿Lo entiendes ahora?

—Es distinta de las demás.

—Sí. Las otras eran anudadas. Esta es *tufteada*.

—*¿Tufteada?* —dijo Majja, y le sonó la voz como a Jussi, el papagayo.

—Es cuando una máquina inserta el hilo sin hacer un nudo.

—¿Y no se sale el hilo entonces?

—Pegan con cola la parte trasera. Lo que pasa es que la cola se agrieta y con el tiempo puedes acabar rompiendo la alfombra a base de pisarla, literalmente. Eso es imposible con una alfombra de nudos auténtica. Al fin y al cabo, un nudo se va apretando cuanto más tiras de los hilos, ¿verdad?

Majja bajó la vista a sus zapatillas sin anudar y asintió.

—Ahora piensa un poco. ¿Te habrías dado cuenta de la diferencia si los nudos de las dos alfombras auténticas no se te hubieran quedado grabados en los ojos y en los dedos? Lo dudo. Lo que has aprendido hoy es que, cuando se trata del arte, el conocimiento reside tanto en el tacto y en los músculos como en los libros. No lo olvides nunca, Majja.

Aquel no fue el último domingo. La promesa que se había hecho de no regresar jamás la olvidó por completo. La siguiente vez estaba tan impaciente que llegó demasiado pronto y, para evitar el cotorreo de Inger, se fue al parque a esperar. Todo estaba en calma y habían limpiado el rastro del mal tiempo de la semana anterior. Seguramente habría sido el tal Gunnar el que había puesto orden. ¿Cómo era posible que se viera tan limpio el exterior? Se rio de un arbusto recortado que parecía un trasero y le pasó la mano mientras las hojas le hacían cosquillas en los dedos. Desprendía un olor muy intenso, pero no era desagradable.

Un sonido fuerte hizo que se volviera. Provenía del otro extremo del parque. Vio lo que parecía un invernadero altísimo con un tejado

en forma de cono curvo, como las casas de las películas de ninjas. Quizá hubiera alguna fruta que pudiera robar, mejor que el chocolate asqueroso de Inger. Le sonaban un poco las tripas.

Al acercarse, vio que la casa estaba llena de exóticas plantas de color verde y que algo se movía al otro lado del cristal. La puerta estaba abierta, así que entró. Se detuvo de repente y se quedó boquiabierta.

Un abanico azul gigantesco dirigía todos sus ojos hacia ella. Se sacudió y emitió el mismo sonido que Majja acababa de oír hacía unos instantes. Era un pavo real. Y en un arbusto había un ave blanca igual de grande con el pico negro. Y también un papagayo verde que apenas se veía en medio del verdor y...

—¡Anda, Jussi, tenemos visita!

La dama de las aves. Estaba allí en medio, detrás de la cola abierta del pavo real, con el pelo encrespado del mismo tono que su amplio vestido blanco. El papagayo rojo estaba sentado en el hombro de la mujer y meneaba la cabeza. La dama de las aves se iba poniendo flores y ramitas en el pelo y los pájaros las recogían y se marchaban volando con ellas en el pico. E, igual que la última vez, se reía. Pero ahora Majja sentía más asombro que miedo. Se avergonzaba de cómo se había comportado en la ocasión anterior.

—Hola —dijo—. Soy Majja. Con dos...

—¡Tienes un pelo maravilloso! ¿Has visto, Jussi? ¡Esponjoso, esponjosísimo!

La mujer se acercó y le tocó el pelo. Tenía la mirada perdida, y Majja podía distinguir las venas azules bajo la fina piel. La dama de las aves alargó la mano hacia un cesto de mimbre lleno de cacahuetes sin pelar, cogió uno y se lo puso en el pelo a Majja, que apenas se atrevía a respirar. Jussi se le subió enseguida al hombro de un salto y se aferró bien con las garras, pero sin hacerle daño. Majja cerró los ojos y esperó a que le picoteara el cuero cabelludo, pero pájaro y cacahuete desaparecieron en un santiamén. Lo que no se esperaba era ver el destello de unas tijeras ni oír un sonido detrás de la oreja. Antes de que le diera tiempo a reaccionar, la dama de las aves le había cortado un mechón, que ató a una de las ramas del invernadero.

—Qué suave, qué suave, para vuestros nidos...

Majja no acertó a enfadarse y se quedó mirando confusa a su alrededor. Entonces oyó unos pasos y se volvió al mismo tiempo que

Sten Hammar aparecía por la puerta. Venía sin aliento.

Entró y con una sonrisa le quitó con cuidado las tijeras a la dama.

—Esto me lo llevo yo. No debemos cortarles el pelo a nuestros invitados, ¿verdad?

—Qué suave, qué suave... ¡Como tú! —dijo acariciándole la mejilla.

Él le cogió la mano y se la besó.

—Majja tiene que irse —dijo.

—No... —dijo la señora agarrándola del brazo. Era más fuerte de lo que se podría pensar.

Majja retiró el brazo instintivamente, pero la mujer la cogió con más fuerza.

—Majja puede volver otro día. —Sten aflojó la mano de la señora y le hizo un gesto a la niña para que saliera—. Ve yendo tú, yo no tardo.

—No, Sten. No te la lleves de mi lado. ¡No te la lleves, Sten!

La dama de las aves se había transformado ante sus ojos, cosa que asustó y apenó a Majja a un tiempo. Empezó a correr.

—Qué suave, qué suave... —oía que sollozaba la mujer a lo lejos.

Cuando Majja entró por la puerta de la cocina, tuvo la precaución de borrar de la cara toda expresión. No pensaba darle a Inger la oportunidad de decir que se había asustado otra vez.

—¡Pero mira qué pinta llevas! ¿Qué te ha pasado?

Inger se le acercó y le dio unas palmaditas en el brazo. Al no recibir respuesta, soltó un suspiro.

—Has estado en la *volière*, evidentemente. —Le quitó algo del pelo, probablemente plumas o restos de un cacahuete—. ¿Ha sido la señora la que te ha vuelto a asustar?

A Majja no le dio tiempo a protestar, porque Inger siguió hablando:

—La señora tiene buen corazón, aunque algo roto, ¿sabes? —Parecía que dudaba, pero se sentó a la mesa. Majja se quedó de pie a su lado—. Tuvieron un hijo. No llegó a hacerse mayor y ella no se recuperó nunca.

Majja se estremeció. ¿Un hijo? Un hijo que falleció. Sintió una punzada en el pecho y decidió que no quería saber nada más. Estaba al borde de las lágrimas.

—¿Qué es una *volière*? —preguntó rápidamente.

La mujer se sobresaltó y la miró sorprendida. Y puede que un poco decepcionada.

—Una casa para aves. El señor mandó que se la construyeran. Es donde mejor está, los pájaros se han convertido en su familia. Son...

Inger se interrumpió al oír un resonar de pasos y la puerta al abrirse. Era evidente que la mujer no estaba acostumbrada a ver a Sten en la cocina, y no le dio tiempo a ponerse de pie antes de que él soltara las tijeras en la mesa con un golpe.

—¿Alguien podría explicarme cómo es posible que haya encontrado a Lilly con esto en la mano?

Sten echaba chispas por los ojos, y la mujer tragó saliva.

—No lo sé... No... Se las habrá llevado sin que me diera cuenta.

—Entonces te sugiero que tengas las herramientas a buen recaudo.

La mujer asintió ansiosa.

—¿Ha colocado Gunnar la escalera?

—Sí.

—Bien. —El hombre hizo un gesto con la cabeza—. Vamos, Majja.

A pesar de todos los peldaños que debieron subir, cuando entraron en la sala Sten ya había recuperado el aliento, se había tranquilizado y parecía contento con lo que les aguardaba. Justo debajo de la araña había una escalera con forma de «A».

Majja miró hacia arriba. Las bombillas que había en el plafón por encima de la araña la deslumbraron.

—¿Tienes miedo a las alturas? —le preguntó él.

—¡No!

Qué mierda que todos pensaran que estaba asustada todo el tiempo. Majja intentó que se la viera segura y miró de reojo la escalera. Parecía muy alta. Pero no más que las vigas que había por encima del heno y de las que solía colgarse. Incluso bocabajo.

Llamaron a la puerta y luego entró Inger.

—Se me ha olvidado traer el trapo del polvo —dijo dándoselo a Majja.

—Quien no tiene memoria ha de tener pies —murmuró Sten mientras rebuscaba en los cajones. Señaló el jarrón con una nueva disposición de flores, esta vez eran solo blancas. Sin mirar a Inger, preguntó—: ¿Se ha muerto alguien?

—No —respondió ella, y se llevó el jarrón.

Una vez se hubo marchado la mujer, Sten le tendió a Majja una caja de zapatos. La sacudió un poco para que sonara.

—Venga, mira.

Majja se inclinó hacia delante. Un revoltijo de pedazos de cristal e hilos de metal. «Qué bonito», pensó.

—Son almendras, como las que cuelgan de la araña. Estas son de cristal y se rompen fácilmente, o se sueltan y se pierden. Por eso a veces se cambian por nuevas.

Fue levantando almendras y señalando las diferencias, dejó que la niña las tocara y después cerró la caja.

—Súbete, coge el trapo y abrillanta todas las almendras. Una de ellas la hemos cambiado por otra nueva. Encuéntrala.

«El conocimiento radica en los dedos», eso era lo que había dicho él, pensó Majja, y se subió a la escalera. Una vez arriba, con la cara a la altura de la araña, olvidó por completo lo lejos que quedaba el suelo. Todo brillaba. Las almendras oscilaban y centelleaban al moverse. Había una cantidad ingente de almendras, pero ya había aprendido a no cuestionar nada, a confiar en aquel hombre. Cogió un pedazo de cristal y le fue pasando el trapo con cuidado por la superficie, que no parecía llena de polvo. Coger, limpiar, soltar. Coger, limpiar, soltar. Pensó en *Karate Kid*, la película que había visto con Peter y sus amigos. «Dar cera, pulir cera.» Se imaginó de pie en la escalera sobre una sola pierna, haciendo la grulla.

—Yiiiuaaa.

Su discreta imitación del grito del kárate hizo que Sten levantara una ceja antes de seguir a lo suyo en el escritorio.

Al cabo de un rato, estaba abrillantando como si se encontrara en trance. Empezó a ver detalles, como que las almendras en realidad tenían color, un violeta suave, y los cantos desportillados y un poco desiguales. Como si estuvieran vivas, en cierto modo. Se le empezó a entumecer el cuello, pero enseguida se puso derecha. «Ahí.» Había una que se veía diferente. Más... perfecta, y no tan viva. Transparente del todo, sin color y sin la menor hendidura en los bordes. Y el hilo de metal del que colgaba era de otro tipo.

—¡La tengo! ¡La he encontrado, Sten!

8

Karin Klinga cerró los ojos y se sumergió en la espuma de la bañera. El agua le acariciaba la piel y le hacía cosquillas. Por los altavoces Sinatra cantaba *I've Got You Under My Skin*, pero su voz se ahogó cuando empezaron a zumbarle los oídos. Hacía calor. Demasiado calor. ¿Una construcción tan reciente no debería tener un sistema de climatización mejor? ¿O eran los dichosos sofocos otra vez? El sudor le corría desde el pelo. Siguió con los ojos cerrados, sacó los brazos del agua y los colocó sobre el borde frío de la bañera. Se dio con algo extraño. Una mano. Cuando abrió los ojos, Gunnar, el mayoral, le sonrió. La espuma casi le ocultaba el vello del pecho. Se inclinó hacia delante y le acarició la mejilla con su mano tan grande, le pasó el pulgar por la clavícula... Ella cerró de nuevo los ojos, respiró hondo y sintió que el cuerpo se le volvía más pesado.

Entonces él apretó la mano y la empujó bajo el agua. Karin quería resistirse, pero los músculos no le respondían. Cayó presa del pánico, ya no le quedaba aire.

Se incorporó en la cama cogiendo una bocanada de aire. Mientras jadeaba se dio cuenta de que había sido un sueño. Tenía el corazón desbocado. Se dejó caer sobre las sábanas húmedas.

Al principio, cuando le sonó el teléfono, pensó que no iba a ser capaz de responder, pero después de varios tonos alargó la mano. La pantalla estaba encendida y sintió como si el reloj le gritara. ¡Mierda, se había quedado dormida! No recordaba la última vez que le había pasado.

—Ricky. Me he retrasado, pero voy de camino.

—¡Buenos días! ¿Nos han mandado un lirón desde la gran urbe?

—Te digo que voy de camino.

—No te preocupes, yo tampoco tengo nada en contra de remolonear por la mañana. Bromas aparte, el técnico criminalista está aquí. Quiere...

—¡¿Ya?! —No podía ser verdad—. Retenlo ahí hasta que llegue

yo.

Se oyó un crujido y después otra voz:

—¿Inspectora Klinga?

Puto Ricky.

—Hay unas cuantas cosas que debemos comprobar de nuevo, pero me gustaría comentar contigo lo más relevante.

—Vale, si no, yo ya voy...

—Será rápido, y me temo que no puedo esperar. Además, creo que te interesará saberlo ya.

—Venga —respondió con un suspiro.

—Tras un examen más exhaustivo de la puerta principal, hemos visto que no han roto el mecanismo de la cerradura.

—¿Cómo? ¿Estáis seguros? Quiero decir... ¿Cómo entró el agresor?

—La puerta estaba abierta.

Había algo en aquel técnico criminalista que le recordaba a su padre. Sabía que era útil dejar una pausa para pensar y dar tiempo a que el mensaje calara.

Karin pensaba en voz alta:

—O sea, que los desperfectos de la puerta se hicieron *a posteriori* para que pareciera que la habían forzado. Aunque en realidad al autor del delito lo dejaron entrar, probablemente la propia víctima. Sten Hammar conocía al agresor, o al menos no se sintió amenazado, de lo contrario, no habría abierto.

El técnico criminalista no hizo ningún comentario, pero confirmó sus sospechas cuando prosiguió:

—Además, podemos ver que el desorden del vestíbulo no es fortuito. Los objetos que había en el suelo no se habían caído ni los habían tirado indiscriminadamente, sino que los han colocado a conciencia. De lo contrario, tanto el suelo como los objetos tendrían marcas.

Otra pausa.

—Para no hacer mucho ruido —dijo Karin—, pero conseguir que pareciera un robo. —Sí, era verosímil—. Muchas gracias.

—Llama si tienes alguna pregunta.

Otro crujido, después, la voz de Ricky:

—Nos ha llegado el informe preliminar del forense, justo a tiempo. Dice que...

—Mándamelo por correo —lo interrumpió Karin al tiempo que se sentaba en el borde de la cama e intentaba ponerse los pantalones mientras sujetaba el teléfono con el hombro—. Voy ya para Hammarnäs. Así interrogamos a Lilly Hammar.

—Puede que para entonces me haya ido al campo de tiro.

—¿Al campo de tiro? Estamos en medio de una investigación de homicidio, Ricky. Espérame ahí.

—Como quieras.

—¡Por cierto! Quiero a Gunnar. Que quiero ver al mayoral, vaya. O sea, cuando llegue.

Karin se subió al coche, pero no arrancó el motor. Abrió el correo de Ricky y ojeó el informe de la autopsia. Daños considerables en el *os frontale*, *os zygomaticum*, bla, bla, bla. Después de una lectura rápida, marcó el número de teléfono del médico forense que venía en la firma. Sabía por experiencia que hablar podía ser más útil que leer un texto. Mientras sonaba el tono de llamada, empezó a conducir en dirección a Norrtull.

El estrés con el que se había despertado empezó a disiparse al hablar con el médico. Tenía la seguridad y la franqueza propias de la gente de Norrland. Era de los que se saltaban los latinajos e iban directos al meollo de la cuestión. Cuando repitió la causa de la muerte, «traumatismo por impacto en la cabeza», cosa que Karin ya sabía por el informe, pudo empezar a buscar lo más delicado e invisible, lo que había entre líneas.

—¿Qué opinas del *modus operandi*?

—Bueno... Lo cierto es que hubo una cosa que me llamó la atención —dijo como si estuviera esperando a que se lo preguntaran —. No hay restos de piel bajo las uñas ni arañazos en las manos, de modo que nada de heridas defensivas. Parece que se trató de un único golpe, certero y firme, entre los ojos y con mucha más fuerza de la necesaria.

Karin se quedó pensando.

—¿Por eso tenía la cabeza machacada y todo estaba tan limpio alrededor?

—Sí —respondió él—. La muerte fue inmediata. No hubo duda, no hubo titubeo. Solo un golpe muy potente.

—Ira controlada —pensó Karin en voz alta.

—O determinación.

Karin se estremeció, por lo que implicaba la afirmación y porque intuía que era importante. Fuerza y determinación.

—Para asestarle un golpe tan preciso y potente, el autor del delito debe de ser más o menos igual de alto que la víctima, o al menos no mucho más bajo.

—Vale. ¿Has reparado en algo más?

—Sí, la víctima tenía pasta de dientes en la punta de un dedo. Pero no había ni rastro en la boca.

Lo bueno de quedarse dormida era que te ahorrabas el tráfico de la hora punta. Recorrió la autovía sin problemas y se había aprendido el trayecto de hora y media. Podía dejar fluir las ideas.

La puerta cerrada que abrió la víctima. La pasta de dientes en el dedo, pero no en la boca. Tanto el técnico criminalista como el médico forense habían confirmado lo primero que pensó: no había solo avaricia detrás de aquel crimen. Tal vez no fuera un robo con homicidio. Sí fue, sin duda, una visita inesperada, teniendo en cuenta la pasta de dientes y el pijama, pero no indeseada. Al fin y al cabo, la víctima le había abierto la puerta. Seguramente el autor del delito conocía a Sten Hammar y había acudido allí por otro motivo que no era un simple robo. ¿Quién sería el asesino?

Intentó ponerse en el lugar de la víctima en sus últimos minutos de vida. Imaginar cómo preparaba el cepillo de dientes cuando lo interrumpieron. Había visto por la ventana de quién se trataba, había decidido abrir y después lo sorprendió un golpe feroz entre los ojos. Ningún forcejeo, ninguna pelea, todo ordenado y pulcro.

«La muerte de un caballero», pensó mientras entraba en la imponente alameda de Hammarnäs.

El mayoral la estaba esperando delante de la casa, con las botas de montar y un rastrillo en la mano. Su cerebro, marcado por los años de profesión, observaba y analizaba automáticamente ese tipo de detalles: seguramente Gunnar estaba en el establo, Ricky habría contactado con él y el hombre se habría dirigido a la explanada para esperar a Karin, pero no quería perder el tiempo y se puso a rastrillar la grava.

Karin aparcó y se le acercó. El aire caliente y árido había dejado la grava seca y una fina capa de polvo recubría las botas del mayoral.

Hizo todo lo posible por apartar las imágenes del sueño, pero no podía dejar de pensar en lo atractivo que era, a pesar de que daba por hecho que tenía la frente llena de gotas de sudor. Se sorprendió al ver que la suciedad y el sudor del hombre no le repugnaban. No tenía nada en contra de volver a estrecharle la mano. Estaba seca, caliente y áspera.

—Karin. ¿Quería verme?

—Sí, gracias por atenderme. Solo tengo unas preguntas.

—Me alegro de poder ser de ayuda.

Sacó el cuaderno. La calidez y la tranquilidad que desprendía el hombre la volvieron un poco torpe. Sacó la punta del bolígrafo. Seguro que era más fácil hablar con él delante de una hoguera, con una copa de vino tinto, y no en el escenario de un crimen con el cuaderno de interrogatorios en la mano. Se aclaró la garganta y se puso derecha, y sintió por primera vez desde que había hecho las prácticas que estaba «jugando a ser policía». Él esperaba pacientemente sin apartar la mirada.

—Quería preguntarle por la seguridad en Hammarnäs —dijo finalmente—. ¿Sten Hammar no cerraba con llave por la noche?

—Siempre —dijo Gunnar sin dudar—. Con la de tesoros que hay en la casa, nunca dejaríamos la llave sin echar. Las ventanas tampoco. Hay cerraduras por todas partes.

—¿Sten recibía visitas a última hora del día?

—No. Al señor no le gustaban las reuniones ni las fiestas que se prolongaban hasta tarde. Cuando la fiesta era aquí, siempre la organizaban temprano. Además, a partir de las nueve de la noche bajamos la barrera de la verja de entrada, con lo que es aún más difícil recibir visitas a esas horas.

—¿Sabe de algún conocido o amigo de Sten Hammar que hubiera podido venir a hacerle una visita inesperada?

Él negó con la cabeza.

—No hay nadie en su círculo de amistades que hubiera atravesado la barrera para venir a decir hola espontáneamente.

—¿Inger duerme en la casa grande?

—No, en cuanto termina con la señora, apaga las luces, cierra y viene a nuestra casa.

Karin se quedó pensativa, se dio la vuelta y recorrió el terreno con la mirada.

—Si quisiera tener la mejor vista posible de la casa sin que me

vieran a mí, ¿dónde debería colocarme?

Gunnar sonrió y asintió, como si supiera por dónde iba.

—¿Damos un paseo? —preguntó.

Karin empezó a caminar con él. El hombre andaba con paso resuelto, pero sin que se le alterara la respiración. Mientras se movía junto a ella, Karin percibía su olor con más intensidad, se mezclaba de maravilla con el entorno natural en el que se encontraban. ¿Cómo podía tener ese efecto sobre ella? De pronto era consciente de todo su cuerpo, así como de la distancia que lo separaba de él.

En el otro extremo del terreno, en un bosque de abetos, se hizo de pronto el silencio a su alrededor. Las ramas tupidas conformaban un espacio protegido que pocos rayos alcanzaban. Karin se agachó e intentó entrar donde señalaba Gunnar, pero todavía llevaba el cuaderno en la mano y no pudo apartar bien las ramas. Él empujó las más grandes con el cuerpo y le tendió la mano. Karin la agarró y pudo acercarse. Al estar así, tan juntos y protegidos de miradas ajenas, se preguntó si él también tendría esa sensación de intimidad, si le afectaría. Antes de que pudiera detenerlo, apareció el pensamiento: ¿qué haría si él la atrajera hacia sí?, ¿se negaría?

«Pero ¿qué estoy haciendo? —pensó tajante—. Sigue trabajando.»

Se dio la vuelta y se sacudió la presencia de Gunnar. Se centró en el lugar, el tiempo se ralentizó. Recorrió los árboles despacio con la mirada. Al poco, sus ojos percibieron algo que llamaba la atención.

—Ahí —dijo señalando una de las ramas—. Fíjese. Está rota. —Lo miró de reojo—. Esta rama, justo al nivel de los ojos de alguien más o menos de su estatura, la han partido para poder ver desde aquí la casa entera.

—Bien visto —dijo él tocando la resina que se había acumulado en la grieta—. Y hace poco, según parece.

Si hubiera estado sola, podría haberse familiarizado aún mejor con el lugar. Pero Gunnar estaba como mucho a cincuenta centímetros de ella y, de haber creído en las auras, casi habría podido tocar el campo de energía que lo rodeaba.

Aun así, cerró los ojos unos segundos y trató de volver a sacarlo de su mente. Se centró con todas sus fuerzas en la persona que tal vez hubiera estado allí antes que ellos. Respiró hondo y la invadió la calma. ¿Qué habría visto? ¿Qué habría oído o sentido? Había tantas agujas en el suelo reseco que se notaba blando, resultaba agradable

pisarlo. Incluso después de un buen rato. Completamente al abrigo del viento. Seguro que un sitio así se llenaba de mosquitos, sobre todo por la noche. ¿Cuánto tiempo habría estado allí la persona en cuestión, esperando a que Inger cerrara antes de irse a dormir y se marchara de la casa? ¿Qué habría hecho mientras tanto? Fue describiendo con la mirada un amplio círculo a su alrededor. Encontró la respuesta inmediatamente.

Una colilla.

Sacó el móvil y le hizo una foto a la posible prueba y al lugar del hallazgo antes de meterla en una bolsa de plástico que sacó del bolsillo de la chaqueta. Se la enseñó a Gunnar.

Él arqueó las cejas sorprendido.

—Anda.

—¿Hay alguien que fume en Hammarnäs?

Se quedó pensativo.

—No, ninguno de los que trabajamos aquí. El único que fumaba era el señor. Pero, desde luego, no Camel Light.

Karin se rio y al hombre se le iluminó la cara, visiblemente feliz. Sin duda, le brillaban los ojos. ¿Conservaría Karin algo de su poder de atracción, a pesar de sus cincuenta y dos años?

—Tal vez deberíamos volver —dijo Gunnar con un carraspeo—. Creo que Inger y la señora la están esperando.

Él se adelantó camino de la casa.

—Imagino que estarán en la *volière*.

Karin no tenía ni idea de lo que era una *volière*, pero no preguntó. Estaba pensando en el autor del delito, en los Camel Light y en cómo se movía Gunnar.

En cuanto empezaron a acercarse a la *volière*, Karin comprendió que se trataba de una pajarera. El aleteo y la llamada de los animales se oían desde lejos.

Cuando Gunnar se marchó después de dejarla delante del edificio, Karin pudo observar a la esposa de la víctima desde la distancia. Lilly Hammar quizá fuera una mujer guapa de rasgos delicados y largas piernas de bailarina. Pero con aquel pelo alborotado y aquella sonrisa eufórica parecía más una enferma mental capaz de sentarse a jugar con sus propias heces. Quizá tuviera que conformarse con excrementos de aves, pensó Karin, pero, por otra parte, de eso había de sobra. Su fobia a las heces se materializó enseguida y tuvo

que pegar los brazos al cuerpo.

Claro que no podía decir que tuviera la misma aversión a las aves que a los excrementos, pero tampoco le gustaban. Eran unos animales sucios e imprevisibles. Cuando trabajaba en la plaza Sergel, casi huía más de las palomas que de la violencia. Las aves de esta pajarera eran mucho más fascinantes, pero igual de repulsivas. Karin oyó el inconfundible flof-flof-flof y miró a su alrededor. Era imposible saber cuántas había o dónde se encontraban en medio de toda aquella vegetación.

Una de ellas se posó en el hombro de Lilly. La anciana le susurró algo, chasqueó la lengua y enterró la nariz en el plumaje. A Karin casi le dan arcadas. Intentó tragarse las náuseas y se dirigió a la mujer que había al lado de la señora: Inger, el ama de llaves. Ropa almidonada y rizos marcados, seguro que dormía con los rulos puestos. Y estaba casada con el mayoral. Aquello parecía sacado de una película en blanco y negro de Sif Ruud. Era el tipo de mujer que provocaba desprecio por su sumisión y admiración por su lealtad intachable y su orgullo profesional. Que aún hubiera mujeres así...

Inger le ajustó bien el mantón a Lilly y le acarició la mejilla. Era evidente que le tenía cariño, y Karin se enterneció. Ojalá todas las personas mayores de Suecia pudieran tener a alguien así a su lado.

Recordó sin buscarlo a su propia madre, que con el tiempo iba desapareciendo en su mundo desesperado, y se le hizo un nudo en el estómago.

Inger vio a Karin, la saludó con un gesto rápido y la apartó un poco.

—Qué bien —dijo en voz baja—. La señora ya está preparada. Agradecemos que la conversación pueda tener lugar aquí. Está más receptiva en este entorno, con sus aves. Y hoy es un día bueno.

—¿No son buenos todos los días?

Inger frunció el ceño y se llevó a Karin un poco más lejos de Lilly.

—No sé cuánto han averiguado ya, pero Hammarnäs alberga una historia muy dura, mucho dolor. —Karin esperó a que prosiguiera, e Inger dio un suspiro antes de continuar—: Sten y Lilly perdieron un hijo y después no tuvieron más. Sten se recuperó. Pero Lilly, no.

—¿En qué se le nota?

Era una pregunta superflua, era obvio que Lilly no estaba bien, pero, aun así, era una pregunta necesaria. Uno nunca sabía qué

respuestas podía recibir a una pregunta tonta en apariencia.

—Pues va cambiando. Unos días está como usted y como yo. Otros no, entonces se retrae y es difícil que preste atención al entorno.

—¿Puede llegar a ser agresiva?

Inger se quedó observando a Karin; seguramente sabía por dónde iba.

—Para nada —respondió, y luego bajó la vista—. O, bueno, sí... Pero solo consigo misma. Nunca con los demás.

—¿Consigo misma?

Inger se encogió de hombros.

—Supongo que no es insólito cuando se sufre un dolor así. Rompe vasos y se tira del pelo. Pero nunca a los demás. —Le clavó la mirada a Karin—. Nunca.

—Entiendo. Antes de hablar con Lilly querría hacerle unas preguntas.

—Por supuesto. Dígame.

—¿A qué hora se marchó usted de la casa la noche en cuestión?

—Diría que alrededor de las diez.

—¿Notó algo diferente? ¿Oyó o vio algo fuera de lo habitual?

Inger negó con la cabeza.

—No. Fue exactamente igual que todas las noches. Ayudé a la señora a acostarse, le pregunté al señor si necesitaba algo más, apagué las luces y eché la llave.

—¿Sten estaba como siempre?

—Sí... ¿A qué se refiere?

—¿Lo vio usted un poco nervioso o acelerado?

—No, para nada.

—¿Es posible que haya limpiado un cepillo con pasta de dientes en el cuarto de baño de Sten?

Inger se estremeció, parecía un tanto incómoda.

—Sí. ¿Cómo lo ha sabido? No pude evitarlo, me parecía tan personal... Y me pareció tan triste, como si estuviera en el lavabo esperando a su dueño.

Karin se sorprendió por la sinceridad de Inger, pero comprendió lo que quería decir. Ver a una persona día sí, día también, llegar a conocer todas sus particularidades, sus costumbres y sus vicios debe de dejar un vacío cuando esa persona ya no está. Debe de resultar traumático. ¿No?

—¿Cómo era su relación con Sten Hammar?

—Era su ama de llaves.

—Pero ¿cómo era su relación?

—El servicio no debe tener ninguna relación con los señores. Sí, ya sé, es como si en Hammarnäs se hubiera detenido el tiempo. Pero, si lo que quiere averiguar es qué tal se comportaba Sten como patrón, era meticuloso y sabía lo que quería.

—¿Estricto?

—Es posible. Pero solo cuando había motivo para ello.

«O sea, estricto, pero justo», pensó Karin.

—Gracias. De momento no tengo más preguntas.

Se acercaron a Lilly, que estaba alzando las manos hacia una palmera. Cuando llegaron a su lado, se dio la vuelta, sorprendida y alegre.

—¡Hola! —dijo.

—Lilly, esta es...

—Karin Klinga —interrumpió ella tendiéndole la mano. Lilly se la estrechó con una expresión divertida. Tenía la mano fría y huesuda, como un ave—. La acompaño en el sentimiento.

Lilly dejó de sonreír y asintió.

—Sten. Es verdad. Sten ya no está.

—Debe de haber sido un duro golpe. ¿Hay más familiares a los que haya que informar?, ¿algún hijo o pariente lejano?

La frase le había salido sola por la costumbre y se arrepintió en cuanto la hubo pronunciado. Inger se estremeció y miró a Lilly, que, al oír la palabra «hijo», había adoptado una expresión de dicha, como la de alguien que está viendo fotos de cachorros en Instagram. Karin contuvo la respiración y se preguntó si Lilly se retraería después de aquello.

El ruido de unos pasos en la puerta las interrumpió.

—Eso responde a su pregunta —susurró Inger antes de que un hombre mayor vestido de traje irrumpiera en el espacio.

—Lilly. Ay, Lilly.

La entrada del hombre hizo que las aves se pusieran a aletear inquietas, aunque él también parecía un pájaro. Tenía un rostro de rasgos definidos, pero los movimientos, bruscos y un tanto ampulosos, se veían acentuados por su cuerpo larguirucho. La nariz, la boca, las caderas: todo era estrecho. Las manos parecían hechas para tocar el

piano. El traje le quedaba perfecto, y seguro que se lo habían hecho a medida. El cuello almidonado que llevaba por dentro era alto en realidad, pero apenas le cubría la nuez. Si no fuera por el peinado, habría resultado elegante, un *dandy* clásico, pero parecía que se hubiera puesto un pegote de gomina en la palma de la mano y se lo hubiera estampado como un sello en el poco pelo que le quedaba en la frente. Se llevaba la mano allí constantemente para asegurarse de que el sello seguía en su sitio.

El hombre se acercó a Lilly y la abrazó.

—Qué pena, Lilly. Nuestro Sten, no me lo puedo creer.

—Axel —dijo ella, que parecía desconcertada.

Solo entonces se dio cuenta el hombre de que había más personas presentes. Concluyó rápido el abrazo y se dirigió a Karin:

—¿Y usted quién es?

—Karin Klinga, inspectora de la Policía Judicial.

—¿La policía?

—Efectivamente, ¿y quién es usted?

—¿Están interrogando a Lilly? ¿Sin la presencia de su abogado?

—Esto no es un interrogatorio formal. Le he preguntado que quién es.

El hombre era más alto que ella, y a Karin no le gustaba nada cómo la miraba por encima del hombro. Su sonrisa cortés nunca se reflejaba en los ojos, y se extinguía en cuanto parpadeaba.

Le tendió una mano larga y delgada.

—Axel Cronhielm. Hermano de Lilly. Abogado de la familia.

—¿Cuñado de Sten Hammar?

—Eso es. Si me disculpa, inspectora Karin, nos...

—No hace falta que diga el cargo.

—... nosotros acabamos de perder un marido, un cuñado y un patrón —dijo—, y le agradeceríamos que mostrara respeto por...

—... la investigación por asesinato que estamos llevando a cabo. Ya, igual que nosotros. Como comprenderá, también voy a querer hablar con usted, y necesitamos sus huellas dactilares cuanto antes.

Era impresionante lo bien que el recién llegado estaba manteniendo el tipo a pesar de todo. Karin dudó de que alguna vez lo hubieran tratado así. Prosiguió:

—Como abogado de la familia, imagino que conoce usted a la perfección las consecuencias jurídicas de una muerte. Tenemos que

investigar a los beneficiarios...

Ahora el hombre parecía haber vuelto a la vida.

—Pero esto no tiene nada que ver con un robo con homicidio, ¿no?

—¿Por qué un robo con homicidio precisamente?

—Es más que obvio. Y llevo años diciéndole a Sten que no puede tener semejante colección lejos de todo, es como estar pidiendo...

—¿Sabe si han robado algo?

El hombre la miró.

—No, no lo sé, pero...

—¿Quién puede decir si falta algo?

Karin se volvió hacia Inger, que se sobresaltó al ver que la miraban a ella.

—Yo no —dijo meneando la cabeza—. Mantenía la casa en orden, sí, pero el señor no me dejaba limpiar en todos sus escondrijos.

Axel asintió.

—Es una colección enorme, es imposible calcular lo que contenía. Y Sten no era de los que compartían sus conocimientos. —Se calló de golpe y miró de reojo a Inger, como si compartieran un secreto que neutralizara la jerarquía entre los dos. De repente, se lo veía inseguro —. Al menos, no durante los últimos años.

—Pero ¿ha habido alguien? —preguntó Karin, que se olió que aquello podía ser una pista.

—Puede.

—Si hay alguna persona que conozca bien su colección, necesitamos saberlo. Necesitamos saberlo ya.

Karin era incapaz de ocultar que empezaba a estar enfadada.

Axel dio un suspiro.

—A ver, sí, pero preferimos evitarla. —Cuando vio que Karin se preparaba para coger impulso otra vez, siguió hablando—: Aunque, por otro lado, hay que hacer un inventario, así que supongo que...

Con todo el aplomo que pudo reunir como policía, Karin repitió cortante:

—¿Hay alguien o no?

9

Majja Skog pegó el pulgar a la pintura del supuesto cuadro de Bengt Lindström y se limpió en los vaqueros.

—Vaya —dijo el ayudante que acababan de contratar—. Es falso, ¿no?

Pero Majja había seguido ya su camino por los pasillos de Wallius.

Charlotte nunca lo había dicho explícitamente, pero todo el mundo sabía que parte de las tareas de Majja consistía en dar una vuelta por allí y estar disponible para los colegas las veces que aparecía. Y muchos la paraban para hacerle consultas de enjundia, para que les diera una segunda opinión o para que les confirmara sus teorías.

La casa era un hervidero de actividad, como ocurría siempre unas semanas antes de mandar a imprimir un catálogo. Había expertos, ayudantes, clientes y conserjes por los locales del Krokan, que resultaba demasiado pequeño. No dejaban de entrar y salir clientes cargando con cajas de cartón, esperando a que les ayudaran y pendientes de las supervisoras de los aparcamientos, y no merecía la pena cerrar las puertas que daban a la calle Birger Jarlsgatan. Había cuadros apilados contra las librerías. Había muebles esperando en los carros a que los llevaran al almacén. Era necesario tasarlo, catalogarlo, fotografiarlo y etiquetarlo todo.

Y al mismo tiempo seguían aceptando nuevas piezas; al fin y al cabo, aún les faltaban varios millones de tasación. En circunstancias normales, eso habría hecho que Majja se activara, que intensificara su instinto de caza y que se le agudizaran los sentidos, pero ahora veía los pasillos, las escaleras y las salas como en una neblina. Creía que había conseguido olvidar. Pero la noticia de la muerte había atravesado todo el tiempo transcurrido y la hacía desplazarse como en una bruma. Todo lo que veía le recordaba a Sten Hammar y a Hammarnäs.

La chica de la limpieza estaba inclinada sobre el fregadero de la sección de la plata, que se veía lleno de copas y candeleros, y se apartó un mechón sudoroso de los ojos. Aquel trabajo tan penoso con el título más machista que la casa podía ofrecer se convertía para muchos en el primer peldaño profesional dentro del mundo de las subastas. Los contactos de clientes, los títulos de experto y los salones fabulosos había que ganárselos. Muchos maldecían el esfuerzo y desperdiciaban la verdadera oportunidad que ofrecía ese trabajo de esclavos: nunca llegaron a comprender que el conocimiento residía en el tacto. Majja recordó un día en el que Sten sacó una colección de plata en una bandeja enorme, cada objeto iba acompañado de una etiqueta en la que, con la letra de un hombre mayor, había escrito palabras como «Barroco tardío», «cincelado», «grabado», «esterlina» y «filigrana». Palabras que había que ir repitiendo como un mantra con cada pasada del trapo. Sin que ella llegara a darse cuenta, no solo se le fueron grabando las palabras con ayuda de los músculos de los brazos, sino que también las formas, el peso y el sonido se habían filtrado para siempre en el banco de conocimiento de su cerebro. Seguramente fue así como empezó a desarrollarse aquel sentido mágico del tacto, y su educación continuó en la sala de limpieza de Wallius. Pero mientras notaba el sudor y el abrillantador le escocía en las manos, Majja no pensaba en lo mucho que estaba aprendiendo.

Intentó quitarse a Sten de la cabeza, pero le resultaba imposible no pensar en lo que había sucedido. ¿Robo con homicidio? Los periódicos no contaban mucho. Y había decidido evitar los reportajes de las noticias. Ella ya no tenía nada que ver con Hammarnäs.

Al oír una palabrota en voz baja, levantó la vista y se encontró con la mirada inquieta de la chica de la limpieza. «O sea, que es nueva», pensó Majja. Igual creía que la *skinhead* iba a matarla y a mangar la plata.

Majja esbozó una sonrisa tranquilizadora y la chica de la limpieza asintió, algo avergonzada por su primera reacción.

—Lotta. La chica de la limpieza, así me llaman —dijo sonriendo.

—Majja Skog. Exchica de la limpieza.

—Me lo he imaginado —dijo la joven para intentar no reconocer que al principio Majja la había dejado un poco cortada.

Majja quería seguir su camino, pero al parecer la muchacha se sentía sola y tenía ganas de hablar.

—Me pregunto por qué no existirá el término *chico de la limpieza*.

—Sí que existe —dijo Majja—. En el siglo XVIII trabajaban en los teatros. Limpiaban el hollín y se encargaban de las luces, de que nunca se apagaran en las pantallas de los bastidores durante las funciones.

La muchacha no tenía nada que añadir, así que Majja siguió su camino.

A la altura de la oficina de la sección de la plata le pidieron que echara un vistazo a una pitillera de oro poco común con sellos desconocidos. «Trabajo para la noche», pensó, y se metió la pitillera en un bolsillo interior de su chaqueta de piel.

—Ya os diré.

Sus colegas habían aprendido a no preguntar cuándo, dónde y cómo recibirían la respuesta, así que continuó tranquilamente por el pasillo. Y tampoco cuestionaban la seguridad, ¿quién iba a atreverse a robarle a ella?

En el estudio de fotografía había un experto en arte que miraba preocupado cómo le hacían fotos a un bodegón de flores de Esther Kjerner.

—Majja, qué bien —dijo, y se le iluminó la cara—. ¿Qué te parece? ¿De verdad hace falta que metamos esta cosa tan aburrida en la subasta?

—Sí —respondió—. Después de un lavado.

—¿Un lavado?

Majja hizo caso omiso de los lamentos del fotógrafo cuando aplastó los cables con las botas y pisó el cartón blanco. Se mojó el pulgar, el que no se le había puesto azul de la copia de Bengt Lindström, y lo restregó con fuerza por el lienzo. Cuando le puso el dedo bajo la nariz al colega, él dio un paso atrás.

—¡Joder! Es un cenicero. O sea, una casa de fumadores, ¿no?

Majja asintió y continuó su recorrido. Recordaba la magia de la primera vez que Sten le permitió acompañarla a su restaurador y pudo ver con sus propios ojos cómo se transformaba un cuadro cuando los colores, originalmente claros, se liberaban de la capa amarilla de nicotina que recubría la superficie.

Se preguntaba si la policía tendría en mente a todos los restauradores, herreros y joyeros. Conocían la colección de Sten mejor que nadie, desde luego. Eran conscientes de su valor.

«Y eso a ti te tiene que dar igual», dijo para sus adentros, y dirigió los pasos hacia la máquina de café.

En el comedor se oyó por el altavoz a la recepcionista: «Candelabro en la segunda».

—Ay, eso no puede ser nada bueno —dijo Claes, y se levantó a pulsar el botón para contestar—. Gracias, Eva. Ya vamos.

Pero ni a él ni a Kurt se los veía con mucha prisa. Kurt, el auténtico veterano de la casa, seguía sentado con la espalda encorvada sobre el cuenco de yogur. En el cuello de la camisa llevaba enganchado un trozo largo de papel de cocina que le cubría la corbata y la barriga.

—Hola, Majja —dijo con tanta pena que ella se preguntó por un instante si conocía a Sten.

Pero después se dio cuenta de que debía de ser la información sobre el cuadro de Strindberg lo que le ensombrecía el ánimo. Habían recibido con gran decepción la noticia de que, finalmente, la familia propietaria había decidido venderlo con Kaufmanns. Majja creía que no tenía nada de raro que los clientes cambiaran de casa de subastas, ocurría continuamente. Pero, al parecer, algunos de sus colegas se lo tomaban como algo personal.

Claes no la saludó, lo más probable era que aún no la hubiera perdonado por lo del falso certificado de autenticidad.

—*Seriously*, Kurt. Anímate de una vez. Si te enfurruñas, lo único que consigues son más arrugas. Piensa en la fachada.

—La fachada —dijo Kurt con un resoplido, e intentó hacer un gesto hacia su barriga cervecera y la calva que resplandecía a la luz de la cocina. Levantó la mirada—. Hola, Fredrik.

El director de la casa, Fredrik Wallius, entró con un nudo Windsor verde y el pelo recién cortado. Sin tener que preguntar sobre qué estaban hablando, se incorporó a la conversación.

—Claro, no pongas esa cara, Kurt. Me ha llegado el rumor de que en Kaufmanns les han dejado la comisión de venta a cero. Contra eso no se puede competir, ya sabes.

Solo entonces reparó en Majja, que estaba apoyada en el lavavajillas.

—Ah, hola, Majja —dijo, parecía un poco nervioso, como siempre que hablaba con ella.

Majja tenía desde hacía tiempo la sensación de que el hombre se

sentía obligado a demostrar que de verdad la aceptaba y la respetaba, aunque en el fondo probablemente estuviera horrorizado. A pesar de todos los años que llevaba en Wallius, él, que tenía el rango más alto, era incapaz de relajarse en su presencia. Pero como a ninguno de los dos le entusiasmaba estar en el Krokan, no coincidían muy a menudo.

—Sí, bueno... —dijo Kurt con un suspiro—, pero lo normal es tener la cortesía de dejar que te hagan una contraoferta. Por cierto, ¿quién te lo ha contado?

—He almorzado en el Prinsen con Purre. Ha sido una comida agradable, deliciosa e informativa —dijo Fredrik con un guiño.

«Purre. Cuanto más fina es la gente, más ridículo es el apodo», pensó Majja. Seguramente también se tratarían de hermanos, para demostrar de verdad que se conocían bien, que la cosa quedaba entre amigotes.

—Tengo que largarme, he quedado con la gente del Rotary dentro de nada. —Antes de irse, se volvió hacia Majja con una amplia sonrisa y la postura rígida—. Majja, no quisiera molestarte, pero Charlotte te estaba buscando, está en su despacho. Bueno, cuando puedas, por supuesto.

Cuando Fredrik se marchó, Kurt siguió zampándose el yogur. Le lanzó un ejemplar de la revista *SvenskDamtidning* a Claes.

—Toma. Lee.

—¿Y por qué yo? Léetela tú.

—Yo estoy comiendo, tú solo estás tomando café.

—Pero, *please* —dijo Claes con un suspiro.

—¡Suspira todo lo que quieras! Las tres des, de eso es de lo que vivimos. Echarle un vistazo a una revista como esa puede cambiarlo todo.

No hacía falta que le recordara a su colega que *Death*, *Divorce* y *Disaster* —muerte, divorcio y quiebra— eran los motivos más habituales por los que las obras de arte y las antigüedades cambiaban de dueño.

Claes cogió la revista y la abrió por la primera página.

—Un reportaje de alguna mansión de alta alcurnia...

—No digas más, ¿tienen un jack russell en la escalera de entrada? —preguntó Kurt.

—¿Cómo lo sabes? Después hay un estreno de cine... Bueno, qué guapo, ¿no? —dijo Claes señalando a un actor de una belleza

empalagosa.

—No es la clientela adecuada.

—Ah, mira. Varias publicaciones de libros...

—Pero, madre mía. Cotilleos, ¿no ves ningún cotilleo? Joder, qué cuidado se gastan los suecos. Menos mal que existen los periódicos extranjeros. Ahí sí que puedes enterarte de algo.

Lotta, la chica de la limpieza, entró entonces con los ojos enrojecidos por el llanto y la conversación cesó de golpe. Cogió un vaso, abrió el grifo de agua fría y se quedó con la mirada perdida mientras el agua no dejaba de correr.

—Yo creo que ya sale fría —dijo Kurt—. ¿Todo bien?

La muchacha se sorbió un poco los mocos.

—No —respondió meneando la cabeza—. Al menos, no la copa que acabo de abollar.

Tanto Kurt como Claes dieron un respingo y se miraron. Se acercaron a la muchacha y le pusieron la mano en el hombro. Kurt levantó un poco del papel de cocina que llevaba al cuello y se lo pasó a Lotta con cuidado por la mejilla.

—¿Es la primera vez?

Ella asintió y los gritos de júbilo y los aplausos inundaron el comedor.

—¡Una virginidad perdida! ¡Una virginidad perdida!

La joven observó confusa la alegría de los presentes y sonrió insegura con las pestañas aún empapadas.

—¡Felicidades! —dijo Kurt—. ¡Muchísimas felicidades! Ya está, ya pasó. El primer golpe no se olvida nunca, es como el pistoletazo de salida de tu carrera profesional. Y seguro que va a ser grandiosa.

—Mi primer golpe fue a una placa de piedra gustaviana —dijo Claes.

—Ah, qué elegante —dijo Kurt—. El mío fue a una copa júnior de Kosta, por desgracia.

Los tres dirigieron la vista hacia Majja, que se quedó mirándolos.

—Tú nunca has roto nada. Por supuesto —dijo Claes poniendo los ojos en blanco. Entrelazó las manos—. Bueno, entonces, según manda la tradición, hoy es día de tomarse algo después de trabajar.

—Creo que no puedo, tengo que... —intentó excusarse la muchacha.

—No digas tonterías. ¿East o Riche, Kurt?

—Que decida la homenajeada.

«Candelabro en la segunda, ¿hola?... ¿Vais a venir de una vez?»

Majja se fue de la cocina, pero no se le había contagiado el buen humor. Mientras subía al despacho de Charlotte Mörner, pensó que era extraño que aún no hubiera roto nada, con tantas piezas como habían pasado por sus manos. Pero es que Sten le había enseñado desde el principio que nunca debía sujetar el asa o el mango, sino solo el cuerpo del objeto. Y siempre con las dos manos. Había aplicado aquella máxima con la porcelana carísima de la dinastía Ming de Sten y con las tazas de café de Inger, que estaban todas desportilladas, aunque el té le quemara los dedos. Y si se desembalaba o se abría un paquete, se hacía siempre sobre una superficie blanda. Eso lo tenía grabado en la médula.

A veces Majja se preguntaba qué habría sucedido si le hubiera dado un golpe a alguna de las piezas de Sten, cómo habría reaccionado él. ¿Habría roto Inger algo alguna vez mientras limpiaba el polvo?

10

Charlotte se reclinó en la silla de oficina y se tomó un descanso. Habían sustituido el irritante reloj por una escultura de Milles y unos cuadros selectos. Aparte del leve murmullo del tráfico proveniente del exterior, reinaba el silencio, y allí dentro resultaba fácil respirar. Las altas ventanas que daban a la calle Birger Jarlsgatan dejaban entrar toda la luz posible, y todas aquellas piezas de arte moderno lucían en todo su esplendor. En los lienzos de Ola Billgren y de Karin Mamma Andersson se apreciaba cada pincelada.

Pero hacían falta más tejidos, los tacones resonaban por el parqué al andar. Y también estaba el letrero de la puerta que deberían haber cambiado y donde aún se leía FREDRIK WALLIUS, DIRECTOR. Por lo demás, todo bien. Se fue tranquilizando poco a poco, pero no era capaz de relajarse del todo. Porque todavía no habían alcanzado el resultado que deseaban, qué va, ni mucho menos. Y la reunión que acababa de celebrar con Fredrik, en la que él la había informado de las expectativas de la junta para la próxima subasta, no había facilitado las cosas. Pero ella tenía un as en la manga. Majja Skog. Un arma que nunca fallaba cuando la situación se ponía fea.

Cuando oyó los pasos de unas botas pesadas al otro lado de la puerta, rezó para sus adentros antes de colocarse la sonrisa.

Como siempre que Charlotte la recibía en su despacho, Majja empezaba deteniéndose en la puerta, como si esperara que nadie fuera a estar allí y que hubiera que cancelar la reunión. Y, como siempre, Charlotte le pedía que entrara y se sentara. Majja dudaba, pero acababa sentándose en la silla gustaviana, delante del escritorio. Charlotte percibió el agradable crujido del forro de crin de caballo y de la ensambladura de la madera de dos siglos de antigüedad. Un sonido precioso.

Se levantó y se apoyó con soltura en el borde del escritorio con los brazos cruzados. Sintió que el collar de perlas se le enganchaba en la blusa y corrigió la postura. La mirada de Majja era difícil de

interpretar, como de costumbre.

—Muchísimas gracias por la ayuda la última vez, Majja —probó a decir Charlotte para romper el hielo—. Estuvimos a punto de darnos un buen batacazo.

Majja asintió, como si aquello no tuviera el menor interés. Charlotte no se sorprendió, así funcionaba ella: el caso estaba cerrado. La nostalgia era una pérdida de tiempo. Había que seguir aplicando la lupa a otra cosa. A nuevas piezas, nuevos misterios.

—Pero ese no es el motivo por el que te he llamado.

Volvió a ponerse al otro lado del escritorio, se puso las gafas de cerca y miró los documentos. Cuando levantó la vista, se sintió insegura.

—Majja... ¿Cuando dijiste que no conocías a Sten Hammar...? ¿Estás segura? ¿Nunca llegaste a verlo?

Por segunda vez en su vida, Charlotte vio cómo a Majja Skog, el robot negro de Wallius, se le caía la careta. La primera vez fue en la última reunión semanal, cuando mencionaron el nombre de Sten Hammar. Aquel rostro tan pálido se había vuelto más pálido aún, igual que ahora. Tenía las mandíbulas apretadas. Parecía que estuviera pensando muy bien la respuesta. Charlotte aguardó.

—¿A cuál? —dijo Majja al fin.

—Pues... a Sten Hammar. ¿Qué quieres decir?

—¿A qué pregunta quieres que te responda?

Charlotte dio un suspiro, Majja continuó:

—¿Que si conocía a Sten Hammar? No. ¿Que si lo he visto alguna vez? Sí.

Las preguntas subsiguientes que cabría esperar, como por ejemplo dónde, cuándo y cómo, las cortó de raíz clavándole la mirada a su curiosa interlocutora. Y pudo comprobar que también funcionaba con ella.

—Vale —dijo Charlotte haciendo un gesto de resignación—. Pero parece que la familia sí te conoce a ti. Le han solicitado a Wallius una tasación de los bienes y quieren que seas tú quien se encargue. La policía de la zona también necesita consultarte algo relacionado con la investigación.

Majja se irguió en la butaca, de pasiva a activa en un milisegundo. Empezó a rebuscar frenéticamente en los bolsillos de la chaqueta —¿estaba temblando?— y finalmente sacó una cosa que

parecía una caja de oro.

—Me temo que no tengo tiempo —dijo entre balbuceos—. Tengo que investigar esta pitillera. La gente de la sección de la plata me lo ha pedido. Tiene aquí unos sellos que...

Se quedó en silencio al ver que Charlotte le sonreía. Majja se detuvo y se miró las manos, donde la cajita descansaba como un pajarillo muerto. Sin duda, ya había comprendido que su jefa se había dado cuenta de quién era. Que su fachada habitual se había agrietado.

—De oro, no es muy frecuente... —dijo Majja en voz baja, en un último intento.

De pronto, Charlotte se puso de pie y rodeó el escritorio.

—Ya me encargo yo.

Le quitó la cajita de las manos y pasó los dedos por el grabado de la superficie mientras hablaba.

—Majja, no sé cómo llegó a cruzarse tu camino con el de Sten Hammar, y no te voy a preguntar nada más sobre el tema. Pero lo que sí sé es que justo ahora Wallius necesita todas las reliquias familiares que podamos encontrar. Han solicitado tus conocimientos, y no puedo arriesgarme a perder clientes y a que se los lleve Kaufmanns o cualquier otra casa de subastas solo porque no puedan contar contigo.

Sin que Majja hubiera dado una respuesta, ni con la cabeza ni con un gruñido siquiera, Charlotte decidió considerar que había aceptado el encargo.

—Perfecto, pues lo hacemos así. Ve de inmediato. Yo te mando los datos de contacto a lo largo del día.

Dejó la cajita en el escritorio. Cuando volvió a mirar a Majja, le sonrió con picardía.

—Por cierto que, al parecer, corre prisa. Así que imagino que es una buena ocasión para sacar a pasear a la bestia.

11

Cuando Majja Skog salió del despacho de Charlotte y se dio cuenta de que no había conseguido librarse del encargo, se le descompuso la barriga. Como siempre que se ponía muy nerviosa o pasaba mucho miedo. El papel higiénico le vibraba en la mano de tanto como temblaba. No recordaba nada del camino que había recorrido desde el Krokan, en el centro de la ciudad, hasta el garaje. Excepto el calor. El sol apretaba sin piedad en el barrio de Gärdet, no había ni sombra de vegetación en aquella llanura, que recordaba a un campo calcinado de una película de guerra. Suspiró aliviada cuando por fin se encontró en el interior. En el garaje de vehículos deportivos de Gärdet hacía fresco.

Sus colegas dedicaban el sueldo a comida, ropa, chalés y niños, pero Majja Skog se gastaba todo su dinero en viajes relacionados con el arte y en aquello. Le dolió el bolsillo pagar el coche y mantener una plaza de garaje un poco más pequeña que su apartamento. Pero nunca llegó a arrepentirse.

El garaje se encontraba en la planta baja para que los conductores no tuvieran que cambiar de marcha y se ahorraran la pendiente o la rampa. Todas las plazas eran cajas cerradas de veinticinco metros cuadrados con una puerta que se abría y se cerraba a distancia y con una bomba de calor independiente para controlar la humedad y la temperatura. Las cámaras de seguridad estaban grabando las veinticuatro horas, y los propietarios podían seguir la emisión en directo desde sus teléfonos móviles.

Dicho de otra forma, tenía una seguridad muy rigurosa. En cuanto Majja atravesó el control, las puertas se cerraron a su espalda. Salió al suelo a cuadros blancos y negros y percibió el agradable aroma a aceite, pintura, caucho y humo. Después de un día en Wallius, en medio de ese caos de colores y formas, el garaje le resultaba purificador. Tanto las paredes como el techo estaban pintados de blanco, y no había rastro de suciedad.

Majja oyó voces. Al doblar la esquina, vio a unos muchachos alrededor de un Maserati amarillo canario, las puertas levantadas parecían alas de murciélago. En la sala que había detrás, con barra, sofás de cuero rojo y una televisión de grandes dimensiones, había un grupito de muchachas con las cabezas juntas. Hacían clic con las uñas y se retorcían mechones de pelo mientras hablaban.

Un joven con una cazadora de coche deportivo llena de parches apuntó el mando a distancia a una de las puertas gris metálico. Cuando su Dodge Viper estaba medio a la vista, reparó en Majja, se sobresaltó y volvió a pulsar el botón. El traqueteo de la puerta cesó y todos miraron a la intrusa, excepto las muchachas, que siguieron hablando. Majja activó su propia puerta con el mando a distancia que tenía en el bolsillo de la chaqueta. Cuando empezó a verse su Lamborghini Gallardo de color rosa chillón, los jóvenes asintieron en señal de reconocimiento.

—Anda, sí, ese, puf —dijo uno de los muchachos con una risa.

—Para ya, que es un puto Lamborghini —respondió el dueño del Dodge Viper.

Parecía que a los hombres aficionados a los coches les resultaba del todo imposible no decir lo que opinaban sobre ella. Podía tratarse bien de un comentario positivo, como que «era guay ver a una chavala en la pista de carreras», o bien de una risa despectiva. Lo único que nunca había experimentado era que la recibieran con indiferencia.

Entre los muchachos había uno un poco mayor que la saludó con un gesto amable. Él era el que se empeñaba en enviarle invitaciones a Trackdays, Bullrun, Supercar road rallies, Open pit y cosas así. Ella las ignoraba todas. Aquel era un sitio para guardar el coche, no para conocer gente.

Pero acudía a Mantorp siempre que podía. La pista de carreras era su respiradero, su forma de desconectar y de reiniciar el disco duro. Así se liberaba de todo. En las curvas solo había que concentrarse en conducir, no quedaba espacio para nada más. El sonido del motor, la fuerza G y el chirrido de los neumáticos, aunque fuera el del V70 de su padre, formaban parte de ella, la leche materna que la había nutrido cuando vivía en el campo.

En cuanto retiró del todo la cubierta y la puerta se cerró con aquel ruido fuerte que infundía seguridad y que era un poco absorbente, arrancó el motor. Los conciertos para piano de Bach

siguieron reproduciéndose del trayecto anterior.

Una vez en la calle, subió el volumen. Cuando se incorporara a la autopista, pondría rock duro, pero, en el tráfico de la ciudad, los artistas eran Bach y ella. A veces deseaba que el coche se condujera solo para poder cerrar los ojos cuando sonaban las notas más bellas y volver en sueños a los auditorios de Viena, Praga y Londres.

Casi todo el mundo se volvía a mirar cuando pasó por Valhallavägen. El Lamborghini siempre suscitaba fuertes reacciones en el barrio de Östermalm, seguramente la gente acaudalada diría que era de mal gusto (cuando Claes la vio llegar en él a una subasta en una granja de Sörmland, puso los ojos en blanco y dijo «Pero qué *tacky*»), mientras que los nuevos ricos aplaudían.

Cuando Majja se paró en un semáforo en rojo y una clase de preescolar con chalecos reflectantes empezó a cruzar la calle en fila, no pudo evitar pisar un poco el acelerador. Los gritos de alegría de los niños le hicieron sonreír. Pero seguía teniendo en mente hacia dónde se dirigía, y estaba preocupada. Y el mal presentimiento se reforzó cuando apareció en la pantalla del móvil el mensaje de Charlotte con los datos de contacto del cliente:

Axel Cronhielm.

Axel Cronhielm. Pues claro. «Mierda.» Quitó a Bach, con más fuerza de la necesaria, y lo cambió por Entombed.

12

1993

HAMMARNÄS

—Majja, ¿eres una ladrona?

Acababa de entrar en el despacho de Sten, que la saludó con esa pregunta. Se quedó mirándolo a través del humo del cigarrillo.

—No. ¿Y tú?

—¡Bien! —Aplastó la colilla y le hizo una señal para que se acercara—. Ven.

A Majja le entraron ganas de darle un guantazo, pero se le pasaron cuando vio que tenía algo en el escritorio. Una caja de cuero rojo, más o menos del tamaño del juego de llaves de pipa de su padre. Pero se imaginó que contendría una cosa muy distinta.

Sten puso los dedos en la caja y miró a Majja con un brillo en los ojos.

—¿Estás preparada?

Majja asintió impaciente, sin saber para qué tenía que estar preparada. Sten presionó un botón de la cerradura y levantó la tapa.

La luz que reflejaba el contenido la cegó. Piedras preciosas. Joyas centelleantes.

—Es un juego completo.

Sten estaba tan serio como siempre, y fue señalando con el índice.

—Cinco partes. Diadema, pendientes, broche y collar. Obra francesa, década de 1950. Brillantes y esmeraldas...

Majja había dejado de escucharlo hacía un rato. El resplandor de aquello que tenía delante ahogaba todo lo demás. Los verdes eran los más bonitos. Pero los blancos brillaban con más fuerza. Se preguntó si pesaría mucho al ponérselo todo a la vez, cómo se vería llevándolo todo a la vez, cómo le habría quedado a su madre si...

—¿Me estás escuchando, Majja? Bueno, ya te acostumbrarás. Al fin y al cabo, solo son piedras. Nada más. Y...

—¿Son auténticas?

Él se limitó a asentir.

—Qué pasada.

Notó que apenas podía respirar y casi empezó a sentir náuseas.

—Qué bonitas.

—Sí. Son bonitas. ¿Y eso cómo lo sé, Majja? ¿Qué es lo que hace que una piedra sea mejor o peor?

—¿Lo mucho que brillan?

—¡Bravo! Mi discípula trae hoy la cabeza en su sitio. Hay cuatro cosas que influyen en cuánto brilla una piedra. Y las vas a aprender ahora. Es fácil recordarlas, porque todas empiezan por la letra «C». ¿Siguen enseñándoos inglés en el colegio?

—¡Pues claro! Soy capaz de contar hasta cien.

—Vale. Pero ¿sabes lo que significan estas palabras: *carat*, *colour*, *clarity* y *cut*?

—No estoy segura..., pero al menos sé que *colour* es «color».

—Muy bien.

—Y *cut* es... ¡«apuñalado»! —dijo orgullosa por haberlo aprendido de una de las películas que ponía Peter y que los niños no podían ver.

Sten soltó una carcajada.

—¡Algo así! *Cut* es la talla de la piedra. *Carat* es su peso, *colour* es efectivamente el color y *clarity*, la pureza. Repite las cuatro «C».

—*Carat, colour, clarity* y *cut*.

—Estupendo —dijo Sten tendiéndole el paño de pulir.

Majja sabía lo que significaba eso, suspiró y cogió la caja para dirigirse a la cocina.

—No, no, creo que esta vez será mejor que las piezas se queden en la sala.

Después de haber estado puliendo mientras recitaba las cuatro «C», tuvo que aprenderse el nombre de varias piedras preciosas y sus tallas, y cómo se miraba con una lupa («Majja, no eres un pirata, mira con los dos ojos»). Por muchos brillos que hubiera y por muy emocionante que fuera aquello, empezó a notar cosquilleos en las piernas. En el bolsillo llevaba otro tipo de tesoro, y cada vez tenía más ganas de salir corriendo a la *volière*. Quería comprobar si se atrevería.

¿Y si Jussi, o incluso Lilly, le mordían cuando les mostrara el pelo? Pero es que tenía que intentarlo, con la de molestias que se había tomado en la última visita a la peluquería. Como de costumbre, el corte había consistido en que Peter le recogió la melena en un moño y se la cortó entera de un tijeretazo. Cuando ella se agachó porque quería conservar el pelo, Peter se quejó. «Joder, pero qué asco, estás enferma», le dijo, y lo tiró. La cosa no mejoró cuando un poco después se la encontró husmeando en la basura. Pero, tras unos cuantos golpes y después de perseguirse un rato alrededor de la mesa de la cocina, consiguió guardar los mechones en el bolsillo.

Se pasó la mano por el pantalón antes de volver a coger el lápiz y las cuentas del total de quilates del conjunto, y las comprobó una última vez.

—¿Has terminado?

Asintió, y Sten le quitó el cuaderno para inspeccionar los resultados. Al cabo de un rato, levantó la vista y la miró con las cejas arqueadas.

—Se te dan bien las matemáticas, ¿verdad?

—Supongo —respondió encogiéndose de hombros.

—Te he visto contar los nudos de las alfombras y atinar con las fechas de la historia del arte, así que no debería sorprenderme que también seas capaz de contar los quilates de las piedras preciosas.

Majja se alegró de que, después de todo, el hombre se hubiera percatado de su truco con los nudos de las alfombras, y quiso contarle cómo lo había hecho, pero se quedó cortada cuando él se dirigió hacia una estantería detrás del escritorio y sacó un CD.

—Entonces, puede que también tengas buen oído musical.

¿Oído musical? No sabía siquiera lo que significaba eso, pero se imaginó que estaría relacionado con la música. Se sabía de memoria los CD de rock duro de Peter. Cuando los ponía, nunca se peleaban. Era como si aquellas voces iracundas gritaran por ellos. Y le gustaba arrancarle una carcajada haciendo como que tocaba una guitarra imaginaria y sacudiendo la cabeza. Se sentía bien cuando Peter se reía. Su risa era igual que el ruido que hacía el papel de seda.

Pero seguramente el hombre no se refiriera a eso.

—No canto muy bien.

—Tener oído musical es mucho más que saber cantar. Si percibes ciertas cosas cuando escuchas música, eso también es tener oído

musical. Entender la música puede llegar a ser... divino.

Al decir la última palabra, encendió el equipo.

Parecía que la sala se hubiera vuelto más grande. Las paredes crecían, vibraban y hacían que el techo... como que se abriera. Majja incluso levantó la vista. Se sentía pequeña y mucho más grande al mismo tiempo, pequeña porque las notas la estaban arrollando y más grande porque sentía que el corazón se le ensanchaba. No sabía si le gustaba esa música, pero la notaba en el cuerpo de una forma totalmente nueva. Eso es, lo notaba más en la barriga y en la cabeza que los mejores solos de guitarra y batería de los CD que tenían en casa.

—Majja —dijo Sten—, te presento a Johann Sebastian Bach, un genio de las matemáticas, como tú.

Mientras la música iba cayendo en la sala como incesantes gotas de lluvia —pliquiploqui-pliqueti-plic—, Sten empezó a hablarle de aquel hombre que vivió mucho tiempo atrás, de su música, que era una combinación de matemáticas y emociones poderosas, de lo divino.

Pero ella prefería que Sten se callara para poder escuchar aquello, que sonaba aburrido y bullicioso a un tiempo, liviano e inquieto, que la impulsaba a querer ponerse a andar de puntillas o a tamborilear con los dedos. Aunque, por supuesto, se contuvo.

Al final se callaron la música y Sten, y Majja lo miró aturdida.

—Lo sabía —dijo Sten acercándose a ella—. No todos saben apreciar a Bach, pero siempre he estado convencido de que depende tanto del carácter como de los conocimientos.

De repente, puso su mano sobre la de ella. Majja sintió como si unos cálidos rayos de energía le recorrieran el cuerpo entero.

—Y tú, Majja, tienes aptitud para apreciar a Bach. Y eso es algo de lo que deberías alegrarte.

Fue bajando la escalera a saltitos mientras tarareaba las notas que acababa de oír. La música y la mano de Sten (aún podía sentir su calidez) la habían hecho feliz, habían conseguido que se olvidara del pelo que llevaba en el bolsillo. Y del hambre; como de costumbre, no habían desayunado nada en casa, pero jamás le pediría a Inger un bocadillo. Sin embargo, tal vez pudiera robarle un cacahuete a Jussi. Si era rápida. En el último tramo bajó los peldaños de dos en dos. Le daba igual el ruido que hacía, para cuando alguien llegara a reñirle,

ella ya estaría en el jardín.

—¿Y tú quién eres?

Al oír aquella voz desconocida tropezó y cayó de bruces en el vestíbulo. Las manos resonaron al dar contra el suelo a cuadros blancos y negros. Los zapatos que tenía delante de la cara le recordaban a los de Sten, pero los pies de aquel hombre eran aún más delgados. La piel relucía como el agua de un pantano. Levantó la mirada y vio que casi todo en él era delgado. Seguramente, él también debería comer algo. Aunque igual se encontraba mal, porque tenía la boca torcida, como el maestro aquella vez que la vio hurgarse la nariz y después llevarse el dedo a la boca.

Cuando levantó un poco la cabeza, el hombre retrocedió.

—Te habrás perdido, sin duda. ¿Estás aquí con alguien del servicio?

Majja no sabía qué responder, el hombre hablaba muy raro. Al cabo de un rato, negó con la cabeza.

—Ah, vaya. Bueno, será mejor que bajes con Inger, en todo caso.

—Pero me dejan estar aquí —se le escapó—. Lo ha dicho Sten.

—¿Sten? —El hombre se quedó mirándola—. ¿Estás segura?

—Estoy segura, sí.

—De acuerdo. ¿Y cómo te llamas?

—Me llamo Majja. Con dos jotas.

El hombre sonrió un poco.

—¿Seguro que no te llamas Ronja, como la hija del bandolero?

Majja apretó los puños sin darse cuenta, pero cuando la escalera empezó a crujir con los pasos de alguien que bajaba, se tragó la ira.

—¡Axel! ¡Qué bien que hayas venido! —dijo Sten—. ¿Con qué nos ponemos primero: *business or pleasure*? A mí me apetece sacar la coctelera.

Cuando el hombre, que al parecer se llamaba Axel, señaló con un dedo a Majja, Sten dijo:

—Ah, veo que ya has conocido a mi discípula. Se llama Majja. Majja, este es Axel, mi cuñado.

Axel enarcó las cejas y sonrió un poco más mientras Majja terminaba de levantarse del suelo.

—¡Pero ¿qué me dices?! ¿Es ella? Vale, sí, haz lo que te parezca bien, Sten. Es lo que haces siempre.

Sten bajó tranquilo los últimos escalones con la mano en el

bolsillo. ¿Estaba sonriendo también? Puede que no. Majja se quedó mirándolos sin saber si ella también debía sonreír.

—Gracias, Majja, nos vemos el domingo.

Los hombres se dirigieron a la puerta y, antes de salir, ya parecían haberse olvidado de ella.

13

Karin Klinga se sentía avergonzada. El despacho de la comisaría de Östhammar debía de haber pertenecido a otra persona anteriormente, pero lo habían limpiado a conciencia. Olía a jabón. En el escritorio se veían cuadernos y bolígrafos nuevos. Al lado del teléfono y la pantalla del ordenador habían colocado un ramo de flores, en la tarjeta ponía: «Bienvenida, Karin». A esas alturas, las flores ya se estaban marchitando. Desde que había empezado en el nuevo puesto, apenas había pisado la comisaría local, sino que se había pasado la mayor parte del tiempo yendo y viniendo entre el escenario del crimen y su casa.

Pero ahora, al sentarse por primera vez al escritorio, le pareció obvio que se alegraban de tenerla allí. Habían hecho un esfuerzo, habían mostrado consideración mientras ella se comportaba como la estocolmeña que era: arrogante, asocial y eficaz. Su única aportación al espíritu de equipo había sido estrecharles brevemente la mano a sus compañeros y olvidar los nombres en el mismo instante en que los oía. La visita guiada que le había hecho Lennart, el jefe, terminó enseguida, porque el local era tan grande como la oficina de expedición de pasaportes de Estocolmo. Un edificio bajo de ladrillo, pared con pared con el parque de bomberos y enfrente de un centro de salud. Dios, lo que echaba de menos a sus colegas de Estocolmo. Sobre todo a Kulan. Pero también el entorno: aquellas salas tan familiares, y las rutinas. Allí, la tareas y las competencias estaban perfectamente. Aquí todos hacían de todo, se tenían controlados entre sí y nunca se les pasaba un cumpleaños ni la posibilidad de parar para tomarse un café y un dulce.

Pero al menos hoy había acompañado a Ricky a comer. Eso conllevaba tener que soportar las palmaditas en la espalda entre su colega y el dueño del Sibylla del pueblo, y, antes de que le diera tiempo a decir nada, habían pedido «lo de siempre» para los dos. «El especial de Ricky: un plato de kebab con extra de todo.»

Los pantalones le apretaban y a los pulmones les costaba respirar. Intentó contener un eructo, pero no lo consiguió, apestaba a ajo y a guindilla. Claro que estaba bueno, al menos el primer bocado, aunque era incapaz de recordar la última vez que había comido algo tan poco saludable. Y tanta cantidad. Pero, a pesar de que el almuerzo la había hecho sudar, había merecido la pena. Hasta hoy no había visto mucho más que Hammarnäs, pero en el Sibylla a ella, «la nueva», la habían ido presentando a casi todo el que entraba, y siempre por su nombre de pila. Se confirmó su prejuicio de que en las zonas rurales todo el mundo conoce a todo el mundo y que no había asunto que fuera demasiado delicado como para no hablarlo entre bocado y bocado de un kebab. «Ricky, ¿habéis pillado ya al furtivo?», «¿Cómo va lo del barco que le robaron a mi cuñado?», «¿Estáis haciendo algo con lo de los pandilleros de Gimo?». Y los asuntos policiales se mezclaban alegremente con los partidos de fútbol, la lotería y la receta de la parienta. Para evitar que la metieran en la conversación, Karin se había asegurado de tener siempre la boca llena, cosa de la que ahora se arrepentía.

Miró el reloj, era casi la hora de la reunión del equipo de investigación. ¿Se notaría si se desabrochaba el primer botón de los pantalones?

Le sonó el móvil y la pantalla se iluminó: «Nora».

—Hola, cariño.

—Hola, mamá. ¿Se puede usar un estropajo de acero inoxidable en el lavabo?

—¿Cómo? —Karin se echó a reír—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque juraría que el puto Martin, el nuevo que se ha mudado a nuestro pasillo, vomitó anoche en el lavabo. O al menos parecía que estuviera vomitando.

La pintoresca descripción de su hija se le mezcló con el sabor del kebab. Karin hizo una mueca. Pero también porque le desagradaba comprobar que Nora había heredado la sensibilidad de su madre ante los fluidos corporales. Compartir las zonas comunes con otros estudiantes seguro que era un reto para ella. El trimestre había terminado ya y debería estar prácticamente sola en el pasillo, pero al parecer había más gente que, como Nora, se había quedado allí para los cursos de verano.

—Pero ¿cómo sabes que no vomitó en el váter?

—Porque no tiró de la cadena después, y cuando me acerqué a mirar el váter estaba vacío, pero el lavabo estaba mojado.

Karin cerró los ojos y se llevó la mano a la cabeza.

—Pero, hija mía, ¿te quedaste despierta escuchando...?

—¡Qué más da! ¿Puedo usar el estropajo de acero inoxidable o no?

—Creo que no. Normalmente la lejía...

—La abuela dice que sí.

Karin dio un suspiro.

—Pero a la abuela no puedes hacerle caso, si ya casi no sabe ni cómo se llama.

Mierda. Karin se habría dado de tortas. ¿Por qué había dicho eso? El silencio al otro lado del teléfono era ensordecedor. Miró el reloj con la esperanza de que Nora no empezara a llorar.

—Evidentemente, no es tan así —dijo para tranquilizarla—. Lo que quiero decir es que algunos días puede estar un poco despistada.

—Ya, si me he dado cuenta. Se lo dije a Filip, pero es que no me escucha, solo sabe hablar de Ida.

Karin sonrió para sus adentros. Qué típico de sus hijos: Nora, la aplicada estudiante de Periodismo, siempre atenta, mientras que el hermano estaba embelesado con su amada. La hija igual que la madre, el hijo igual que el padre. Pensó en Magnus y se preguntó si Filip se habría convertido ya en un calzonazos. Ahora que se había ido a vivir con Ida, para él no había nadie más en el mundo. Incluso se había hecho vegetariano por ella. Él, que siempre quería bistec con salsa bearnesa por su cumpleaños. Al principio, Karin se alegró de que se quisieran y de que se fuera de casa, pero ahora estaba empezando a pensar que había sido demasiado precipitado. Aunque, por otro lado, Filip no era el tipo de muchacho que se iba a recorrer Tailandia en barco, que se dedicaba a viajar con sus amigos o que decidía encontrarse a sí mismo después de acabar el instituto. Había pasado directamente de la familia a la pareja.

—Mamá, ¿sabes qué? Cuando Filip vino a verme a Gotemburgo y fue a comprarle un regalo a Ida, tuvo que llamarla para preguntarle qué quería, para no decepcionarla... ¡Es como si ya no tuviera voluntad propia! En fin, habrá que felicitar a Ida, supongo.

«No estés tan segura», pensó Karin.

—Por lo demás, ¿cómo te encuentras, cariño? —preguntó—. ¿Te

da tiempo a entrenar un poco?

—Claro, varios del pasillo salimos a correr juntos, pero no es tan guay como contigo, tú llevas mejor ritmo.

—¡Ja! No estoy yo tan segura, sobre todo con el tema de la rodilla. Pero tengo ganas de que vengas y volvamos a correr juntas, y también con Filip.

Al menos eso sí que se lo había transmitido, el hábito de hacer ejercicio y de comer bien. Siempre había valorado mucho el hecho de salir a correr juntos, y pensar en ello era un incentivo para volver a ponerse en forma. Se acordó de los ejercicios para la rodilla que le había recomendado el fisioterapeuta. No podía descuidarlos.

—Qué guay que papá y tú os vayáis a ver, por cierto. No habla de otra cosa.

—¿Cómo? ¿Nos vamos a ver?

Recordó su última conversación. Estaba harta. Se iban a ver para concretar unos cuantos temas, no era para nada una cita. Pero le resultaba aún más indignante que se lo hubiera contado a los niños.

—Ah, no, no, vamos a vernos para hablar un poco, nada más.

—¿Adónde vais a ir?

—Nora, no creo que...

—El Capitol te pilla cerquísima, así podéis ir al cine juntos. Ponte el vestido verde, te queda genial.

Ricky apareció en la puerta y dio unos golpecitos en el marco.

—Es la hora —dijo.

—Tengo que irme, cariño. Cuídate. Y, Nora, olvídate del estropajo.

Después de la presentación detallada y elogiosa que Lennart, el jefe de la comisaría, hizo de ella para quienes aún no la conocían, Karin Klinga dio un paso al frente. Se sentía segura, eso se le daba bien. Además, se alegraba de poder estar de pie durante la reunión, el kebab seguía haciéndose notar. Esperaba que no pudieran olerle el aliento. Abrir la ventana quedaba descartado por el calor, de lo contrario, la vieja instalación de aire acondicionado colapsaría por completo.

Con un clic, fue pasando imágenes en una pantalla. Revisó los informes y las distintas teorías sin prisa. Alguien se abanicaba con un cuaderno, pero la mayoría de los asistentes estaban atentos tomando

notas mientras ella hablaba.

—Sten Hammar estaba en pijama y bata. En un dedo encontraron restos de pasta de dientes y en el lavabo había un cepillo con restos de la misma pasta. Estaba a punto de cepillarse los dientes, pero probablemente lo interrumpieron. O sea, una visita inesperada. Creo que el autor del delito estuvo en ese bosquecillo —dijo al tiempo que señalaba el mapa ampliado— esperando a que los empleados se fueran a dormir y dejaran solo a Sten Hammar. En el bosque hay una rama partida, seguramente la retiraron para poder ver mejor la casa. Y encontramos una colilla de Camel Light. Estamos esperando los resultados del técnico criminalista.

Todos le prestaban atención, había un silencio absoluto, nadie la interrumpía. En la comisaría de Estocolmo no era raro que Kulan interrumpiera para cuestionar alguna idea, pero allí era ella la que cuestionaba a los demás.

—Puesto que fuentes fiables me han hecho saber que la llave siempre se quedaba echada cuando los empleados se iban de la casa, creo que la víctima le abrió a su asesino, nunca llegaron a forzar la puerta. Además, no encaja con el perfil de la víctima que, a esas horas, le abriera en pijama a una persona desconocida. Por ello debemos suponer que Sten Hammar conocía a su agresor. Medicina Forense ha informado de que murió de un solo golpe entre los ojos con un objeto romo. Apuntaron muy bien, con decisión y con mucha más fuerza de la necesaria, de ahí el resultado —explicó, y pasó a la foto de la víctima al tiempo que contemplaba a los presentes.

Como siempre, ese tipo de imágenes provocaba reacciones dispares, que iban desde el miedo y las náuseas hasta el interés y la fascinación. Intentó memorizar cómo se comportaba cada uno.

—Para tener esa fuerza y dar el golpe en ese punto, el autor del delito tiene que ser alguien de estatura media o más alto, es decir, un hombre. Cosa que también encaja con la rama rota. Que la víctima y el agresor se conocieran no descarta que se trate de un robo. Una experta de Subastas Wallius que está muy familiarizada con la colección de la víctima viene de camino a fin de hacer la tasación para los herederos. Esperemos que pueda decirnos si falta algo. Pero, según los técnicos, el desorden del escenario del crimen es deliberado. Y las marcas de la puerta no cuadran con que intentaran forzarla. Así que todo apunta a que el autor del delito trató de hacer que pareciera un

robo. —Volvió a señalar el mapa de la zona—. Como la barrera de la entrada está cerrada por la noche, lo más probable es que el agresor llegara al bosque a pie, de modo que han examinado el camino y sus alrededores. Por desgracia, no hemos obtenido nada, aparte de la colilla y la rama rota. —Apagó la presentación—. ¿Cómo ha ido el sondeo en el vecindario, Berggren? —preguntó para cederle la palabra, y se apartó.

En lugar de ponerse de pie, Ricky se meció sobre las patas traseras de la silla con las manos en los bolsillos. Aún llevaba la funda de la pistola.

—Pues muy bien, a Berggren lo han invitado a unas cuantas, gracias.

Sonrió y algunos compañeros lo recompensaron con risas. Karin no se inmutó.

—¿Algo que puedas contarnos?

Ricky dejó que la silla cayera en su sitio con un golpe y se puso a hojear un cuaderno.

—Vamos a ver..., una tal Asta Bergman se dio cuenta de que el perro, un... pekinés que se llama Trixy, ladró en sueños, cosa que siempre hace cuando va a suceder algo horrible.

Aquello fue el colmo para Karin, y estaba a punto de hacérselo saber cuando Ricky la detuvo levantando la mano.

—Vale, vale, puede que no sea información de mucho valor. ¡Pero...! —dijo volviendo a pasar las páginas—. Aquí sí que tenemos algo. Otro vecino, un tal... Ingvar Söderberg, oyó un ruido extraño de motor a esa hora.

—¿Un ruido extraño de motor?

—Sí. Un ruido poco común. Que cesó a la altura de la alameda.

—¿Has informado a los técnicos de sonido?

Ricky alzó un dedo con una expresión cómica.

—Pues es verdad que podría haberlo hecho. «No se me había ocurrido», como decía el de la serie *Lorry*.

Karin tuvo que contenerse para no levantar la voz.

—Asegúrate de que el testigo del ruido hable con un técnico cuanto antes para determinar de qué tipo de vehículo se trata. —Se dirigió a los demás—: Pero también tenemos que revisar el historial económico de la víctima. Bienes, deudas, cuentas bancarias, cajas de seguridad. Sten Hammar no utilizaba ni móvil ni ordenador, así que

vamos a tener que trabajar como antaño. Hoy es la reunión con la prensa, te agradecería que te encargaras tú, Berggren. Yo tengo que ir a Hammarnäs a ver a la tasadora de Wallius.

A Ricky se le iluminó el rostro automáticamente, antes de adoptar una expresión de fastidio.

—Mierda, y tengo cita en el peluquero mañana.

El jefe de la comisaría, Lennart, se puso de pie y dio una palmadita.

—Estás tan elegante como siempre, Ricky, no pasa nada. Bueno, démosle las gracias a Karin por el extraordinario análisis. Si tenéis preguntas, dad una voz.

«"¿Dad una voz?" Qué elección de vocabulario más interesante», pensó Karin.

—Este caso es muy importante para nosotros —prosiguió Lennart estirándose un poco—. Puedo deciros que he contactado con el gobernador civil esta misma mañana. Era una persona cercana a Sten Hammar y, por supuesto, está preocupado. Le he prometido que lo mantendremos al día.

Karin suspiró, pero enseguida se dio cuenta de que la mayoría de los presentes parecían impresionados. Quizá una conversación con el gobernador civil no fuera ninguna chorrada para estos policías, sino algo que podía estimularlos.

—No vamos a decepcionar al gobernador civil, ¿verdad?

Todos asintieron muy serios.

—Buen trabajo —dijo Lennart—. Y si lo sucedido os provoca malestar, sobre todo las imágenes que hemos tenido que ver hoy aquí, es importante que recibáis apoyo. No tiene sentido que os encontréis mal en el trabajo.

«¿Eso incluye las náuseas por una ingesta desmedida de grasa?», se preguntó Karin.

—Dicho esto, creo que ha llegado el momento de tomarnos un café de bienvenida —dijo Lennart—, ahora que tenemos a Karin aquí. Me parece que hoy tocaba tarta de nata.

14

Habían pasado muchos años desde la última vez que Majja estuvo allí. Sintió alivio al ver que el antiguo hangar que se encontraba en el bosque junto a la recta de la carretera seguía vacío. Y abierto. Podía esconder el coche y recorrer los últimos dos kilómetros a pie. A casa, a la granja.

Ni se planteaba enseñárselo a Peter. Pese a que lo tenía siempre presente en sus pensamientos respecto a todo lo relacionado con el coche. Cuando lo compró, era a él a quien quería llamar para gritarle de alegría por teléfono. Era él a quien quería tener a su lado en la pista de Mantorp. Sabía que sentiría lo mismo que ella cuando el motor aceleraba.

Entró en el hangar.

Era mucho más pequeño de lo que lo recordaba de la época en que la dejaban acompañar a Peter, Tobbe y los demás a beber, fumar y ver revistas porno. Aun así, le resultaba muy familiar. Ya no quedaban revistas, pero tal vez las botellas y las colillas siguieran en su rincón.

Metió el coche y lo cubrió, dejó la mano apoyada un momento en el techo. Se acordó de la película de Bond en la que los villanos recibían una descarga eléctrica en cuanto tocaban el vehículo del agente. Habría estado bien.

Volvió a cerrar las puertas del hangar con el viejo candado, el más grande que había encontrado en Clas Ohlson, y después empezó a caminar. El suelo ardiente y reseco por el sol estaba cubierto de polvo, que se levantaba a cada paso. Los árboles tenían un color marrón amarillento propio del otoño después de la larga sequía, y en el aire flotaba el aroma acre de las agujas de pino.

Las piernas se le movían solas, pero ella iba observando a su alrededor con detenimiento, no quería que la vieran. Se bajó la visera de la gorra que se había traído para que no la reconocieran por la zona. Decidió ir por el viejo sendero del bosque que discurría en

paralelo al asfalto. Un autobús de ruta de Uppland emitió destellos amarillo canario entre las ramas al pasar por la carretera. El tráfico resonaba con un leve murmullo, pero no ahogaba el sonido de las aves ni el crujido de sus pasos. Se quitó la chaqueta y la ató a la mochila, iba a ser un paseo caluroso. Y, por supuesto, no había caído en llevarse agua.

El tráfico, Bach y el *death metal* habían mantenido apartados los pensamientos sobre adónde se dirigía, pero ahora estaban volviendo a alcanzarla sin compasión.

La granja.

Podría haber ido directamente a Hammarnäs sin pasarse a ver a Peter y la granja, pero eso habría sido de cobardes. No quería ser una cobarde. Además, no podía tasar la colección de Sten en un día, necesitaba un sitio donde dormir. Según las instrucciones de Charlotte, le ofrecían alojamiento en Hammarnäs, pero Majja ni se lo planteaba. Y pedir que la alojaran en un hotel en lugar de en Hammarnäs solo suscitaría más preguntas. Había sopesado reservar ella misma una habitación de hotel, pero resolvió no ser una cobarde. Si pensaba volver a ver a su hermano y a visitar la granja, no se le presentaría mejor ocasión.

Se preguntó si su cuarto seguiría existiendo o si Peter lo habría convertido en otra cosa. Dio un traspié ante la idea de que su hermano tal vez ni siquiera estuviera allí. ¿Y si se había ido de viaje? Pero estaban los animales, alguien tenía que quedarse para cuidarlos. Si es que Peter no había cerrado para vender y mudarse. La verdad es que no lo sabía. Llamar antes no habría sido buena idea, porque ¿qué le iba a decir? La última vez que se vieron fue en la entrada de una iglesia durante el entierro de su padre, hacía ocho años. En aquella ocasión, Peter hizo como si no existiera. Ni siquiera se dignó mirarla.

Donde el viejo camino de grava atravesaba el nuevo, las casas de fibrocemento se veían desiertas. No había coches en las vías de acceso. Las contraventanas estaban cerradas. ¿Habrían llegado ahí también la huida a las grandes ciudades y los compradores solo interesados en los terrenos que dejaban que las casas se fueran deteriorando? ¿O estarían habitadas por gente sola que tomaba café sobre el hule de la mesa de la cocina?

Majja leyó LANA Y HELADO en un letrero y pensó en cómo sus colegas siempre se reían al ver las curiosas combinaciones de algunos

rótulos durante las rondas que Wallius solía emprender por el campo. La peor la habían visto en un sitio cerca de la frontera con Noruega, que rezaba: CARNE Y PORNO. ¿Sería así como se las arreglaría Peter?, ¿tendría también distintas ocupaciones según la estación, como tantos otros habitantes de la zona? ¿O le bastaría con la cría de vacuno? Puede que sí. Después de todo, su padre decía siempre que Peter era el serio de la familia, el que más se parecía a la madre. Y el más entregado a la granja. ¿Quizá ahora disfrutara de poder tomar por fin las decisiones él solo? Aunque en realidad siempre se había visto obligado a tomarlas, con un padre agotado y una hermana que pasaba la mayor parte del tiempo en Hammarnäs. ¿Habría formado una familia?

En un poste se agolpaba un buen número de carteles: LOCAL DE LA IGLESIA 2,3 KM, CLUB DE PERROS DE CAZA, FÚTGOLF. Un anuncio de colores desvaídos de la central lechera Roslagsmjölk se había descolgado y se veía torcido. Muchos carteles. Poca gente.

Majja cruzó la carretera y después atajó por el bosque para salir a la antigua zona de tala. Había brotes verdes de los abetos recién plantados. ¿Sobrevivirían a la sequía? La torre de caza seguía en pie, pero torcida. Se detuvo y le extrañó lo tranquilo que estaba todo. Una aguililla vigilaba desde lo alto de un tocón. Se veía un carro de madera oxidado a lo lejos. Al lado seguía el montón de troncos, qué extraño, como si el dueño del terreno hubiera muerto o se hubiera peleado con alguien. Debía de ser el mismo montón que usaban siempre como blanco para disparar.

Porque detrás estaba la granja.

Un forastero no habría sido capaz de diferenciar esa granja del resto de los edificios de la comarca. No tenía nada de particular, estaba igual de deteriorada y era tan anodina como la mayoría. Una casa de fibrocemento gris, algunos barracones auxiliares, un patio que se embarraba cuando llovía y donde se levantaba el polvo cuando hacía calor, como ese día. La hierba alta entre las casas, verde en junio y amarilla el resto del año, que ocultaba partes oxidadas de máquinas, sillas de plástico y bidones de aceite. Justo en sitios así preferían no hacer visitas a domicilio a solas los tasadores de Wallius.

Majja habría sabido que se encontraba cerca incluso con los ojos vendados. El olor a vacuno saturaba el aire y las moscas revoloteaban a su alrededor. También los tábanos. Ahora era cuando más se

cebaban con los animales, que las vacas agitaran el rabo no les suponía ningún obstáculo. Se apartó uno de la cara y se alegró de llevar la gorra, que le protegía la cabeza del sol, los insectos y los curiosos. Oyó un mugido grave proveniente del campo, pero no le entraron ningunas ganas de acercarse. Su relación con las vacas siempre había sido inexistente. Y es que no había animal más tonto. Más torpe. Pero gracias a algún que otro toque con la pezuña o con los cuernos, se había curtido muy pronto. Y había perdido el miedo al dolor. El miedo a que pensaran que era cobarde, débil y frágil siempre había sido mayor. Sobre todo, que él la viera así.

Lo reconoció desde lejos. En cuclillas delante del tractor.

Sintió que el cuerpo se le estremecía. En cierto modo, estaba igual. Alto. Nervudo y musculoso, aunque con una pelota en la barriga que parecía haber caído donde no debía. Los tatuajes seguía teniéndolos, claro. No le sorprendería que también llevara la misma ropa: unos pantalones anchos de Adidas, una camiseta de tirantes y las chanclas de plástico, blancas con rayas azules, que se ponía todo el año, salvo cuando le tocaba llevar las botas. Pasaron toda su infancia teniendo que oír lo distintos que eran. Ahora, al verlo a distancia, y tanto tiempo después, era aún más evidente. Él era esbelto y rubio, como un príncipe cansado. Ella era morena y rechoncha, como la dichosa Ronja.

Avanzó arrastrando a propósito las botas por el suelo. Para que Peter advirtiera su presencia. No quería estar demasiado cerca cuando tuviera que ver su primera reacción. ¿Acababa de darse la vuelta? Se quedó quieto, puede que entornando los ojos, pero Majja no podía distinguir más. ¿Seguiría ella teniendo el mismo aspecto o se estaría preguntando Peter quién era la persona que se acercaba desde la carretera?

Cuando se encontraba a apenas unos metros de distancia, Peter se limpió el aceite de las manos con un trapo mientras se sacaba el *snus* de la boca.

—Hola —dijo Majja.

Peter asintió varias veces, más bien como una confirmación de que lo que veía era cierto.

La miró de arriba abajo, sin prisa. Al cabo de un rato, se le iluminó la cara.

—Llegas justo a tiempo para la recolecta, solo tengo que montar

las cadenas y ya podemos empezar.

—Yo no voy a...

—Oye —la interrumpió en un tono más alto—. Que era ironía, ¿vale? No te preocupes, Majja, no cuento contigo. Hace ya mucho que no.

Majja tragó saliva. Si le hubieran preguntado, habría dicho que esa era más o menos la reacción que esperaba. Aun así, notó cada frase como un puñetazo.

—Ya, lo entiendo. —Miró a su alrededor e intentó sonreír—. Qué bonito está esto —dijo, aunque sabía que él siempre la había tenido calada—. ¿Qué tal va todo?

—Vaya, gracias por preguntar. Aparte de las deudas, la sequía, las facturas del veterinario y la amenaza de un sacrificio inminente de ganado, me va genial. ¿Hay algo más que quieras preguntar?

—Bueno, pasaba por aquí...

—¿A pie?

—He cogido el autobús. He venido por trabajo, así que había pensado que...

—Vaya, ¡pues qué puta suerte que el trabajo te haya traído aquí, porque, si no, no creo que se te hubiera ocurrido venir!

Ahora fue Majja la que levantó la voz.

—Ya, Peter. Lo he pensado muchas veces. Pero creía que no sería bien recibida, así que...

—Preguntar es gratis.

«Preguntar es gratis.» Tres palabras. Que daban en el clavo.

—Vale, sí. Preguntar es gratis. —Se puso derecha—. Voy a trabajar durante un par de días en Hammarnäs, así que te pregunto si puedo dormir aquí.

—Oh, ¡qué alegría! Por supuesto, deja que prepare la cama y te saque una toalla y uno de los jaboncitos esos que...

—Olvídalo, Peter.

Majja dio media vuelta y echó a andar.

—Claro, vete, Majja. Vete a la mierda, ¡que eso se te da muy bien!

A Majja se le cerraron los puños, y se volvió levantándolos hacia Peter.

—¡Cállate! —dijo en voz baja—. Sabes que me fui porque no quedaba otra. Hice lo que tenía que hacer.

Él siguió sin moverse, muy tranquilo. Como siempre. Cuanto más se enfadaba Majja, cuantas más lágrimas le brotaban de los ojos y más golpes daba, más firme se mantenía él. Aquello la enfadaba ahora tanto como antaño. Se encontraban tan cerca el uno del otro que pudo ver que tenía los dientes aún más deteriorados por el *snus*. Sus ojos despedían una mezcla de ira y pena. Pero lo que más le dolía era la decepción que expresaban.

Peter habló con voz grave:

—¿Lo que tenías que hacer o lo que querías hacer, Majja? No éramos suficiente, éramos demasiado vulgares, demasiado torpes, yo qué sé. Pero no éramos suficiente. Y, claro, era de esperar. Tú siempre has ido por tu cuenta. Siempre has hecho lo que has querido. Y me dejaste aquí con la granja. ¿Entiendes lo que he tenido que pasar? De no ser porque Tobbe intervino para echar una mano en el peor momento, me habría ido a la mierda. ¿Te enteras? ¡A la mierda, Majja!

¿Tobbe? Majja se estremeció y miró a su alrededor. ¿Todavía seguía por allí? Reprimió los recuerdos que se le agolpaban en la cabeza mientras Peter continuaba hablando:

—Nunca te has preocupado, ni por mí ni por la granja ni por papá. Y cuando te pedí que colaboraras, que al menos vinieras a limpiar el puto granero, no respondiste siquiera. Joder. Y el estercolero ese era lo único que os importaba a papá y a ti. —Hizo un gesto en dirección al granero—. Así que puedes quedarte ahí. En el sofá de las cogorzas. Como si estuvieras en tu casa, hermana.

Se echó el trapo del aceite al hombro y se marchó después de chocar con fuerza contra ella.

Majja quería gritar, quería gritar hasta que se le taponaran los oídos, pero no le iba a dar el gusto. De modo que se fue flechada al granero sin mirar a su alrededor. Tuvo que correr para que no se le terminara de quemar la mecha, para no explotar. Solo cuando entró y cerró la puerta empezó a darse de cabezazos contra la pared y dejó brotar las lágrimas.

—Jodermierdajoder —susurró entre dientes. Se le tensó el pecho y, al respirar, cada suspiro sonaba como un lamento. Esperó a que se le relajara el pulso. Después parpadeó para secarse las pestañas y miró a su alrededor.

El polvo intacto recubría todo el espacio. Olía a cerrado. ¿Habría

pasado alguien por allí desde que su padre murió? Ahora que caía en la cuenta, el letrero de MERCADILLO ya no estaba. No era de extrañar, ¿quién iba a quedarse allí esperando a posibles clientes? Todo estaba exactamente tal como lo conservaba en la memoria. Los objetos. De los compañeros del colegio solo recordaba a unos pocos, pero los objetos del granero seguían vivos en su interior. Todo estaba como lo había dejado.

Excepto su padre.

Su padre siempre fue un inventario vivo de aquel lugar, pero ahora no tenía mayor presencia que un fantasma invisible. Su recuerdo aún se notaba en el aire. De pequeña había ido pasando de un objeto a otro, impaciente por sacar a la luz lo que estos pudieran contarle, sobre todo acerca de su madre. Ahora, en cambio, comprendía a la perfección que quien había llevado la voz cantante allí dentro era su padre. ¿No seguía oliendo a él: a ropa tibia, a bebida y a las pastillas para la garganta que tomaba a todas horas?

El sofá de las cogorzas, el antiguo sofá cama de madera que tenía su padre. Pues sí, allí seguía. Con la colcha de retales y la piel de oveja raída. Si no fuera porque sabía que no era así, habría pensado que seguía albergando el calor de su cuerpo. Alargó el brazo y tocó la lana. En algunos puntos estaba completamente desgastada.

El pausado movimiento de su mano puso en marcha una película. Una película que le reprodujo sus recuerdos.

15

1997

Majja bajó del autobús escolar y esperó a que se alejara por la carretera en medio de la tormenta de nieve. Solo entonces sacó la tarjeta de Navidad. La tocó despacio, apretó el papel de seda encolado. Crujió un poco, como la nieve bajo sus pies, pero no se despegó. También tenía purpurina dorada, aunque la mayor parte se le había quedado en el fondo del bolsillo de la chaqueta.

Estaba contenta. Era bonita. Puede que no tan bonita como las del piano de cola de Sten, que se encontraban en equilibrio sobre el paño que cubría el instrumento y se multiplicaban cada domingo, pero aun así era bonita. Se acercaba siempre a ver cuáles eran nuevas para preguntar después de dónde venían, quién las había enviado y por qué escribían con una letra tan poco clara. A veces las tarjetas no tenían ni Papá Noel ni abetos, sino solo una foto del remitente, una firma y alguna marca dorada. No debía tocarlas, eso no hacía falta que se lo dijera nadie. En una ocasión, cuando Sten no miraba, volcó una, de forma que todas las que había detrás también se cayeron. Cuando intentó recolocarlas, se engancharon en el paño del piano, que era de croché. Por suerte, consiguió ponerlas todas en su sitio sin que la descubrieran, pero Sten la miró y le preguntó por qué se la veía tan acalorada.

Las tarjetas de Navidad de Sten eran bonitas, pero esa —la suya — era así como más alegre. Y lo más importante de todo: era la primera tarjeta de Navidad de la familia. Cuando convenció a Sten de que de verdad no sabía lo que era una tarjeta de Navidad, él se lo explicó y le mostró algunas. Al día siguiente, en la clase de plástica, preguntó si podía hacer una tarjeta de Navidad en lugar del Papá Noel con limpiapipas rojos. Se pasó todo el recreo haciéndola, pero tuvo que esperar a que se secara el pegamento para poder llevársela a casa.

Se la iba a dar a su padre. Hoy se lo merecía. De verdad. El que

por una vez hubiera aparecido por la mañana en la sesión de evaluación con el maestro sin estar borracho y sin hacer nada embarazoso era algo digno de mención. El maestro no dejó de hablar de que todo lo relacionado con el colegio «se le daba excepcionalmente bien», de que tenía buena memoria, sobre todo para los números, algo «muy inusual en niños de su edad», al parecer. Solo se revolvió un poco al hablar de lo que llamó «la interacción social». «La mayor parte del tiempo Majja está sola —dijo—. Se queda dentro a leer. Si sale, casi siempre termina discutiendo con sus compañeros. A veces, se pelea. Majja, ¿tienes algún pasatiempo que compartas con amigos de fuera del colegio? ¿Algún deporte? ¿El coro de la iglesia?» Ella se limitó a negar con la cabeza y a mirar de reojo a su padre para asegurarse de que no interviniera. Entonces el maestro le preguntó qué le interesaba. La historia. «Eso está muy bien —dijo—. Hay que fomentarlo. Si aún no están suscritos, hay varias revistas estupendas, *Divulgación Histórica*, *Historia del Mundo*...» Como si pudieran permitírselo, pensó Majja. Las únicas que compraban, si compraban alguna, eran de porno y de motores. Cuando salieron, Majja vio que el maestro agitaba la mano en el aire y abría la ventana, a pesar del frío.

Ahora sentía un alivio enorme, porque habían terminado y todo había salido bastante bien.

Volvió a abrir el bolsillo de la chaqueta. Por suerte la había heredado de Peter y le quedaba un poco grande, por eso podía llevar ahí la tarjeta sin que se estropeara. Había ido de pie en el autobús todo el trayecto para evitar que se doblara y, la verdad, notaba el cansancio en las piernas. Aun así, le resultó fácil recorrer el camino hasta la casa.

Peter estaba quitando la nieve en el camino de entrada. Iba como una apisonadora con la pala por delante.

—¡Hola, Peter!

—¡Hola! —Se detuvo—. Ni se te ocurra acercarte al granero hasta que me hayas ayudado con esto.

—Más quisieras, so tonto —dijo riéndose, y apretó el paso.

Cuando estuvo lo bastante cerca, Peter levantó la pala y le lanzó un montón de nieve. En condiciones normales, a Majja le habría encantado y lo habría entendido como una declaración de guerra, una oportunidad para jugar, pero lo único que tenía en mente ahora era la tarjeta. Debía evitar que se mojara.

—¡Cuidado! ¡¿Qué haces?!

Lo esquivó y se dirigió al granero. Con el rabillo del ojo vio que Peter se sobresaltó, luego meneó la cabeza y siguió quitando nieve.

—¿Papá está ahí? —preguntó.

—¿Dónde, si no?

Como siempre, se detuvo al entrar por la puerta. Su padre estaba allí, pero había que comprobar cómo iba el día, que era lo que decía Peter. Enseguida vio que iba bien. Estaba erguido y no parecía muy cansado. Tenía delante el registro donde lo anotaba todo con un lápiz tan corto que el extremo ya no sobresalía de la mano. El *registro*, qué buen nombre para algo que ella no podía registrar. Nunca había sabido qué era, su padre se enfadaba en cuanto ella lo tocaba.

Se acercó haciendo el menor ruido posible, sabía que primero debía dejar que terminara de escribir, y se quedó esperando a cierta distancia. Cuando la mano dejó de moverse, Majja sacó la tarjeta del bolsillo, la puso en el borde de la mesa y la empujó para que él la viera, al tiempo que se aseguraba de que no rozara el registro.

Su padre enarcó las cejas.

—Vaya, vaya —dijo—. Pero ¿qué tenemos aquí?

La cogió y estuvo mirándola un buen rato, observándola por delante y por detrás.

—No está mal —dijo—. No está nada mal.

Se rascó la barbilla, se levantó y recorrió el espacio con la mirada. Al final se alejó arrastrando los pies y colocó la tarjeta en la cómoda de la entrada. Al lado había unos candelabros y, a pesar de que se veía bonito, Majja se sintió un poco decepcionada. Había pensado que la tarjeta debería estar en la casa.

El padre retrocedió y contempló el resultado.

—Los clientes se van a pelear por llevársela. Pero seguro que se ponen tristes cuando les diga que es lo único que no está a la venta.

Majja respiró aliviada.

—Me he pasado todo el día haciéndola. El papel está rizado.

—¿Rizado?

Majja asintió.

—Como hacían antes con las fundas de almohada. Me lo ha enseñado Sten.

—Vale. Fundas de almohada. ¿Eso es lo único que te ha enseñado?

—¡No! Ayer estuvimos viendo cagadas de mosca.

—¿Cómo?, ¿cagadas de mosca? ¡¿Os dedicáis a mirar cagadas de mosca?!

Majja se dio cuenta inmediatamente de que la conversación se estaba torciendo.

—¡Cagadas de mosca reales y falsas, papá! Los delincuentes, o sea, los que cogen cosas nuevas y después dicen que son viejísimas para venderlas por un montón de dinero, hacen que parezcan sucias, o sea, con la pátina, y les echan gotitas de color marrón con un pincel para que parezcan cagadas de mosca, pero las cagadas que hacen nunca son redondas como las de verdad, sino ovaladas, porque son salpicaduras que hacen con un pincel, así que tengo que mirar por la ventana del establo para la próxima vez y aprender cómo son, o sea, cómo son las cagadas de mosca de verdad.

—Vale.

—Sten sabe un montón.

—Ya, ya. Siempre dices lo mismo. —Se lo veía abatido, y se encaminó de nuevo al registro, y Majja se quedó pensando si debería decir algo. Entonces, de pronto, él se detuvo, y se le iluminó la cara—. Pero todo no lo sabe.

Se alejó un poco, se agachó con un quejido y, con las dos manos, sacó un objeto de una caja de cartón que había en el suelo. Majja se dio cuenta de que estaba siendo mucho más cuidadoso que de costumbre y de que los ojos le relucían como los adornos navideños cuando le tendió el objeto. Tenía un aspecto extraño, como algo que podrían usar en un hospital.

—Esto es un sextante, seguro que Sten nunca ha usado ninguno. Es…

Majja se subió de un salto al sofá de las cogorzas.

—Enséñamelo —dijo mientras se quitaba las botas antes de que su padre se quejara. Subió los pies al asiento de piel de oveja y puso las manos y el mentón en las rodillas.

Cuando su padre se sentó al lado, el sofá entero crujió.

Empezó a hablar. De navíos, del mar, del sol, del horizonte y de lo que llamó *navegación*. Majja lo escuchaba, pero estaba tan atenta a lo próximos que se encontraban el uno del otro como a lo que le decía. Su padre se había sentado cerca, pero no se rozaban. Si quisiera, Majja podía echarse un poco y le tocaría el hombro con la cabeza. Pero tal

vez le molestara, así que se quedó quieta, aunque intentando notar el calor que despedía su cuerpo.

Al hablar de su época de marinero, empezó a usar más palabras, cada vez más rápido, palabras que se fueron volviendo más apasionadas, ardientes, para después cesar de inmediato. Lo miró con disimulo, tenía los ojos empañados. Vio que sacudía la cabeza y se pasaba la lengua por los labios.

—Anda, vete ya. Tengo cosas que hacer.

Antes de salir del granero, Majja vio que rebuscaba cansado con la mano debajo del sofá.

Había empezado a nevar otra vez. Peter seguía con la pala de un lado para otro e hizo que Majja se avergonzara.

—¡Está nevando! —le gritó, y se sintió tonta.

Él no contestó.

Majja se le acercó. Peter se agachó y se le quedó al descubierto un poco de piel mientras movía una piedra bastante grande que había en el camino. Majja vio la oportunidad y le lanzó un silbido como hacían los muchachos con las jóvenes que enseñaban más piel de lo normal, aunque le silbó a través del hueco que tenía entre los dientes, como siempre que quería hacerle reír.

Él se volvió, le sonrió y se subió los pantalones.

—Si quitas un poco de nieve, puedes venirte a la zona de tala. Vamos a ir dentro de una hora.

Majja estuvo a punto de quejarse, de decir que tenía que ir al establo a mirar cagadas de mosca, pero entonces se le ocurrió una idea.

—¿Y me vas a enseñar a disparar?

—¡Yo diría que no! —respondió Peter entornando los ojos—. Pero... Tobbe también viene.

Lo dijo con tono provocador. Aunque no tan provocador como para que ella protestara.

«Tobbe.»

Pensó un instante antes de decidir que las cagadas de mosca podían esperar.

—Venga, dame la pala de una vez.

Estaba atardeciendo, tenían que darse prisa antes de que oscureciera tanto que el blanco dejara de verse. Peter iba como en un

rally por la carretera del bosque. Majja se había llevado una botella escondida en una bolsa. De la radio del coche salía el estruendo de AC/DC. Había un olor acre en el aire, y el ambiente era sofocante, como siempre que el coche iba lleno con los amigos gigantes de Peter. Aquellos pies y aquellas manos enormes y su aliento y sus rugidos ocupaban cada palmo del vehículo. Las caras llenas de granos perfectos para reventarlos. Por desgracia, Tobbe iba delante, mientras que los otros dos amigos de Peter se habían sentado con ella atrás. La ventaja era que así lo veía sin obstáculos, pero de pronto Tobbe la miró por el espejo, aquel espejo dichoso de la visera, que siempre se bajaba cuando el coche daba brincos. Le sonrió provocador. Ella apartó la vista enseguida, miró por la ventanilla, pero sabía que el daño ya estaba hecho. Seguro que se había ruborizado. Intentó consolarse pensando en el arma secreta que llevaba en la bolsa.

Cuando llegaron y se repartieron la cerveza, ella sacó la botella con tanta indiferencia como pudo. La sacudió un poco como preguntando: «¿Alguien quiere?».

—Joder, Majja, ¿qué...?

Los silbidos y los gritos de alegría de los demás ahogaron la voz de Peter. Había surtido el efecto que ella esperaba. Tobbe aplaudió y Majja intentó contener una sonrisa. Peter nunca podía llevarse nada, su padre siempre estaba pendiente de que no se acercara a las garrafas que tenían en casa. Pero Majja, al ser la pequeña...

A su hermano no le había hecho gracia, estaba claro, y puede que a Majja le cayera una paliza cuando llegaran a casa. Pero no de su padre, Peter no se chivaría nunca, porque entonces a él también le habría caído una buena zurra por «no haber vigilado a la niña».

Peter la miró de reojo mientras los amigos esperaban con impaciencia. Majja tragó saliva e intentó ponerse derecha. Aquello duró una eternidad. Después Peter se metió el índice debajo del labio, se sacó el *snus* y lo esparció por la nieve.

Se encogió de hombros.

—Venga, pues dámela —dijo alargando la mano.

A pesar de los vítores, Majja apartó la botella y le clavó la mirada.

—Cuando me enseñes a disparar.

Tobbe fue el último de los muchachos en disparar. Dejó el rifle en

el tocón que había al lado de Majja. Era su turno. Cuando se agachó para coger el arma, notó que Tobbe le tocaba el trasero. Se puso derecha de golpe, confusa. ¿Por qué había hecho algo así? Le sonrió, pero no la miró a los ojos. A Majja no se le ocurrió qué hacer o qué decir y, de pronto, tenía a Peter delante corrigiéndole la postura. «No se habrá dado cuenta —pensó—, porque, de lo contrario, habría dicho algo, ¿no?» Resolvió no darle más vueltas a lo que acababa de suceder y pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Se colocó en posición. ¿Cuántas veces había cogido el rifle de Peter cuando él no la veía? Haciendo como que disparaba. A una cabra o a un ladrón. Entonces le parecía fácil y placentero. Ahora notaba el peso del arma en las manos como algo irreal. Y frío, no solo el acero, sino también la madera.

Pero las dichosas sonrisas que sentía a su espalda la quemaban por dentro.

—Jo, jo... Me apuesto lo que quieras a que no puede con el retroceso.

—Imbécil —dijo Majja en voz baja.

Pero Peter la oyó.

—Tú te lo has buscado, so cabezota.

Ya había oscurecido, pero gracias a la nieve que cubría el claro podía ver el blanco: la silueta negra de medio cuerpo hecha de cartón apoyada en el montón de troncos. A aquellas alturas, estaba como un colador. Tenía el olor a pólvora metido en la nariz, no soplaba el viento, y el manto de nieve amortiguaba cualquier sonido. Todos estaban conteniendo el aliento, Majja tuvo que hacer un esfuerzo para acordarse de respirar.

—Deberíamos ponerle un colchón detrás. Jo, jo.

—¡Cállate!

El estallido de Peter fue totalmente inesperado, y a Majja la animó más que su propia ira. Pero sabía que no debía mostrar su aprecio. La ayuda de Peter era solo temporal.

—Vale, acuérdate de lo que te he explicado —dijo él—. El hombro bajo, contén la respiración, la vista y el punto de mira centrados, y presiona con suavidad, no con fuerza.

Majja repitió las instrucciones y él le quitó el arma para cargarla. Cuando se la devolvió, le pareció aún más pesada. Durante un segundo se preguntó si aquello sería de verdad buena idea. Notaba un

cosquilleo en los brazos, que eran como dos palillos, y tuvo que esforzarse por respirar profundamente.

Apuntó el rifle. Peter se inclinó sobre ella y le corrigió la postura. Sintió un olor a *snus*, alcohol y piel.

—Fija la muñeca. Suelta el pulgar, no aprietes tanto. Así.

Quería que dejara de hablar, no iba a aguantar mucho más.

Al final, Peter asintió, se colocó los cascos y retrocedió un poco.

«El hombro bajo, contén la respiración, la vista y el punto de mira centrados, y presiona con suavidad, no con fuerza.» Se le iba a salir el corazón, pero cuando la invadió una calma repentina, disparó.

El dolor del retroceso fue peor que la primera vez que un toro le dio una cornada. Y el miedo que sintió al oír el disparo permaneció en su interior como las réplicas de un terremoto.

Pero se mantuvo firme. Los pies seguían en el suelo. Joder, seguía de pie.

Lo primero que hizo fue girarse para mirar a Peter. El hermano asintió, dijo *«Not bad»*, y Majja se preguntó si habría sido más expresivo si hubieran estado solos. Después miró de reojo a Tobbe, era evidente que se había quedado impresionado. Y estaba más guapo que nunca, pero tenía algo nuevo en la mirada. Majja no sabía lo que significaba ni qué pensar.

La próxima vez daría en el blanco.

16

«El calor del verano continúa con la sequía, incendios forestales y amenazas de sacrificio de ganado como consecuencia. La presión aumenta sobre el ministro de Agricultura por el paquete de medidas que...»

Karin apagó la radio del coche y abrió la puerta, pero se arrepintió en el acto. El calor entró a raudales y acabó con el frescor del aire acondicionado que había llevado puesto durante el camino a Hammarnäs. Estaba acostumbrada a trabajar cerca de su casa, pero ahora supo apreciar la hora y media de trayecto. Le brindaba la oportunidad de dar rienda suelta a sus pensamientos en un clima agradable. El que la ruta discurriera por un paraje natural tan bonito tampoco estaba mal, a pesar de que la mayor parte se había secado y había adquirido tonos color ocre tirando a chamuscados.

Se quitó el cinturón de seguridad e intentó abanicarse con la solapa de la chaqueta. El aire era cada vez más sofocante, pese a que se había colocado a la sombra de los grandes árboles de la alameda que conducía a Hammarnäs. No era de extrañar que la policía tuviera que ocuparse de tantos casos de personas con el cerebro hecho papilla que se comportaban de una manera peculiar. Los despistes, la confusión y la agresividad podían hacer que la mayoría perdiera los estribos. ¿Sería la muerte de Sten Hammar también fruto de un rapto de locura provocado por el calor?

Incluso a ella le estaba afectando, se irritaba con más facilidad, y decidió evitar a Ricky en la medida de lo posible. No volvería a almorzar kebab con él nunca más, se lo había prometido a sí misma. Después de una larga mañana esperando a la tasadora de Wallius sin que los hubieran informado de por qué se retrasaba, Karin se fue en busca de un restaurante decente para comer. La cosa había terminado en el supermercado Coop de Östhammar, y comiéndose en el coche una fajita de pollo que sabía a film transparente. Eso sí, al menos era saludable, se decía para convencerse a sí misma, y, de hecho, se

terminó comiendo buena parte a pesar de que el calor le quitaba el apetito.

Filip la había llamado en mitad de la comida. La alegría de poder hablar con su hijo se transformó en irritación cuando el joven se las arregló para colar una referencia a Ida prácticamente en cada frase. Aquella chica era su vida entera. Filip estaba estudiando en Karlberg, pero resultaba bastante obvio que había empezado en la escuela militar a falta de otra cosa, porque le iba bien en el ejército, tenía un buen físico gracias a su madre y no se le ocurría nada mejor que hacer. Porque en realidad vivía por Ida, su novia. Hoy por hoy, su compañera. Ni más ni menos. Nora tenía razón: era patético. Cuando Karin le preguntó si estaba saliendo a correr y él le respondió con el tipo de toallas que Ida prefería para el baño, se le derramó la salsa de la fajita y le soltó un gruñido. El cargo de conciencia la reconcomía tanto como el fastidio por tener que presentarse ante una persona elegante de Wallius con la tripa llena de manchas de grasa.

Sacó la pierna izquierda del coche y comprobó cómo tenía la rodilla después del trayecto. Rígida, pero no muy mal. Seguramente, estaría restablecida para el otoño. Cerró los ojos y vio ante sí los colores del Hagaparken, casi podía sentir el crujido de las hojas bajo los pies, el aroma a la vegetación que se descomponía, el aire limpio…

—Está tan bonita cuando duerme… —oyó que canturreaba alguien, y abrió los ojos.

«Mierda.»

Se puso derecha.

—Berggren.

—Ay, ay, echando la siesta durante la jornada laboral. Te prometo que no me voy a chivar a Lennart.

—¿Cómo ha ido la reunión con la prensa?

—De maravilla —dijo con una amplia sonrisa—. Gracias por interesarte. Tengo un don natural para la televisión. Y me han sacado mi mejor perfil.

—Las preguntas, Berggren.

—¡Ah, sí! Pues han ido bien. Nada raro.

—Vale. Bueno, eso ya lo veremos. —Miró el reloj—. ¿Sabes por qué no ha llegado todavía la tasadora?

—Qué va. —Se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros—. Quién sabe, a la gente fina de Estocolmo a veces le cuesta

encontrar el camino al campo.

—Qué falta de respeto —se oyó decir a sí misma, aunque por lo general no pensaba en voz alta—. Para eso está el GPS, digo yo.

—No todos los coches lo tienen —explicó Ricky con condescendencia, ensanchando el pecho—. En el móvil seguramente, pero no viene incorporado en todos los coches, ¿sabes? Quizá los coches de empresa de Wallius...

Ricky se calló de pronto. Karin había evitado mirarlo, pero ahora levantó la vista. Su colega estaba boquiabierto mirando más allá de la alameda. Desde la lejanía se acercaba el sonido de un motor que no se parecía en nada a la mayoría de lo que Karin había oído y conocía. Se bajó del coche y se quedó junto Ricky, observando. Parecía que todo el suelo vibrara estremecido.

—Pero ¿qué...?

Aquella aparición de color rosa chillón era como un ovni en medio de los campos resecos y los árboles ancestrales. «Y, de hecho, lo lleva un alien», pensó Karin al ver a la *skinhead* que iba al volante. ¿Qué narices era aquello?

El cochazo cuyos caballos rugían por la alameda dio un frenazo brusco donde empezaba la grava. No supo si la conductora había aminorado la velocidad para evitar que las piedras rayaran la pintura o para no estropear aquella grava tan bien rastrillada, o si fue por la presencia de la policía.

¿Qué clase de persona era aquella? ¿Y qué pintaba allí? Karin tuvo que darle un tirón de la camisa a Ricky para sacarlo del trance y conseguir que la acompañara. Se acercaron al deportivo al tiempo que la conductora se bajaba.

—Esta zona está acordonada y no pueden pasar personas sin autorización —dijo Karin—. Además, ibas demasiado rápido por la alameda.

El pálido rostro de la *skinhead* se iluminó de pronto con una sonrisa que dejó cortada a Karin. De mejillas prominentes y con un hueco entre las paletas, se asemejaba más a un trol afable que a una pandillera peligrosa.

—Disculpad. Iba tarde y no quería que tuvierais que esperar sin necesidad.

Tras unos segundos, Karin cayó en la cuenta. De la distinguida casa Wallius esperaba un traje, perlas y un corte de pelo *bob*. Y la

persona que tenía delante era bajita, con unas botas de suela gruesa, vaqueros negros con manchas de colores, cinturón de tachuelas y una camiseta de tirantes desgastada y ancha que dejaba entrever las axilas sin depilar. La chaqueta de cuero, también con tachuelas, la llevaba en la mano. Andaría entre los treinta y los treinta y cinco años, pensó Karin. Aun así, tenía un toque infantil. ¿Sería la postura? Aquel cuerpo achaparrado no era exactamente gordo, sino tosco, como de campo. Seguramente tendría un aspecto curioso si se pusiera un vestido.

—Majja Skog. Con dos jotas. De Subastas Wallius —dijo tendiéndoles la mano.

El marcado acento de Uppland no encajaba con el de una dama del barrio de Östermalm ni con el de una pandillera de los suburbios, y la mujer era tan pueblerina como el lugar donde se encontraban.

Karin se presentó a sí misma y a Ricky.

—Creíamos que ibas a llegar antes.

—Ya —respondió Majja Skog, y empezó a mirar a su alrededor. La amplia sonrisa había desaparecido. Ahora parecía fría. Con actitud tensa y vigilante, observó la casa y su entorno. Tenía los hombros encogidos.

Ricky estaba demasiado emocionado para mantener un tono profesional. Aplaudió e incluso soltó un silbido.

—¡Menuda salida a escena! La gente fina siempre llega tarde, según dicen, con el carro ese tienes que...

La tasadora se dio la vuelta, le dirigió una mirada vacía y recitó:

—Lamborghini Gallardo. Modelo de 2013. 520 CV. Y no, no voy a dejar que lo pruebes.

Se giró y empezó a caminar hacia la casa mientras el coche parpadeaba al cerrarse.

Karin no pudo evitar sonreírle a Ricky.

—¿A qué esperas? —dijo echando a andar detrás de la tasadora.

Pocas personas habían asombrado a Karin a lo largo de su extensa trayectoria profesional. Pocas veces alguien había supuesto un reto para ella. No había tardado en aprender a interpretar a la gente y a ver rápido quién tenía algo que esconder y qué teclas podía tocar. Daba igual que estuviera ejerciendo de policía de tráfico o que investigara un homicidio: la gente rara vez la sorprendía. Con el tiempo, quienes se distinguían del resto habían empezado a parecerle

estimulantes.

Majja Skog era sin duda estimulante.

Karin se quedó apoyada en el marco de la puerta, observándola en silencio mientras trabajaba en el vestíbulo. Ricky, haciendo caso omiso de su actitud reacia, había seguido haciéndole preguntas sobre los cilindros y las características del motor, hasta que Karin consiguió por fin que desapareciera y se marchara a la comisaría para continuar con la búsqueda en los archivos.

Porque la persona que tenía delante merecía que la observaran sin interrupciones. Además, había otra cosa que le había llamado la atención. Estaba segura de que Majja Skog tenía mucho más que ofrecer que una mera tasación de los bienes de un fallecido.

Karin fue reconociendo a la tasadora del mismo modo que reconocía el escenario de un crimen, y no tuvo que apresurarse, sino que pudo analizar con calma el objeto, que parecía no ser consciente de que la estuvieran observando. Majja estaba como absorbida por la casa y por la situación y, aun así, se la veía tensa y en guardia, como si estuviera esperando una emboscada. ¿Tendría la misma habilidad que Karin y sería capaz de sentir lo que había ocurrido en ese lugar? Después de un vistazo rápido a la zona del suelo donde hallaron a la víctima, Karin se dio cuenta de que Majja Skog no había vuelto a dirigir la mirada allí. Iba escaneando las paredes y el techo, pero el suelo no parecía interesarle. ¿Le brillarían los ojos solo porque estaba concentrada?

—Tengo entendido que conocías a Sten Hammar, ¿es cierto?

La pregunta resonó por el vestíbulo de piedra, a un volumen excesivo, pero Majja siguió como si no la hubiera oído.

Por un momento, Karin creyó advertir una mueca en la cara de la tasadora. Después Majja tragó saliva y le señaló la colección de trofeos y armas que había en la pared.

—Rifle. Llave de rueda. Alemania, siglo XVII. Decoración de marfil de perros de caza.

Después se dio la vuelta y salió de la casa.

Al principio, Karin pensó que le había dado una clase de Historia del Arte, pero al instante se dio cuenta de que acababa de describirle el arma homicida.

17

—¿Cómo se nos ha podido pasar una cosa así? —Karin recorrió la sala de reuniones con la mirada—. ¿Cómo no hemos visto que faltaba un arma? ¡Pero si iba en la pared, justo encima de la víctima!

—O no —oyó que decía Ricky.

—Vale —contestó Karin—, pero hay dos tornillos en una superficie vacía que tiene un color distinto.

—Puntillas, para ser exactos, apenas visibles.

La sonrisa inmadura de Ricky la indignó, aunque no tanto como su propia negligencia. El vestíbulo de Hammarnäs estaba recubierto de objetos, igual que las demás salas de la casa, pero precisamente por eso deberían haber reparado en el espacio vacío entre las pistolas de chispa y la cabeza de ciervo. Estaba a punto de interrumpirlo cuando, para su sorpresa, él se atrevió a continuar:

—¿Y por qué estamos tan seguros de que la *skinhead* tiene razón? —dijo volviéndose hacia sus colegas en busca de su apoyo—. No puede decirse que su aspecto inspire mucha confianza.

Ahí lo tenía. Karin había estado preguntándose cómo pensaba hacerle pagar a Majja la humillación de antes. Estaba segura de que Ricky Berggren se habría tragado sin rechistar cualquier cosa que Majja le hubiera dicho si hubiera sido encantadora con él o, mejor aún, si le hubiera dejado conducir aquella monstruosidad rosa.

—No veo ningún motivo para ponerla en duda. La familia solicitó que fuera ella precisamente porque es la que mejor conoce la colección. Y no tiene ningún interés en desorientarnos.

—No creas. Si es cierto que está tan familiarizada con todos los putos trastos que hay allí, seguro que conocía a la víctima. ¿Y no se supone que Sten Hammar le abrió a un conocido? Qué va —dijo golpeando la mesa—, ¡yo opino que no es de fiar!

Karin le respondió tendiéndole un montón de documentos para que los repartiera, y se dirigió a los demás:

—Gracias a Majja Skog, la conservadora de Subastas Wallius,

hemos localizado una imagen del aspecto que tiene el rifle. No es este, pero sí uno muy parecido. Examinadlo con atención. No podemos decir con seguridad que sea el arma homicida, pero todo apunta a ello. La teoría de la que partimos es que la víctima bajó el arma para amenazar a su agresor o para protegerse, el autor del delito se la arrebató de las manos y la utilizó contra él. Si el arma solo la hubiera tocado la víctima, no se la habrían llevado. O bien lo que han robado es el rifle y entonces se trata de un robo con homicidio. Pero, según Majja Skog, en la casa hay cosas mucho más valiosas, así que, si de verdad se tratara de un robo, el delincuente no debería haberse conformado con un rifle antiguo. De modo que partimos de que el rifle es el arma homicida. La cuestión es dónde ha ido a parar. Hay que registrar cada casa y cada arbusto, hay que dragar el fondo del muelle. ¡Vamos a poner Hammarnäs patas arriba si es necesario! Ricky, tú te vas a ocupar de dirigir la búsqueda.

Hacía mucho que no mostraba tan abiertamente lo enfadada que estaba. ¿Sería el lugar? ¿O sería el puesto? En Estocolmo los estallidos emocionales eran cosa de Kulan.

La pantalla del móvil se iluminó con el nombre de Magnus. Rechazó la llamada y cogió más aire antes de continuar.

—El rifle es una prueba valiosísima, porque me han informado de que la colilla que encontramos no tenía rastros de ADN, pero puede que el rifle sí. —Recorrió la sala con la mirada—. Por cierto, ¿cómo va la revisión del historial económico de Sten Hammar?

Un hombre con gafas y la camisa abotonada hasta arriba a pesar del calor carraspeó.

—Terminaremos un informe a lo largo del día, pero no hemos encontrado nada extraño, no hay ni transacciones de cantidades inusualmente altas ni ventas ni traspasos. Además, hay una caja de seguridad... —Vaciló un poco.

—¿Y qué?

—Bueno, que eso ya no es tan habitual hoy en día.

—Pero Sten Hammar tenía ya una edad.

—Sí, pero cuando contacté con el banco resultó que se trataba de una caja de seguridad inmensa. Y...

—¿Qué?

—Pude ver en el registro que Sten Hammar iba a la caja con regularidad. Muy a menudo, en realidad.

—Vaya. No me digas. —Karin pensó un momento y después asintió—. Bien. Merece la pena que lo investiguemos. Aseguraos de que todos los documentos estén en regla, contactad con el fiscal y conseguid la autorización para acceder a esa caja. Informad en cuanto sepáis lo que contiene. —Se volvió hacia Ricky—: Y el tema del sonido del motor, ¿cómo va?

—Ah, sí. Hemos contactado con el técnico de sonido y creo que el granjero está dispuesto a venir a comisaría a hacer una comparación de los distintos ruidos.

—¿Cómo que «creo»? Asegúrate de que venga lo antes posible.

Cuando volvió a sonarle el móvil, pensó que sería otra vez Magnus, que no quería enterarse de que le había colgado, pero vio que se trataba de un número de la zona.

Agitó la mano para despachar a sus colegas como si fuera un rey aburrido de su corte y se dio cuenta de que el gesto podía resultar arrogante.

—Eso es todo.

Descolgó y, con una sola palabra, reconoció la voz del mayoral y recordó su espalda, la calma que transmitía, sus ojos.

—Karin, espero no molestarte.

—Para nada, Gunnar.

Sonrió sin motivo.

—He estado pensando en ti... En la investigación. Dijiste que no dudáramos en contactaros.

—Sí, claro.

—He recordado una cosa, debería haber caído antes.

—No te preocupes. Es normal, sufrir una conmoción así puede afectar a la memoria. —Por Dios, parecía un médico—. Salgo para Hammarnäs dentro de un rato, ¿no prefieres que nos veamos allí?

—Desde luego.

Cuando colgó dio gracias por que no quedara nadie en la sala para verle las mejillas.

Llegó a Hammarnäs más tarde de lo que tenía pensado, después de haber tenido que reunirse con Lennart, el jefe de la comisaría, para decirle si estaba a gusto, qué le parecía el ambiente de trabajo en Östhammar y si necesitaba algo para la oficina. ¿Una silla nueva, quizá? Cuando por fin terminaron, una llamada del gobernador civil

volvió a poner a prueba su paciencia. La serena Karin Klinga se oyó a sí misma mandar a paseo al hombre, que, durante quince minutos, estuvo contándole lo mucho que conocía a Sten Hammar, lo afligido que estaba por la noticia, lo esencial que era que resolvieran el caso. Además, le había insistido en que Karin fuera a verlo a su casa y le llevara un informe de la situación. Karin había rozado la mala educación y, cuando al fin se montó en el coche, se paró a pensar a qué se debía esa nueva actitud. ¿Sería en eso en lo que estaba pensando Kulan cuando le dijo que vivir en el campo le vendría bien, que le ayudaría a bajar la guardia y relajarse? Ella se había imaginado más bien a una Karin Klinga serena, que resolvería el misterio del tractor robado recostada en su silla. No que fuera a dejar con la palabra en la boca a gobernadores civiles o a suspirar por mayorales. ¿Qué estaba provocando en ella aquel lugar? ¿O sería solo el calor?

A sus colegas les había dado tiempo de llegar a Hammarnäs y ya habían empezado con la búsqueda del arma homicida. Gunnar estaba delante de la casa señalando en distintas direcciones y respondiendo preguntas. Cuando la vio, se le iluminó la cara.

—Karin, ¡qué bien! Hay mucho jaleo, como puedes ver. He abierto todas las puertas. Estáis buscando un rifle, ¿verdad?

Karin sacó la foto.

—Tiene este aspecto.

—Vaya —contestó Gunnar—. No es un rifle de caza normal y corriente.

—Tú debiste de verlo cuando estaba colgado en el vestíbulo, ¿no?

—Es muy probable, pero me temo que no sé absolutamente nada de todos esos objetos. ¿Puedo quedarme con la foto?

—Claro. Te agradeceremos que también estés atento. Por cierto, Gunnar, ¿puede haber alguna otra razón por la que el rifle haya desaparecido? Una explicación lógica, quiero decir. ¿Sten podría haberlo vendido o haberlo mandado a reparar?

Gunnar negó con la cabeza.

—No, si fuera así, me habría enterado. Yo era quien se encargaba de llevar las piezas a Estocolmo cuando había que repararlas o entregarlas para su venta. Y el señor rara vez se desprendía de lo que tenía en la casa, quería mantener la colección intacta.

—Pero has dicho que no estabas familiarizado con los objetos de Sten Hammar, ¿no?

Karin notó que le cambiaba la cara, como si acabara de tomar conciencia de su condición de policía. Esperó a que respondiera.

—El número de cabras que han muerto, la cantidad de nieve que ha caído y los años de las cosechas son cosas que puedo recordar bien, pero todos esos trastos... Yo le hacía los recados al señor y transportaba los objetos a donde hiciera falta, pero no me han interesado nunca.

Karin asintió.

—Te entiendo, a mí también me resulta ajeno el mundo de las antigüedades.

Se hizo un silencio y Karin se descubrió sonriendo al ver que los ojos cálidos de Gunnar la estaban observando con atención.

—Querías contarme algo, ¿no?

Él asintió serio, miró a toda la gente que iba de un lado para otro a su alrededor.

—Quizá podamos ir a algún sitio más tranquilo... —Parecía que dudaba—. ¿Podría invitarte a un café en mi casa?

Caminaron juntos en silencio. Cuando pasaron cerca del agua, Karin vio a un buzo preparándose en el muelle. Bien. A su lado estaba Ricky, señalando el equipo con grandes aspavientos. No tan bien. Probablemente estuviera atosigando al hombre con preguntas sobre tubos, reguladores y récords personales de buceo, en lugar de dirigir la búsqueda. Karin apartó la mirada.

La Casa del Guardabosques quedaba en la linde del terreno de Hammarnäs. El paseo discurrió por un paisaje amarillo. La tierra arcillosa se había secado y estaba dura como una piedra, aun así, los pasos de Gunnar eran prácticamente silenciosos. Cuando tomó un sendero más estrecho, Karin fue caminando detrás de él. Creía que podía notar su olor, pero también era posible que proviniera del entorno. Seguramente Gunnar y el bosque tuvieran el mismo aroma.

No tardaron en llegar a una casa de madera pintada de verde que a Karin le recordó a las casitas de verano de antaño. Con adornos en madera tallada, un porche y quinqués en las ventanas.

—Bueno, pues bienvenida a la Casa del Guardabosques.

Gunnar abrió la puerta y la invitó a pasar. Karin advirtió el silencio y supuso que Inger no se encontraba allí. Decidió no preguntar. En la puerta de entrada al salón, se empapó del ambiente. Era como si ahí reinara toda la calidez y el sosiego que faltaban en la

casa principal. Techos bajos, trofeos de caza sencillos en las paredes, muebles forrados con tela de cuadros escoceses. Sobre la chimenea colgaban manojos de plantas secas que desprendían un olor agradable, Karin distinguió el romero y la menta. Le resultaba fácil respirar allí dentro.

Gunnar se había ido en la otra dirección, hacia la cocina. Lo siguió y se sentó en el banco que había junto a la hornilla de leña mientras él preparaba el café. Era la primera vez que estaban solos. Notaba el aire denso, como si percibiera cada sonido, cada movimiento y cada olor que provenía de él con una claridad extrema.

—Qué acogedor —comentó Karin.

—Gracias. En una casa como esta resulta fácil sentirse cómodo.

—Debéis de estar muy a gusto.

Él asintió, pero frunció el ceño.

—Hemos sido felices mientras ha durado —dijo, y suspiró antes de proseguir—. No te negaré que, desde que murió el señor, reina cierta preocupación. Sobre qué será de nosotros ahora. Yo casi tengo edad para jubilarme, pero sería como convertir a un perro salvaje en un animal doméstico. Me moriría. Seguramente Inger estaría más a gusto, pero la gente como yo no está hecha para quedarse en casa.

Sirvió el café, dos tazas desparejadas en una bandeja, y unas galletas de almendra. Las manos, tan toscas y, al mismo tiempo, tan sensibles... Una de ellas rozó la de Karin cuando ponía la mesa.

—Pero ¿tenéis que iros? —Karin sintió la necesidad de no dar lugar a que se hiciera el silencio—. Alguien tendrá que cuidar de Hammarnäs también a partir de ahora, ¿no?

—A la señora le resulta muy difícil administrarlo. Un lugar como este exige dedicación e interés, así que cabe esperar que lo vendan. Se encargará el hermano de la señora, Axel Cronhielm. Pero no sé qué será de la señora entonces. ¿Y qué pasará con sus aves? ¿Y qué hará con Hammarnäs el próximo dueño?

—Este sitio te importa de verdad.

Lo había dicho en voz alta, y él la miró sorprendido antes de asentir.

—Sí —contestó—. Es raro. Es fácil dar por sentado el matrimonio, y los hijos que ya se han ido de casa te necesitan cada vez menos. Pero un lugar... El amor a un lugar no hace más que reforzarse con el paso de los años.

Su rostro había adquirido un color más cálido. ¿Se debería a la temperatura de la cocina o a la conversación? La miró hasta que Karin notó que a ella también le subía la sangre a las mejillas. Levantó la taza y se escondió detrás. Sopló el café, aunque no hacía falta.

—¿Tenías algo que contarme? —dijo volviendo a dejar la taza en la mesa.

—Sí —respondió Gunnar con un suspiro—. Sí que tengo que contarte algo. —Parecía que tratara de encontrar las palabras adecuadas. Al final cogió carrerilla y levantó un poco la voz—. Tuvieron una discusión. Ni más ni menos.

—¿Que tuvieron una discusión? ¿Quiénes?

—El señor. Y su cuñado, Axel.

Por costumbre, Karin sacó el cuaderno y se puso a escribir. Con ello rompió la magia, le pareció un alivio y una pena al mismo tiempo.

—Empieza por el principio. ¿Qué día fue?

—Eso es lo que no recuerdo. Normalmente no olvido ese tipo de cosas. Pero en este caso será que no quiero, inconscientemente.

—¿Sabes más o menos cuándo sucedió?

—Creo que cinco o seis días antes de... Bueno, antes de que muriera el señor.

—¿Dónde estabas tú?

—Al lado de la biblioteca. Por lo general no pongo un pie allí, pero Inger me había pedido que arreglara una lámpara de techo que parpadeaba. El señor y Axel estaban allí.

—¿Y estás seguro de que eran ellos?

—Segurísimo.

—¿Oíste sobre qué discutían?

—No.

Karin enarcó las cejas.

—¿Dices que quieres olvidarlo, pero no te enteraste de qué hablaban?

—No hacía falta. Verás, el señor era un hombre sereno. Si estaba enfadado o de mal humor, lo mostraba con comentarios mordaces e indirectas. Sten Hammar no levantaba nunca la voz. Nunca.

Karin asintió. Eso encajaba con la imagen que tenía de él, un caballero no grita ni vocifera.

—Pero ese día —continuó Gunnar mirando la mesa— soltó un

bramido, fuerte, como un general ante sus tropas.

—Si tanto gritaba, deberías haber entendido algo, ¿no?

—Debí de llegar al final de la disputa, pero oí solo cosas como «no te metas», «déjalo ya» y «se acabó la discusión». Me aparté enseguida, nunca se me ocurriría escuchar a escondidas.

Leal hasta la médula. La combinación de unos señores discretos y unos criados leales seguramente fue un requisito indispensable para la vida en los palacios y en las haciendas durante siglos.

—Un poco después vi desde la explanada que Axel salía de la casa. También se lo veía muy alterado.

Karin lo miró.

—¿Y dices que eso te impactó?

—Sí. Después de tantos años, llegué a conocer bien a mi jefe. Sten Hammar estaba muy enfadado.

En circunstancias normales, Karin no se habría tomado muy en serio un suceso tan simple, pero la voz de Gunnar y su lenguaje corporal la llevaron a pensar que merecía la pena investigarlo.

Se terminaron el café en silencio y Karin se marchó.

Por el camino de vuelta a la casa principal, marcó el número.

Una voz contestó casi de inmediato.

—Axel Cronhielm.

—Soy la inspectora Karin Klinga. Necesitamos hablar con usted. Ahora mismo estoy en Hammarnäs y…

—¿Está ahí Majja Skog?

—Sí, pero…

—Vale. Voy.

Le colgó y dejó a Karin con la palabra en la boca. Vaya morro. Pero ella no se molestó, sino que lo vio como una confirmación de que la tasadora de Wallius tenía mucho que aportar.

Debía investigar más de cerca la relación de Majja Skog con Hammarnäs y con aquella familia. La cuestión era si hacer preguntas explícitas, si ir directa al grano o poco a poco. Tenía el presentimiento de que una confrontación directa haría que alguien como Majja Skog se cerrara como una almeja.

Decidió dejarse guiar por las sensaciones. «Observar en silencio y seguir mi instinto siempre ha funcionado», pensó mientras se dirigía a la casa principal en busca de la experta en antigüedades.

18

La puerta del amplio salón estaba entornada, y Karin pudo observar por la rendija a Majja Skog sin que ella se diera cuenta. Iba de objeto en objeto, metódicamente, tomando notas en un portátil. Linterna en mano y con una lupa colgada del cuello. Podrían haberla confundido con un técnico criminalista. Karin se acordó de su padre y de cómo se movía al trabajar. Movimientos conscientes, meditados y lentos, en los que la norma de mejor ver que tocar lo impregnaba todo.

Majja Skog observaba los objetos con atención desde todos los ángulos y solo los levantaba si era necesario. Cuando los tocaba, los cogía como si fueran granadas de mano y volvía a dejarlos en su sitio sin hacer un ruido.

Cuando se volvió hacia el escritorio y se fijó en él, su patrón de movimiento se alteró. Se quedó quieta observándolo un buen rato. Después alargó la mano, decidida, abrió un cajón. Se quedó quieta de nuevo para luego coger algo que a Karin le pareció un trapo. Se sorprendió al ver que se pasaba el paño de abrillantar por el dorso de la mano.

—Es una mujer fascinante, ¿verdad?

Karin se sobresaltó, oyó la voz tan cerca que notó la respiración en la oreja.

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Axel Cronhielm.

Karin sabía que los hombres como él no estaban acostumbrados a respetar a los demás; probablemente considerara que estaba por encima de la ley, a pesar de ser abogado. Y en un lugar como Hammarnäs, donde se sentía como pez en el agua, seguro que una mujer policía le resultaba tan aterradora como una mosca. Por eso Karin decidió interrogarlo fuera de la casa, junto a un coche de policía que había aparcado allí, y con un colega en prácticas que tomara nota de cuanto se dijera. En realidad, nada de eso era necesario, pero Karin se dio cuenta de que surtía efecto sobre el abogado. Cuantas más

preguntas le hacía, más sudaba.

—De modo que reconoce usted que discutieron. ¿Sobre qué?

Axel se pasó la mano por el flequillo con cierta desesperación.

—No entiendo qué tiene eso que ver con el asesinato de Sten. Fue un robo, un robo con homicidio, eso lo entiende cualquiera. Y todo porque Sten se empeñaba en tener su colección entera aquí, lejos de todo. Era como pedir a gritos que le robaran.

—Pero la discusión, Axel. ¿Sobre qué fue?

—¡A ver, esto es increíble!

Karin se encogió de hombros y se dirigió al policía en prácticas:

—Por favor, deja constancia de que Axel Cronhielm está evitando responder a la pregunta, con lo que ha decidido no colaborar con la investigación policial del asesinato de su cuñado.

—¿Cómo que evitando? ¡Yo no estoy evitando nada!

Con un gesto de cansancio, Karin esperó a que terminara de hablar.

—Vale —dijo Axel, que cerró los ojos y se masajeó con los dedos la base de la nariz—. Sobre seguridad. Ni más ni menos. Hablábamos de la seguridad en Hammarnäs. Yo estaba preocupado.

—¿Preocupado? ¿Por qué? —Le clavó la mirada—. Si hay alguna razón por la que hubiera que preocuparse por Sten Hammar, debemos saberlo enseguida.

—¡No, no! No hay nada en particular, solo que debería haber tenido cuidado, con una colección de arte así... En un lugar tan apartado, en el campo... Por eso fue.

Karin suspiró.

—¿Y por qué iba a enfadarse Sten Hammar por su preocupación y sus desvelos?

El abogado, que debía de tener bien trabajada su cara de indiferencia, evitó mirarla a los ojos.

—No le gustaba que la gente se metiera en sus asuntos —dijo.

Karin se quedó pensativa un momento, pero comprendió que había llegado al final del camino. Una vez terminaron, no estaba para nada satisfecha, pero sí bastante segura de que no sería la última conversación que mantuviera con Axel Cronhielm.

Aunque él pensaba que sí, seguramente, pues se lo veía de buen humor y agradecido, casi zalamero.

—¿Puedo fumarme un cigarrillo?

Karin se permitió esbozar una sonrisa burlona.

—Está al aire libre. Pero bueno, tenga en cuenta el riesgo de incendio que hay con la sequía.

Karin había ido a la cocina a preguntarle a Inger, el ama de llaves, si ella también había oído algo de la discusión, y ahora se encontraba al lado de la puerta, masajeándose la rodilla. Ahí todo se veía estéril, sin decoraciones ni chismes. Pasillos de servicio de color blanco, suelo de piedra pulido, armarios altos, buena iluminación.

Karin se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo de pie e intentó cargar todo el peso en la pierna que no le dolía, pero necesitaba sentarse. Miró a su alrededor. La escalera baja de piedra para el servicio estaba desgastada de los incesantes viajes del personal de uniforme llevando bandejas *upstairs*, *downstairs*. Pero estaba limpia, y se sentó en un peldaño.

Allí hacía fresco, y resultaba agradable comparado con el exterior y los grandes salones del interior. En silencio. En soledad. Allí era fácil pensar.

No cabía duda de que Axel Cronhielm ocultaba algo, pero ¿el qué? Gunnar no se había enterado bien del tema de la discusión e Inger ni siquiera se encontraba en la casa cuando se produjo, sino que estaba con Lilly en la *volière*. Karin se clavó las uñas en la rodilla presa de la frustración. Lilly Hammar, la señora de la casa. Qué fácil era olvidarse de ella. Pero no estaba completamente ida, tal vez supiera algo acerca de la discusión, tal vez recordara lo sucedido.

Karin se levantó, pero se detuvo al pensar en Majja Skog. Decidió ir a verla primero y preguntarle cómo iba. Giró la cabeza. La escalera de servicio seguro que conducía a la puerta trasera de las salas de los señores, y Majja debía de seguir allí. Karin subió dos plantas con la rodilla un tanto dolorida, probó suerte y abrió una de las puertas.

Bingo. Casi se choca con Majja. Y con Axel. Pero lo único que le dio tiempo a oír fue cómo él le decía:

—Ronja, la favorita de Sten, de vuelta en Hammarnäs.

Axel levantó la mirada hacia Karin, pero no fue su expresión confundida lo que le extrañó. Majja, con todo su autocontrol, tan dura y tan valiente, se veía presa de un fuerte malestar. No podía ni mirar a Axel. Se encogió, bajó la vista al suelo, como si quisiera volverse diminuta. Como si quisiera desaparecer de la faz de la Tierra.

—Hola —dijo Karin—. ¿Qué tal? —Majja no dejaba de mirar el parqué—. Quería ver cómo te va.

—Bueno, un inventario no se hace en un abrir y cerrar de ojos, tasar todos los objetos lleva... —empezó a decir Axel, pero lo interrumpió Karin.

—Como seguro que comprenderá usted, Axel, la investigación policial debe tener prioridad. Si falta algo más, puede ser decisivo saberlo, puesto que podría conducirnos al autor del delito.

—¿Aquí? Pero el robo y el homicidio sucedieron abajo, ¿no?

Era obvio que le costaba comprenderlo. Karin levantó la voz.

—Como ya he dicho, tal vez no se trate de un robo con homicidio. Tengo que pedirle que deje a la policía que valore...

—¿Y entonces por qué tiene que comprobar Majja si han robado algo?

Karin cogió aire para cortarlo de una vez por todas, pero se detuvo cuando vio que Majja se concentraba y se aislaba de la conversación.

Por suerte, sonó el teléfono y la salvó de tan pesada discusión.

Desde el otro lado de la línea la saludó aquel policía tan correcto que la había informado sobre la economía de Sten Hammar, y su voz imparcial surtió en ella un efecto tranquilizador.

—El fiscal ha autorizado el acceso a la caja de seguridad, y ya la he abierto.

Karin se alejó de Majja y de Axel.

—Dime.

—Creo que vas a querer verlo tú misma.

—¿Cómo? —Karin se dio cuenta de que parecía incómodo—. Vale. Pero ¿no puedes...? ¿Son documentos o qué?

—Es... arte. Podría decirse que es arte.

La respuesta le pareció extraña, pero dirigió la mirada a Majja y sonrió para sus adentros.

—Gracias. Vamos enseguida.

Colgó y, sin perder un segundo, preguntó:

—Majja, ¿te importaría ausentarte un rato de Hammarnäs?

No tardaron en dejar atrás al abogado y en salir a la explanada. Karin casi pudo oír que Majja respiraba aliviada.

Sin embargo, enseguida surgió el siguiente obstáculo. Ricky se

dirigía hacia ellas con las manos en los bolsillos. Ni siquiera intentó disimular su descontento al verla con Majja Skog. Pero no pudo evitar mirar de reojo el coche rosa. Karin se detuvo ante él.

—Berggren. ¿Cómo va la búsqueda?

—Va avanzando. Pero no hemos encontrado nada aún. Pensábamos parar dentro de poco, antes de que oscurezca demasiado, y continuaremos mañana. El ilustre mayoral ha conseguido que la partida de caza de la zona se encargue de los terrenos más extensos que rodean la finca.

«Estamos en julio, no va a llegar a oscurecer del todo», pensó Karin, pero recordó lo que le había dicho Kulan. «Baja la guardia, déjate llevar y libérate de la necesidad de controlarlo todo.»

—Bien —contestó—. Han abierto la caja de seguridad. Voy para allá y Majja Skog viene conmigo.

—No me digas —dijo él exagerando lo sorprendido que estaba—. Qué raro.

¿«Qué raro»? ¿Qué clase de comentario era ese?

Ricky se encogió de hombros y miró la hora en su grotesco reloj de pulsera.

—Vais a tener que poner las luces, el banco cierra dentro de poco.

—Lo van a mantener abierto para la policía —dijo Karin. Después se dirigió a Majja con una sonrisa—: Además, seguro que nos da tiempo, ¿verdad, Majja?

A Karin le habría gustado hacerle una foto a Ricky cuando lo dejaron atrás en la explanada con tres palmos de narices contemplando cómo se alejaba el deportivo. Aunque Majja Skog era discreta, Karin se imaginó que ella también disfrutaba con la idea de poder privar al policía del paseo en coche. En cuanto salieron del sendero de grava, cambió de marcha y aceleró tanto que Karin se vio empujada contra el asiento. Se rio, tanto de alegría como por la vertiginosa sensación que le provocaba la velocidad.

—Gracias por llevarme.

—Un placer. —Majja seguía sin sonreír, pero se la veía más relajada—. ¿A qué velocidad se puede ir con un policía de pasajero?

Karin estuvo a punto de decirle «Respeta los límites de velocidad», pero al final se hundió más en el asiento.

—Haz como si no estuviera.

Solo entonces se dio cuenta de que de los altavoces salía música clásica. No sabía qué, pero era preciosa. Y tranquilizadora. Disfrutó de las notas, del aire fresco y de que fuera otro el que condujera. Iban muy rápido, por encima de lo permitido, pero Majja tenía un control total.

—Qué agradable poder escapar un rato del calor —dijo Karin. Oyó lo forzado que parecía, pero sentía la necesidad de romper el hielo, de meterse en la piel de aquella mujer.

Majja se limitó a asentir.

—¿A ti te gustan el sol y el calor? —Volvió a intentarlo.

Esta vez Majja se encogió de hombros.

—Paso la mayor parte del tiempo en interiores.

Eso podía verlo cualquiera, de hecho, era una proeza haberse mantenido tan blanca como ella ese verano.

—Vaya. ¿Y qué haces? —siguió preguntándole.

Karin pensó que tal vez fuera algo muy personal.

—Leer.

«¿Y qué lees?», quería preguntarle, pero supo parar a tiempo. Objetivamente, como policía que era, podría haberle preguntado sin más rodeos por qué conocía todos los objetos de la casa y por qué la gente se comportaba de una forma tan extraña cuando hablaban de ella. Pero, si quería respuestas sinceras y detalladas, tendría que esperar el momento adecuado.

—Qué música más bonita —dijo—. ¿Qué es?

—Bach —respondió Majja rápidamente, y a Karin le pareció adivinar que se le iluminaba un poco el rostro. O sea, que iba bien encaminada.

—Yo no sé nada de música clásica —dijo Karin—. ¿Escuchas mucho a Bach?

—A todas horas.

Estaba claro que a Majja le iban las respuestas cortas. Karin estaba a punto de rendirse cuando Majja empezó a hablar. Con un tono alegre y espontáneo.

—Era un genio —dijo.

Después siguió con una extensa descripción del compositor, el maestro del contrapunto (a saber qué quería decir eso), el quinto evangelista (aún más incomprensible), sus construcciones formales y su arte de fabulación musical. Karin se quedó sin palabras. ¿De dónde

había salido esa criatura? Siempre resultaba sorprendente. Aquel elogio al virtuoso se podría haber entendido como una fanfarronada, como un intento de impresionar, pero cualquiera podía ver que Majja Skog era una verdadera entusiasta. Y que sabía de qué hablaba.

—¿Tú qué escuchas?

Después de la apasionada explicación sobre Bach, Karin se sintió como una cocinera de comedor escolar delante de un chef de renombre. ¿Tenía siquiera un gusto musical definido? Tenía menos CD en casa que dedos en la mano. Nora le había dado un álbum recopilatorio, *Buddha Bar*, pero era algo así como música de ascensor.

—No mucho, me temo. A veces, cuando salgo a correr, si no me distrae. Y cuando quiero relajarme, claro.

—¿Ah, sí?

Karin Klinga sintió que volvía a ruborizarse.

—Bueno... Sinatra está bien.

Si el policía había sonado incómodo por teléfono, ahora se lo veía muerto de vergüenza. No era capaz ni de mirar en dirección a la cámara acorazada, se limitó a señalar:

—Número 443. Está abierta.

—¿No vienes?

—No, no... Mejor me quedo.

—Vale —dijo Karin encogiéndose de hombros.

Atravesó la reja y entró en la cámara seguida de Majja. La caja de seguridad de Sten Hammar era la más grande. Majja se quedó detrás mientras Karin abría la puerta.

—Uy.

Se echó a reír cuando comprendió por qué estaba tan avergonzado el policía. Tenían ante sí montones de cuadros, esculturas y objetos pequeños, apretujados, de distintas partes del mundo y de distintas épocas. Todos en torno al mismo asunto: temática gay. Falos, figuras tántricas, gimnastas afectuosos y marineros con uniformes muy ajustados. Fotografías de hombres con capucha negra y el miembro colgando. Al fondo había una urna antigua. De hecho, parecía antiquísima, y sobre el rojo de la terracota se apreciaban unas siluetas negras en posturas sensuales.

—Interesante y nada difícil de interpretar, ¿verdad, Majja?

Al ver que no respondía, Karin se volvió y se sobresaltó más que

con las obras que acababa de ver.

Majja se había quedado blanca como la cera y rígida como una escultura clásica de mármol.

19

La puerta del hangar rechinó al cerrarse.

Majja puso el candado y se guardó la llave en el bolsillo de la chaqueta. Sus pies empezaron a recorrer la carretera del bosque, pero en su cabeza se encontraba en otro lugar muy distinto.

Pese a que ella y todos sus colegas se hartaban de ver a diario motivos eróticos —no sabía cuántos bocetos de Sergel, mujeres de Zorn, fotos de Newton y Mapplethorpe, dibujos de Tom of Finland y *shungas* japonesas había visto a lo largo de los años que llevaba trabajando en Wallius—, el contenido de la caja de seguridad la había dejado estupefacta. Lo que le afectaba no era ese tipo de arte en sí, sino la impresión del recuerdo de Sten Hammar. La desolaba el hecho de que una persona con tanto conocimiento, dinero y oportunidades tuviera que acudir a una caja de seguridad para poder ser él mismo. Nunca sospechó nada, y se preguntó si ya tendría la caja cuando ella pasaba los domingos con él.

La imagen del suelo del vestíbulo, marcado con la cinta policial, le vino a la cabeza. Se tomó otro analgésico sin agua y se dijo que tenía que comprar más. Había gastado un blíster entero desde que puso rumbo a Östhammar. Y las visitas al baño habían sido más frecuentes de lo normal. Lo peor fue volver a ver a Axel Cronhielm, desde luego. Seguía tan desagradable como siempre. Ella era una mujer adulta acostumbrada a que nadie le llevara la contraria, pero se diría que los años no hubieran pasado cuando lo vio. Solo con oír su voz se le revolvieron las tripas. Ante él volvía a ser Majja. La hija del bandolero. Ronja. Hasta su loción para después del afeitado seguía siendo la misma, Majja detestaba ese olor.

Si no hubiera sido por la tal Karin Klinga, probablemente se habría batido en retirada. Le sorprendió el hecho de sentir una confianza espontánea en una policía desconocida, que debía de tener veinte años más que ella y que era correcta hasta la médula. Le resultaba curiosa y un poco preguntona, sí, pero daba igual. Karin la

había salvado de Axel Cronhielm, así que se lo dejaría pasar.

Le vinieron de nuevo a la mente imágenes del escenario del crimen y recordó por qué estaban allí. Alguien había entrado en la casa y había matado a Sten Hammar.

Le dieron ganas de vomitar.

A juzgar por lo poco que había visto, la policía era una mujer profesional que imponía respeto, y no cabía duda de que era inteligente. Pero tampoco se trataba de una superheroína sobrehumana que fuera a resolver el caso sin problemas.

Sintió el impulso de dar media vuelta y volver en el coche a su cueva de libros. De abandonar aquel lugar y toda la historia sobre la que descansaba. Pero ella no era de las que dejaban que un encargo quedara en nada. ¿Acaso había renunciado alguna vez a completar una misión que le hubiera encargado Charlotte? Por supuesto que no. Y sabía que el encargo no era solo la tasación. Su jefa la había presionado varias veces desde que llegó a Hammarnäs y le había preguntado si no habría allí nada que pudieran incluir en la subasta. A pesar de toda la historia de su infancia y de todos los recuerdos, ella se encontraba allí con un cometido. Nada más.

Asintió para sus adentros y se puso derecha.

«Nadie se acuerda de un miedica. Venga ya.»

Cuando se estaba acercando a la granja, se detuvo y contempló a Peter desde lejos. Qué mayor parecía ahora que lo veía trabajando. Seguía estando en forma, pero se veía cansado. Los tatuajes se movían en la espalda desnuda cada vez que levantaba el heno que caía de las máquinas. También caía grava seca y estiércol, que se arremolinaban en el aire.

Sin articular palabra, avanzó, cogió una horca que estaba apoyada en la pared del granero y se puso a trabajar también. Peter no hizo ningún comentario, y los dos continuaron en silencio, casi acompasados. Majja detestaba hacer ejercicio, era una pérdida de tiempo. Pero notaba que los movimientos conseguían que se relajara la tensión que acababa de sentir en el bosque.

El aire estaba lleno de polvo y de granza, resultaba difícil respirar. Al cabo de un rato, Peter echó mano de una botella de agua y bebió poniéndose de perfil y sin ofrecerle. Largos tragos desafiantes, para chincharle, pensó Majja. Cuando Peter se agachó para dejar la botella, la raja del trasero asomó por encima de la cinturilla de los

pantalones. Majja vio la oportunidad y dio un silbido con el hueco que tenía entre las paletas. Se quedó esperando oír una carcajada, pero le cayó un montón de heno por encima. Entonces Peter se rio, aunque sin calidez. Majja alcanzó a ver que había más estiércol que heno y, aun así, se rio también.

—Puta cría.

—Puto aborto.

Peter se encogió de hombros y continuó recogiendo heno. Majja le siguió el ritmo hasta que el trabajo estuvo terminado. Solo entonces se irguió y se secó la cara con el borde de la camiseta. Luego le pasó la horca a Peter y dirigió sus pasos hacia el lavabo diminuto del granero. Pero Peter debió de leerle el pensamiento, porque señaló la casa como indicándole que podía ir allí a usar el baño.

—Gracias —dijo Majja.

Lo que necesitaba en esos momentos era una buena ducha. Pero poder poner el pie en la casa de Peter, que él le indicara que era bienvenida en su hogar, era más importante.

Majja avanzó rápido para que a su hermano no le diera tiempo a arrepentirse.

—Pero ni se te ocurra tocar mi ropa —le gritó.

Majja se quedó de pie envuelta en una toalla preparada para cerrar las puertas ante el menor ruido mientras contemplaba el armario abierto de Peter: la vieja camiseta de Iron Maiden, la gorra de Metallica y la camiseta de Samantha Fox con los pechos al aire. Con el corazón en un puño, se atrevió incluso a tocar la sudadera sagrada con la lengua de Gene Simmons debajo del logo de Kiss. «Eso sí que es tener apego a las cosas», pensó. Como casi todo lo que había en esa casa. Su hermano no había cambiado nada, y seguro que no se debía a un arrebato de nostalgia, sino más bien a falta de tiempo, interés y dinero.

En la mesita de noche había un número de *Östra Uppland*. Se inclinó para leerlo. En el periódico local escribían sobre las jornadas de arte en la isla de Gräsö, sobre una estrella del patinete que había sufrido un accidente y sobre la formación del equipo de Tierp Hockey. Lo cogió para leer más acerca de las jornadas de arte, pero lo soltó al ver las revistas porno que había debajo. El recuerdo del guantazo que le dio Peter cuando descubrió que su hermana husmeaba debajo de su

cama la sacudió con fuerza. Casi podía sentir cómo le ardía la mejilla. Aquella vez se había quedado congelada en el sitio al ver las grotescas imágenes y se olvidó de estar alerta.

Empezó a hojear con cuidado la primera revista. Las imágenes del catálogo de Wallius clasificadas bajo el epígrafe *Erotica* eran una cosa; estas, otra muy distinta. Una mezcla de interés, asco y asombro la llevó a empezar a examinarla, igual que cuando era pequeña. Sabía lo que significaba la palabra *asexual*, pero no podía aplicarse a ella, porque sí que pensaba en el sexo. Al menos, a veces. Pero el sexo implicaba interacción con otras personas, y no quería perder el tiempo con ellas. A ratos podía parecerse a un monje o una monja, alguien que descarta activamente las distracciones para poder dedicarse a su vocación.

Volvió a mirar las imágenes y se pasó la mano por la mejilla. Le ardía. Estaba claro que se había distraído.

«Qué patético», pensó, y estaba a punto de soltar la revista cuando oyó una voz conocida a su espalda.

—Hostia. ¿Has vuelto?

Soltó la revista, se aseguró de que la toalla estuviera bien colocada y se volvió.

Tobbe esbozó una sonrisa tan amplia que Majja podía entrever el *snus* negro bajo el labio.

—Hace un siglo. Pero estás igual —dijo observando con descaro su cuerpo y después la revista que había soltado. Chasqueó la lengua —. Exactamente igual.

Majja agarró con tanta fuerza el borde de la toalla que le palidecieron los nudillos. Notaba cada latido.

Tragó saliva. Tobbe. El que fue en su día el amigo más guapo de Peter y lo más interesante del mundo para una niña. Él, a quien pasó de adorar a temer prácticamente en una noche. O en una tarde, más bien, aquella tarde lluviosa de hacía veinte años.

Apenas lo reconocía. El príncipe de cuento estaba ahora hinchado y rojo, tenía el pelo pringoso, una camiseta de un gris mugriento y los dientes sucios. El tufo a cuerpo sin asear le alcanzó la nariz.

Se quedó contemplándola, visiblemente contento por haber podido sorprender a Majja medio desnuda y, además, con una revista porno en la mano.

Majja era incapaz de articular palabra, se quedó quieta y tragó

saliva. Intentaba no mirar la revista, que, por supuesto, había acabado en el suelo, abierta por la página más explícita.

—No te preocupes, Majja. No se lo voy a contar a nadie.

Recogió la revista del suelo, silbó y la hojeó distraído. La iba girando para ver algunas fotos con mejor ángulo.

—Cualquier distracción le viene bien —dijo al final—. Se pasa los días deslomándose de sol a sol en la granja, con unas facturas veterinarias cada vez más altas, una sequía atroz y, por si fuera poco, con la amenaza de tener que sacrificar a los animales. Y desde que se mudó su pareja, ha tenido que contentarse con esto.

—¿Su pareja? —acertó a articular Majja.

Tobbe soltó un resoplido.

—Ah, claro, que tú ya no sabes nada de lo que pasa por aquí. Pues sí, tuvo una pareja. Carla. Y aunque, en mi opinión, era un coñazo, no se la puede culpar. ¿Quién tiene energía para ser la mujer del ganadero y, además, cuidar al borracho del suegro? Así que, en cuanto se murió el viejo, le dije a Peter que la llamara, pero ella ya se había casado y se había mudado a Uppsala. Si no fuera porque yo hago de mozo de vez en cuando, esto se habría terminado hace tiempo.

Tiró la revista sobre la cama.

—Y aquí estoy, hablando de cosas que no te importan una mierda, ¿verdad? Nunca te han importado. ¿A que no?

Se le ensombreció la cara, y el cuerpo petrificado de Majja reaccionó por fin. Volvió a colocar la revista en su sitio y cerró el armario.

—Pero, hombre, ¿te vas? —dijo Tobbe—. ¿No me vas a contar cómo te ha ido?

Se plantó delante de la puerta y le cortó el paso, de modo que Majja tuvo que apretujarse para pasar.

—Por cierto, qué corte de pelo más bonito. —Le acarició la cabeza cuando pasó a su lado—. Dime, Majja, ¿lo llevas todo afeitado?

Majja volvió a encerrarse en el cuarto de baño, echó el pestillo y se quedó inmóvil delante de la ventana. Fuera, el sol brillaba sin piedad sobre los terrenos resecos, pero en su cabeza se veía caminando bajo un cielo cargado de lluvia.

20

1998

—Gilipollas, mierdas, cabrón.

En lugar de ir recitando nombres de artistas, Majja recitaba palabrotas. Una a cada paso. Había perdido el autobús por los pelos, le quedaba un largo camino a casa, que parecía aún más largo bajo la lluvia. Debería haber cogido la bici. Ahora seguro que se perdía el capítulo de *Antikrundan*. Aunque casi mejor. Le costaba mucho no gritar lo que sabía sobre los objetos y adivinar su valor antes de que lo dijeran los expertos de la televisión. La última vez, Peter lo vio con ella, pese a que no le interesaba nada, pero Majja no tardó en olvidarse de que su hermano estaba allí. Antes de que el programa terminara, se dio cuenta de que tenía la mirada clavada en ella. Como si fuera un ovni o algo así. Un parte de Majja habría querido impresionarlo, tal vez que incluso la alabara, porque había acertado con casi todas las piezas. Pero Peter meneó la cabeza, murmuró «Tú no estás bien» y se fue del cuarto. Casi como si le diera miedo, como si Majja fuera un peligro o hubiera contraído una enfermedad contagiosa.

La palabrota más larga la pronunció cuando vio que el autobús amarillo se alejaba bajo la cortina de agua:

—Mecagoenlaputarregladeloscojones.

El papel higiénico se le había escurrido de las bragas, le iba rozando mientras caminaba y se estaba enfadando cada vez más. Seguro que si se bajaba los pantalones para quitárselo pasaba un coche. Se tocó rápidamente por fuera de los vaqueros y se miró la mano. La sangre se mezcló con la lluvia y se volvió rosa claro. Por supuesto que se había manchado, cómo no.

Qué injusto que los niños no tengan la regla. Todo iría mucho mejor si ella fuera un niño. Peter, Tobbe y los demás no tenían ni que sentarse para mear, se quedaban de pie y se la sacaban. También eran

más fuertes. Qué mierda ser una endeble de trece años.

En realidad, era muy oportuno que le hubiera bajado la regla por primera vez ese día, que ya estaba plagado de todo tipo de desastres. Además de haber perdido el autobús el día más lluvioso del año, le habían echado nada menos que tres broncas, Peter incluso le había dado un guantazo. Primero fue Sten el que le gritó enfadado cuando la pilló mirando por debajo de la sábana blanca que cubría varios muebles que acababan de llegar y que ella reconocía del granero de su padre. Después también le gritó su padre cuando se lo contó. No entendía por qué. Y, cuando se dio cuenta de que estaba sangrando, se vio obligada a coger dinero del tarro de cristal de Peter para comprar compresas, y su hermano la pilló, le gritó y también le pegó. Hoy todo el mundo estaba enfadado con ella, así que ahora le tocaba a ella enfadarse. Cuando su padre se quedó dormido en el sofá de las cogorzas, consiguió coger un billete de la caja del granero, pero al llegar descubrió que la tienda estaba cerrada. Ahora iba caminando al anochecer con los vaqueros llenos de sangre y una mejilla dolorida, intentando evitar las salpicaduras de los coches que pasaban. Y, encima, le dolía la barriga.

«Putamierdaderregla.»

Aunque la mayor parte de los coches circulaban bien y se apartaban para no mojarla. Como si no estuviera ya empapada. Solo uno se detuvo y se ofreció a llevarla, pero era el hombre del Citroën azul, el que siempre estaba delante del patio del colegio con la mano en el bolsillo, y todo el mundo sabía que había que evitarlo. Así que le hizo un corte de mangas, tal como Peter le había enseñado.

Al cabo de un rato, dejó de llover. Pensó que ya estaba bien de palabrotas y volvió a repasar los nombres de los artistas que Sten le había dado para que se los aprendiera de memoria. Al menos, tres de cada grupo, le había dicho. Preferiblemente, con las diapositivas que podría ver en el granero. Ahora iba gritando los nombres al cielo del atardecer y ahogando el sonido del chapoteo y de los coches. Sabía que nadie podía oírla.

—Coloristas de Gotemburgo: Göransson, Sandberg, Schiöler. El grupo de Halmstad: Lorentzon, Mörner, Thorén. Los ocho... —Ay, no, de ese grupo tenía que aprenderse los ocho nombres. Frunció el ceño —. Grünewald, Hjertén, Dardel, Jolin... Sandels... ¡Cuantoartistademierda!

Cuando pasó un coche y se detuvo un poco más adelante, Majja aminoró el paso, alerta por si aparecían más hombres de los de la mano en el bolsillo. Cuando vio la pegatina de Metallica en la luna trasera, empezó a caminar con más ganas. «Date prisa, Majja, pero que no se note», se dijo. Se pasó el pelo rizado por detrás de las orejas antes de alcanzarlo.

Él había bajado la ventanilla.

—Hola, Majja.

—Hola.

—¿Te atreves a subirte conmigo?

Cuando alguien empezaba una frase con una provocación, siempre se cabreaba. Salvo si se trataba de Tobbe, entonces no se enfadaba, pese a que se le veía en los ojos una sonrisa provocadora.

Antes de sentarse, se quitó el abrigo y lo colocó entre ella y el asiento, con la esperanza de que Tobbe no se diera cuenta. Por suerte, a esa hora había muy poca luz.

Ya se había montado en su coche en otras ocasiones, pero nunca a solas con él. Una vez escuchó a escondidas cómo les contaba a Peter y a los demás que había estado en el coche con una chica. Majja no entendía a qué se refería con «estado», pero comprendió por la reacción de los otros que tenía que tratarse de algo fuera de lo común. Parecían entre avergonzados y emocionados, y con una actitud más bien infantil al mismo tiempo. Desde entonces, Majja se había preguntado cómo sería «estar» en el coche con Tobbe. Y allí estaba ahora.

Miró por si la chica aquella hubiera dejado algún rastro por el coche. Pero lo único que vio fueron cintas de casete, chicles y una caja de *snus*. Ni pintalabios ni coleteros.

—¿Tienes frío? —preguntó él, y le pasó la mano por el cárdigan rozándole los pechos—. Estás empapada. Quítatelo, que no te resfríes.

—No pasa nada —respondió Majja, pero aun así se lo quitó.

Se arrepintió en cuanto vio lo mucho que se le marcaban los pechos bajo la fina camiseta mojada. Pero no se atrevía a volver a ponerse el cárdigan, pese a que vio cómo la miraba Tobbe.

—Vaya preciosidad —dijo.

¿Qué era una preciosidad? ¿Ella o el cárdigan? ¿Debería darle las gracias? Quizá no hablara en serio, ¿y si estaba siendo irónico al decir «vaya preciosidad» y ella encima le respondía «gracias»...? Joder, qué

patético. Se quedó callada.

—¿Sabes que he estado pensando en ti, Majja? —dijo, se sacó el *snus*, bajó la ventanilla y lo tiró fuera. Majja no podía respirar mientras esperaba a que continuara—. He visto que Peter puede ser un poco duro contigo. Pero sabes por qué, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

—Porque se ha dado cuenta de que te estás convirtiendo en una chica muy guapa. —Soltó una carcajada—. ¡Un auténtico pibón!

Majja no sabía lo que era exactamente un pibón, pero ahora estaba segura de que Tobbe no bromeaba, tenía una mirada sincera. No pudo evitar sonreírle, le dio igual que se le notara. Él también sonrió, se quedó pensativo un momento y después cambió de marcha.

—Ven, te voy a enseñar una cosa.

Majja pensó que no hacía falta que le dijera «ven» porque ya estaba en el coche, pero sintió mucha curiosidad cuando él se metió por una carretera del bosque llena de baches. En todo caso, se preguntaba qué iba a enseñarle, puesto que ya estaba bastante oscuro.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A mi sitio favorito. En el lago. Ahora verás.

Tal vez desde allí aún se pudiera ver la puesta de sol, pensó Majja. Tal vez llevara una manta en el asiento trasero con la que pudieran entrar en calor sentados en la montaña contemplando la puesta de sol.

Cuando se terminó la carretera y el coche se detuvo, él se quedó sentado.

—¿No salimos? ¿A ver el lago?

Él la miró con una sonrisa, que se le borró enseguida.

—Aquí no hay ningún lago —dijo Tobbe.

Majja volvió a dudar. ¿Era una broma? ¿Sería algún tipo de prueba para ver lo lista que era? No terminaba de entender lo que quería.

—Pero tú y yo sí estamos aquí, Majja. Con eso basta. En un coche calentito y cómodo. Ya no tienes frío, ¿no?

Alargó las manos y le frotó los brazos, como si quisiera hacerla entrar en calor. Después detuvo las manos bajo los hombros, apretó un poco y la acercó hacia sí. El primer beso de su vida llegó de repente, pero duró bastante. Demasiado. Y aún no se había acostumbrado a los labios de Tobbe cuando ya tenía su lengua dentro de la boca. Se

apartó y se rio como si él hubiera cometido una tontería. Una travesura.

—¿Qué haces? —dijo.

—Ay, no, Majja —respondió Tobbe con un suspiro—, no hagas como las demás y finjas que no te gusta.

Volvió a cogerla, la agarró con fuerza por la nuca y otra vez le recorrió la boca con la lengua. A ella le resultaba extraño. Un poco emocionante, pero, sobre todo, asqueroso. Quería volver a apartarse, pero no se atrevió. Seguro que eso era lo que había que hacer para estar con un chico guapo como Tobbe.

Sus manos habían acabado debajo de la camiseta de Majja, y la pellizcó con tal fuerza que soltó un grito.

—Venga, Majja, otra vez.

¿No había oído el grito de dolor? ¿Es que quería hacerle daño?

No paraba de darle vueltas a la cabeza, empezó a sentirse mareada. Quizá fueran náuseas. ¿Y si vomitaba dentro del coche?

Volvió a pellizcarla, aún más fuerte, hizo caso omiso del grito y siguió deslizando la mano hacia los vaqueros. Majja empezó a agitarse y a resistirse, no, los vaqueros no..., ¡ahí no!

Tobbe retiró la mano como si se hubiera quemado.

—Pero ¿qué es esto? ¡Joder, qué asco! Podrías haberlo dicho. Y en mi coche, encima, espero que hayas apretado bien las piernas. ¡Mierda! ¡Vaya forma de cortar el rollo!

Alargó la mano a la guantera, sacó un papel y se limpió antes de arrancar de nuevo el motor.

—Se acabó el espectáculo. —Se quedó mirándola—. Siéntate encima del cárdigan, hostia. ¡Qué puto asco!

Metió marcha atrás tan bruscamente que Majja se mareó. La barriga, que le había estado doliendo todo el día, se le encogió con un calambre. Se la cubrió con las manos, pero enseguida tuvo que sujetarse a la agarradera para resistir los violentos giros. Tobbe conducía cada vez más rápido mientras iba murmurando cosas como «qué asco» y «joder».

Cuando por fin llegaron a la carretera principal, ya no había tantas curvas, pero Tobbe empezó a conducir aún más deprisa. Muy deprisa. Majja no se atrevía a mirar, estaba asustadísima. Cerró los ojos e intentó mantener a raya el miedo y los pensamientos, comenzó a recitar nombres de artistas sin ningún orden. X-et... Dardel... Jolin...

Tobbe pegó un frenazo de repente y Majja abrió los ojos, le dio tiempo a ver a un animal estrellándose contra el capó. El coche hizo un ruido sordo repulsivo. Tobbe gritó una palabrota, pero siguió conduciendo. Volvió a aumentar la velocidad.

Majja sentía las lágrimas brotándole y se oyó sollozar.

Él le lanzó una mirada y le gritó:

—Pero ¿qué cojones...? ¿Te vas a poner a llorar ahora también?

A pesar de los hipidos, Majja consiguió hablar.

—¿Y si...? ¿Y si... está sufriendo? Creo que deberíamos...

—¡Ya está muerto, hombre!

Cuanto más fuerte gritaba, cuanto más rápido conducía, más complicado le resultaba a ella contener el llanto, con lo que Tobbe se enfadaba aún más.

Pegó un frenazo inesperado y tan violento que Majja se golpeó las rodillas con la guantera. El dolor la atravesó como un rayo.

—Bájate —dijo Tobbe sin más.

Hizo un gesto en dirección a la puerta del copiloto.

—¡Que te bajes!

Majja la abrió y salió a trompicones. Se quedó inmóvil en el arcén. El alivio por haber podido apearse por fin del coche se transformó en preocupación e incertidumbre. Estaba oscuro como boca de lobo y no sabía dónde se encontraba.

Tobbe debió de ver que estaba perdida y señaló hacia delante.

—Allí está la salida.

Antes de que Majja cerrara la puerta, él se inclinó hacia ella. No dijo nada, pero aquella mirada era fácil de descifrar.

«Ni una palabra a Peter o a tu padre sobre lo que ha pasado, Majja. O te arrepentirás.»

21

Concentración. Respirar hondo. Uno. Dos. ¿Cómo notaba la respiración? ¿Cálida o fría?, ¿por la nariz o por la boca? ¿Profunda o superficial? Concentración. Uno. Dos. ¿Cómo se notaba la respiración en la garganta, en el pecho, en la barriga? ¿Qué sentía en la coronilla, en los senos paranasales...?

Qué va, no había manera. Karin renunció a su intento de meditar y abrió los ojos. Tal vez fuera el calor, le resultaba imposible concentrarse con aquel calor sempiterno. Incluso dentro de una sala cerrada en la comisaría de Östhammar.

Aunque esta vez la distracción venía sobre todo de lo que sucedía fuera. Se levantó y miró por la ventana de la oficina. Una decena de periodistas equipados con cámaras y micrófonos rondaban las puertas de la comisaría como hienas alrededor de un antílope moribundo. Algunos se cobijaban a la sombra de un castaño, pero se incorporaban en cuanto parecía que estaba pasando algo.

Deberían arrojarles a Ricky y cerrar las puertas, aunque seguro que él se las arreglaría para empeorar la situación. Maldijo a su colega por enésima vez. Y al banco. ¿Cómo se había filtrado la información acerca del contenido subido de tono de la caja de seguridad? Los únicos que estuvieron presentes —la policía y el banco— tenían la obligación de guardar el secreto profesional. No estaba claro quién lo había filtrado, pero Ricky había disfrutado de su papel como portavoz temporal y se había asegurado de salir en los medios todo el tiempo posible, y había hecho declaraciones ridículas e inapropiadas que siempre terminaban remitiendo a la investigadora responsable, Karin Klinga. Pese a que sabía que Lennart no era muy estricto, había delegado en él la tarea de reconvenir al incompetente de su subordinado por haber llevado tan mal el asunto. Simplemente, no podía ni verlo.

Necesitaba todas sus fuerzas para la maniobra de esa tarde: el encuentro con Magnus. Después de un millón de mensajes

preguntándole el día, la hora, el lugar, si mesa junto a la ventana, si tomamos algo antes o después, por fin habían quedado. Ahora solo esperaba que fuera un encuentro breve, digno y directo al grano. Sin rosas ni velas en la mesa.

Miró el escritorio, que estaba cubierto de pétalos caídos del ramo de bienvenida que le regalaron sus compañeros. Que no hubiera ni cambiado el agua ni retirado los pétalos denotaba ingratitud y dejadez. Por el camino de vuelta, después de ir a Hammarnäs a preguntarle a Lilly Hammar si había oído la discusión entre su marido y su hermano, debería comprar unos dulces para llevarlos a la comisaría. Tal vez ese gesto le diera unos puntos extra después de todo.

Recogió los pétalos en una mano y se levantó, pero la interrumpió el teléfono. Volvió a sentarse.

—Karin Klinga.

La persona que había al otro lado de la línea decidió no presentarse e ir al grano.

—Cabría preguntarse cómo es posible que una inspectora de la Policía Judicial abra la caja de seguridad de un difunto sin la presencia de un abogado y después filtre el contenido privado a la prensa. Es impresionante.

Axel Cronhielm. Karin se puso en modo robot y le respondió con voz monótona:

—Una vez obtenida la autorización del fiscal, no es necesaria la presencia ni el visto bueno de un abogado. Aún no sabemos cómo ha conseguido la información la prensa.

Axel Cronhielm no pareció entenderlo.

—No debería sorprenderme. Después de todo, interrogó usted a mi hermana sin la presencia de un abogado, así que tal vez no sea tan raro que...

—Eso no fue un interrogatorio —interrumpió Karin. Oyó que Cronhielm tomaba aire para una nueva salva, así que se apresuró a continuar—: Lo cierto es que hoy tenía pensado visitar la *volière* para hacerle unas cuantas preguntas más.

—Lilly ya no está allí, pero seguro que los pájaros y usted tienen una grata conversación. ¡Dicen las mismas patochadas!

—¿Disculpe? ¿Lilly no sigue en Hammarnäs?

—Efectivamente. La han trasladado. Por su propio bien.

Karin apagó el modo automático.

—¿Y cómo es posible que, siendo abogado, no se le haya ocurrido que quizá deberían haber informado a la policía? ¿Adónde la han trasladado?

—A la residencia Vingadal.

—Gracias por la información.

Cortó la llamada de golpe para que a Axel Cronhielm no le diera tiempo a soltar más ataques y protestas. Se quedó sentada apretando con fuerza el auricular. Le costaba entender por qué ese hombre en concreto la aceleraba tanto a ella, que siempre mantenía la cabeza fría. Pensó en la conversación que había mantenido con Kulan el día anterior. «Allí, en el campo, estarás como de vacaciones, ¿no?», le dijo. No podía estar más equivocado. ¿Qué habría hecho él si hubiera estado en el banco? Incluso a un policía veterano de la capital como Kulan le habría costado mantener el tipo.

Era cierto que aquello resultaba un poco extraño, pero un particular podía guardar lo que quisiera en su caja de seguridad, siempre y cuando el contenido se hubiera adquirido de forma legal. Y, en realidad, nada indicaba que la colección secreta de Sten Hammar pudiera aportar algo a la investigación. Aun así, Karin tenía el presentimiento de que era importante.

Se paró a pensar un segundo si debería comentar con su padre lo que le decía el instinto, él era el mejor interlocutor para contrastar ese tipo de cosas. Una conversación con él siempre le daba buen resultado cuando se quedaba atascada. Pero antes debía averiguar qué era lo que le estaba diciendo su instinto. Poco a poco se dio cuenta de que, en esencia, el asunto giraba en torno a una persona en concreto. Marcó un número distinto del de su padre.

Sonaron varios tonos de llamada, después se oyó un lamento y, luego, la voz de Majja. La notó rara.

—Majja Skog —seguida de un ruido y otro lamento.

—Hola, soy Karin Klinga... ¿Estás bien...? ¿Dónde estás?

—Debajo de un armario. Buscando una firma.

—Vaya. Qué agradable.

—Bueno, si te gustan el polvo y las telarañas, sí.

—¿Qué te pasa en la voz?

—Una Maglite.

—¿Cómo?

—¡Una Maglite! Espera.

Se oyeron arañazos y resoplidos, pero Majja no tardó en volver a ponerse al teléfono, ya con una voz más normal.

—Si tienes que arrastrarte por debajo de los muebles, lo más fácil es llevar la linterna entre los dientes.

—Entiendo. Deberías tener una frontal, como los mecánicos cuando se meten debajo de los coches.

—Gracias por el consejo.

Karin no estaba segura de que no lo hubiera dicho con ironía.

—No quiero apartarte de las arañas más tiempo del necesario, pero me gustaría comentar algunas cosas sobre lo que vimos ayer en el banco.

—Vale. ¿Qué quieres saber?

A Karin le dio la impresión de que la voz de Majja sonaba más tensa.

—¿Qué valor tienen a tu juicio las obras de arte que hay en la caja del banco?

Se hizo un silencio absoluto.

—Majja, ¿sigues ahí?

—Estoy pensando.

—¿Te importaría pensar en voz alta?

—Si quieres —dijo, y empezó a recitar—: Siete Tom of Finland, treinta mil cada uno; un Helmut Newton, doscientos cincuenta mil; dos Mapplethorpe, ciento cincuenta mil cada uno; una ánfora antigua, cincuenta mil; nueve *shungas*, seis mil quinientas cada una; McGinley, setenta y cinco mil; tres litografías en color de Dalí, seis mil cada una...

Siguió con el recitado y terminó informando del resultado sin detenerse ni coger aire:

—Un millón ciento setenta y cinco mil. Más o menos.

—Vaya. ¿Lo has calculado mentalmente?

—Sí.

—Se te dan muy bien las matemáticas, ¿no?

Su interlocutora recibió el cumplido con un silencio.

—Vale, un millón en números redondos, según tú —prosiguió Karin—. ¿Quién compra ese tipo de obras? ¿Y por qué? ¿Es una inversión o algo de lo que... disfrutar?

—No lo sé.

Respondió como un rayo. En realidad, Karin debería retirarse, aquello era un campo de minas, estaba claro, pero no pudo contenerse y siguió preguntando:

—Pero tú conocías a Sten Hammar, ¿no tienes ni idea de por qué...?

—Yo conocía su colección —la interrumpió Majja cortante—. A él no.

—Conocías su colección —repitió Karin—. Pero esto no, esto era la primera vez que lo veías, ¿verdad?

—Sí. ¿Algo más?

Karin oyó que volvía a colocarse la linterna en la boca.

—Puede. Tengo más preguntas. Igual me paso por Hammarnäs más avanzado el día, pero antes tengo que pasarme por..., ¿cómo se llamaba?, Vingadal y...

Oyó como si Majja contuviera la respiración.

—¿A ver a Lilly?

—Sí... A verla. ¿Cómo...?

—¿Puedo ir contigo?

Karin se reclinó en la silla de oficina después de colgar. Se dio cuenta de que aún tenía los pétalos en la mano. Cuando la abrió, las hojas aplastadas le habían dejado unas estrías rojizas en la piel.

«Solo su colección.» Sí, venga. Majja Skog sabía de la familia Hammar más de lo que daba a entender. Que fuera tan reservada y misteriosa no implicaba necesariamente que estuviera relacionada con nada delictivo ni que debieran incluirla en la lista de sospechosos. Si es que se podía hablar siquiera de una lista. Pero el instinto de Karin le decía alto y claro que Majja Skog tenía un pasado común con la víctima. Algo privado e importante. ¿Por qué, si no, iba a querer ver a la mujer de Sten Hammar?

Karin miró el reloj. Majja iba a llegar a la comisaría dentro de media hora, y después irían juntas a Vingadal, quizá fuera una buena ocasión para averiguar algo más.

Si es que conseguía salir, claro. Volvió a mirar por la ventana. Las hienas seguían allí. Tal vez debería pensar algo sensato que decir por si le ponían un micrófono delante.

Después de tirar los fragmentos de los pétalos, encendió el ordenador. Escribir frases siempre le ayudaba a concentrarse mejor.

¿Qué preguntas cabía esperar que le hicieran? Si empezaba por ellas, podría intentar formular las respuestas.

—Toc, toc...

Levantó la mirada. Lennart estaba en la puerta y la señalaba con gran expectación.

—Tienes que decir: ¿quién es?

—¿Quién es? —dijo forzando una sonrisa—. Hola, Lennart.

Cuando entró, Karin suspiró con la esperanza de que no la oyera.

—¿Va todo según lo planeado, Karin?

—Desde luego.

—¿Puedo echar una mano con algo?

—De momento, no. Pero prometo avisarte si hay cambios.

Él asintió y siguió meciéndose de un lado para otro.

—¿Qué tal ha ido la cosa con el gobernador civil?

—¿El gobernador civil?

—Quería un informe acerca de la investigación.

—Y lo tendrá. A su debido tiempo. ¿Qué tal ha ido la cosa con Berggren? —contraatacó Karin.

Ahora le tocaba a Lennart responder con evasivas.

—Voy a hablar con él. Por supuesto. Pero... se fue al campo de tiro y ahora está con un testigo.

—Cierto, el que oyó el ruido del motor.

Karin se levantó y volvió a mirar el reloj. Tenía tiempo de hacerle una visita a su colega. Se despidió de Lennart con un gesto de la cabeza y salió al pasillo.

—¡No te olvides del gobernador civil! —oyó que le gritaba Lennart.

Cuando Karin entró en la sala de recepción de testigos, una habitación diminuta y fría que recordaba a una sala de interrogatorios, estuvo a punto de echarse a reír. En una silla, enfrente de Ricky y el técnico de sonido, había un hombre mayor que parecía salido de la película *Änglagård*. Llevaba la generosa barriga apretada dentro de una camisa a cuadros con resquicios por los que se colaba el vello, y la silla estaba bastante separada de la mesa. El cuello de la camisa no se veía, estaba oculto por una barba blanca y encrespada. Tenía los ojillos entornados sobre una nariz arrugada y curtida por el viento. Pese al calor estival, llevaba una boina sobre la que ahora se

había encajado unos auriculares.

Como todos los que no estaban acostumbrados a los auriculares, hablaba demasiado alto.

—¡No, no, no! Un tractor tampoco era.

Parecía que llevaban así un buen rato, el rostro del hombre irradiaba frustración. Un reguero de sudor le caía por debajo de la boina.

—Berggren —dijo Karin en voz baja, para no molestar—. ¿Tienes un momento?

—¡Ahora no oigo nada! —gritó el hombre.

—Todavía no está sonando nada.

El técnico de sonido tenía la paciencia de un santo.

—¡¿Cómo?! ¿Qué has dicho?

Karin se llevó a Ricky a un lado.

—¿Cómo va la búsqueda?

—¿La búsqueda? —preguntó Ricky—. Ah, ¡te refieres al arma homicida! Creo que, de momento, nada.

—¿Cómo que «creo»? ¿No deberías estar allí?

—Quería participar en esta prueba —dijo señalando al técnico de sonido, que puso cara de preferir que no le ayudaran.

Estaba claro que los técnicos de sonido y sus aparatos tenían para él más atractivo que andar por el campo.

—¿Un cortacésped? ¡Un cortacésped! —gritó el anciano—. Vosotros pensáis que yo estoy tonto. ¡Os he dicho que era un vehículo!

Una ocurrencia repentina hizo que Karin se acercara al técnico.

—¿Por casualidad no tendrás el sonido de un Lamborghini... Gallardo?

El técnico levantó la vista sorprendido, pero se puso a buscar enseguida la pista en el archivo sonoro. Cuando la reprodujo, Karin apenas podía respirar. Sin apartar la vista del granjero, aguardó su reacción.

El hombre se quitó los auriculares de golpe, la boina también salió disparada y reveló un par de mechones encrespados.

—Pero ¡¿estamos en Milán?! ¡¿O es que han traído la Fórmula 1 a Roslagen?! ¡Era un sonido más simple!

—Más simple —dijo el técnico con un suspiro.

—Sí —gritó el anciano—, ¡pero inusual!

Karin exhaló un suspiro y se sintió tan decepcionada como

aliviada. «Había que intentarlo», pensó, y se dirigió a su colega. Ricky se lo estaba pasando bien. Para él era puro divertimento, seguro que le hacía gracia que ella hubiera querido probar el sonido del coche de aquella *skinhead* tan arrogante.

—Ve a Hammarnäs en cuanto puedas —dijo—. Pero creo que Lennart quería hablar contigo antes.

—Vaya. ¿Sobre qué?

«Dios mío», pensó Karin, pero no dijo nada y regresó a su despacho. Majja no debería tardar mucho en llegar. Volvió a colocarse junto a la ventana. Los periodistas seguían allí, incluso parecía que hubiera más.

Sonó el teléfono.

—Hola, Majja.

—Estoy por aquí, ¿vamos directamente o aparco?

Karin volvió a mirar a las hienas y suspiró.

—La verdad es que no lo sé. Primero tengo que pensar una forma de evitar a la prensa que se ha atrincherado fuera.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Podemos ir en tu coche? —preguntó Majja.

—Sí..., claro.

—Yo me encargo de los periodistas, nos vemos en tu coche dentro de un momento.

Antes de que a Karin le diera tiempo a preguntar qué pensaba hacer, Majja ya había colgado. Se le hizo un nudo en el estómago de preocupación mezclada con curiosidad, pero cogió la chaqueta y el abrigo y bajó la escalera. Desde el lugar de la entrada donde se encontraba podía divisar a los reporteros sin ser vista.

No tuvo que esperar mucho. Se oyó un rugido ensordecedor en la calle, como en esas carreras de Fórmula 1 de las que acababa de hablar el anciano. En el mismo instante en que los periodistas giraron la cabeza hacia el sonido, Karin aprovechó para escabullirse. Su coche no estaba lejos, pero le dio tiempo a ver en el aparcamiento al monstruo rosa chillón y a oír el motor acelerando. No hacía falta tener interés en el mundo de la automoción para quedar impresionado. Cuando Majja apagó el motor y se bajó, recibió los aplausos de unos y las risitas de otros. Karin se agachó dentro de su coche y le hizo una señal con las luces. Enseguida se abrió la puerta y Majja entró.

—Gracias —dijo Karin mirando la palanca de cambios.

—No hay de qué.

—¿Y tu coche?

—No me parece que corra mucho riesgo aparcado delante de una comisaría.

—Vale. Entonces nos vamos, ¿no?

Majja asintió y Karin se alejó de allí discretamente.

22

1998

Quería ir a Hammarnäs, aunque fuera sábado. Pero a ver a Lilly, no a Sten. Y no quería ir para aprender nada sobre estilos, materiales y nombres de artistas. Necesitaba a Lilly. Y a las aves. Salir de la granja.

Cogió el abrigo y se marchó de casa. El viento le revolvía la melena. Se acordó del primer día en Hammarnäs, cuando el viento estuvo a punto de tirarla de la bici y ella se asustó de Jussi y de la anciana loca. Cuánto tiempo. Y qué tontería.

Enseguida sintió una punzada en la barriga y se vio obligada a detenerse. Llevaba mal desde... Cerró los párpados. Intentó apartar las imágenes del rostro asqueado de Tobbe gritando y de los ojos desorbitados del animal antes de estamparse contra el capó. Se dio cuenta de que tenía que volver corriendo a la casa, y le dio tiempo justo a bajarse los pantalones y sentarse en el inodoro antes de que se le descompusiera la barriga. Bajó la vista y despegó la compresa empapada. También tenía las bragas rojas. «Putamierdaderregla.» Tuvo que envolver la compresa con varias capas de papel higiénico. Peter no debía verla, así que no podía echarla a la basura. Tendría que guardársela en el bolsillo de los vaqueros. En cuanto se hubiera alejado un poco con la bici, la tiraría por la carretera.

Otro intento. Salió de la casa y se encontró con Peter en la escalera.

—¿Qué te pasa, que estás tan pálida? —preguntó.

Podría habérselo contado. Le podría haber hablado del viaje en coche. De Tobbe. De sus manos insistentes. Pero no lo hizo. Después de todo, fue ella la que enfadó a Tobbe. Y tal vez no debería haberse montado en su coche. De alguna manera, era culpa suya, o quizá hubiera algo que debería haber hecho de otra forma. Pero no estaba segura de qué. Y no sabía cómo iba a reaccionar Peter. Uno o dos

guantazos los podría soportar, no sería la primera vez. Pero estaba segura de que también existía el riesgo de que le pusiera esa cara de decepción que ella tanto detestaba. De que la viera de otra forma.

Y no había olvidado la mirada amenazante de Tobbe antes de alejarse con el coche.

—Nada.

—Sí, claro. Pues tienes cara de muerta. Pero da igual, porque nos vamos a poner la cara negra. De manchas de aceite —dijo mientras se le iluminaba el semblante y sonreía entusiasmado—. Toca empezar a arreglar la Ural.

Debería haberse alegrado, porque por fin iba a poder trabajar con la vieja moto con sidecar. Iba a poder ponerse el mono y coger las herramientas. Llevaban mucho tiempo hablando del tema, diciendo que intentarían volver a ponerla en marcha. Pero hoy no.

—No tengo ganas.

—¿Qué? ¿Estás enferma? Qué pena, porque hoy parece que es nuestro día de suerte. —Esperó, probablemente a que le preguntara qué quería decir, pero cuando vio que callaba, continuó—: A papá le ha entrado dinero. No tengo ni idea de cómo. Pero dice que nos va a llevar al cine.

—No tengo tiempo.

A Peter se le borró la sonrisa de la cara. Majja podía ver la decepción en su mirada. Aunque, no, más bien parecía triste. Eso era aún peor.

—¿Que no tienes tiempo? ¿Qué pasa?, ¿tienes mucho que hacer?

—Es que... me voy.

—¿Adónde?

—¿Por qué tengo que decírtelo?

Peter se echó hacia delante.

—Porque te lo estoy preguntando. Dime adónde vas.

Majja se encogió de hombros y bajó la vista al suelo.

—Hammarnäs.

—¿Hoy? —preguntó Peter después de unos segundos de silencio —. Pero si es sábado.

—¿Y qué? —respondió ella levantando la mirada.

Peter asintió.

—Vale, o sea que ahora no basta con un día a la semana. Estás deseando volver, ¿eh? ¿Se puede saber qué hacéis allí? ¿Te invitan a

solomillo y a dulces? No, claro que no, seguro que es por todas las cosas taaaan finas que aprendes. Todas esas cosas de las que los catetos de campo no tenemos ni idea. ¿Verdad?

Majja se puso furiosa enseguida. Peter podía meterse su decepción y sus ojos de cachorrito triste por el...

—¡Vete a la mierda! —dijo al tiempo que lo apartaba de un empujón.

Después corrió hasta la bicicleta y enfiló la cuesta hacia la carretera. Creía que Peter iría tras ella para pegarle mientras pedaleaba. Pero lo único que hizo fue gritarle desde el otro lado de la explanada:

—¿Qué te pasa?, ¿tienes la regla o qué?

En cuanto Majja hundió la nariz en las plumas de Jussi, le brotaron las lágrimas.

Allí dentro solo estaban ella, Lilly y las aves. Lilly tenía un día bueno. No se quedaba tan a menudo con la mirada perdida y no hablaba tan raro. Cuando le preguntó qué le pasaba, lo dijo con normalidad. Como si fuera natural que le hiciera esa pregunta y que se preocupara por una cría como Majja, aunque no fuera su madre. Seguramente Lilly habría sido una madre estupenda.

La sencilla pregunta de qué le pasaba fue suficiente. A Majja le dio tiempo a esconder la cara en Jussi antes de que empezaran a brotarle las lágrimas. Pero Lilly lo entendió y soltó un suspiro.

—Ay, ay, querida. Qué desdicha —dijo abrazando a Majja, con la fina tela y cada uno de sus aromas flotando a su alrededor. Todo era suavísimo.

—No pasa nada —consiguió decir Majja, pero se arrepintió de inmediato.

Quería quedarse un rato más en sus brazos. ¿La habían abrazado así alguna vez? La enfermera del colegio la abrazó cuando se partió el labio. Y su madre, claro. Porque le habría dado el pecho, ¿no? Y quizá habría querido abrazarla a veces. Antes de morir. Aunque ¿qué sabía ella? ¿Habría sido como ese abrazo?

Lilly no la soltaba, le levantó la barbilla con el pulgar y el índice y la miró.

—¿Te han roto el corazón? Entonces no llores, no merece la pena. ¿Verdad, Jussi?

Alargó el brazo y cogió un cacahuete que colocó en el pelo de Majja. Jussi se llevó el cacahuete con un gruñidito, como diciendo: «Gracias».

Lilly le acarició la mejilla.

—Qué suave. Qué suave.

Y allí se quedó, con Lilly y las aves a su lado, y no quería estar en ningún otro sitio. Ellos sí que eran suaves. Y era ella la que tenía que dar las gracias.

23

La residencia Vingadal estaba a un par de horas al noreste de Östhammar, por carreteras a veces amplias, a veces estrechas. Cuando por fin llegaron, le resultó agradable estirar las piernas. Karin y Majja se bajaron del coche y contemplaron el lugar. «No me lo esperaba tan bonito», pensó Karin. No era un coloso de hormigón acorralado entre asfalto, sino un edificio bajo rodeado de fronda. Los caminos eran sinuosos, aunque seguro que habría resultado más fácil hacerlos rectos y de asfalto. Los arbustos y los árboles proyectaban juegos de sombras en el edificio y en el césped. Se respiraba tranquilidad, como si el lugar se encontrara fuera de las reglas del mundo y sus obligaciones. Cuando empezaron a caminar hacia el edificio, notó cómo se le contagiaba la armonía.

Pero a Majja no parecía afectarle la tranquilidad del ambiente. Karin se dio cuenta de que había cambiado de actitud a medida que se acercaban a Vingadal. Su compañera de viaje había ido mostrándose cada vez más taciturna y, cuando llegaron a la entrada, se quedó un tanto rezagada.

—Empieza sin mí, ahora voy yo.

Después de tomar nota de las instrucciones que le dio el personal y de pasar un rato buscando a Lilly, Karin la encontró fuera, en un extremo del jardín. Estaba en un banco ataviada con un camisón vaporoso, no muy distinto del vestido blanco que llevaba en la *volière*, pero el de hoy iba adornado con una gran uve de color azul cielo. En cualquier caso, no parecía que a Lilly Hammar le importara la ropa. Los árboles que la rodeaban habían captado toda su atención, miraba hacia arriba concentrada. Se oyó un graznido y Karin se dio cuenta de que lo que estaba mirando eran cornejas, urracas y otras aves salvajes. Ni un papagayo a la vista. Seguro que echaba de menos a sus mascotas.

Hoy tenía un día bueno, Karin lo vio enseguida. La señora parecía animada. Tenía la mirada limpia, la voz tranquila y firme cuando se

saludaron. Por eso Karin pudo ir directa al grano y no encontró resistencia ante la pregunta sobre el tema de la discusión.

—Estaban discutiendo por mí —respondió Lilly sin rodeos.

—Vale... ¿Por qué? ¿Sobre qué discutían?

—Axel quería que me incapacitaran judicialmente, pero Sten no.

Karin se quedó sin saber qué decir. Oír a aquella mujer, por el momento, normal, hablar sobre su propia incapacitación le resultaba sorprendente. Pero recordó cómo se había comportado en su encuentro anterior y decidió tratar de averiguar todos los detalles del pasado. Debía aprovechar ahora que estaba más comunicativa.

—¿Cómo se conocieron Sten y usted?

Lilly sonrió.

—A través de mi hermano, Axel. Eran compañeros de clase. Sten me cortejó con flores y bombones. Pero cuando me regaló un ave supe que era el hombre adecuado para mí.

Karin quería omitir la tragedia del hijo que perdieron para no arriesgarse a que le afectara. Pero cuando el rostro de Lilly se relajó de repente y sus ojos adquirieron un aire risueño, se dio cuenta de que era demasiado tarde. La mujer tenía la mirada fija, sonreía y acariciaba el camisón con la boca abierta.

—Qué suave, qué suave...

Al principio Karin pensó que se refería a la suavidad de la tela, pero cuando siguió la mirada de la anciana, sus ojos aterrizaron en Majja, que se encontraba a cierta distancia y se veía desconcertada.

—Qué suave, suave...

Karin estaba segurísima de que Lilly tenía la mirada fija en Majja. En ese instante, apareció una enfermera.

—Es hora de entrar, Lilly. Llevas aquí toda la tarde y dentro de poco es la hora de la cena.

La enfermera cogió a Lilly por debajo de los brazos para ayudarle a levantarse del banco, pero sintió el golpe de una mano abierta.

—¡No!

La mano aterrizó en el pelo de la enfermera.

—¡No os la llevéis de mi lado, no os llevéis a mi niña suave!

Las gafas de la enfermera habían salido volando. Karin se agachó para recogerlas y se las dio. La enfermera no se inmutó, seguramente estaba más que acostumbrada.

—Gracias —dijo pasándose la mano por el pelo—. Debo pedirle

que deje a Lilly de momento. Necesita descansar.

—Pero solo tengo unas...

—Es evidente que la visita la ha alterado. Insisto, debe irse de Vingadal.

Lilly estaba sumida en sus pensamientos y volvía a dirigir la mirada hacia la copa de los árboles. A Majja no se la veía por ninguna parte.

Karin se puso de pie con un suspiro. Se indignó consigo misma por no haber sido más eficaz, pero tal vez no hubiera mucho más que preguntarle a Lilly.

En el camino de vuelta a través del edificio principal, notó la presión de la vejiga. Vio el letrero de los aseos, se acercó, pero fue incapaz de abrir la puerta. Se le pasaron por la cabeza un montón de señores con miembros temblorosos y señoras con incontinencia. Y, por muy agradable que pareciera Vingadal, el olor era el mismo que el de cualquier hospital: un olor que debería remitir a limpieza y desinfección, pero que en realidad ponía de manifiesto la necesidad de fregar y frotar con productos de limpieza muy fuertes. Apremió el paso y dio un suspiro de alivio cuando volvió al aire fresco del exterior.

Majja estaba en el aparcamiento apoyada en el coche, con las manos en los bolsillos y los hombros tensos.

—Pensaba que querías ver a Lilly —dijo Karin.

—Qué va.

—Pero si dijiste...

—Dije que quería acompañarte —la interrumpió.

—Vale...

Majja esbozó una sonrisa rápida, aunque fue más bien como si le hubiera dado un tic.

—Quería asegurarme de que estaba bien, nada más. Que se encontraba en un buen sitio.

—Ya. Y sí es una buena residencia, ¿no?

—Sí, pero la van a cerrar pronto. No hay dinero.

Dicho esto, Majja abrió el coche, se subió y volvió a cerrar la puerta. Karin tardó un momento en comprender que Majja debía de haber hablado con el personal mientras ella estaba con Lilly.

Sacudió la cabeza. Desde luego, no era fácil entender a la experta de Wallius. Pero ahora mismo el objetivo principal de Karin era

localizar un aseo decente.

Se marcharon de allí en silencio. Majja iba mirando por la ventanilla, excepto cuando echaba un vistazo al panel de mandos. Karin se centró en su forma de conducir y se preguntó qué pensaría de su técnica la experta en coches deportivos que iba a su lado.

—Tienes que echar gasolina.

Majja señaló el símbolo de aviso encendido.

Karin asintió. Mierda, eso no le pasaba nunca. El piloto rojo estaba parpadeando, y no había oído el pitido de aviso.

Se detuvo en la primera gasolinera que vio, con la esperanza de que tuviera unos servicios más o menos limpios.

Cuando se bajó del coche, vio que su pasajera había sacado el móvil y estaba mirando notas sobre subastas, una página detrás de otra.

Con la manguera en la mano, Karin se fijó en cómo iban subiendo los litros y el dinero. Tic, tac. La serenidad que acababa de experimentar en Vingadal pareció esfumarse, porque el contador la llevó a pensar en el tiempo, en los minutos y los días que habían transcurrido sin que la investigación hubiera dado resultado alguno. De momento no tenían ningún testigo, ninguna pista ni huella dactilar, ninguna arma homicida. Solo un granjero furioso que afirmaba haber oído un sonido de motor extraño y una discusión entre la víctima y su cuñado poco antes del homicidio.

Dejó la manguera en su sitio y abrió la puerta de Majja.

—Voy a aprovechar para ir al servicio —dijo—. ¿Vas a ir tú también?

—No.

—Nos queda un buen trecho.

—Ya haré pis en el bosque cuando me entren ganas.

Karin se encogió de hombros y entró en la tienda. Un joven con una gorra y *snus* en la boca levantó desganado la vista del ordenador. Tragó saliva. Por el color de su cara dedujo que probablemente el contenido de la pantalla fuera cuestionable. ¿O es que se le notaba que era policía?

—¿Los servicios? —preguntó.

Él la miró de arriba abajo y le señaló hacia el fondo del local.

La puerta estaba abierta, así que se ahorró tocar el picaporte, y la luz estaba encendida. Pero ahí se acabó su suerte. Una papelera hasta

los topes, papel por el suelo. Algo líquido debajo del retrete.

Y lo peor de todo: la tapa del inodoro estaba bajada. Joder.

Percibió un olor a loción para después del afeitado que le recordó a Ricky Berggren y se quedó inmóvil. Enseguida se sucedieron los pensamientos: el joven de la caja, seguramente hubiera sido él el último que lo había utilizado. ¿Qué probabilidad había de que fuera limpio y de que se hubiera lavado las manos o de que se hubiera sentado? Y por aquel lugar tan poco transitado no podían pasar muchos clientes a lo largo del día. No tendrían mucho más que hacer para entretenerse que sentarse en el váter a masturbarse. ¿No había visto revistas porno en la estantería de prensa que había justo en la entrada? Miró las bolas de papel arrugadas e imaginó lo que contenían.

Por mucho que lo necesitara, no pensaba utilizar aquel inodoro.

Le dio una patada a la puerta con más fuerza de la debida y se marchó de la gasolinera, enfadada consigo misma. Si solo tenía que entrar, levantar la tapa, cubrir el asiento con papel y hacer lo que tenía que hacer. Y lavarse las manos después. Y adiós a los microbios. Pero no, ella, ni hablar.

—Qué rapidez —dijo Majja, que parecía de mejor humor.

Karin no respondió y pisó a fondo el acelerador para llegar a la comisaría antes de que se hiciera pis encima. ¿Y si ponía las luces?

—Qué guapo —dijo Majja cuando Karin salió de una curva acelerando.

—Gracias —respondió con una sonrisa—. Algo he practicado.

—Ya imagino —dijo Majja—. Siendo policía, puedes conducir todo lo rápido que quieras, ¿no?

—Solo cuando estás persiguiendo a los malos.

—¿Y no es eso lo que estás haciendo?

Karin no pudo evitar soltar una carcajada.

—Pues sí, la verdad —dijo, y pisó más aún el acelerador.

Majja sacó una chocolatina Snickers del bolsillo del abrigo y le quitó el envoltorio, pero se le cayó en la siguiente curva cerrada. Karin vio sorprendida cómo la recogía del suelo con toda la tranquilidad del mundo y le daba un mordisco. Sin soplarle siquiera. Majja Skog era una criatura inocente, a pesar de su edad. O un gato montés, que hace pis en el bosque y come del suelo. Aun así, Karin no la percibía como desagradable. Solo de una naturalidad sorprendente.

Acto seguido, vio con envidia cómo Majja se comía el último trozo y se chupaba el pulgar antes de limpiárselo en los vaqueros.

La pantalla del móvil se iluminó al llegarle un mensaje. Era de Nora, y Karin apartó la vista del volante para ver de qué se trataba. Solo sus hijos podían moverla a hacer algo así.

Le dio tiempo a ver una fila entera de emoticonos muy graciosos antes de que Majja gritara:

—¡Cuidado!

Karin levantó la vista y se encontró con un animal. Cada vez más grande. Frenó automáticamente y giró el volante para chocar con la parte trasera del corzo. El coche se salió del carril y, justo antes de que se estampara contra un árbol, Majja dio un volantazo. Con un fuerte ruido metálico fueron a parar a un sembrado, y saltaron los airbags.

El silencio era ensordecedor.

Al principio sintió como si no pudiera respirar, como si tuviera que decirse: coge aire, suéltalo, coge aire, suéltalo.

—Gracias, Majja... —consiguió articular al fin.

Ella no respondió, se limitó a apartar los airbags y abrió la puerta. Salieron del coche a rastras.

Al oír un berrido, se volvieron hacia el animal. El lamento y las patadas desesperadas que daba al aire le revolvieron el estómago a Karin. Quería acabar con el sufrimiento del corzo, pero no se atrevía a moverse, se tapó los oídos con las manos. Como a cámara lenta, vio a Majja abrir el maletero, acercarse tranquilamente al animal, levantar una llave de cruceta y dejarlo inconsciente de un solo golpe, para después degollarlo con su navaja.

Aquello fue brutal, pero a Karin la dejó impresionada. Y agradecida. Si no hubiera sido por el volantazo de Majja, se habrían estampado contra un árbol y el sufrimiento del animal se habría prolongado mucho antes de morir. Pero lo que más le sorprendió fue su vacilación. Su falta de profesionalidad. En la academia de policía los habían entrenado, repetían la formación con regularidad, y las veces en las que sí había tenido que disparar o abatir a alguien no había dudado lo más mínimo. Pero ella, una mujer fuerte, una representante de la ley, se había quedado petrificada con las manos en las orejas viendo cómo aquel espíritu del bosque mataba al corzo con destreza. Sintió tanta vergüenza que se ruborizó.

Al mismo tiempo, le saltaron las alarmas y, de repente, las

palabras del forense volvieron a resonarle en la cabeza: «... un único golpe, certero y firme...».

¿Sería Majja Skog capaz de matar a un anciano indefenso? ¿De esa forma?

La sola idea hizo que se le pasara la conmoción y volvió a su habitual profesionalidad. Al mismo tiempo que empezaba a relajarse, notó que la vejiga no le aguantaba más. Se bajó los pantalones y se puso en cuclillas sin moverse del sitio. La rodilla mala le temblaba, y sintió en el muslo unas punzadas de dolor. Parecía que no iba a terminar nunca. Los mosquitos se arremolinaban en torno a su trasero desnudo, y se arrepintió de no haber usado el servicio de la residencia, que apestaba a lejía.

Miró a un lado y vio que Majja también estaba en cuclillas en el arcén. Sus miradas se encontraron un instante y las dos se echaron a reír.

24

Majja Skog iba conduciendo un coche de policía. Sin rotular, eso sí. Pasó su infancia rodeada de gente que había montado en coches de policía por distintos motivos delictivos. Ella, en cambio, nunca se había subido a ninguno, y mucho menos para conducirlo. Y no era nada apasionante.

El vehículo accidentado aún funcionaba, más o menos, pero para poder ir en línea recta tenía que girar el volante a tope. Y al cabo de varios kilómetros empezó a notarlo en los brazos. La mujer policía podría haber conducido, desde luego, pero estaba visiblemente afectada y, después de informar del accidente, Majja sugirió que fueran a la granja, que quedaba relativamente cerca. Una vez allí, Peter y ella podrían echar un vistazo a los daños, y tal vez él les prestara el coche para volver a la comisaría.

Majja iba pendiente tanto del camino como del bosque y las sombras que lo rodeaban. Los animales estaban muy activos en esa época del año. Qué raro, pensó, que todo aquello todavía le trajera a la memoria el trayecto en coche con Tobbe. Y el corzo que la miró a los ojos durante un segundo. Y todo lo que había sucedido antes.

Deseaba con toda su alma que Tobbe no estuviera allí cuando llegaran. Cuando apareció en el dormitorio, la dejó descolocada. Salió huyendo sin obtener respuesta a todas las preguntas que sus palabras habían suscitado. ¿Qué había pasado con Peter y su pareja, que había sido la cuidadora del borrachuzo de su padre hasta que no pudo más y se largó? Majja se sentía culpable y se odiaba por ello. Aunque no debería. Porque ¿qué otra opción habría tenido? ¿Quedarse allí, cuidando de quien nunca la había cuidado a ella, y perderse todo lo que amaba? ¿No llegar a ser parte del mundo al que ahora dedicaba su existencia? A la mierda la culpa.

Después del último desvío se divisó a lo lejos la granja desde la cima de la pendiente. No había ninguna luz encendida. No se veía a nadie moviéndose por allí. Cuanto más se acercaban, más claro tenía

que Peter no estaba en casa. Ni Tobbe tampoco. ¿Habrían salido a divertirse un rato? ¿Acaso Peter salía a divertirse? Por si las moscas, se acercó a la casa y miró cómo estaba la puerta. Cerrada. Y no había ningún coche en la explanada.

Majja se quedó en la escalera de la entrada. No tenía el número de Peter. Se había deshecho de él hacía mucho. ¿Seguiría teniendo él el suyo? No, se corrigió, ni siquiera había llegado a dárselo.

—¿No hay nadie? —preguntó Karin.

—No. Mi hermano ha salido. —Señaló el granero—. Pero podemos esperar allí dentro, a lo mejor no tarda en llegar.

Mientras se dirigían al granero, Karin observó a su alrededor con interés, como si la inspectora que llevaba dentro lo fuera interpretando todo en su búsqueda permanente de delincuentes y villanos. ¿Qué veía ella que Majja no era capaz de ver?

—Adelante —dijo Majja sosteniendo la puerta para que pasara—, si es que hay sitio.

—¡Vaya!

«Pues sí —pensó Majja—, aquí tienes unas cuantas cosas que procesar.»

La puerta volvió a cerrarse y Karin se quedó allí plantada. Reinaba el silencio. Los relojes que antaño emitían su tictac acompasado se habían detenido hacía mucho, no había quien les diera cuerda.

Las dos soltaron un hondo suspiro, las dos exactamente al mismo tiempo, y se sonrieron.

—Desde luego, vaya viajecito —dijo Karin.

Majja asintió, se le había ocurrido una idea, pero dudaba. ¿Estaría fuera de lugar? Aun así, al cabo de un rato, se acercó al sofá de las cogorzas, palpó con la mano por debajo y encontró lo que buscaba.

—¿Un reconstituyente? —preguntó mostrándole la botella de whisky.

Para su sorpresa, la inspectora dijo que sí. Majja pensó que no le vendría mal un trago. Le pasó a Karin una taza para ponche del siglo XIX con el borde labrado, pero se dio cuenta de que arrugaba la nariz al verla.

—Hay un lavabo al fondo —dijo.

Karin se dirigió al lavabo, estuvo allí un buen rato con el agua

corriendo y volvió. Llenaron las tazas y bebieron en silencio. Cuando las dos respiraron aliviadas otra vez al mismo tiempo, empezaron a reír sin poder contenerse. La situación era de lo más absurdo. Con la risa y el alcohol se relajó la tensión que acumulaban en el cuerpo, era más fácil respirar. Y hablar.

—Lo que has hecho ha sido impresionante —dijo Karin mientras se sentaba en el sofá de las cogorzas.

Majja se encogió de hombros.

—No me gusta que los animales sufran. Es mejor liquidarlos.

—Pero no todo el mundo quiere hacerlo o es capaz.

Majja se sentó en un sillón bajo de los setenta, con ruedas, tapizado en pana marrón y con detalles de brillante acero. Mientras rodaba hacia delante y hacia atrás, se puso a pensar.

—Supongo que forma parte de la vida en el campo, tienes que arreglártelas solo. Resolver los problemas como puedas.

—¿También forman parte de ese aprendizaje los coches, los motores y la mecánica?

—Claro. No queda otra. Las distancias son largas, y sin padres que puedan conducir hay que saber arreglar la moto o la bici.

Majja pensó que era mejor no mencionar su habilidad para puentear un coche, poner a punto una moto o robar gasolina. Igual que el hecho de que supiera conducir desde que tenía doce años.

Karin miró a su alrededor, no protestó cuando volvió a llenarle la taza.

—La verdad es que el trayecto desde aquí hasta los salones de Wallius parece bastante largo, pero viendo este lugar se entiende mejor. ¿Aquí fue donde empezó todo? —preguntó.

—Sí.

A Majja se le fueron los ojos al tocador de su madre. Se había sentado muchas veces en el granero delante de aquel espejo abatible, con la esperanza de ver su reflejo.

—Sí —repitió—. Aquí fue donde empezó todo.

—Debía de ser la mejor habitación de juegos del mundo. Cuántos chismes. —Karin se puso de pie—. ¿Sabes qué es cada objeto?

—Creo que sí.

—¿Puedo ponerte a prueba?

Majja asintió. No era la primera vez que vivía aquello, incluso a sus colegas les gustaba comprobar sus habilidades de vez en cuando.

—Esto, por ejemplo —dijo Karin levantando un objeto alargado de cobre y examinándolo con detenimiento.

—Un enema.

Karin lo soltó enseguida.

Majja sonrió.

—No. Es un extintor de mano. De finales del siglo XIX. Poco eficaz.

La inspectora buscó otra cosa y señaló el mueble donde se encontraba el extintor.

—¿Y esto?

—Un *semainier*.

Karin frunció el ceño.

—¿Sabes francés? —preguntó Majja.

—Lo que aprendí en el colegio.

—Vale. Cuenta los cajones.

—Uno, dos, tres..., siete cajones. ¡Ah! *Semain*, «semana». ¿Un cajón para cada día de la semana?

—Bravo.

Ahí estaba. Majja reconoció la mirada, la de una discípula que recibía un elogio siempre era así, orgullosa, alegre y sorprendida a partes iguales por haber dado en el clavo. Era una mirada que le gustaba.

—¿Y esto? —dijo Karin levantando un mazo—. ¿Es para matar a los animales de la granja?

—Podría ser —contestó Majja sonriendo—. Pero ese concretamente se utiliza para hacer embarcaciones.

La invadió el recuerdo de su padre hablando entusiasmado sobre la construcción de barcos.

—Vale, el último. —Karin cogió un objeto de metal—. ¿Es una máquina para hacer pasta?

«Qué oportuno», pensó Majja, y sintió una punzada en el corazón. Karin había escogido el objeto que más carga de significado tenía de toda la habitación. El objeto que constituyó el inicio y el final de la víctima como maestro y de Majja como discípula.

—Un rizador de cintas de almohada.

—¿Y eso qué es?

—Antaño la gente quería que el armario de la colada estuviera bonito, así que rizaban, o sea, fruncían las cintas de las almohadas. Un

rizador de cintas de almohada. Prueba a decirlo rápido.

Karin lo intentó, pero el alcohol había empezado a hacerle efecto y tuvo que concentrarse para mover bien la lengua.

—Para mí todo esto no son más que trastos —dijo después de rendirse.

Majja se rio de los retorcimientos de lengua de Karin, pero enseguida se le ensombreció la mirada.

—Los objetos nunca son solo trastos —dijo—. Las piezas tienen secretos. Solo hay que desvelarlos, tienen una historia que contarte si sabes escuchar. Y sus historias no cambian, los objetos no son caprichosos. —Se echó hacia delante—. Los objetos nunca te traicionan.

Se quedaron en silencio y Karin la observó seria y sorprendida.

—Dicen que los policías no confiamos en las personas, solo en los hechos y en las pruebas. ¿A ti te pasa lo mismo?

Majja pensaba que había gente más engañosa y gente menos engañosa, pero guardó silencio.

Karin estaba tocando el rizador distraída.

—¿Fue tu madre la que te enseñó estas cosas? Bueno, perdona, los prejuicios..., estaba pensando que tu padre estaría ocupado con las vacas y...

—Mi madre murió —la interrumpió Majja—. Este era el granero de mi padre.

—Vaya. Cuánto lo siento, perdona que haya sacado el tema. ¿La echas de menos?

—No puedes echar de menos algo que no has tenido.

—Cierto.

Se quedaron en silencio unos instantes, hasta que Karin carraspeó y se llevó la taza a los labios.

—Pues entonces tu padre tiene un sobresaliente como maestro —dijo, y tomó un trago.

Majja decidió no beber.

—¿Así fue como conociste a Sten? —preguntó Karin—. ¿O fue a través de Wallius?

—Sí —respondió Majja, vio el desconcierto en los ojos de Karin y continuó—: ¿Y tú? ¿Cómo has llegado a ser tan buena resolviendo asesinatos?

—¡Ja!, resolviendo asesinatos. Eso es lo que dice todo el mundo.

Pero la cosa no va así, yo no soy Miss Marple. Resolver un asesinato es un trabajo de equipo en el que las capacidades humanas aportan tanto como la tecnología y las máquinas. La mayor parte de los delitos se resuelven gracias a que se combinan los cerebros de varias personas con la tecnología forense y con los archivos de datos.

—Pero ¿nunca has descubierto tú sola algo decisivo para una investigación?

—Sí, claro. Y creo que todas las veces que me ha pasado ha sido cuando había salido a correr. Es cuando mejor me funciona el cerebro.

—Entonces igual deberías salir a correr más por Östhammar, ¿no?

Karin asintió. Después apuró la taza y dijo:

—Sí, eso o emborracharme en un granero con una experta en arte.

Majja no respondió, se limitó a volver a llenar las tazas.

—Te he visto trabajando —dijo Karin—. Me recuerda un poco a cómo hay que moverse en el escenario de un crimen.

—No me digas. Sí, puede ser. Los objetos son testigos de su historia.

Karin asintió y después señaló a Majja con un dedo extendido de la mano con la que sujetaba la taza.

—¿Y qué hace la detective de antigüedades Skog cuando tiene que ponerse a pensar?

—Bueno, no salgo a correr, la verdad —dijo Majja con una sonrisa.

La pregunta la dejó cortada, como si la inspectora le hubiera preguntado sobre el aspecto más personal de su vida. No sabía si lo que le soltó la lengua fue la cara amable de Karin o el alcohol que le recorría el cuerpo, pero al final Majja respondió con sinceridad:

—Me dedico a contemplar arte.

—¿Miras obras de arte para poder pensar? —Karin señaló la imagen que tenían al lado, un retrato de Cristina de Suecia—. ¿Como el cuadro este con la señora? ¿No te pones a analizarlo? ¿No piensas cosas como por qué parece tan tonta? ¿Y que por qué lleva un vestido tan pomposo?

«Más bien que debe de ser una alegoría de los cuatro elementos, donde la esfera es la tierra; la fuente, el agua; el velo, el aire, y la reina, el fuego», pensó Majja.

—No, obras así no —se limitó a responder—. Tiene que ser un tipo concreto de arte para que funcione.

—¿Y no es mejor con una pared blanca? El cerebro empieza a producir sus propias imágenes e ideas cuando dejamos de alimentarlo con otras impresiones, ¿no?

Majja dirigió la mirada al armario, se preguntó si la máquina que había dentro seguiría funcionando.

—¿Nos apostamos algo?

Con la impaciencia de una niña, Majja levantó el paño y encendió el proyector. El antiguo material de estudio que le había dado Sten seguía en su sitio, dentro del armario, con una gruesa capa de polvo, pero funcionaba sin problemas. Pensó en todas las horas que había pasado mirando las imágenes sola y absorta en aquel mundo en el que parecía que todo era posible. Ahora se sentía como una investigadora en el laboratorio, con Karin como conejillo de Indias. Sabía perfectamente qué tenía que hacer para alcanzar el máximo efecto. No era más que una cuestión de tiempo. Y para eso necesitaba poder ver su objeto.

Majja apagó la luz, acercó el asiento más cómodo que había —una copia del sillón Lamino de Yngve Ekström— y lo giró de modo que pudiera ver los ojos de Karin en la penumbra, pero sin llegar a invadir su campo de visión. Encendió el proyector sin diapositiva, solo con el cuadrado blanco iluminado como una luz hipnotizadora. Tenía que dejarla un ratito para que los ojos y los oídos de Karin se acostumbraran, y para que empezara a sentir la lana del sillón como si fuera parte de su cuerpo.

Ahora.

Pum.

Un Jackson Pollock gigante ocupaba la pantalla entera del proyector. Expresionismo abstracto, la manifestación estética más difícil de la historia del arte. Cien por cien no representativo y realizado con una técnica de goteo espontáneo, conocida como *action painting*. Valor: alrededor de mil millones de coronas suecas. Pero, además, consiguió cautivar a los amantes del arte de todo el mundo, porque el cerebro del espectador no tenía más elección que rendirse, solo podía dejarse llevar por la obra. Al cabo de un rato observándola, era inevitable que se relajaran los músculos y se neutralizaran los

pensamientos. El observador empezaba a hacer asociaciones libremente.

Majja no miraba el cuadro, solo a Karin. Cómo la mirada seguía los trazos de color ya en una dirección, ya en otra. Esperó pacientemente a que sus ojos, abiertos de par en par de puro asombro, recuperaran su tamaño natural.

Ahora.

Pum.

Mark Rothko. También expresionismo abstracto, pero totalmente opuesto a Pollock.

Majja era muy consciente de lo que el arte de Rothko podía llegar a provocar en el espectador, el primer encuentro con uno de sus cuadros era a menudo algo fuera de lo común. Contaban historias de gente que rompía a llorar sin saber por qué delante de aquellos lienzos enormes. Los campos de color flotantes dispuestos en posición horizontal irradiaban luz, hipnotizaban al observador, y por eso se conocía como arte meditativo o religioso. Y, aunque Majja no era nada religiosa, algunas experiencias con el arte le habían parecido casi espirituales. Ante obras como las de Rothko, Majja sentía devoción, humildad y emoción.

Siempre que el lugar y la ocasión fueran los adecuados.

Por eso procuró que no se oyera nada más que el zumbido del proyector. Lo que estaban haciendo requería silencio y tiempo.

Majja vio que la mano de Karin se detenía en el aire con la taza de whisky. El pecho subía y bajaba. Le brillaban los ojos. Tenía la boca entreabierta. El pecho se detuvo, como si hubiera dejado de respirar. Majja esperó el momento adecuado. Cuando Karin parpadeó y después suspiró profundamente, pasó a la siguiente imagen.

Pum.

Lucio Fontana. Un lienzo entero de color rojo que el artista había rajado por tres sitios. El cuadro se convertía en escultura y el ojo humano no podía evitar dirigirse a los cortes, como si fueran otro ojo. El lienzo entero se encontraba ante el observador, pero aun así la mirada acudía siempre a los cortes, a lo que había detrás. A una nueva dimensión que llevaba al observador a pensar más allá del marco, literal y figuradamente.

Majja miró a Karin. ¿La llevaría aquello a una nueva dimensión, a pensar más allá del marco? ¿La sacaría de su órbita policial? Los

ojos de Karin alternaban raudos de un corte a otro, totalmente centrados en ellos. Pero de repente fueron reduciendo la velocidad hasta que se quedaron clavados en el centro. Ahí se detuvo.

Se volvió despacio hacia Majja, la miró fijamente.

—Fue Sten. Sten Hammar fue quien te enseñó. Él fue tu mentor.

25

1999

A Majja se le saltaron las lágrimas con el dolor que le provocaba la aguja. Quería gritar. Como una posesa. Darse de cabezazos contra los azulejos del baño. Pero apretó los dientes mientras se iba secando las lágrimas y la tinta. Nadie se acuerda... de un... miedica.

El suelo que rodeaba el inodoro apestaba a orina seca y crujía cuando las suelas pisaban la arena y los restos de uñas. Estaba apoyada en una pierna y había colocado el otro pie sobre la tapa agrietada del inodoro, cubierta de unas manchas azules que parecían recientes. Qué más daba, lo único que quería era pasar el mal rato y terminar ya con aquello. Siguió moviendo la aguja arriba y abajo, arriba y abajo por la fina piel del tobillo. La sonrisa que estaba cobrando forma la miró alentadora. Ya solo le quedaba acabarla. ¡Dios, qué bien iba a quedar! Hizo un descanso y apoyó la mano en la mampara de la ducha, que tenía estrías de cal y suciedad.

Desde el espantoso paseo en coche con Tobbe, le había ido creciendo la necesitad de amortiguar el dolor con más dolor. Estampar el pie en el marco de la puerta le ayudaba cuando se le agolpaban las emociones y los pensamientos, así que, ¿qué no haría un tatuaje? Además, con esa carita alegre igual impresionaba a la gente. A Peter. Esa era su esperanza. Que lo impresionara que su hermana pequeña hubiera soportado el dolor.

Aunque tal vez se enfadara. Cuando empezó a decir que ella también quería hacerse un tatuaje, él y su padre dijeron que tenía que esperar a ser mayor... Ir a un estudio y pagar un montón de dinero. Este se lo estaba haciendo ella misma, gratis, de eso no le habían dicho nada. Cuando terminara, lo limpiaría todo y se iría directamente a Hammarnäs. Con un poco de suerte, para la noche ya habría remitido el enrojecimiento. Entonces se lo enseñaría. Igual se levantaba un poco la pernera del pantalón, así como si nada.

La sola idea le ayudó a soportar el tormento. En el granero había encontrado un paquete con los guantes que utilizaban cuando había que meterles la mano en el culo a los animales. Le quedaban muy profesionales, como si fuera una tatuadora de verdad. Cuando se fijó, vio que tenía en los dedos una mancha azul que se le estaba extendiendo por debajo del plástico, el guante debía de tener un agujero. Mierda, seguro que costaba limpiarlo.

Luego, pensó, ya lo haría luego.

Siguió clavándose la aguja y apretando los dientes. El dolor era tan intenso como al principio. Cuando empezó a sentirse un poco mareada, se dijo que tenía que hacer un descanso breve y respirar hondo varias veces. Ya solo le quedaba media sonrisa.

En el mismo momento en el que oyó que se abría la puerta y vio los pies de Peter en el suelo del baño se llevó un guantazo. Salió volando del inodoro a la ducha con un estruendo.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Un tatua...

Le dio tiempo a esquivar el siguiente guantazo. Peter le enganchó la melena con los dedos, parecía que quisiera arrancarle el cuero cabelludo.

—¿Estás loca? —le gritó—. Clavarte una aguja en la piel, ¡¿no sabes que puedes pillar una infección?! ¡Si es que eres una puta cría que no se entera de nada!

Le cogió la mano y le quitó por la fuerza la aguja que sujetaba entre el pulgar y el índice. Se quedó mirando la aguja primero y después el inodoro lleno de manchas azules, y el desorden que había allí dentro. Con un alarido, dio un puñetazo a los azulejos.

—¡Joder! Es que no puedo más... ¿Cuándo vas a espabilar? No doy más de mí, Majja. Yo solo no puedo...

Empezó a salirle sangre de los nudillos y se quedó callado de repente. Resignado. La mirada de Majja iba de la mano ensangrentada del hermano a sus ojos, que se estaban llenando de lágrimas. Eso no. No quería verlo llorar. Prefería la sangre a las lágrimas.

Se agachó y salió corriendo del baño.

—Majja... ¡Majja! ¡Vuelve! ¡Tienes que desinfectarte con alcohol!

En el aire frío de fuera, parpadeó para contener el llanto, que ya no era fruto del dolor.

Se apresuró hacia el granero, aunque fuese por la mañana, su

padre se encontraría allí. Y aunque no pudiera contarle lo que había hecho, necesitaba estar con él.

Estaba donde siempre, como un perro viejo en su manta. Un perro borracho. Era imposible saber si estaba adormilado o dormido del todo. Las palabras de Peter le resonaban en la cabeza, lo de que tenía que desinfectarse la piel. «Alcohol», pensó. Sabía dónde había alcohol de sobra. Fue directa a la garrafa de detrás del sofá y se la llevó a rastras al baño. También había un botiquín de plástico verde en la pared. Seguro que tenía más años que ella. Una gruesa capa de polvo cubría la tapa, y al abrirla dejó en la superficie las huellas de los dedos. Cortó una tirita con la esperanza de que el adhesivo no se hubiera secado.

Antes de sumergir el tobillo en el licor casero, se examinó la piel. Muy roja. La carita le sonreía con su media boca. Socarronamente. Ella, que quería demostrar lo mayor y lo fuerte que era, había tenido que oír que era un cría que no se enteraba de nada. Si hubiera podido, se habría arrancado la carita con sus propias manos, no quería volver a verla. Pero ahora tendría que llevarla para siempre, como un recordatorio de lo tonta que era.

Se limpió el tatuaje, lo secó y se puso la tirita. También se limpió y se secó la cara. Listo. Fuera lágrimas. Pero la presión en el pecho y en la barriga no se aliviaba, sentía como si la soledad la estuviera triturando por dentro. El sofá y el corpachón que descansaba en él la atrajeron como si de un imán se tratase. A juzgar por el olor, más valía no despertarlo. Pero quería sentarse con él, acurrucarse cerca e imaginarse que la estaban consolando. Aunque estuviera dormido. Y seguramente no le importara. Ya no.

Contempló su rostro de cerca, a pesar de que su respiración le irritaba los ojos. Hacía mucho tiempo que no lo veía así. Enrojecido, arrugado y con una barba incipiente. Como si fuera un mapamundi. Cansadísimo. ¿Habría estado siempre tan cansado? No, recordó Majja, antes pasaban más tiempo juntos mirando los objetos que había en el granero. A veces arreglaban algún reloj antiguo. A pesar de que le hacía muchas preguntas, al menos intentaba responderlas. Aparte de Peter, antes siempre fue su mayor ídolo. Su fuente de conocimiento número uno. Ya había dejado de serlo. No le quedaban fuerzas y no tenía ni idea.

Volvió a apoderarse de ella la ira, mezclada con un deseo

repentino de acudir a Hammarnäs. Después de todo, allí sí obtenía respuestas. Y atención. Allí se encontraban todos aquellos objetos bonitos y extraordinarios. No era solo que la casa en sí fuera más grande, sino que además tenía la posibilidad de estar cerca de algo más grande aún. La historia universal entera se encontraba entre los objetos. Y en Sten.

Hammarnäs era como una máquina del tiempo. Y Sten Hammar tenía la llave de contacto.

Le seguía doliendo la cabeza de los golpes que le había dado Peter, pero se alegraba de que no hubieran sido en la cara, así no se notaban. Y el tatuaje lo ocultó con la ropa. Habría preferido llevar los pantalones arremangados para que se le aireara la piel, pero no se atrevía. Lo último que quería era tener que aguantar las preguntas y el sermón de Inger. Así que, para reducir el contacto entre la tela y el tobillo, se dirigió hacia la entrada de la cocina caminando con todo el cuidado del mundo. Entró con movimientos rígidos.

—¿Qué te pasa?, ¿te has hecho pis?

—No. Es que... estoy un poco dolorida.

Inger meneó la cabeza.

—Un cuerpo joven no debería estar dolorido. ¿Te ponen a trabajar como una esclava en la granja? ¿Con las limusinas? —El nombre de las vacas aún la hacía reír—. Ay, ay... —dijo, y siguió con sus quehaceres.

Majja se sentó en una silla. Tener que andar así, de ese modo tan forzado, la dejaba agotada. Observó a Inger, que se desplazaba por el suelo de la cocina como una patinadora sobre hielo. Del fregadero a la despensa, de la hornilla al frigorífico. Eran movimientos seguros y rápidos. Lo único que trataba con cuidado era la bandeja metálica canteada. Y con precisión. Un paño de encaje cuadrado cubría a la perfección la forma ovalada de la bandeja. El asa de la taza estaba debidamente orientada. Una pieza de fruta sobre la servilleta. Retiró una hoja mustia de la florecilla del jarrón. Colocó la medicación en un platito específico.

—¿Tienes que hacer eso? —preguntó Majja.

Ella también pensaba que Lilly se merecía todas esas atenciones, pero aquello le parecía trabajosísimo.

—¿El qué?

—Pues... hacerlo todo tan perfecto.

La expresión de Inger pasó de la sorpresa a la satisfacción, como si le hubieran hecho la pregunta más interesante y más honrosa posible. Se sentó enfrente de Majja y se inclinó hacia delante con un brillo en los ojos.

—No, no tengo por qué. Pero quiero hacerlo. Y el día que ya no quiera, me voy de Hammarnäs. No estoy segura de que la señora se dé cuenta de cómo he doblado la servilleta o de si le he sacado brillo a la manzana. Cuando los señores se dan cuenta de algo es, por lo general, algo malo. Aquello que se hace de cualquier manera. —Meneó la cabeza, como si estuviera hablando sola—. Si lo que buscas es reconocimiento, no seas ama de llaves.

Como para aligerar un poco el tono, Inger dio una palmadita y observó su creación.

—¡Bueno! Ya está lista la bandeja del café.

Se quitó el delantal y miró su diminuto reloj de muñeca, que más bien parecía una pulsera.

—Has llegado pronto, ¿quieres venir a llevarle la bandeja a la señora? Con suerte, Jussi te invitará a un cacahuete.

Aquello parecía muy agradable. Y acogedor. No solo la voz de Inger, sino también lo que le proponía. La bandeja tan bonita, la *volière* inundada de luz, las plumas de las aves, el mundo de las mujeres. Necesitaba amabilidad y todo ese entorno femenino con el que no estaba familiarizada. La seducía. Pero al mismo tiempo, sentía que era obvio que no encajaba allí. No era un ave espléndida que se dejara acariciar sobre un hombro cálido. Lo sabía perfectamente. Ella era una cría de corneja que se había estrellado, y no hacía más que ensuciar.

—No. Subiré a esperar.

—Bueno, pero no molestes al señor. Y lávate las manos antes.

Majja bajó la mirada a la mancha azul. «Es tinta, no se va», quiso responder. Pero se limitó a asentir.

Antes incluso de llegar al último rellano de la escalera, pudo oír voces alegres provenientes del despacho de Sten. Fue incapaz de distinguir ninguna palabra.

Pese a que había sillas a lo largo de la pared, delante del despacho, al igual que en muchos otros sitios de la casa, Majja se sentó en el suelo. Era más fácil así, nunca sabía dónde podía sentarse

y dónde no. Levantó la pernera.

Se le hizo un nudo en el estómago al ver la media sonrisa.

En ese momento, la puerta se abrió y salió alguien. Axel, por supuesto.

—¡Hombre, Majja! Y en el suelo, encima. —Se volvió hacia el interior del despacho—. Sten, deberías enseñarle a tu discípula cómo usar las sillas, no solo su historia.

Se puso una chaqueta y bajó la escalera silbando y balanceando el maletín.

Esta vez, el miserable del abogado no la llamó Ronja ni se rio de ella, pero aun así Majja tuvo la sensación de que estaba burlándose de ella. Otra vez. Por eso sus tímpanos percibieron el siguiente ruido como un disparo. Una risita, desde el despacho. De Sten. Fue poco más que un resoplido, pero risa al fin y al cabo.

Oyó un crujido en el interior y entonces Sten apareció en la puerta, extendió los brazos, le dedicó una sonrisa amable y, con una voz tan dulce y cálida como los michelines de Inger y el plumaje de Jussi, dijo:

—Pasa, Majja, vamos a ver qué hacemos hoy.

Majja lo perdonó en el acto. Independientemente de por qué se hubiera reído.

—¿Vamos a ver sellos de estaño? —preguntó esperanzada.

—Hoy no —respondió Sten, y se sentó tras el escritorio como siempre.

Majja aguardó mientras él parecía pensar. Al cabo de un rato, empezó a recorrer el despacho con la mirada hasta que se detuvo en su propia barriga. Cogió la corbata roja que llevaba y la sacudió un poco.

—¿Esto qué es?

A Majja le extrañó que le preguntara una cosa tan aburrida cuando se encontraban en una habitación repleta de objetos mágicos.

—Una corbata.

—Correcto. Pero ¿sabes por qué existen las corbatas?

—Porque les gustan a los hombres, quizá.

—Correcto. ¿Y por qué les gustan a los hombres?

Majja suspiró. Sten levantó la mano antes de que le diera tiempo a responder.

—Lo que quiero decir es que un buen profesional de las

antigüedades no solo sabe lo que es un objeto, sino también por qué es lo que es y por qué tiene el aspecto que tiene.

Se puso de pie y se acercó a la chimenea. Mientras contenía la respiración, Majja lo vio coger de la repisa un gran jarrón blanco y azul.

—Mira este jarrón, por ejemplo. Alguien más o menos profesional podría decir que lo hicieron en Holanda hace trescientos años. Pero un buen profesional sabe por qué se creó. Ven y verás.

Majja se acercó con la esperanza de que no le pidiese que lo sostuviera.

—Este jarrón, Majja, contiene la historia del mundo entero. Todo el comercio mundial en una sola pieza.

Se inclinó hacia delante para observarlo más de cerca, como si la historia del mundo estuviera al acecho en el fondo del jarrón, cosa que hizo que Sten se riera.

—No, no, está vacío. Pero, aun así, alberga muchísimas cosas. Si sabes de historia, sabes qué acontecimientos condujeron a que el ceramista, hace trescientos años, decidiera hacerlo justo así. Y no rojo. Ni cuadrado. Ni de madera ni de metal. Sino de loza, y azul y blanco, y con esta forma, y con esta decoración.

Le costaba seguirle el hilo, pero las palabras de Sten despertaron algo en su interior. Sintió que era trascendente. Que era importante.

—Pero igual el señor pensó que era bonito y ya está.

—Desde luego. Pero ¿por qué?

No le gustaba cuando le hacía preguntas cuya respuesta desconocía. Preguntas para las que tal vez ni hubiera respuesta. ¿Por qué no se lo decía sin más? Se encogió de hombros.

Entonces Sten empezó a hablar. Sin prisa, le contó una historia apasionante distinta de todas las que había oído en su vida. La llevó a recorrer los mares en un navío de la Indias Orientales, a recorrer los desiertos a lomos de un camello, a lo largo de algo conocido como la Ruta de la Seda y a buscar plata por las junglas de América del Sur. Todo para poder comprar a los chinos aquella cerámica de color blanco. Los viajes eran peligrosos, larguísimos y caros. Demasiado caros. Por eso en Europa empezaron a fabricar objetos muy parecidos, solo que de loza. No eran tan blancos y perfectos, pero se ahorraban los riesgos de los viajes.

—¿Sabes cuál es el nombre científico del ser humano? —

preguntó como cambiando de tema.

A Majja se le iluminó el rostro, de esa sí se sabía la respuesta.

—*¡Homo sapiens!*

—Pues yo tengo un nombre mejor: *monos de imitación*. Somos simios que imitan a otros simios. Y por eso se transforman los objetos, desde un clavo diminuto hasta un rascacielos, cuando viajamos, conocemos a otras personas, y nos dejamos impresionar e impresionamos a otros. Nos influenciamos unos a otros, queramos o no. Este jarrón está hecho en Europa a imitación de los jarrones chinos, que a su vez imitaron a los persas, y todas esas influencias se encontraron a través de la Ruta de la Seda y otras rutas de viaje. Hoy nos encontramos en internet. Un poco más fácil. Y un poco más rápido.

Sten devolvió con cuidado el jarrón a la repisa de la chimenea. Majja se acercó más para observar los detalles y notó que le dolía la zona del tatuaje.

Sten no se dio cuenta de que le costaba respirar ni de que había hecho una mueca. Todo su interés se centraba en el jarrón.

—Cualquiera puede ver que esto es un dragón. Pero un profesional sabe que hay que contarle las garras. Un dragón imperial tiene cinco garras, y no cuatro.

—¡Este tiene cinco!

—Sí. Pero ¿sabría el ceramista de Holanda lo que significaba el número de garras? Tal vez solo lo copiara. Un verdadero...

—¡Mono de imitación! —dijeron los dos a la vez, y se echaron a reír.

—¡Chispitas! —dijo Majja por pura costumbre.

Sten le sonrió sin entender nada. A Majja le gustaba que sonriera. Pensó en si debía soltar una broma para que siguiera sonriendo. Tal vez riéndose. Pero esta vez no de ella. Sino con ella.

No se le ocurrió ninguna broma buena, así que dijo:

—Cuéntame más cosas, Sten. ¿Tienes más historias?

—¿Más historias? No te haces una idea —dijo. Le brillaban los ojos—. Ven.

Sten se dirigió al fondo del salón principal, hacia una puerta que siempre estaba cerrada. Cuando la abrió, Majja entró y se quedó sin aliento. Libros. Ahí había más libros de los que había visto en su vida. Del suelo al techo. La mayoría eran marrones y muchos relucían como

el oro. Que aquella habitación hubiera estado allí todo el tiempo... Y como si la hubiera estado esperando... El olor recordaba un poco a cuando fueron con el colegio a ver la iglesia. En el centro había una mesa de lectura enorme forrada de cuero y una mesa de billar. En la de lectura había globos terráqueos y lámparas con pantallas de cristal verde.

—Aquí tienes más historias de las que podrías leer, Majja. En estos libros es donde puedes resolver los misterios de los objetos y aprender a ver la relación entre la inclinación de la pata de una silla y la revolución de un país. Cuando aprendes historia, los objetos empiezan a hablar.

Majja tragó saliva. ¿Dejarían leer allí dentro a una cría como ella? ¿El libro que quisiera? Casi se marea. Lo miró, y él asintió alentador.

Se acercó con pasos vacilantes hacia aquellas estanterías tan bien ordenadas, se armó de valor y pasó un dedo por los lomos.

—¿Un poco de Bach? —dijo Sten, pulsó el mando a distancia y la dejó sola.

26

—Menudo viaje, Majja. Meditación a través del arte. Casi me convences.

Karin se levantó para estirar la rodilla que tenía dolorida. Estaba rígida, pero la notó bien. De la borrachera iba peor. Si hacía movimientos más amplios, le daba vueltas la cabeza. Y le entraba la risa. Se quedó quieta hasta que las paredes del granero dejaron de girar.

Majja también se levantó y empezó a recogerlo todo.

—¿Dónde vas a dormir? —preguntó.

Pues sí, ¿dónde narices iba a dormir? Ojalá pudiera chasquear los dedos y aparecer en su torre, recién duchada, y en su cama limpia y fresca. Pensó en las opciones que tenía. Había rechazado el alojamiento que le había ofrecido Lennart. Y dormir ahí, en esa pocilga de garaje, en un sofá antiguo asqueroso que parecía sacado de *Fanny y Alexander*, no, gracias. ¿Habría algún hotel en Östhammar? ¿Había siquiera taxis en el campo?

—¿En Hammarnäs? —propuso Majja.

Karin se rio.

—Ya, ¿te imaginas? Nunca he probado a dormir en el escenario de un crimen.

—Hay una casita de invitados al lado de la Casa del Guardabosques. Sé dónde está la llave.

Eso último lo masculló antes de meterse un poco de *snus* en la boca. Karin la miró. Era evidente que Majja había dormido allí. Cuando Karin se dio cuenta de que Sten había sido su mentor y se lo dijo, Majja ni lo confirmó ni lo negó. Se quedó completamente impasible, con esa coraza de integridad que le daba un aire de misticismo e indiferencia.

—¿Y no crees que alguien podría poner peros...? —empezó a decir Karin.

Majja meneó la cabeza y le quitó la taza.

«Al lado de la Casa del Guardabosques», pensó Karin. O sea, al lado de Gunnar. La policía borracha que había tenido un accidente con el coche iba a alojarse con el mayoral de la finca; por Dios, era como un culebrón antiguo en blanco y negro. La idea le dio risa y la excitó un poco al mismo tiempo. Podía culpar al alcohol hasta cierto punto, siempre la había excitado, y en su momento incluso con Magnus.

Se quedó helada al pensarlo. «¡Mierda, Magnus!» Sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta. Después de la visita a la residencia se había olvidado de volver a ponerle el sonido y tenía la pantalla sembrada de notificaciones de llamadas perdidas y mensajes.

¿Cómo había podido olvidarse de la cena con Magnus? Es cierto que había sido un día movido cuando menos, y la presentación de obras de arte de Majja casi consigue hipnotizarla, pero a Magnus y a los niños les iba a costar perdonárselo. Con mano torpe le envió un rápido: «Perdona. Estoy bien. Mañana te cuento».

Mientras Karin enviaba el mensaje, a Majja le dio tiempo a limpiar las tazas y a recoger el proyector.

—Entonces, vamos a Hammarnäs, ¿no? —preguntó.

—Supongo que sí —respondió Karin—. Pero ¿cómo voy a llegar allí?

Majja se quedó pensando un momento hasta que se le iluminó la cara y se dirigió a un armario empotrado. Se oyó un tintineo al abrirlo. Sacó una llave, la lanzó al aire y volvió a cogerla con una sonrisa satisfecha.

—Arreglado.

Karin se quedó en la explanada con la mirada atónita.

—¿Eso qué es?

—La moto de mi hermano. Sube —dijo Majja poniéndose un casco—. Nadie se acuerda de un miedica.

La moto de color verde caqui con sidecar no parecía muy apta para la circulación. Y, aunque lo fuera, seguro que llevaba un tiempo de baja. Y, aunque no estuviera de baja, la conductora estaba borracha sin duda alguna. El conjunto hacía que se le encendieran todas las alarmas. Pero la sugerencia de Kulan de que se relajara y el rostro alegre de Majja —y puede que su propio estado de embriaguez— la llevaron a hacer caso omiso. La conductora estaba tan contenta de

haber conseguido arrancar aquel armatoste que Karin no tuvo estómago para decepcionarla.

Dios santo, cómo le estaba afectando el campo, pensó antes de decir:

—Pero entonces tengo que ponerme casco.

Después se subió por primera vez en su vida en un sidecar, que parecía sacado del atrezo raído de una película antigua de la Segunda Guerra Mundial. Señaló con el brazo extendido y dijo con autoridad:

—A Hammarnäs.

Fue un viaje ruidoso y entretenido. Tanto la velocidad como el aire resultaban liberadores, y Karin se dio cuenta de que iba chillando como una niña pequeña.

Pero en cuanto llegaron a su destino y Majja apagó el motor, se hizo el silencio. La presencia imponente de la finca transmitía una solemnidad imposible de ignorar a esas horas de la noche. Las ramas de los castaños con sus hojas lanceoladas se extendían hacia ellas como dedos de payaso. ¿Y no eran murciélagos lo que revoloteaba sobre ellas a la caza de mosquitos?

Karin se quitó el casco e intentó no pensar en que, probablemente, ahora tendría la cabeza llena de piojos muertos.

Karin y Majja se quedaron una junto a la otra, apoyadas en la moto, y levantaron la vista al cielo nocturno mientras se llenaban los pulmones de aire fresco.

—Una noche estrellada —dijo Karin.

—Mmm.

Majja parecía muy pequeña con aquel cielo nocturno tan inmenso encima, como una niña perdida. Karin recordó cómo se había comportado antes: lúcida al salvarles la vida y conseguir que el coche arrancara, despiadada al degollar a un animal. ¿Cómo era posible que fuera la misma persona que veía ahora, la misma que con tanto tacto le había brindado acceso al mundo del arte? Majja Skog era sin duda la persona más versátil que había conocido en la vida. Y que alguien como ella tuviera una relación cercana con un hombre como Sten Hammar resultaba tan extraño como fascinante. Aunque tenía clara una cosa: no podía dejarse engañar ni cautivar por la mujer que estaba a su lado bajo la noche estrellada.

—¿Vamos? —preguntó Majja.

—Venga.

A Karin le pareció que de noche la finca y sus alrededores causaban en ella una impresión distinta. El lugar adquiría una belleza arrebatadora. Las sombras aumentaban y disminuían, distorsionaban los edificios hasta dejarlos irreconocibles. La niebla desdibujaba los contornos del terreno. La alta hierba ya reseca infundía sosiego con su arrullo.

La belleza se intensificó cuando Majja aminoró el paso y señaló al frente para que viera una liebre que, iluminada por la luz de la luna, se limpiaba las largas orejas y las patas. El animal no tardó en descubrirlas y se marchó asustado dando saltos.

Majja avanzaba con pasos ligeros, trotaba como si se encontrara en su territorio y tuviera visión nocturna. Iba comentándolo todo, desde los edificios hasta las plantas y el rastro de los animales que dejaban atrás con términos que Karin no había oído nunca: *arquitrabe*, *ajonjolí*, *ojeo*... Palabras con las que la personalidad de Majja Skog le resultaba aún más versátil y extraña.

Un breve grito interrumpió el silencio, Karin se sobrecogió, pero no se apreciaba ningún movimiento.

—Un zorro —susurró Majja.

Karin suspiró aliviada, aunque seguía en tensión. Le costaba pensar en nada que no fuera el ambiente tan singular que las envolvía. Como si la naturaleza que las rodeaba las estuviera escuchando. Al cabo de un rato, hasta Majja pareció notarlo. Avanzaban cada vez más lento e iban hablando cada vez más bajito, no tardarían en guardar silencio por completo. Estaban atentas a cualquier chasquido o crujido que proviniera de las sombras. Y Majja se detenía de vez en cuando con la mano en alto.

Karin no tenía miedo a la oscuridad. No creía en cosas sobrenaturales. Pero sí que creía en maleantes y bandidos, y tenía la clara sensación de que las estaban observando. Era imposible relajarse con aquellos escalofríos y estremecimientos. Sus ojos iban escaneándolo todo sin cesar: delante, al lado, detrás. El menor ruido la obligaba a redirigir su atención. Era obvio que algo iba mal.

De repente se oyó un crujido y, sin tener ningún tipo de conocimientos de caza, estaba segura de que lo había provocado una persona al moverse. Cuando vio que Majja también reaccionaba al sonido, se volvía y clavaba la mirada en la oscuridad, Karin se llevó la

mano instintivamente al arma reglamentaria y aguzó el oído.

Cuando sonó el disparo, Karin se tiró al suelo y arrastró consigo a Majja. La bala le pasó zumbando cerca del oído. Al tiempo que comprendía que les habían disparado y sacaba el arma, oyó un resonar de pasos que se acercaban raudos y alguien que decía:

—¡Ay, Dios mío! No os había visto.

Reconoció la voz, pero tuvo que levantar la vista para ver que era Gunnar el que salía de la oscuridad con el rifle apoyado en el brazo. Suspiró aliviada, pero se le volvió a acelerar el pulso al pensar en lo que podría haber sucedido. Se puso de pie.

—¡Joder, Gunnar! ¡Podrías habernos matado a las dos! ¡O yo a ti!

Gunnar caminaba con pesadumbre y, cuando ya estaba cerca, Karin vio que tenía la frente cubierta de sudor.

—Lo siento muchísimo. Creo que nunca había visto a nadie por los terrenos a estas horas. Aunque eso no es justificación ninguna, debería haber...

—Pues sí —lo interrumpió Karin—, deberías haberte asegurado de que...

—Buen tiro —dijo Majja mientras levantaba una liebre por las orejas.

Karin sonrió, pero tenía un rastro de reserva en la mirada. Un rastro de alerta. Gunnar también, comprobó. Los dos se miraron durante un instante de silencio.

—Hay que acabar con los ladrones de coles —dijo Majja sonriendo.

A Karin le costaba mirar la liebre, la sangre y cómo Majja la sostenía entre las manos. ¿Cómo era capaz? Aparte de la sangre, habría garrapatas, microbios, pulgones, puede que virus. Pero le hizo gracia el comentario y se sorprendió al ver que Gunnar se limitaba a mirarla en silencio.

—Sí, hay que acabar con los ladrones de coles —dijo por fin Gunnar, y le sonrió a Majja—. Me habían dicho que estabas otra vez por Hammarnäs, pero no me había decidido a...

—No te preocupes —se apresuró a responder Majja—. ¿Vais a hacer guiso de liebre?

—Puede —dijo mirándola. Pareció que recobraba la conciencia y se dirigió a Karin—: De verdad, lo siento mucho. No sabía que estabais aquí.

—Karin necesita pasar la noche en la casita de invitados —dijo Majja con un tono más de afirmación que de pregunta.

—¿Ah, sí?

Karin se aclaró la garganta.

—Se me ha hecho tarde y he tenido un problema con el coche, así que... Bueno, es una historia muy larga. Agradecería si pudiera... Si es posible, claro.

—Por supuesto. No hay inconveniente.

—Qué bien. Gracias.

Gunnar cogió el animal muerto de las manos de Majja, que no dudó en limpiárselas en el pantalón para después sacarse el *snus* con el dedo.

—No sé cómo lo veis —dijo Gunnar, que solo entonces empezó a sonar tan seguro como siempre—, pero creo que habría que tomarse una copita.

—Yo no. Me vuelvo. Pero gracias, Gunnar —dijo Majja con las manos en alto.

Él volvió a hacerle un gesto con una sonrisa casi apenada y después miró a Karin con curiosidad.

—Gracias —dijo ella—. Me vendrá de perlas.

Después de haberse estrellado con el coche y de que le hubieran disparado, todo el mismo día, el mayor deseo de Karin debería haber sido irse directa a la cama. Pero el hombre que tenía delante, sentado a la minúscula mesita de la casa de invitados, le proporcionaba más energía que toda la central nuclear de Forsmark. Cuando la miraba, se estremecía entera.

No recordaba cuándo fue la última vez que había estado así con un hombre, con una tensión que cargaba cada molécula del ambiente. Su mirada, su voz y su presencia eran como un campo de fuerza, acercarse resultaba peligroso y tentador. No tenía ni idea de qué hora era, de cómo sabía la bebida ni de si Inger estaría durmiendo en la casa de al lado.

Y cuando se terminaron la copa y se levantaron, fue ella, Karin Klinga, con tanto autocontrol, tan correcta y tan fría, la que lo atrajo hacia sí. Él se dejó llevar, pero en un principio no la besó. No de inmediato. Se quedó quieto. Cerca. Mirándola con una expresión impenetrable.

—Eres una mujer muy hermosa, Karin.

Apenas le dio tiempo a decir la última palabra, su nombre, antes de que ella lo besara. Cuando Gunnar cerró los ojos, soltó un suspiro. La abrazó en silencio. De repente pareció que volvía a la vida, que tomaba la iniciativa. Mientras le acariciaba la cabeza, la estrechó con fuerza. Karin respiró hondo y soltó un gemido. Entonces él abrió los ojos y se detuvo. Como si acabara de tomar conciencia y de descubrir lo que estaba sucediendo.

Bajó las manos y suspiró. Clavó la mirada en el suelo. No intentó esconder su arrepentimiento.

A pesar de que su cuerpo gritaba pidiendo más, Karin no se desanimó. Estaba más bien eufórica. Había podido sentir puro deseo, una atracción irresistible por otro cuerpo. Aún funcionaba, aún era capaz de atraer a otra gente. Y la gratitud que sentía por ello era mayor que la decepción de que él se hubiera retirado.

Era evidente que los pensamientos de Gunnar iban por los mismos derroteros.

—Gracias, Karin —dijo—. Gracias por llenar de deseo este viejo cuerpo. Creía que no volvería a sentirlo. Pero no puedo...

—Chist —dijo ella con una sonrisa.

Cuando Gunnar se marchó, Karin aún notaba en los labios su sabor, y el sabor de la bebida.

La vida en el campo ni era tranquila ni transcurría sin incidentes.

27

Modelo sonriente, camarote. Verano, Elin, Ida, Tres hermanas, Nanette... Tetas, barrigas y buenos traseros. Aguas resplandecientes y risas por doquier. Majja Skog echó un vistazo rápido a todas las cosas de viejo verde que tenía extendidas sobre el escritorio de Sten. La técnica de aguafuerte era fantástica, como siempre, aunque el tema la incomodara. Después de descubrir el contenido de la caja de seguridad de Sten Hammar, no pudo evitar preguntarse qué habría visto aquel hombre en la colección de Zorn que tenía. ¿Le gustaba el cuerpo femenino desnudo o solo la habilidad del artista para reproducirlo?

En fin, ya se había desconcentrado del todo. Tenía que descansar un poco. Apartó la caja de grabados, cerró los ojos y se recostó en la silla de Sten. Las imágenes de mujeres desnudas y sirvientas fueron reemplazadas por la moto Ural de Peter. La que arreglaron tiempo atrás. Aún podía notar en el cuerpo las vibraciones del día anterior. Le resultaba increíble que hubiera vuelto a llevarla, y con una inspectora de policía en el sidecar. ¡Y ebria! Era evidente que la tal Karin Klinga, que al principio parecía tan reservada, era una caja de sorpresas. Agradable e inteligente. Y un poco curiosa de más, eso sí. Cuando te miraba, parecía una científica que analizaba cada palabra y cada movimiento del animal objeto de estudio.

Pero agradable, y la gente agradable no abundaba por ahí.

Recordó con un escalofrío el inesperado encuentro de esa mañana. Peter la había invitado a desayunar en la casa y se lo habían pasado inesperadamente bien. Iba a salir de la casa de buen humor para cambiarse antes de marcharse a Hammarnäs. Cuando abrió la puerta, ataviada con una camiseta fina, estuvo a punto de chocar con Tobbe. Al pasar por su lado, le rozó el pezón con el antebrazo. Ella se estremeció incómoda y vio que él se ponía muy contento. Tobbe dijo «¡Uy!», se aclaró la garganta y se recolocó algo por dentro del pantalón. Fue imposible no estremecerse ni sonrojarse. A Majja no se le ocurrió darle un guantazo en la boca. No articuló palabra, y Tobbe

entró, cerró la puerta y desapareció.

Igual que cuando era una chiquilla de catorce años, empezó a pensar sin quererlo en lo que debería haber dicho, en cómo podía devolvérsela. Pero ¿de qué iba a servir?, se dijo, y cerró la tapa de la caja de grabados. Le quedaba poco para terminar allí, poder marcharse de Hammarnäs y volver a Wallius. ¿Regresaría algún día? La última vez que se marchó de allí creía que no. Ahora sabía que no debía prometer nada.

Wallius. Esa mañana ya había recibido una llamada y dos mensajes del Krokan. Charlotte seguía presionando, preguntándole si había conseguido alguna pieza única y por qué estaba tardando tanto. Es cierto que podría haber terminado con la tasación y ayudar a la policía en menos tiempo, pero la visita había resultado más movida de lo que esperaba. Había estado más sujeta a los sentimientos de lo que estaba acostumbrada. Ver de nuevo a Peter había provocado en ella todo tipo de emociones y recuerdos, tristes y alegres.

Retomó el trabajo, contó los grabados y volvió a anotar en el portátil que la colección estaba completa. No habían robado nada. Aunque, en realidad ¿qué no era robado? La mayoría de las cosas que llenaban las subastas las habían robado en algún momento, ya fueran los señores de la guerra del Imperio sueco o los terratenientes actuales...

Ya solo le quedaba una habitación, la que había dejado para más tarde a propósito. Si es que se la podía llamar habitación. La pregunta era si la propia Inger sabía de su existencia: la estancia más secreta de Sten. Si la biblioteca era la capilla de Hammarnäs, aquella era la sacristía. Pensó en lo que significaban las palabras *sagrado* y *santo*, y le pareció que encajaban muy bien.

Con tanta expectación como terror bulléndole bajo la piel, se encaminó hacia la biblioteca y se colocó junto a la pared. Aunque lo que se encontraba allí dentro no tuviera nada que ver con la religión, se sentía como una pecadora entrando en una iglesia. Porque, después de todo, Sten no estaba allí con ella. En cuanto empujara el listón de la pared y abriera la puerta secreta, se adentraría en la estancia más preciada de Sten Hammar sin que él estuviera presente.

28

2000

«Me está bien empleado», pensó Majja, y contuvo una arcada. Ese domingo se dirigía a ver a Sten con paso vacilante y una losa en la cabeza. El sol otoñal le daba directamente en los ojos, así que los entornó mientras recorría la alameda. Vaya rollo. Pero tenía quince años. Nada menos que quince años.

No tenía nada de extraño que los regalos, la tarta y el desayuno de cumpleaños brillaran ayer por su ausencia. Su padre se había olvidado, como siempre, y después lo compensó dándole un billete de cien coronas que ella le agradeció y le volvió a meter en la cartera a escondidas, como siempre. Alguien de fuera de la familia seguramente habría creído que a Peter también se le había pasado, pero Majja se dio cuenta de que le dirigía menos insultos que de costumbre y de que le daba más libertad. Luego, cuando él se fue de fiesta al hangar con sus amigos, le permitió que estuviera allí mientras se pasaban la botella de licor casero. Una ronda tras otra. Los primeros tragos le quemaron la garganta y le revolvieron el estómago, pero aguantó porque, aunque la habían dejado estar allí en otras ocasiones, nunca le habían permitido sentarse ni participar de verdad. Esta vez Peter incluso llegó a alzar la lata de cerveza y decir algo así como: «Un brindis por mi hermana. Quince tacos». Todos los amigos gritaron «Felicidades» con la nuez subiendo y bajando por la garganta llena de espinillas. Todos menos Tobbe, que se pasó la noche insinuando lo que en realidad significaban quince tacos para una muchacha. Majja intentó no hacerle caso y esquivar los comentarios, pero en cuanto miraba en su dirección, él se lamía los labios o sacaba la lengua y la agitaba en el aire. Cuando llegó el momento de volver a casa, Majja se alegró de no haber acabado junto a él en el asiento trasero.

Pero, a pesar de la resaca, el primer día de sus quince años empezó bien, porque los domingos en casa de Sten eran el mejor día

de la semana. Nunca sabía qué se le iba a ocurrir, pero había aprendido que, según él, que hiciera sol no era impedimento para pasar el día entero rodeado de libros y música. Y si Lilly se encontraba bien, haría una visita a la *volière*.

Gunnar debía de haber rastrillado la grava hacía poco, así que se dirigió a la casa bordeándola, a la sombra de los árboles gigantescos. Al caminar por allí hacía menos ruido, y prefería pasar desapercibida.

De camino a la cocina, oyó voces provenientes de la cochera y le entró curiosidad. Se acercó un poco, pero se detuvo para observar desde lejos sin ser vista. Delante de la cochera había aparcado un remolque de gran tamaño con la carga oculta bajo una lona. Gunnar tiraba y tensaba las correas de color naranja, mientras Sten le iba dando instrucciones con impaciencia. Las rachas de viento le alborotaban a Sten el cabello, de forma que los mechones parecían velas ondeando sobre la coronilla desnuda. Pero estaba tan eufórico que no se lo veía preocupado por eso, e iba de aquí para allá igual que las hojas que revoloteaban a su alrededor.

—No te pares por el camino, ¿me oyes, Gunnar? Ve directamente al almacén de Wallius, ya están avisados de que vas. Y no descargues en presencia de extraños. ¿Me oyes?

Majja quería saber qué había bajo la lona y se acercó un poco más.

—Está bien sujeto, ¿no, Gunnar? —señaló Sten, que no la había visto—. Este lado parece que está flojo.

Cuando Majja apareció, Gunnar levantó la vista y sonrió.

—Hola, Majja —dijo mientras soltaba una correa para volver a fijarla y que Sten se quedara contento.

La lona se levantó durante un segundo y reveló una parte de la carga del remolque.

—Parece la mesa que tenía mi padre en el granero. No sabía que la habías comprado —le dijo a Sten.

—¡Majja! —respondió Sten con un tono más agudo de lo habitual —. ¡Qué bien! Aunque has llegado un poco pronto. Pero aquí ya estamos terminando, ¿verdad, Gunnar? Así que tú y yo podemos ir a ver qué hacemos hoy. Vamos a procurar no salir volando, hay que ver lo que sopla el viento hoy —dijo, y la apartó suavemente poniéndole la mano en el hombro—. Pero qué pinta traes, Majja. ¿Es que no has dormido esta noche?

—Se me hizo un poco tarde.

—Ya veo, ya. Los jóvenes le dan la vuelta al día. Salen de fiesta en cuanto tienen oportunidad.

—Es que he cumplido quince años.

—¡Anda! No me digas. Pues felicidades entonces, Majja. Toda una mujer.

No se encontraba en condiciones de subirse a escaleras, gatear por alfombras y arrastrar muebles, sin embargo, no tenía nada en contra de pasar el día en la biblioteca delante de un libro y con música clásica de fondo. Pero quitó enseguida el rápido *Concierto para violín* de Bach. El principio de las *VariacionesGoldberg* encajaba mejor. Se metió un chicle en la boca para quitarse el sabor a resaca, pero soltó un taco cuando se le enganchó en el piercing de la lengua. Tuvo que sacarse la barra para rascarle el pegote con la uña del pulgar.

Mejor dejaba el chicle; nada debía alterar su sentido del olfato. Junto al libro había una caja llena de tacos. Los distintos tipos de madera eran los habituales en los muebles antiguos, y tenía que identificarlos a base de presionarlos, tocarlos y olerlos. Unas veces les daba golpes contra el canto de la mesa para oír el sonido. Otras, humedecía un taco con la lengua para ver el color que adquiría cuando estaba húmedo. Si tenía dudas, buscaba pistas en los libros. Escribía el nombre en un papel. «Amaranto, cerezo, fresno...» Al lado de cada tipo de madera ponía una «C» de «chapado» o una «L» de «laminado». No era la primera vez que hacía la prueba del tipo de madera y muchas de las respuestas surgían sin demasiado esfuerzo, pero algunas eran más enrevesadas.

Cuando terminó y estaba a punto de ir a darle el papel a Sten, él entró en la biblioteca.

—No, no, quédate sentada —dijo, y apenas miró las respuestas cuando se las dio. Como siempre, la práctica era más importante que el resultado.

Se dirigió a la pared al otro lado de la estancia y se apoyó en ella con los brazos cruzados.

—En realidad, había pensado que podíamos continuar la práctica relacionando la madera con los países de los que proviene, los países que la utilizan y para qué. Pero... —dijo entornando los ojos— he estado dándole vueltas. Y acabas de cumplir quince años, y eso es un

hito en la vida. ¿Cuántos años llevas viniendo a Hammarnäs los domingos, Majja? —Prosiguió sin esperar que contestara—. Durante estos años, no solo se ha creado un banco de conocimiento, sino también una confianza. Una confianza que creo y espero que sea mutua. —Esto último no era una pregunta, pero ahora sí esperaba una respuesta, porque aclaró—: Porque podemos confiar el uno en el otro, ¿verdad, Majja?

—Sí... Claro. Por supuesto.

—Eso es —dijo Sten.

Se quedó observándola en silencio un momento. Majja le devolvió la mirada, sin saber qué sucedería a continuación. De repente, Sten presionó la pared con la espalda de una forma casi imperceptible.

A Majja el movimiento le pareció gracioso y se rio, pero cuando vio que la pared se había abierto, se le congeló la risa en la garganta. Sten retrocedió y desapareció, y Majja se quedó parpadeando en la silla con la sensación de que acababa de presenciar un truco de magia. Tardó unos minutos en comprender que Sten esperaba que lo siguiera. Avanzó en silencio y estiró el cuello para mirar por el hueco de la puerta. Cuando oyó un «bienvenida», se atrevió a entrar.

«La cámara del tesoro», fue lo primero que pensó. Aún no sabía lo que había en aquella estancia tan diminuta, pero las cosas que veía emitían destellos y centelleaban.

Quitando las tres vitrinas enormes, no quedaba mucho más espacio. Solo Sten, que parecía más grande y más impresionante que de costumbre. Los ojos le brillaban de orgullo.

—No tengas miedo, Majja. Acércate a mirar.

Pasó por su lado y contuvo la respiración. Un montón de estuches. De distintas épocas y materiales. Oro, plata, piedras preciosas, carey, marfil, nácar. Unos con retratos incrustados, otros lisos, pero todos de una belleza deslumbrante. Notó que le empezaba a sudar la frente.

—*Shit*... —dijo sin pensar.

—No precisamente.

Sten volvió a cruzarse de brazos y la observó, muy entretenido con su reacción. Majja tenía la nariz prácticamente apoyada en el cristal e iba girando la cabeza de un lado para otro para ver los estuches desde todos los ángulos.

—Me temo que no puedo abrirte las vitrinas, por motivos de seguridad, pero quédate aquí mirando todo el tiempo que quieras —dijo, e hizo amago de abandonar la habitación.

Ella lo miró sorprendida. ¿Podía estar allí sola?

Antes de desaparecer por la puerta secreta, Sten la observó muy serio.

—Entiendes que no puedes hablarle a nadie de esta habitación, ¿verdad? Aparte de Gunnar, que me ayudó a montarlo todo, solo tú sabes de su existencia.

Majja asintió ansiosa y notó que se le hacía un nudo en la garganta. La confianza no podía envolverse, pero le parecía que acababa de recibir el mejor regalo posible.

—Feliz cumpleaños, Majja.

29

> ... consecuencias directas del calor de las últimas semanas, como la sequía, los incendios, el sacrificio de animales y la bajada en la producción. La policía debe tomar en consideración que el calor también puede afectar al comportamiento de los ciudadanos. El posible paquete de medidas incluye un incremento de los recursos para que la policía sirva de refuerzo en casos de incendio y...

Karin apartó el comunicado interno que Lennart había sacado impreso y había dejado en el comedor y en todas las mesas. Hacía una eternidad que no se sentaba tranquila en su nuevo escritorio con tiempo para organizar las ideas sin que la molestaran Lennart, Ricky o cualquier otro. Por fin había bajado la presión de los periodistas, estaban ocupados con el valor informativo de los récords de temperatura, y los únicos que seguían interesados en lo que le había sucedido a Sten Hammar eran los reporteros locales.

Y el hecho de que el comportamiento de la gente cambiara, como decía el comunicado, no era algo que le afectara a ella. ¿O sí? Volvió a pensarlo. ¿Podría estar relacionado el asesinato con el calor extremo? ¿Sería fruto de un arrebato de locura, de un cerebro recalentado? No, no, su experiencia policial y su instinto le decían que no.

Meneó la cabeza e intentó recobrar la calma. Desde luego, la tranquilidad en el campo brillaba por su ausencia. Soltó una risita al pensar en su próxima conversación con Kulan. ¿Había bajado la guardia, había renunciado al control, se había relajado y había salido de su zona de confort? Pues sí, de sobra. Se había emborrachado con una persona implicada en la investigación, había permitido que alguien condujera bebido y había estado más que dispuesta a acostarse con el primero que se había presentado en el escenario del crimen. Seguro que para la Karin de Estocolmo aquello habría sido contrario a la norma y contrario a todo.

La Karin de Estocolmo. La cuestión era si Magnus la reconocería siquiera. Esa mañana lo había invitado a desayunar en Vasastan para compensar la cena de la que se había olvidado. Ante todo, parecía confuso. Y triste, como siempre. Cuando le contó que el motivo por el

que no había podido acudir a su cita era que había chocado con un animal, se avergonzó ante la preocupación sincera y la consideración que se reflejaron en su rostro. Aquellos ojos de cachorro seguían afectándole, por eso no debían verse. «Habría bastado con una llamada», dijo bajando la vista hacia la taza de café, y se arrepintió de inmediato. Luego, cuando se despidieron, se dio cuenta de que la seguía, pero decidió hacer caso omiso. No se enfadó, sino que sintió compasión. ¿Acaso no habría hecho ella lo mismo si la situación fuera la contraria, si su amor no fuera correspondido, si se sintiera abandonada y le preocupara que él hubiera conocido a otra? La única diferencia era que a ella no la habría descubierto. En la calle, cuando lo vio reflejado en los escaparates de las tiendas, deseó que conociera a alguien pronto. Alguien que supiera apreciar esa consideración que a ella tanto la irritaba.

—¿Vienes al Sibylla?

Karin se estremeció y vio que Ricky asomaba la cabeza. ¿De verdad tenía que hablar tan alto?

—¿Te apetece el especial de Ricky?

Ella negó con la cabeza.

—No, lo siento, no me da tiempo. Otro día.

—Ya. Seguro que has quedado con la *skinhead* para comer —murmuró él, y siguió su camino.

—¿Se puede saber qué problema tienes con Majja Skog? —le preguntó mientras se alejaba.

Ricky se dio la vuelta.

—Nada. Solo que tenemos a una inspectora pasando una cantidad enfermiza de tiempo con una persona que conocía a la víctima, y que cualquiera con dos dedos de frente comprende que eso no está bien. Un pandillera de mierda. Me apuesto lo que quieras a que...

Madre mía, cuántas formas de callarle la boca se le ocurrían. Podría haberlo puesto de vuelta y media. O, por lo menos, haberlo echado de allí. Pero Karin no hizo ninguna de las dos cosas. No sabía si era por el aire del campo o por su transformación personal, pero el enfado no se apoderó de ella.

—¿Has terminado? —se limitó a preguntar—. Bien. Pues, cuando termines de almorzar, céntrate en encontrar el arma. Buen provecho.

Después volvió la vista hacia la pantalla del ordenador. Al darse cuenta de que seguía allí, un tanto confundido, lo miró por encima del

monitor.

—Que se te va a enfriar el kebab —le insistió—. Al ataque, Ricky.

Ricky desapareció y Karin pudo respirar tranquila. Menudo imbécil. Le sonaban las tripas, tanto de frustración como de hambre. No tenía tiempo de buscar algo rápido de comer que fuera fresco y ecológico (¿existiría esa combinación?). La investigación de asesinato era más importante, así que tendría que conformarse con el plátano que llevaba en el bolso.

Que no le daba tiempo, eso le había dicho a Ricky. Pero no era cierto. La investigación había llegado a un punto muerto. Volvió a repasar por enésima vez lo que sabían hasta el momento: el autor del delito llegó a la linde de Hammarnäs en un vehículo, probablemente, recorrió a pie el último tramo, echó un vistazo desde un bosque de abetos, se fumó un cigarrillo y después llamó a la puerta y mató al dueño de un golpe con un rifle antiguo que había colgado en el vestíbulo. Un único golpe, certero y firme, según el forense. Con más fuerza de la necesaria. Aún no estaba claro si la persona se había llevado algo más aparte del rifle. Un olor, probablemente del autor del delito, se había quedado flotando en el escenario del crimen, le resultaba vagamente familiar, pero todavía no había sido capaz de identificarlo. El agresor era de estatura media o más alto. Resultó que la víctima tenía una debilidad bien oculta por el arte con motivos homoeróticos, no sabían si eso estaba relacionado con el crimen ni, de ser así, en qué sentido.

No había sospechoso. No había móvil. No había arma homicida. En general, no había pistas más allá del testigo senil de un ruido que no llevaba a ninguna parte. Lo único que tenía pendiente era investigar la discusión entre Sten y Axel. ¿Sería importante siquiera? Era cierto que a Lilly no la habían incapacitado judicialmente, pero sí que habían asesinado a Sten. ¿Qué ganaría Axel con la desaparición de Sten? ¿O lo habría asesinado por un impulso, furioso después de la pelea? ¿Y podía estar segura de que Lilly había entendido bien el motivo de la discusión? Después de todo, habían recibido esa información de una persona un tanto trastornada.

Karin suspiró. Lennart le había dejado un pósit amarillo en medio de la mesa con el recordatorio de que tenía que visitar al gobernador civil para darle un informe de la situación. Tiró el pósit a la papelera,

pero se arrepintió enseguida, lo recogió y lo pegó al borde del escritorio, debajo de papeles y notas. Para no tener que verlo. Porque ¿acaso tenía de qué informar?

Se planteó llamar a Kulan para pedirle consejo, pero la frenó el orgullo. Se mordió la uña del pulgar y maldijo para sus adentros. Tenían que encontrar algo, hacer algún avance, ¡lo que fuera! Como tantas otras veces, cogió el auricular para consultarlo con su padre. Así también podía ver qué tal se encontraba su madre. Pero no había marcado ni la mitad del número cuando una música celestial llegó a sus oídos desde la puerta.

—¡Han encontrado el rifle!

Ricky gritó con un tono tan elevado y tan desquiciante como antes, pero ahora le habría dado un beso.

—En el montón de estiércol que hay en el establo, oculto entre pis y mierda. Vamos para allá —añadió mientras se ponía una chaqueta—. Comeré en el coche.

La idea de mierda de caballo y de Ricky engullendo un kebab le parecía repugnante, pero ni eso podía detenerla ahora.

Ya junto al coche, abrieron las puertas de par en par para ventilar el ambiente cargado. A Karin le sonó el teléfono.

Cuando descolgó, no pudo evitar hablar más claro que de costumbre para que el pesado de su colega se enterara de quién era.

—Hola, Majja.

—Falta un estuche.

—¿Qué? O sea, ¿cómo que un estuche? —dijo al tiempo que rodeaba el coche para sentarse en el asiento del copiloto.

—Pero, oye, ¿cómo voy a comer y a conducir a la vez?

Karin ignoró la pregunta de Ricky y se tapó el oído libre con un dedo.

—Continúa, Majja.

—Un estuche de plata.

—¿De dónde?

Hubo unos segundos de silencio antes de que oyera un susurro:

—No puedo decírtelo.

—¿Cómo que no? Pues claro que puedes.

De nuevo, un silencio.

—¿Dónde estás, Majja? ¿En Hammarnäs?

—Sí.

—Quédate ahí, voy de camino.

Karin colgó y le dio un golpe al panel de mandos.

—¡Por fin! Joder, qué bien.

—¿Verdad? —dijo Ricky—. Por fin es hora de comer. ¿Conduces tú o comemos allí?

A pesar de que el rifle estaba en una bolsa de plástico, era como si el agente le estuviera enseñando un montón de mierda. Le tendía el hallazgo como esperando que ella lo cogiera como un regalo y lo sostuviera en sus manos para examinarlo. Pero Karin arrugó la nariz y se mantuvo a cierta distancia.

Estaban junto a la entrada, que era el lugar más fresco gracias a que la escalera de piedra se encontraba a la sombra. Le sorprendió que el rifle fuera un arma de fuego. Los detalles en marfil relucían blancos en contraste con la madera oscura. Con todas aquellas plantas, animales y figuras, el arma parecía más bien una obra de arte.

—Bien hecho —dijo—. Enviadlo para que lo examinen y lo cotejen con las lesiones de la víctima cuanto antes. Bueno, espera... —Vio a Majja al otro lado de la puerta—. Majja, ¿puedes venir un momento?

Majja salió sin mirar siquiera a Karin. Toda su atención estaba centrada en el agente y lo que sostenía en las manos.

—¿Este es el rifle que faltaba en la pared del vestíbulo? —preguntó Karin.

—Sí —respondió enseguida—. ¿Dónde lo habéis encontrado?

—En la pila de estiércol del establo. Buen escondite.

—¿Y por qué? —preguntó Ricky—. Al final habrían acabado ocupándose del estiércol, lo habrían movido y habrían encontrado el arma, ¿no?

—Ya, pero lo más seguro es que lleve ahí el tiempo suficiente.

Majja asintió, pero Ricky seguía sin entenderlo y la miraba impaciente. Karin continuó:

—La orina es corrosiva. Va a ser difícil encontrar las posibles huellas.

Cuando Ricky y el rifle lleno de estiércol desaparecieron, Karin y Majja entraron en la casa.

—Cuéntame —dijo sentándose en la escalera que conducía a la

planta de arriba—, ¿a qué estuche te referías?

Majja no respondió enseguida, y Karin notó que se ponía tensa.

—Un estuche de plata. Liso, salvo por una flor y dos fechas que tenía grabadas. Muy moderno y sencillo si lo comparas con... Bueno, que es muy moderno. Del siglo XX.

—Vale —dijo Karin, y soltó aire—. ¿Y crees que lo han robado?

—Sí.

—¿Por qué estás tan segura? Sten Hammar podría haberlo vendido desde la última vez que estuviste aquí, ¿no?

—No. Lo han robado.

Karin se puso de pie y levantó la voz.

—Estoy empezando a cansarme, Majja. Habla claro. ¿Cómo sabes que lo han robado? ¿Y qué tontería es esa de que no puedes decirme de dónde lo han cogido?

Majja se vino abajo, hundió la cabeza y los hombros.

—Se lo prometí —dijo—. Le prometí a Sten que no se lo contaría a nadie.

Se le empañaron los ojos y Karin suavizó el tono.

—Vale —dijo—. Le prometiste a Sten que no lo ibas a contar. Pero, Majja, si vamos solas tú y yo, ¿me lo enseñarías?

Majja se puso derecha y la miró con una expresión adulta, dura y exigente. Sombría y amenazadora.

—¿Solo tú?

—Sí. Solo yo.

Después de pensarlo un poco más, Majja empezó a subir la escalera. Las botas negras que llevaba parecían pesadas, como si las suelas y las punteras de acero fueran de plomo. Cuando llegaron a la planta de arriba, le pidió a Karin que se quedara en el descansillo mientras ella abría y revisaba todas las habitaciones vecinas, como para asegurarse de que estaban solas. Después entró en una biblioteca y cerró la puerta. Dentro, la luz era escasa y olía a cerrado y a polvo. Karin no entendía muy bien por qué alguien guardaría estuches de plata en una biblioteca, pero esperó con paciencia. Mientras recorría las filas de libros con la mirada, se oyó un clic y, a continuación, un crujido.

Se había abierto una puerta secreta en la pared de la sala, y Karin se apresuró a seguir a Majja cuando la cruzó.

—Qué barbaridad.

El contraste entre la escasa luz de la biblioteca y las vitrinas iluminadas se potenciaba con el brillo de lo que contenían. Karin recordó cuando de niña fue de excursión al castillo del casco antiguo de Gamla Stan y visitó la Cámara del Tesoro. Lo que sintió entonces se parecía a lo que sentía ahora. A pesar de que no tenía ni idea de qué eran aquellos objetos, se le puso la piel de gallina.

Pero cuando se le pasó la impresión inicial, comprendió por qué Majja estaba tan segura. Una de las vitrinas estaba rota, y una grieta atravesaba el cristal trazando un amplio arco por la parte superior. Los estuches de esa vitrina estaban un poco torcidos, a diferencia de los demás, que se veían perfectamente colocados.

—¿Por qué se han llevado un simple estuche de plata? Sin ser una experta, me imagino que la mayoría de los que hay aquí tienen mucho más valor. ¿Por qué ese?

—No lo sé. Y tienes razón. Era el menos valioso de todos, seguro.

—¿Cuánta gente crees que conoce la existencia de esta habitación, Majja?

—Solo yo —respondió enseguida, y apartó la mirada—. Y Gunnar.

Karin se sobresaltó. ¿Gunnar?

—¿Solo Gunnar y tú? ¿Inger tampoco?

—No creo.

—Entonces tengo que hablar con él.

Majja asintió resignada.

—Me parece que está con Inger abajo, en la cocina.

Lo primero que pensó Karin cuando vio a aquella mujer mayor sollozando sentada a la mesa de la cocina fue que era por su culpa. Que Inger estaba llorando porque su marido se había besado con otra mujer. Pero cuanto Majja y ella entraron en la cocina, se secó rápido las lágrimas y se atusó los rizos.

—Vaya, perdón, me habéis pillado lloriqueando...

—¿Qué te pasa? —preguntó Majja.

—Me he venido abajo —dijo señalando el montón de cartas que había en la mesa—. Siguen enviándole la correspondencia al señor, como si aún estuviera vivo. —Cogió un sobre más grueso y transparente—. Y, al ver que había llegado el catálogo de una subasta, he pensado inmediatamente en subírselo al escritorio, era lo que más

le gustaba leer, pero entonces he caído en la cuenta y me he quedado aquí sentada dándole vueltas a la cabeza.

—Kaufmanns —murmuró Majja—, ¿ya tienen el catálogo listo?

—¿Kaufmanns? —preguntó Karin.

—Otra casa de subastas —respondió Majja—. Kaufmanns y Wallius son como Pepsi y Coca-Cola.

Inger las miraba como si hablaran otro idioma. Después recobró la presencia de ánimo y se puso en pie.

—Café. Querréis café —dijo alargando la mano hacia las tazas sin preguntar. Lo colocó todo junto al candelabro, que seguía con la vela encendida.

—No queremos molestar —empezó a decir Karin—, seguro que tiene usted...

—... poco que hacer, por desgracia —añadió Inger—. Ya no vive nadie en la casa principal. No tengo a quién prepararle la comida. —Karin se dio cuenta de que el ambiente en la cocina era distinto al de la primera vez que estuvo allí. No olía a asado ni a pan—. Aunque tal vez aproveche para limpiar el congelador —prosiguió el ama de llaves, como hablando sola.

—En realidad estaba buscando a Gunnar —dijo Karin.

—Ha ido al taller a por unas herramientas, me va a arreglar un grifo que gotea. Os da tiempo a tomaros un café mientras esperáis.

Karin asintió sonriendo y se sentó a la mesa. Notaba un cosquilleo en la boca del estómago. No había visto a Gunnar desde que se despidieron en la casita de invitados, pero intentó no pensar en ello. Inger no dejaba de hablar con Majja, que se había apoyado apática en la encimera, y Karin intentó seguirles el hilo. Pero le resultaba difícil, la boca de la mujer no paraba, y casi todo lo que decía parecían insignificancias. Le recordaba a su madre y su parloteo demente. Tampoco parecía que Majja la estuviera escuchando, miraba introvertida con el ceño fruncido.

Por deformación profesional, a Karin se le fueron los ojos a los sobres que había en la mesa. Se dio cuenta de que estaban divididos en dos montones, uno era para Sten Hammar, pero no conocía el nombre de la destinataria del otro montón.

Sin darse cuenta, fue diciendo en voz baja mientras iba leyendo del revés:

—E-li-sa-bet Cron-hielm...

Inger se volvió hacia la mesa y miró a Karin con curiosidad.

—¿Cómo?

—¿Quién es Elisabet Cronhielm?

—Lilly —respondió Inger.

Cierto que hoy en día empezaba a ser normal que las mujeres no adoptaran el apellido del marido al casarse, pero en esa casa, en esa familia, parecía raro, pese a que, en opinión de Karin, Cronhielm era un apellido mucho más bonito que Hammar.

—Sí, se llama Elisabet Hammar, pero algunas cartas se las mandan con su apellido de soltera: Cronhielm. No sé por qué, después de tantos años. Ah, ya está aquí Gunnar —dijo Inger señalando una sombra al otro lado del cristal esmerilado de la puerta de la cocina.

En cuanto las botas aterrizaron en el felpudo, su cuerpo conquistó toda la estancia.

—Qué bien, a ver si conseguimos parar el goteo —dijo Inger cogiendo las herramientas que había traído—. Pero tendrá que ser más tarde, antes quieren hablar contigo.

Majja apuró el café de un trago.

—Yo voy a subir a ver si termino —dijo, dejó la taza en la encimera y salió.

Karin intentó ocultar que la presencia de Gunnar le afectaba y le sonrió ligeramente. Él tenía una expresión amable, pero se lo veía un tanto extrañado.

—Son solo unas preguntas.

—Por supuesto, adelante.

—Se trata de una colección de estuches. En una sala...

Gunnar miró de reojo a Inger y carraspeó.

—Podemos hablar fuera, si te parece bien.

En cuanto salieron de la casa y cerraron la puerta, Gunnar respiró hondo. Señaló la pendiente que bajaba hacia el lago y fueron caminando en silencio. Solo empezó a hablar cuando llegaron al muelle y pisaron las tablas blanqueadas por el sol.

—Quiero pedirte perdón por lo que pasó la otra noche. No era mi intención...

Karin lo interrumpió con un gesto y una sonrisa serena.

—No es de eso de lo que quiero hablar contigo.

Se aseguró de mantener un tono amable pero formal que indicara que estaba allí en calidad de policía, no de mujer rechazada.

—Por supuesto —dijo él, y asintió—. Has mencionado los estuches. Supongo que has descubierto la sala secreta, ¿no?

—Sí. Bueno, me la ha enseñado Majja.

—Ah, Majja. Ella sabía de su existencia, claro.

—¿Es posible que ella y tú seáis los únicos que la conocéis?

—Sí... Al menos, hasta donde yo sé.

Karin observaba su rostro con atención, pero no pudo percibir nada que la llevara a pensar que no le estuviera diciendo la verdad.

—Según tú, después de encontrar a Sten Hammar en el suelo del vestíbulo, subiste a la planta de arriba para ver cómo estaba la señora. Pero...

—¿Qué?

—No entrarías en la sala secreta, ¿verdad, Gunnar?

Era una hipótesis descabellada, pero tenía que preguntarle.

—No —replicó él sorprendido—, ¿por qué iba a entrar?

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en esa sala? ¿Has vuelto desde que Sten murió?

—Después de ayudar con las vitrinas, la iluminación y la seguridad, no he vuelto a poner un pie allí, y de eso hace muchos años. Sé que estaba destinada a la colección de estuches del señor, pero nunca llegué a verlos. De esa sala se encargaba él, incluso de limpiar y quitarle el polvo. Alguna vez nos preguntó dónde guardábamos las bombillas para las vitrinas, y yo me ofrecí a cambiarlas, pero prefirió hacerlo él mismo.

—¿Sabes si Sten Hammar le enseñó alguna vez la colección a alguien o si la mencionó delante de otras personas?

—No. Es más, llevaba mucho tiempo sin pensar en la sala y en los estuches. Hasta que me lo has mencionado tú. ¿Es que falta algo?

30

La oficina diáfana de Wallius tenía revestimientos textiles en las paredes y paneles acústicos en el techo, pero no servían de mucho. Majja estaba echada hacia delante con el ceño fruncido, intentando concentrarse en los precios que se veían en el monitor. Al sistema de archivos de la casa de subastas solo se podía acceder si te encontrabas en el Krokan, así que Majja, habituada a trabajar desde casa sin que la molestaran, tenía que esforzarse a base de bien para no distraerse con tantas voces.

Y no era ella la única a la que le molestaban. Kurt estampó cansado las manos en la mesa.

—En esta oficina diáfana de las narices te enteras todas las mañanas de quién ha dormido poco, quién ha discutido con sus hijos, quién ha perdido el tren o quién ha echado un mal polvo mañanero. ¡Cerrad el pico y poneos a trabajar, joder! Ya son las nueve.

—Vaya, vaya, hoy estamos gruñones —dijo Claes—. ¿Te molesta la cabeza?

—No, me molestan las cotorras. Que encima se las ve más frescas que una lechuga. Vergüenza debería darte, Claes.

—*Foundation, foundation…*

Kurt sonrió.

—Ya, de eso sí que sabes.

Claes le respondió lanzándole un beso.

Eva, la recepcionista, entró taconeando con una pila de sobres en la mano.

—La becaria está de baja, así que vais a tener que repartiros la correspondencia vosotros mismos. Creo que aquí está el catálogo de Kaufmanns —dijo levantando algo con un envoltorio muy colorido.

—Yo me encargo —dijo Kurt, y se puso en pie como un rayo para cogerlo.

—Kurt, sabes que el catálogo lleva al menos dos días en internet, ¿verdad? —dijo Claes—. Eres un vejestorio.

Kurt hizo como que no lo oía. Fue pasando resuelto las páginas con los muebles y los objetos de artesanía, que siempre eran lo primero en el catálogo de Kaufmanns.

—Chorradas... Chorradas... Más chorradas...

Llegó a la sección de las obras de arte y con un lamento se detuvo en una página doble.

—Aaaay... Joder, ¡qué bonito es! Qué rabia verlo aquí.

—¿El cuadro de Strindberg? —preguntó Majja.

—¿Cuál, si no? —murmuró él, se subió las gafas y examinó la foto de cerca—. Pensaba que lo tenía superado ya, pero ahora lo veo y me parece tan injusto que lo perdiéramos... Y encima Wallius no tiene nada con lo que contraatacar. —Miró la fecha de la subasta que aparecía en negrita en la portada—. Además, han sido rápidos sacando el catálogo. Seguro que Fredrik y Charlotte se van a desesperar aún más. —Siguió pasando las páginas—. Pero, por Dios, vaya Liljefors...

—No deberías mirar el catálogo de Kaufmanns, no es bueno para el corazón —dijo Claes.

—Déjame, que no tengo noventa años.

—Casi —respondió Claes, y se agachó con pericia cuando Kurt fue a darle en la cabeza con el catálogo.

—Buenas, buenas... —dijo Charlotte, que acababa de entrar—. A quienes tenéis que aporrear es a los vendedores que se hacen de rogar, no a los compañeros. ¡Ah, hola, Majja, no sabía que estabas aquí!

—Hola.

—Has llegado justo a tiempo, estamos un poco desesperados, cuéntame qué...

—No he traído nada —la interrumpió Majja, que sabía que era mejor dar la mala noticia cuanto antes—. Tengo que consultar unos precios. Y ya quedará lista la tasación.

—¿Y no hay nada para vender en Hammarnäs?

—Es demasiado pronto para saberlo.

—¿Podemos hacer algo?

Majja meneó la cabeza.

—¿Nada? ¿De verdad?

Es cierto que los jefes se estresaban antes de la publicación del catálogo, pero Charlotte nunca se ponía así de pesada. El desánimo se le reflejaba en los ojos, y Majja se sintió incómoda cuando volvió a

menear la cabeza y vio a su jefa retirarse cabizbaja por el pasillo.

Lo único bueno de la visita de Charlotte fue que la oficina se quedó mucho más tranquila. Por no decir en silencio absoluto. Todos volvieron a sus pantallas y a sus documentos, y Majja pudo concentrarse por fin en lo que de verdad tenía en la cabeza.

El estuche.

No podía dejar de pensar en el sencillo estuche de plata de Sten. Durante el tiempo que pasó en Hammarnäs, había ido viendo con él cada pieza de la sala secreta, y Sten le había dado largas charlas sobre todas ellas; había tenido que aprenderlo todo acerca de su historia y su fabricación. Pero justo ese lo despachó rápido. Aun así, recordaba su aspecto con exactitud, porque, a pesar de su sencillez, era muy peculiar. Rectangular, aunque, al tener las esquinas biseladas, se transformaba en un octógono alargado. Y la rosa que llevaba grabada era poco común. En la tapa se leían dos fechas, pero no las recordaba.

Lo encontraría, aunque le llevara una eternidad. Y, puesto que el principal proveedor de Sten Hammar era Wallius, creía que tenía bastantes posibilidades.

Sin embargo, no aparecía en las compras que había hecho a lo largo de los años. Pasaban las horas y sus compañeros se iban marchando, a comer, a visitas a domicilio o a lo que fuera. Majja seguía allí, completamente absorta en el archivo de subastas que tenía delante. Probó varias combinaciones de palabras de búsqueda, distintos maestros plateros, distintas épocas. ¿Tendría algún defecto? Por ahí podía buscar, los daños siempre quedaban reflejados en los textos de los catálogos. Pero nada, ningún resultado.

No vio más salida que ampliar la búsqueda. Cuando eliminó «Fecha grabada» de las palabras clave, obtuvo muchos más resultados, por supuesto, pero tuvo que armarse de paciencia y empezar a pasar páginas. Pero al cabo de unas cuantas, dio un respingo.

Ahí estaba. Era ese, sin duda.

Pinchó en las fotos de los detalles y enseguida se dio cuenta de que algo no encajaba. Por lo que podía ver, no había grabada ninguna fecha. Leyó el texto del catálogo y comprobó que ahí tampoco mencionaba nada al respecto. Pero ese era el estuche. Estaba segura.

Como aquella subasta se había celebrado hacía tanto tiempo, la pieza y la información de venta no estaban asociadas en la base de datos. De modo que se vio obligada a cambiar de sistema de archivos

e introducir la subasta y el número de catálogo. La página que encontró no era más que un documento escaneado con texto escrito a máquina, apenas legible. Fue echando un vistazo al contenido lo mejor que pudo: fecha, número de la pieza, precio de subasta, comisión, impuesto, comprador... «Comprador: Axel Cronhielm.»

Se quedó mirando la pantalla. No entendía nada. Cogió el teléfono de inmediato.

—Karin Klinga.

—Hola, soy Majja. Hazme una pregunta.

—¿Perdona?

—Otra pregunta. Sobre el estuche.

Oyó que Karin se reía.

—¿Qué quieres decir, Majja? Creo que describiste el estuche perfectamente.

—Hay más información. Que es confidencial.

—Ah, ya veo por dónde vas. Quieres que yo, en calidad de policía, te pida acceso a esa información. Vale, entonces te lo pido. ¿Lo quieres por escrito?

—Axel Cronhielm es quien compró el estuche.

—Ah... Axel y no Sten, ¿no? Esa sí que es buena.

Majja se quedó en silencio. Había terminado el trabajo. Debería colgar para no perder más tiempo. Tenía pendiente escribir la tasación más grande de la década, y después debía encontrar algunas piezas para Charlotte. No había tiempo que perder. En absoluto.

Pero, para variar, lo pensó. No sabía si era por la personalidad de Karin Klinga o por cómo se había levantado ese día, pero casi sin darse cuenta dijo:

—¿Y cómo va lo demás?

En cuanto las palabras salieron de sus labios, le parecieron ridículas. Pero Karin respondió como si fuera una pregunta de lo más normal.

—Bueno —dijo—. La verdad es que la cosa se ha estancado un poco. La investigación va lenta. Y, en realidad, no es raro, a veces pasa, pero se supone que tengo que dedicarle tiempo a informar.

—¿A quién?

—Además de a jefes, fiscales y periodistas, esta tarde tengo que ver a un gobernador civil, por ejemplo, para infor...

—¿A un gobernador civil? ¿Dónde?, ¿en la residencia del

gobernador?

—Sí, supongo...

Majja recordó el rostro de Charlotte, lleno de decepción y angustia. Tomó una decisión rápida y se agarró al clavo ardiendo que le ofrecía Karin al otro lado de la línea.

—¿Crees que he sido de ayuda para la investigación? —preguntó.

—Claro, en cierto modo, ya que...

—Bien. ¿Puedo ir contigo? ¿A ver al gobernador civil?

Majja contuvo la respiración.

—Bueno —respondió Karin vacilante—, el informe en sí es confidencial.

—Pero yo no tengo por qué oírlo. Lo único que quiero es que me presentes.

Al cabo de unos segundos de silencio, oyó un suspiro.

—Vale, es lo menos que puedo hacer en compensación.

—Gracias —dijo Majja—. Te prometo que seré discreta.

En casa. Como siempre que volvía de viaje, reconocía el olor en cuanto entraba por la puerta. Los libros polvorientos. El pan tostado. Su cueva, su amada cueva. Quería con todo su ser esconderse allí del mundo, enterrar el escritorio entre libros, catálogos y archivadores. Pasar la noche entera en el mundo del arte y la historia.

Aunque en realidad no tenía tiempo, pasó el dedo por el lomo de los libros. Sabía qué viaje le brindaría cada uno de ellos. *Tesoros otomanos*, *La porcelana de Meissen*, *La plata de las grandes potencias*, *The Chinese Potter*... Luego se los llevaría al colchón que tenía bajo el escritorio, leería, se adormecería y soñaría alejada de la realidad, llena de abogados miserables, hermanos abandonados y hombres traicioneros.

Pero no tenía tiempo.

Resuelta y con poco entusiasmo, se dirigió a su único armario. Metió la mano hasta el fondo del cajón de la ropa interior y sacó la redecilla en la que guardaba el pelo. Después, de la barra que había encima, descolgó el portatrajes, una bolsa negra de plástico donde se leía RODEBJER. Lo cogió y lo dejó encima del escritorio.

Cuando, después de haber pasado un momento reuniendo fuerzas, bajó la cremallera de la funda, le sobrevino el recuerdo. Volvía a estar en el dormitorio de Lilly, en Hammarnäs, delante de un

armario de roble gigantesco lleno de espejos. A los dieciocho años vivió su primera transformación. Su primer acto de hipocresía. La primera negación de su personalidad.

Majja cerró los ojos un momento, se estremeció y ahuyentó los recuerdos. Ahora la decisión de transformarse era suya. Sabía por qué, y se trataba de un buen motivo. No era por Sten. Y era ella quien había escogido la ropa. Por eso se puso el traje y los tacones Louboutin con cierta satisfacción. El traje amarillo y las bailarinas las dejó en el armario.

31

2003

—... esmalte azul con borde de perlas. El retrato de la tapa representa una mujer con un perro. El perro simboliza la lealtad, pero puede...

—¿Qué es lo que suena cuando hablas, Majja? —la interrumpió Sten.

—¿Qué?

Majja levantó la vista del documento.

Sten soltó un suspiro.

—Se dice «disculpa», Majja. O «perdona». No «¿qué?». En fin. Te he preguntado qué es lo que suena cuando hablas.

—¡Ah, sí! Seguramente sea esto —dijo, y sacó la lengua con el piercing.

Sten se echó un poco hacia atrás, pero después asintió.

—Bueno, al menos no es la dentadura postiza que se te ha soltado. Por favor, quítatelo.

Le tendió la bandeja de plata en la que Inger dejaba la correspondencia. Resonó bastante cuando soltó la barra. Se mojó los dedos de saliva, pero no había llegado a limpiárselos en los vaqueros cuando vio que tenía delante un pañuelo de tela de un blanco impoluto. Sten lo agitó un poco con el brazo extendido.

Cuando se limpió los dedos, él volvió a alargar la mano. Majja creyó que quería que le devolviera el pañuelo y se lo acercó, pero él meneó la cabeza con impaciencia.

—No —dijo—, la tarea. Dámela para que la lea yo, así no habrá interrupciones.

Folio en mano, Sten se reclinó en la silla con las gafas puestas. Majja lo observó en silencio. Parapetada detrás del flequillo.

Puto viejo. Había ejercido su poder sobre ella desde que le alcanzaba la memoria. Solo con el tono de voz o una mirada era capaz

de infundirle fuerza o de hacerla sentir más pequeña. Desde muy pronto consiguió que estuviera siempre a sus órdenes, que quisiera impresionarlo y que anhelara su reconocimiento. No se explicaba por qué, pero, en cuanto estaba cerca de él, quería complacerlo y demostrarle lo mucho que podía esforzarse.

Sin embargo, algo había cambiado. Es cierto que antes podía llegar a hacerle comentarios sobre cómo vestía y cómo hablaba. Le pedía que se pusiera derecha o que tirara el chicle. Pero siempre de una forma agradable, con una sonrisa, como si en realidad no fuera tan importante. Ahora hablaba de ella como de los objetos, y siempre muy serio. No dejaba de darle la lata con cómo debía vestirse. Y «conducirse», como solía decir, a saber lo que significaba eso. Le señalaba incluso su forma de hablar. Como si fuera su padre. La cosa empezó a molestarle aún más cuando cayó en la cuenta de que ya tenía dieciocho años. ¡Mayor de edad! ¿Qué era lo que había pasado en realidad? ¿Por qué ahora quería cambiarlo todo? Porque antes no era tan pesado.

La cosa había empezado aquel día de mierda, hacía un par de meses. Estaba en la biblioteca, con Bach retumbándole en los oídos y delante de una funda de cuchillos de untar, cuyos mangos, de distintos tipos de pórfido, tenía que identificar y examinar: Blyberg, Rännås, Gammalklitt, fonolita... La voz de Inger interrumpió la tocata. Majja levantó la vista y se dio cuenta de que debía de llevar un buen rato intentando llamar su atención.

Cuando Majja apagó la música, Inger le dijo:

—El señor quiere que vayas a su despacho.

Normalmente no mandaba a Inger, y Majja se preguntó si tendría algo preparado. ¿Otra sala secreta, quizá?

Intentó que la mujer le dijera algo más:

—¿Por qué no viene él?

Inger la miró como si hubiera hecho la pregunta más descarada que hubiese oído en su vida.

—Porque tiene visita —respondió, y salió de la biblioteca.

¿Visita? Majja cerró la funda y la siguió. ¿Quién sería? ¿Y si se trataba de un experto de *Antikrundan*? Seguro que Sten conocía a alguno. Ojalá no fuera el miserable del abogado, Axel. «Si es él, me voy», pensó mientras se recolocaba el *snus* en la boca.

Al oír a través de la puerta la risa aguda de la visita, se detuvo.

—Entra —dijo Inger dándole un empujoncito—, el señor está esperando. Tengo que irme con la señora.

Majja esperó a que Inger y el sonido de sus pasos desaparecieran. No sabía por qué se sentía incómoda ni qué temores la embargaban cuando puso la mano en el pomo de la puerta. Fue arrastrando las botas por el parqué de roble.

El miserable del abogado. Por supuesto. No estaban en el escritorio, sino que se habían sentado en los sillones con un cigarrillo y un vaso grande. Copas de coñac. Sabía identificar bien las piezas de la cristalería. Estaban hundidos en los asientos, y los altos reposabrazos les levantaban las hombreras, que parecían alas. Vestidos de traje y con las piernas cruzadas, mecían los mocasines mientras se les balanceaban los pompones de cuero.

—¡Hombre, Ronja! Pero si está aquí la discípula de Sten.

Majja hizo como si no lo hubiera oído y clavó la mirada en Sten con la esperanza de que le pusiera alguna pega al apodo. Nada.

—¿Cómo van los estudios? —preguntó Axel.

Majja respondió encogiéndose de hombros, todavía mirando a Sten.

—Te pido disculpas por mi curiosidad —prosiguió Axel—, pero ¿podría hacerte unas preguntas?

Majja respiró hondo para contestarle «¿Por?», pero Sten se le adelantó:

—Claro, ¿verdad, Majja?

Ella se sobresaltó. ¡Había dicho que claro! Como si fuera él el que lo decidiera. La ira le subió a la garganta en forma de bilis y la dejó muda, solo después se le ocurriría una respuesta fulminante. Ahora se quedó allí, con los ojos brillantes y el corazón acelerado.

—Cuéntame, ¿a qué se dedica Majja...? Te apellidas Skog, ¿no? ¿A qué se dedica Majja Skog cuando no está en Hammarnäs?

—¿Por? —dijo apretando la mandíbula.

—Me imagino que irás al colegio, a no ser que hagas novillos, pero, después de las clases, ¿qué haces?

—¿Por? —repitió.

—¿Haces alguna actividad? Clases de piano..., ¿tenis?, ¿golf? Doma clásica, por supuesto, la equitación viene muy bien aquí, en el campo.

Majja se dio cuenta de lo que estaba intentando hacer. Pero no lo

iba a conseguir.

Miró a Axel a los ojos por primera vez.

—Arreglar motos, beber licor casero y quitar mierda de vaca. ¡¿Por?!

Axel se sobresaltó al oír cómo gritaba eso último.

—Bueno, bueno —dijo Sten—. Axel no lo decía con mala intención, solo está de mal humor. Y Majja, se dice «disculpa», no «¿por?». Y, por favor, estiércol, no... En fin.

Majja se quedó mirándolo.

—Me voy.

Cuando se dio la vuelta, se sorprendió al notar que Axel alargaba la mano y le tocaba el brazo. Se detuvo y lo retiró rápidamente.

—Perdón, perdón, Majja. Ya veo que te ha molestado. He sido muy maleducado. Solo una cosita más, quiero darte algo. Un regalo, de hecho.

Cogió un libro de lomo azul y letras doradas de la mesita que había entre Sten y él.

—Te voy a regalar este libro. En él podrás aprender qué es un barón, aunque supongo que eso ya lo sabes, ¿verdad?

No tenía ni idea de qué era un barón, pero quería marcharse de allí, así que hizo un aspaviento y dijo:

—Pues un varón será un hombre, ¡digo yo!

Mientras se dirigía a la salida, Axel la llamó:

—¡Se te olvida el libro, Majja!

Aquel recuerdo aún la atormentaba. No porque Axel se hubiera burlado de ella, sino porque ella no supo defenderse. O, más bien, porque Sten no la había defendido. Y ahora, al verlo absorto en la redacción que ella había escrito, no pudo evitar preguntarse cómo era posible que de un momento a otro pasara de parecerle un hombre amable y cálido —que imponía, pero que era agradable— a parecerle tan... raro.

Sten se puso de pie, y Majja volvió al presente.

—¡Excelente! Bravo, Majja. —Le devolvió la hoja—. Has desvelado todos los secretos del estuche. La próxima vez vamos a buscar uno más complicado.

A pesar de los recuerdos sombríos, la sola idea de examinar un nuevo estuche la animó. Nunca sabía cuándo Sten iba a sacar otro de la sala secreta, ni cuál sacaría, siempre era una sorpresa. Pero la tarea

era la misma cada vez: tenía que inspeccionar el estuche y hacer una redacción. Tenía que investigar, analizar, buscar, leer y describirlo todo. Había que identificar cada sello y cada material, y debía explicar incluso los daños y las reparaciones. Pero también tenía que considerar el origen del objeto: ¿por qué tenía ese aspecto?, ¿cuáles eran las modas de la época?, ¿quién lo había encargado?

—Pero no será el domingo que viene —dijo Sten.

Majja levantó la vista. Sten le dirigió una mirada risueña.

—Me he enterado de que ya eres mayor de edad.

Ella asintió.

—Y eso hay que celebrarlo. Así que propongo que el próximo día hagamos una excursión. Pero tenemos que salir al alba, de modo que no puedes quedarte con tus amigos hasta muy tarde el sábado por la noche.

¿Qué amigos? ¿La gente aquella que era de su misma edad pero que hablaba otro idioma? ¿O los horripilantes amigos de Peter?

—Claro, no te preocupes.

—Pero... —dijo, y la miró de arriba abajo—, a esta excursión no se puede ir vestido de cualquier forma.

El domingo siguiente, Majja se encontraba ante el gran espejo de Lilly ataviada con la ropa más fea y más ridícula que había visto en su vida. Holgada y ajustada al mismo tiempo. Además, la tela le picaba. El cuello arrugado de la camisa sobresalía del traje amarillo, que era como de paño, y le cosquilleaba en la barbilla, así que Majja se estiraba y parecía que estaba asintiendo constantemente. Casi se planteó si merecería la pena hacer la excursión con Sten. Llevaba el pelo recogido en un coleta. Se había quitado el piercing de la nariz y el de la lengua.

—Vale, así está bien, levanta la barbilla. Y ponte derecha —dijo Sten mirando crítico la imagen en el espejo—. Bueno, ahora estás presentable. Ya podemos irnos.

«*Presentable*, una palabra típica de Sten —pensó Majja—. Parezco un engendro.» Menos mal que Peter estaba de resaca en casa. Si la viera con esa ropa le daría un guantazo o se pasaría lo que le quedaba de vida burlándose de ella.

Joder, menudas pintas.

Dejó de contemplar su absurdo reflejo y, al oír un tintineo, miró a

Sten. Agitaba con alegría las llaves de un coche.

—Gunnar me ha contado que te vio al volante el otro día. No me sorprende lo más mínimo que ya te hayas sacado el carné. Pero me apuesto cualquier cosa a que nunca has llevado un Jaguar.

Majja se quedó con la boca abierta. ¿De qué estaba hablando? ¿Cómo iba a poder permitirse pagar el carné? Que llevara conduciendo coches desde los doce años no significaba que tuviera carné. ¿Y cuándo la había visto Gunnar? No había cogido el 240 de su padre tantas veces, solo cuando la moto no iba o cuando hacía muy mal tiempo. Y siempre lo dejaba aparcado un poco más lejos y recorría a pie el camino que quedaba. Pero, un momento, ¿qué era lo que acababa de decir Sten? ¿Que ella iba a conducir su...?

—De modo que vas a tener el honor de llevarnos hasta Estocolmo. Seguro que te gusta.

El trayecto fue como un videojuego largo y trepidante, con coches, señales, carriles y luces intermitentes por todas partes. Majja nunca había conducido por la autopista y nunca había conducido un Jaguar con un Sten Hammar a su lado. Estuvo a punto de echarse a llorar varias veces cuando aparecieron camiones y autobuses a ambos lados. Entonces le entraron ganas de rendirse y gritar que en realidad no tenía el carné. Pero ante la sola idea de cuáles serían las consecuencias, decidió aguantar.

Cuando llegaron y por fin pudo detener el coche en doble fila en un sitio que Sten llamó Strandvägen, estaba mareada, desfallecida y a punto de vomitar, todo a la vez.

—Ya aparco yo —dijo Sten—. Entiendo que no hayas aprendido todavía, es normal entre tanto tractor. Espérame en la acera.

Las piernas apenas la sostenían, pero Majja dejó el volante encantada. Cuando se le pasó el mareo y pudo estirar los músculos agarrotados y coger suficiente aire, echó un vistazo a su alrededor.

Era la primera vez que visitaba Estocolmo, la capital de Suecia. Al menos, esa sensación tenía. Había estado en una ocasión con la clase en el barrio de Gamla Stan, pero lo único que recordaba era el hambre que pasó. No se había llevado dinero y solo se atrevía a decir que no tenía hambre y que le dolía la barriga. Al niño que soltó el comentario de «¿Tenemos la regla?» le dio un tortazo y por eso tuvo que ir todo el tiempo al lado de aquel maestro que respiraba tan fuerte

y tenía la voz tan chillona.

Así que esa era la primera vez.

Le costó asimilarlo, seguía centrada en el tráfico. Había muchísimos coches, autobuses y motos. ¡Y tranvías! Pero luego miró más allá del tráfico y la impresionó el resplandor del agua. Había barcos y agua por todas partes. Le recordó al cuadro de Einar Jolin que Sten tenía en...

—Disculpa —oyó de repente, y notó que una mujer le daba un codazo.

—¿Qué co...? —se le escapó, pero la señora había seguido su camino y ya no se la veía.

Cuando Majja se dio cuenta de que llevaban ropa casi idéntica, no pudo contener la risa. Increíble. Nunca habría pensado que pudiera encajar en algún sitio con aquel atuendo tan peculiar.

—Estás un poco pálida —dijo Sten, que ya había aparcado el coche—. Vamos a ponerle remedio enseguida.

Era como la película aquella en la que una prostituta vivía en un hotel con un señor rico. Cuando Sten y ella entraron en el restaurante, el local estaba bañado por la luz de las arañas de techo y el sol que se reflejaba en el agua del exterior. La moqueta, que se veía impoluta, amortiguaba el sonido. Y, de hecho, la joven que los recibió se parecía un poco a aquella mujer malvada que atendía a Julia Roberts cuando iba a comprar ropa.

—Sten Hammar —dijo él.

Majja se preguntó por qué no tendía la mano al presentarse, él, que tan cuidadoso era con esas cosas.

—Bienvenidos —dijo la joven, y miró un papel—. Sten Hammar, *afternoon tea* para dos personas. Por aquí.

Los guio por el restaurante. Alguna gente levantaba la mirada y le sonreía a Majja cuando pasaban, aunque no se conocían de nada. «Igual me parezco a alguien famoso —pensó Majja—. Pero con esta ropa, seguro que no es a Julia Roberts.»

—Mesa junto a la ventana. Excelente —dijo Sten sentándose.

Majja era un poco más escéptica. Al principio se sintió como un maniquí en un escaparate, pero no tardó en ver que la mayoría de la gente que pasaba por delante caminaba rápido y decidida con la vista al frente. Los que iban más lentos eran los ancianos, que miraban

hacia abajo para no tropezar.

Pero eso daba igual. Otra joven se les acercó con un soporte extraño en las manos y, al verlo, Majja contuvo la respiración. Los tres pisos que tenía estaban repletos de dulces que parecían casi irreales, como si fueran pasteles de mentira. Lo colocó justo delante de ella.

Ay, ¿cómo iba a ser capaz de elegir? Seguro que todo era carísimo. Tal vez fuera como con los carteles de los helados, que tenían arriba los más caros y abajo del todo los polos. Decidió esperar para ver qué escogía Sten. Para su sorpresa, alargó la mano hacia un sándwich pequeñito con forma de triángulo. ¡Con la de cosas que había para elegir!

—Venga, coge —dijo Sten.

Majja empezó a estresarse. Puede que no dejaran mucho tiempo el soporte en su mesa antes de llevárselo a las otras. Se vio obligada a elegir, así que se armó de valor y echó mano de un dulce rosa con frambuesas por encima.

—Normalmente se empieza por los sándwiches.

¿«Se empieza»? Se detuvo con la mano en el aire mirando al soporte y a Sten.

—Primero los sándwiches —dijo él señalando cada piso—, después los *scones* y, por último, los dulces. Si te queda sitio —añadió sonriendo.

¿Todo eso era para ellos? Le costaba creérselo y, a pesar de todo, cogió el pastel rosa.

Cuando la joven volvió a aparecer, Majja se preguntó qué les traería ahora. Tal vez una de esas fuentes de chocolate que vio una vez en la tele.

—Tetera de Earl Grey Imperial, con aceite de bergamota prensado en frío y condimentado con vainilla bourbon y cáscara de limón de Sicilia —dijo mientras dejaba una tetera.

—Té —aclaró Sten, que pareció percibir el desconcierto de Majja.

—¿Tienen Coca-Cola?

Después de tantos cumpleaños en los que nadie se había acordado de ella, esta vez Majja Skog lo había celebrado en un restaurante dos veces. Y las dos veces había estado a punto de reventar de tanto comer. Su padre y Peter la llevaron a la pizzería de Östhammar, dos días después del aniversario, en realidad, pero aun

así. Su padre apenas tocó la pizza, pero a ella Peter le dio una patada por debajo de la mesa cuando vio que iba a dejarse comida porque no podía más. Aún se le veía el moretón. Después había obligado a la desagradecida de su hermana a comerse hasta la última miga de aquella pizza tan cara. Por eso, ahora, en su segunda visita a un restaurante apenas unos días después, Majja pensó que sería de mala educación no comérselo todo. Con los comentarios incesantes de Sten sobre modales (la cucharilla del té en el plato, no en la taza, no pongas los codos en la mesa, la servilleta va en las rodillas), había conseguido comerse el último pastel, uno de chocolate muy pesado, y se sintió tan descompuesta como tras el trayecto en coche. A pesar del largo paseo que dieron después, le parecía que iba rodando.

—Es la primera vez que veo a alguien comerse la bandeja entera en un *afternoon tea* —dijo Sten, que iba dando largos pasos por la acera—. Aunque dicen que en el campo la gente tiene buen apetito. Y eso está bien, porque ahora contamos con la energía suficiente para acometer la principal tarea del día.

Su voz recordaba a la de un presentador mientras daba a conocer los números de la función. Por eso Majja apartó la mirada de los barcos de vapor, que, mágicamente y a pesar de las altas olas, lograban evitar chocar unos con otros en el muelle, y se volvió. Sten ya había cruzado la calle y subía una escalera dando zancadas.

—¿Adónde estamos? —le preguntó a voces.

—«Dónde estamos» o «adónde vamos», Majja.

Notó que el enfado le subía por el cuerpo cuando vio que Sten se detenía en el último escalón, se giraba hacia ella, esbozaba una amplia sonrisa y señalaba hacia arriba. Majja levantó la mirada y leyó las letras mayúsculas doradas de aquel edificio tan grande.

M U S E O N A C I O N A L.

Holy shit.

Lo que sintió al entrar le recordó a otra excursión que hizo con el colegio, a la catedral de Uppsala. Con la diferencia de que la catedral estaba llena sobre todo de aire, y ese edificio estaba lleno de arte. Solo arte. Ningún altar, ningún órgano. Aunque la música para órgano y las magníficas composiciones corales de Bach habrían encajado muy bien.

—Te envidio, Majja —dijo Sten con un brillo en los ojos—. Solo hay una primera vez. Disfruta de cada segundo.

El techo de la escalera del vestíbulo y las paredes crecían y se le venían encima al mismo tiempo. Por una vez, Majja no prestó atención a lo que Sten le contaba. Fresker, Carl Larsson, *Midvinterblot*, todo lo oía de pasada. Hizo caso omiso de la tortícolis que amenazaba con aparecer. Se limitó a observar y a asimilar. Era impresionante que Sten lograra subir la escalera, hablar y mirar al mismo tiempo, pero seguro que lo tenía ensayado. Ella no dejaba de tropezar.

Cuando se le pasó el impacto de la primera impresión, empezó a hacerse las preguntas habituales. Quería describir y analizar la primera escultura con la que se encontraron en la planta de arriba. Después la siguiente. A veces en silencio, para sus adentros, otras veces en voz alta, como en Hammarnäs. Un cuadro de un cortejo fúnebre. Y otra escultura. «¿Nos hemos saltado alguna?»

—Majja —dijo al final Sten mirando el reloj—. Creo que es mejor que esta vez dejemos la parte de los estudios. Y que nos dediquemos a observar.

Habían llegado a otra entrada, y Sten señaló el cristal de la puerta. Majja miró a través de él y se dio cuenta de que el museo tenía más salas. Entendió qué era lo que quería decir. ¿Les daría tiempo siquiera de echarle un ojo a todo?

Alcanzaron a recorrer la colección entera solo percibiendo el aroma, sin llegar a saborear nada. Después de dos salas, Majja adoptó el mismo ritmo que Sten, se permitió dejar a un lado todas las preguntas y todas las asociaciones que le surgían. Era maravilloso y estresante a la vez. Puesto que, en el fondo, sabía que volvería. Había tiempo.

No se decían gran cosa el uno al otro, se limitaban a asentir y a señalar compenetrados. Pero, delante de uno de los cuadros, Sten se detuvo un poco más. Representaba a un hombre de piel negra con plumas en la cabeza. Sostenía una pieza de ajedrez con una sonrisa ingeniosa en los labios. Parecía que dijera: «Desafíame si te atreves, igual hago trampas».

—Badin —dijo Sten, y sonrió.

—¿Era un artista conocido?

—Lo pintó Gustaf Lundberg, pero representa a Badin. Llegó aquí procedente de las Indias Orientales cuando era un niño, y la reina Luisa Ulrica se hizo cargo de él.

—¿Por qué? ¿La gustaba?

—Se dice «le», Majja, no «la» —contestó Sten. En lugar de responder a la pregunta, dijo con la voz impregnada de cariño—: Tú eres mi Badin.

Lo dijo calladamente, poniéndole con suavidad una mano en el hombro. En cuanto pronunció aquellas palabras, se apartó del cuadro y siguió adelante. Majja se quedó allí, confundida. No sabía qué sentir ni qué pensar. ¿Qué había querido decir? Leyó el letrero que había junto al cuadro y le pareció como si le hubieran dado un puñetazo en la cara: el muchacho era un esclavo, y *Badin* significaba «payaso» o «broma» en francés. ¿Acaso era una broma para él, una mascota graciosa, algo exótico dentro de la elegancia de su mundo, igual que las muñecas chinas que movían la cabeza o las esculturas africanas de madera? Pero el letrero también decía que Badin era el favorito de la reina, que tuteaba a la realeza y que era como uno más de la familia. Pensó en que Inger y Gunnar siempre se dirigían a Sten llamándolo «señor» o «usted», mientras que ella podía llamarlo Sten o tutearlo. Una esclava, una broma, la favorita... ¿Qué sería ella?

Empezó a pensar en su padre. ¿Quién o qué era ella para él? ¿Sería algo más que un elemento molesto en sus borracheras? No estaba segura. Pero ¿pensaría que era ridícula? No, su padre estaba orgulloso de ella, eso lo sabía, pese a que siempre había un destello de decepción en sus ojos cuando se marchaba a Hammarnäs. Y su padre nunca le preguntaba a qué se dedicaba allí. Había dejado de contárselo hacía mucho tiempo.

Por primera vez en su vida, cambió el sentido de la pregunta. ¿Qué era su padre, y Peter, ya que estamos, para ella? Su familia, eso eran. Pero, en honor a la verdad, sabía que el tiempo que pasaba en la granja era, cada vez más, una larga pausa mientras esperaba la próxima visita a Hammarnäs. Allí se sentía viva. La granja, su padre y Peter eran su casa. Pero en Hammarnäs, con Sten y Lilly, era donde se sentía en casa. Ni más ni menos.

A pesar de que ese día, en el que había estado en Estocolmo, había conducido un coche de lujo y había comido dulces hasta casi vomitar antes de perderse en un lugar como el Museo Nacional, era el más importante que había vivido hasta el momento, sabía que nunca podría compartirlo con su familia.

32

«Tienen que bajar las temperaturas, tiene que llover», pensó Karin mientras observaba los terrenos de la residencia. El césped de los jardines estaba reseco, ni al gobernador civil le estaba permitido regar en un momento de crisis como ese. El suelo crujía bajo sus pies cuando fue a buscar cobijo a la sombra de los árboles. Allí, la hierba estaba más alta, y pensó con rabia que debería haberse puesto la vacuna para la encefalitis transmitida por garrapatas.

Sospechaba que Majja Skog llegaría tarde, así que se quitó la chaqueta y se desabrochó el pantalón discretamente. Dichosa barriga. ¿No podía la menopausia acabar con la hinchazón de todos los meses? Qué va, ahora, en lugar de dolores menstruales, tenía sofocos, escalofríos, momentos de desánimo y problemas para dormir. La barriga seguía como un globo. «Estupendo, mil gracias.»

Los mosquitos se acercaban a sus brazos desnudos como atraídos por un imán. ¿Por qué tenía que picarle todo en cuanto hacía calor en el campo? Era como si el verano no pudiera evitar molestar y provocar. El polvo del camino le irritaba la nariz, el sudor seco se le pegaba a la espalda, la hierba que le llegaba por la rodilla le cosquilleaba las piernas, y los mosquitos, los tábanos y las moscas no dejaban de incordiar en ningún momento. Garrapatas, mosquitos y hierba reseca: un resumen del campo en pocas palabras. Estaba lejos de su bañera y de su aire acondicionado.

Un movimiento en la ventana, detrás de las cortinas. No tenía ninguna gana de ponerse a charlar, así que se hundió más en la sombra y en la alta hierba. No podía olvidarse de revisar que no tuviera ninguna garrapata en el cuerpo después de la reunión. En realidad, ¿qué estaba haciendo allí? Lo único de lo que podía informar era de que seguramente habían encontrado el arma homicida, que un testigo había oído un sonido de motor y que habían robado un estuche. Cuando le preguntó a Axel Cronhielm, parecía sorprendido, pero le contó que fue un regalo de boda para Sten y Lilly.

Miró el móvil por enésima vez por si le había entrado algún mensaje de los técnicos sobre el rifle. Pero lo único que vio fue un mensaje de Nora diciéndole que había sacado la máxima nota en el examen del curso de verano de Periodismo, seguido de doscientos emoticonos distintos. Iba a responderle con un mensaje breve, pero al final la llamó.

—¡Felicidades, Nora!

—Gracias.

—No pareces muy contenta.

—Sí, sí, estoy contenta, pero... Un momento. —Se oyó un ruido y después volvió a hablar susurrando—: Acabo de hacer el ridículo, mamá. Qué patético.

—¿Qué ha pasado?

—Es que, a ver, no encontraba la bayeta del fregadero. Otra vez. Y les he dicho algo un poco enfadada a los del pasillo. O, bueno, muy enfadada. Entonces, el que se acaba de mudar ha dicho que la había metido en el lavavajillas cuando lo puso.

—Vale...

—Ya, pero ¡¿hola?! ¿No te enteras, mamá? Que no solo es que pusiera el lavavajillas, ¡sino que metió la bayeta para que quedara limpia!

—Impresionante —dijo Karin—. Y no será también guapo y simpático, ¿verdad?

—Puede, pero eso ahora no tiene nada que ver, solo quería contarte lo patético que ha sido. ¿Tú cómo vas por allí? Me he enterado de que fuiste a desayunar con papá.

—Sí, el otro día nos reunimos para desayunar —dijo, y se dio cuenta de cómo sonaba aquello.

—¿Que os reunisteis para desayunar? Como si ahora fuerais colegas de trabajo, ¿es que papá se ha hecho policía?

—Ya, ¿te imaginas? —dijo riéndose, pero Nora se quedó callada.

Al cabo de un momento, se oyó un largo suspiro al otro lado de la línea.

—No vais a volver a vivir juntos, ¿no?

Vaya. Karin se dio cuenta de que Magnus no era el único que tenía la esperanza de que hubiera un rencuentro. A pesar de que se había ido de la casa, de que se había comprado un piso y de que había pasado un año entero desde que se divorciaron, era evidente que sus

hijos aún albergaban esperanzas. Eso tenía que acabarse. Respiró hondo.

—No, Nora. Pero siempre nos vamos a querer a nuestra manera, sobre todo porque fuimos nosotros los que os trajimos al mundo a Filip y a ti, y sois lo mejor que tenemos.

Karin pensó que era una afirmación sincera y trascendente, pero Nora replicó enseguida con otra pregunta.

—¿Os habrías separado antes si no existiéramos nosotros? ¿Aguantasteis juntos solo por Filip y por mí?

Esa pregunta era más difícil.

—No, esto es algo entre papá y yo, no tiene nada que ver con vosotros.

Decidió no responder explícitamente. Pues claro que habían aguantado juntos tanto tiempo por los niños, pero esa era la mentira piadosa más importante de su vida.

—Ayer estuve hablando con la abuela —prosiguió Nora, como si la respuesta de Karin fuera de esperar y no tuviera ninguna importancia.

Sintió una oleada de culpa, llevaba bastante tiempo sin hablar con sus padres. Pero qué bien que sus hijos mantuvieran el contacto por sí solos. Ya se habían hecho mayores.

—Qué suerte que la abuela tenga al abuelo para que la cuide —continuó Nora. Karin sabía adónde quería ir a parar—. Se tienen el uno al otro.

—Ya, desde luego —dijo—. ¿Cómo está la abuela?, ¿tenía un día bueno?

—Muy bien. El abuelo la había llevado a dar una vuelta en coche y fueron a comprar bollos a la pastelería. Juntos.

Se oyeron unas voces de fondo y Karin sintió un alivio inmenso cuando su hija tuvo que cortar la llamada.

—Mamá, tengo que irme —dijo, y empezó a susurrar—: El de la bayeta me ha preguntado si puedo enseñarle cómo funciona la lavadora.

—Ah, pues eres la persona más indicada. Pásalo bien, Nora. Y dale recuerdos a Bayeta.

La despedida fue alegre y desenfadada, y Karin se quedó tranquila, porque le había parecido que Nora estaba muy triste durante la llamada. Notó que le había afectado lo que su hija le había

dicho acerca de envejecer. Juntos. Curiosamente, no se le había ocurrido antes que iba a envejecer sola. Pero ¿era solo triste? ¿No tenía también una parte buena?

Vio que alguien pasaba corriendo a lo lejos y se preguntó cómo se le podía ocurrir a nadie salir a correr con ese calor. Aunque, claro, las ideas fluían de maravilla cuando corría... Le habría sentado muy bien ahora que parecía que todo se le estaba viniendo encima: una investigación atascada, una madre demente y la sombra de una vejez en soledad.

No era capaz de recordar bien lo que le había dicho el fisioterapeuta, pero aun así hizo varios intentos torpes de repetir los ejercicios de estiramiento. ¿Cómo se hacía el dragón? Se apoyó sobre una pierna, estiró los brazos, inclinó el cuerpo noventa grados y después estiró la otra pierna hacia atrás, como una patinadora sobre hielo. Agitó un poco las manos mientras iba contando. «Dentro de nada se me habrá curado la rodilla, dentro de nada, y no voy a volver a lastimármela nunca.» Trató de imaginar que había salido a correr con Nora y Filip en un día fresco de otoño...

—¡Buenas! Hola...

Replegó las alas rápidamente y se puso derecha. Pero demasiado deprisa: la rodilla le crujió y siguió un calambre de dolor que le subió por el muslo. Un hombre que debía de ser el gobernador civil la saludaba desde la escalera de entrada.

Karin Klinga notó que le ardían las mejillas, pero se rio para sus adentros por lo cómico de la situación. ¿Qué pensaría la correctísima Karin de Estocolmo de que estuviera sin chaqueta, con el pantalón desabrochado y agachada delante de un gobernador civil? ¿Y qué pensaba la Karin del campo?

Le devolvió el saludo, se dio la vuelta rápido para abrocharse los pantalones y se puso la chaqueta de camino a la casa. Se abanicó con la blusa en un intento inútil de reducir el rubor.

El hombre era exactamente lo que Karin esperaba de un gobernador civil: vestido de traje y algo hinchado, pero con el porte orgulloso y una sonrisa afable en los labios. Mientras se acercaba a la escalera, se dio cuenta de que era más importante el hecho de ir a informar que la información en sí. Se lo imaginaba perfectamente: cómo hablaban de la muerte de Sten Hammar durante las cenas. Seguro que le parecía lamentable, o sencillamente incorrecto, que él,

el gobernador civil de la zona, y conocido de la víctima, no estuviera más al corriente de lo sucedido. Karin conocía bien a la gente así, y sabía cómo debía tratarlo. Quería sentirse único y especial, y ella solo tenía que arrojarle un *juicybone*, algo de información secreta a la que hincarle el diente, algo que le hiciera sentir como el reyezuelo que era. Después, el gobernador daría por despachada la gestión y a la propia Karin.

—Hola, bienvenida, me estaba preguntando dónde se habría metido.

—Hola —dijo estrechándole la mano—, estaba esperando a una... colega.

—Ya veo. Entonces, habrá que avisar de que somos tres.

Pues claro que debería haber informado de que serían más, pero le costaba bastante tomarse en serio todo aquello del gobernador civil. Y el hombre, tan educado, no parecía albergar ningún tipo de resentimiento. Al contrario, se lo veía más que satisfecho. «Encantado, de hecho —pensó Karin sorprendida—, casi fascinado...» Siguió su mirada y se dio cuenta de que la había fijado en algún punto detrás de ella. Se volvió para ver qué era lo que le había llamado la atención.

Lo primero que pensó fue que llegaba la joven esposa del gobernador civil. Una mujer joven caminaba impasible desde su Jaguar con una melena ondulada, tacones altos y un traje de color champán. Cuando comprendió de quién se trababa, se le escapó sin querer una risita nerviosa. Pero el hombre que tenía a su lado no se dio cuenta, estaba como hechizado por la criatura que subía la escalera con paso indolente.

—Les pido mil disculpas por el retraso. ¿Molesta el coche ahí aparcado?

Al oír la voz grave de la mujer y aquel acento de Östermalm como arrastrado y ronco, Karin entornó los ojos para ver bien. ¿De verdad era...?

—Majja Skog. Subastas Wallius.

Le tendió una mano al gobernador civil.

—Encantado —dijo él sin soltársela.

«Y que lo digas», pensó Karin.

—Creía que iba a recibir a dos agentes de policía —dijo el gobernador, y las invitó a pasar al vestíbulo.

—Wallius nos está prestando una ayuda impa... —empezó a decir

Karin con tono profesional.

—Ya. Es que estamos ayudando a la señora inspectora —risitas— con la posible conexión entre el abominable crimen —meneo de cabeza— y... el mundo del arte. —Esto último lo susurró llevándose la mano a los labios.

—Parece interesantísimo, cuénteme más, por favor —pidió el gobernador. La maravillosa tasadora había captado toda su atención —. Permítanme que me asegure de que el té está listo. ¿O prefieren café?

—No, gracias, el café solo me acelera el corazón —dijo Majja, y llevó la mano en dirección al pecho.

Cuando el hombre entró y se quedaron solas en el vestíbulo, Karin hizo un aspaviento con una expresión de asombro.

—¿Cómo...? —fue lo único que acertó a decir.

—¿El coche, dices? Es de Sten Hammar. Le he pedido a Gunnar que me lo preste.

Karin asintió, seguro que Majja Skog lo había llevado antes, parecía comodísima cuando se apeó de él delante del gobernador civil.

—¿Y la ropa? ¿El pelo?

Sin pensar si aquello sería aceptable, Karin le pasó los dedos por la tela, de una calidad excelente, y después por el pelo, que, evidentemente, era una peluca, aunque no se notaba. También se había maquillado a la perfección.

—¿Qué? —preguntó Majja con una expresión insondable.

Karin se quedó cortada.

—Eres increíble —se limitó a decir.

Majja se encogió de hombros y se recolocó la peluca.

—No sé qué te traes entre manos —dijo Karin—, pero...

—Deja que yo me encargue de él.

Karin se quedó boquiabierta al oír lo arrogante de su tono, pero la seducía la idea de que otra persona dirigiera la conversación por una vez. Aquella visita era una pérdida de tiempo, y detestaba ese tipo de reuniones. Pero ¿debía o, más bien, podía ceder el control en realidad?

Antes de que le diera tiempo a protestar, Majja Skog continuó despreocupada:

—¿Alguna novedad sobre el estuche? ¿Lo habéis encontrado?

—¿Por qué? —preguntó Karin.

—Por la tasación. Si aparece, hay que añadirlo.

Karin se rindió, decidió dejarse arrollar tranquilamente por Majja Skog.

—No, no lo hemos encontrado. Según Axel Cronhielm, el estuche fue un regalo de bodas. Le pregunté qué fechas había grabadas, pero dijo que ya estaban ahí cuando lo compró.

—No —se apresuró a replicar Majja con la mirada afilada como un dardo—. No había ninguna fecha grabada cuando él lo compró.

—Vaya —dijo Karin, y suspiró—. ¿Estás completamente segura?

Le respondió con la misma mirada, sobraban las palabras.

—De acuerdo, tendremos que investigarlo más a fondo —añadió Karin, y cogió el teléfono mientras se oían los pasos del gobernador civil acercándose desde el interior—. Vuelvo enseguida.

Salió otra vez a la escalera y marcó el número.

—Axel Cronhielm.

—Hola, soy Karin Klinga —dijo, e hizo caso omiso del suspiro que acababa de oír—. La última vez que hablamos dijo usted que el estuche que falta ya estaba grabado cuando lo compró. Pero nos hemos enterado de que no es así, estaba sin grabar. De modo que usted o Sten Hammar lo mandaron grabar después.

Un breve silencio. Luego, Axel respiró hondo.

—¡Aaah, sí! Es cierto. Como era un regalo de bodas para Sten y mi hermana, encargué que le grabaran la fecha de la boda.

Por supuesto. Muy normal. Regalas un objeto de plata y le grabas la fecha. Nada raro. Pero ¿por qué tanto enredo? Además, ¿no sonaba Axel Cronhielm un poco nervioso?

—¿Cómo es posible que se le olvidara una cosa así, si era un regalo especial para su hermana y su cuñado?

Un silencio.

—Bueno, será la edad. No es que la memoria mejore con los años, precisamente.

Karin se arrepintió de haber llamado. Debería haberse guardado las preguntas para cuando pudiera verle la cara, ver cómo reaccionaba. Ya no le quedaba más que darle las gracias por la información y colgar.

Siguió el sonido de las voces y encontró a Majja Skog con el gobernador civil en un salón con varios tresillos. Al lado de uno de ellos habían puesto la mesa, pero en lugar de tomar té y pasteles,

Majja estaba de pie, sosteniendo un cuenco de plata del revés y examinando los sellos que tenía, con el gobernador civil muy pegado a su espalda.

—¿Es un pie de gato?

—Sí, creo que lo ha pisado algún minino.

—¿Y eso qué es?

—No se ve bien...

—Hay que acercarse mucho...

Karin, que tenía la impresión de haber irrumpido en una escena de cama, carraspeó ligeramente.

—¡Inspectora! —dijo Majja con alegría, y el gobernador soltó un resoplido.

Le dio el cuenco al hombre inmediatamente y se acercó a Karin.

—¿Has averiguado algo más? —le preguntó en voz baja con su acento habitual.

—Sí, ahora se ha acordado de que encargó que le grabaran la fecha de la boda.

—¿Solo una fecha?

—Sí.

—Pues eso no encaja, había dos fechas —dijo Majja, y añadió—: Y, sí, estoy completamente segura.

Karin respiró hondo y se paró a pensar un momento. Cronhielm y sus enredos. Asintió a Majja.

—Muy bien. Entonces tendré que volver a preguntarle a Axel si recuerda a qué empresa de grabado le...

—No hace falta. Comprueba Grabados Estocolmo —respondió Majja sin pestañear—. En aquella época no había muchos grabadores en la capital, y ellos son los que mejor reputación tienen. —Después se dio la vuelta y apuntó con el dedo al gobernador civil—. Vaya, vaya, no vale hacer trampas, ¡deje el libro de sellos!

Karin se quedó allí, llena de asombro y con una sola pregunta en la cabeza: ¿cómo era posible que Majja Skog fingiera tan bien?

33

2004

Majja miró el reloj. Soltó un taco al ver que otra vez iba a llegar tarde a Hammarnäs. Le vino un eructo y le trajo a la memoria los experimentos que había hecho con Peter y su pandilla la noche anterior con el licor casero y las especias del vino caliente. Las sienes le palpitaban con tal fuerza que tuvo que acercarse al espejo de la entrada para asegurarse de que no se le notaba. Por un momento, sopesó si debía desistir por primera vez y llamar para decir que estaba enferma. Y es que lo estaba, por culpa de los recuerdos de la noche anterior. Tobbe restregándole su sexo palpitante delante del servicio, la lengua que le pasó por la mejilla, los susurros al oído. Era asqueroso, absolutamente repulsivo. Y, aun así, lo que más le dolió fue la cara que puso Peter cuando apareció de repente y a Tobbe le dio tiempo a soltar que controlara a su hermana, que a ver si dejaba de restregarse con sus colegas. Los ojos de Peter irradiaban decepción mezclada con asco y una triste confirmación. Incluso le pareció verlo asentir, como si acabara de corroborar lo que siempre había sabido: su hermana era una guarra. Como todas las mujeres.

Los recuerdos alimentaron su necesidad de alejarse, de la granja y de tanto imbécil. Si había un día en el que le hacía falta la evasión de la realidad que le ofrecía Hammarnäs, ese día era hoy. Se recogió el pelo, se quitó todos los piercings y se los guardó en el bolsillo. Después echó mano del abrigo y de las bailarinas y se fue de la casa dando un portazo. Se arrepintió enseguida de haber provocado tanto ruido, miró a su alrededor, pero no vio a Peter en ningún punto del paisaje nevado. Se marcharía de allí sin que nadie se enterara.

El frío se le clavaba en la nariz y en los dedos, y se dio cuenta de que acababa de perder el autobús. No podía pedirle a Peter las llaves del coche, pero su padre tenía una copia en el armarito que había en el granero. Seguro que todavía estaba inconsciente y no se daría

cuenta de nada. Se dirigió allí.

—Hola, Majja. Has venido justo a tiempo. Mira lo que he encontrado.

«Vaya mierda», pensó ella. Su padre estaba sentado, con la mirada limpia y la espalda recta.

—Cartas náuticas antiguas, un montonazo, llevan muchísimo tiempo en ese baúl. Ven que te enseñe... —dijo dando unas palmaditas a su lado en la piel de oveja del sofá.

«Pues claro», pensó Majja. ¿Por qué tenía que mudar de piel aquel cerdo borracho y convertirse en un padre entrañable justo el día que tenía tanta prisa? Debía de haberse quedado dormido en una postura extraña, tenía todo el pelo sucio apuntando hacia un mismo lado. Llevaba puestas las gafas y la miraba esperanzado.

—Quería preguntarte si podía coger el coche, voy tarde a...

—... a Hammarnäs, ya —dijo, y una película le empañó la claridad de los ojos. Aun así, asintió—. No pasa nada, Majja, no pasa nada. Aprende todo lo que puedas.

—Gracias, papá —dijo ella.

Sintió que se le agarrotaban las piernas y no supo si iba a ser capaz de darle un beso en la mejilla sin que le pareciera raro. Al final le sonrió y se acercó al armarito de las llaves.

—Hasta luego.

—Ve con cuidado.

Cuando Majja cerró la puerta del granero, le costaba respirar, no sabía si era por la expresión de su padre, porque iba tarde o por el frío que hacía. Cuando el corpachón de Peter apareció delante de ella, casi se le corta la respiración por completo.

—Otra vez te estás escaqueando —soltó él en voz baja.

—No me estoy escaqueando —respondió ella, y tragó saliva—. Es domingo...

—Te estás escaqueando de todo lo que hay que hacer, Majja, ¡como siempre! ¡Lo único que te importa son tus libros y todos esos chismes! —Dio un resoplido—. Y restregarte con mis amigos.

Majja le hizo una peineta.

—¡Eso es mentira! Fue Tobbe, que...

—¡Que te calles! Si siempre te ha gustado.

—¡Cuando era pequeña! Tobbe es un cerdo de mierda, un asqueroso que...

—Bueno, es que igual eso es lo que te gusta, ¿no, Majja? ¿Cómo sé a qué te dedicas en realidad en ese sitio? Igual el viejo ese es tu *sugar daddy*. Mírate cómo vas, como una señorita de bien, con la blusa y los zapatos en la mano. ¿Tanto te pone ese mundo que estás dispuesta a hacer cualquier cosa por...?

Cuando le estampó la mano en la cara, sonó tan fuerte como el portazo que había dado hacía un momento. Unos segundos después, esquivó la respuesta de Peter. Al dar un paso hacia ella, resbaló y cayó de espaldas en la nieve. Las lágrimas le enturbiaron la imagen de su hermano allí tendido.

—¡Claro que sí, Peter! —le gritó—. ¡Hago cualquier cosa con tal de librarme de esto! ¡Papá, tú y tus putas vacas estáis todos igual de tontos!

Peter consiguió ponerse de pie en el suelo empapado y resbaladizo mientras ella corría hacia el coche. Majja oyó que le gritaba.

—Puede que no seamos tan listos como tú, pero ¿mis vacas, Majja? ¿Mías? Son *nuestras*, y son lo que te está costeando la vida, ¿no te enteras?

—¡Esto no es mi vida! —gritó antes de cerrar el coche de un portazo y marcharse.

Majja estaba sentada con el libro sobre títulos nobiliarios y la enciclopedia delante, y suspiró. *Barón*. Otra palabra que no conocía. La buscó.

> **Barón:** Último título nobiliario, por debajo de conde, y se antepone por rango a toda la nobleza sin título. Se introdujo en la coronación de Enrique XIV, en 1561. Los barones tienen derecho al título de ilustrísimo...

Ilustrísimo, ¿de verdad había gente en el mundo que quería que los llamaran ilustrísimos? Pero qué disparate. Apartó el libro que Axel Cronhielm le regaló el día en que la etiqueta y los buenos modales se convirtieron en los temas favoritos de Sten. Le echó un vistazo al montón de tarjetas de Navidad de su mentor. Después de haber examinado las direcciones, los títulos profesionales y los apodos, se preguntó qué era lo que estaba haciendo. Aquello iba de lo mismo que todo lo demás, de la diferencia entre la gente fina y la gente pobre, del aspecto físico, de cómo hablaban y cómo se comportaban.

De pequeña, había aprendido de su padre cuál era la diferencia entre un motor Otto y uno Wankel. De Sten había aprendido palabras como *feldespato* y *cloisonné*. Todo le parecía interesante y entretenido. Pero ¿de qué le servía saber distinguir entre un barón y un conde? Recorrió la estancia con la mirada. Todos aquellos objetos esperando a contar sus historias y ella allí, mirando títulos de gente ridícula.

Recogió las tarjetas de Navidad, se levantó y volvió a dejarlas sobre la tapa del piano. Había que colocarlas ordenadas según el rango, con la foto firmada de la princesa Lilian en primer lugar. Pero no había manera. El paño de ganchillo que cubría el piano era una base irregular. Si se caía una tarjeta, detrás iban todas las demás. Alisó el paño, volvió a intentarlo, pero le tembló el pulso y tuvo que volver a empezar. Del mismo modo que hacía un par de horas le había dado un bofetón a Peter en la cara, tiró al suelo todas las felicitaciones de un manotazo. Respiró hondo mientras contemplaba el mar de halagos, alardes y peloteo. Códigos secretos que solo conocían los iniciados y los bien nacidos.

Y, dentro de poco, ella. Pero ¿con qué propósito?

Volvió a respirar con normalidad, pero tenía los pies como pegados a la alfombra persa. Las bailarinas, unos zapatos estúpidos a más no poder que eran demasiado anchos por los lados y estrechísimos en la punta. Lo que más le costaba cambiarse cuando estaba con Sten eran las botas. La primera vez que se puso las bailarinas le resultó difícil andar con normalidad. Lo que le salía era caminar de puntillas con cuidado, como si anduviera sobre un cristal. Puta Cenicienta.

Para empezar, ¿por qué había que llevar zapatos dentro de la casa? *Zapatos de interior*, vaya expresión más absurda. Liberó un pie dando una patada, pero solo uno. Bajó la mirada: un pie desnudo, libre y salvaje, y uno encerrado y castigado. Las dos manifestaciones de su persona. Majja Skog, la de las dos caras, la que conocía tanto el proceso de fabricación del champán como el del licor casero, ¿cuándo la crearon? Al principio, su transformación externa solo era necesaria en las ansiadas excursiones para ver museos, galerías, casas de subasta y conservadores. Creía que Sten se avergonzaba de ella, que no podía aparecer con alguien así. Pero no tardó en pedirle que vistiera y se comportara igual también cuando se encontraba en Hammarnäs.

¿Y ella por qué aceptaba todo aquello? No era precisamente una

blandengue, solo tenía que negarse y marcharse de allí. Pero sabía por qué. No quería marcharse de allí. La transformación le garantizaba su sitio en aquel entorno, le daba la posibilidad de aprender más y tener acceso a más piezas.

Y había más. Era su escapatoria. Su billete para librarse de la granja y de aquello que Peter había dicho que era su vida. Recordó su cara de tristeza y asco, su forma de mirarla como la puta que tal vez sí que fuera. Sí, una puta. Porque en el fondo sabía que, a pesar de que era virgen, sería capaz de aceptar cualquier cosa como una yonqui para conseguir su droga: las piezas de arte.

Recolocó los largos flecos del paño. Encima había fotografías enmarcadas de Sten Hammar cuando era joven. Era curioso que una sola persona pudiera infundirle tanto respeto y cariño al mismo tiempo. Al ver su cara, quería sonreír y sentirse orgullosa a la vez. Le insuflaba una alegría muy profunda, pero esta siempre iba a acompañada del miedo a decepcionarlo. Había aprendido a moverse alrededor de su padre como un perro escuálido sin amo, siempre a la caza de cualquier señal de afecto. Con Sten, en cambio, buscaba señales de orgullo y confirmación. Sten nunca le había dado un abrazo o la había dejado sentarse muy cerca de él en el sofá, pero, si compartía de una forma tan generosa sus conocimientos, algo de cariño y afecto debía de haber, ¿no? ¿Y no la miraba a veces con un interés evidente? Pensó en el hijo que él y Lilly habían perdido. Si hubiera vivido, ¿le habrían dedicado a ella tanta atención? ¿Habría podido estar allí siquiera? ¿Habría dedicado Sten tanta energía a forjar su personalidad, a cambiar su forma de comportarse, vestirse y hablar, si la viera solo como una alumna? Era algo más que una discípula, ¿verdad?

Un crujido en el parqué del pasillo la volvió a poner en movimiento. El pie desnudo localizó rápidamente su zapato y Majja se agachó a por las tarjetas que había esparcidas por el suelo.

Se abrió la puerta.

—Déjalas. Inger es toda una profesional, no sé cómo consigue que se mantengan en pie.

Majja se puso derecha con un suspiro.

—Ella es más buena que yo.

—Se dice «mejor que yo».

Majja asintió con los ojos cerrados. Cuando volvió a abrirlos y lo

miró, le costó descifrar la expresión de su rostro. Era evidente que estaba llena de expectación, pero también se apreciaba un punto melancólico. La palabra *amor* le pasó fugazmente por la cabeza. En ese instante supo que era cierto. La miraba con amor. Y notó las mismas palpitaciones que acababa de sentir junto al piano.

—Hoy es un día importante, Majja.

Intentó agudizar los sentidos, escuchar lo que decía y no cómo lo decía. Un día importante, ¿por qué? ¿Sería su cumpleaños? ¿O, claro, el segundo día de Adviento? ¿Iba a darle una lección sobre historia de las religiones?

—Este es el último.

Majja dio un respingo. ¿Estaba hablando de lo que creía que estaba hablando?

—El último estuche —dijo Sten solemne—. También es el más valioso. Si hubiera un incendio, este sería el estuche que intentaría salvar.

Majja notaba que las piernas querían salir corriendo hacia la sala secreta, pero no hizo falta que se moviera. Tranquilamente, como el que saca unas llaves del bolsillo de la chaqueta, él le tendió un objeto que la dejó sin respiración.

—*La manzana del conocimiento*, de Carl Fabergé.

Dios santo. Apenas podía apartar la mirada, pero levantó la vista hacia Sten para asegurarse de que no era una prueba, de que el estuche era auténtico. A Sten le brillaban los ojos.

—Está empezando a pesar, Majja. ¿Lo vas a coger o no?

Contuvo la respiración y tensó todos los músculos, como si le fuera a dar un lingote de oro de cien kilos. Cuando lo tuvo en la mano, lo notó frío y caliente al mismo tiempo. A diferencia de las demás piezas de Fabergé, con esmalte, cristal de roca, perlas y piedras preciosas, ese estuche estaba hecho solo de oro. Oro rojo. Y, aun así, era cualquier cosa menos sencillo. Tenía un aspecto extraordinariamente natural gracias a las hendiduras, los agujeros de gusano y las hojas llenas de finas vetas. Era imposible apreciar a simple vista que la manzana en realidad era un estuche.

—*La manzana del conocimiento* —dijo Sten—, un nombre muy apropiado, ¿verdad?

Majja lo miró con curiosidad esperando una aclaración.

—Después de este estuche, el último de mi colección, estarás

preparada, Majja.

—¿Preparada para qué?

—Para el examen —dijo mientras sacaba de otro bolsillo una invitación escrita de su puño y letra.

Majja no quería soltar la manzana, así que se inclinó para leer.

—Una cena... ¿Aquí, en Hammarnäs?

Sten Hammar daba fiestas de cuando en cuando, pero nunca la había invitado, de modo que ¿qué tenía que ver con ella?

—Sigue leyendo.

—Copa de bienvenida con visita guiada a la colección de arte de Hammarnäs —leyó Majja en voz alta.

Sten levantó un dedo como advirtiéndole.

—Mis amigos son preguntones. Te van a pedir que les hables de todo lo que hay entre estas paredes. Espero que sepas informar sobre cualquier cosa que te señalen. Pero tienes tiempo de sobra. Todavía faltan dos meses.

Dos meses. Se quedó allí con la manzana en la palma de la mano, como el orbe en la palma de un rey. Claro que se había aprendido los objetos de memoria, lo sabía todo sobre los autores, las técnicas y el pasado de cada pieza. Pero nunca había compartido su conocimiento con nadie más que con Sten. Jamás. Habría preferido escribir una redacción que aquellos desconocidos pudieran leer y criticar. Ahora iba a ser ella, con su cuerpo y su voz, la que transmitiera el conocimiento, y por fin comprendió por qué la habían adiestrado tanto sobre cómo comportarse.

Sten debió de leerle el pensamiento, porque dijo:

—Como comprenderás, esto también es un examen de modales y etiqueta. Piensa en el lenguaje, en cómo te conduces, e interpreta bien tu papel; estoy seguro de que va a salir estupendamente. Nunca se aprende tanto como cuando tienes que entusiasmar a los demás. El conocimiento no debemos reservarlo para nosotros mismos, hay que compartirlo. ¿Aceptas el desafío?

Le habían estado imponiendo tareas y retos desde que le alcanzaba la memoria, era la primera vez que le permitían decidir si quería participar o no. Pero ¿por qué iba a decir que no? A fin de cuentas, su lema era que nadie se acuerda de un miedica.

A pesar de todo, lo del examen le sugería algo que la desanimaba. Parecía muy concluyente, no en vano, los exámenes siempre

implicaban un final. Sten debió de notar cómo se sentía, porque ladeó la cabeza un poco y le habló con voz dulce:

—¿Cómo van los estudios? ¿Sigues haciendo el itinerario doble?

—Sí. Historia del Arte e Historia.

—¿Y todas las asignaturas son a distancia?

Majja resopló para sus adentros, pues claro que eran a distancia. ¿Cómo se le ocurría pensar que pudieran permitirse la residencia de estudiantes o los billetes de tren?

—Sí —dijo—. A distancia. Ya me queda poco.

—¿Y qué piensas hacer después?

De repente, le pareció que la manzana pesaba más, notó la palma de la mano húmeda. No esperaba esa pregunta. En su casa no se la hacían nunca, allí daban por sentado que ella había aceptado que la necesitaban en la granja. Nunca se le había ocurrido que hubiera otra opción. Aunque algo había estado pensando por su cuenta, en secreto.

—Pues ¿ayudarte con todo esto?

—¿Con todo esto? —dijo él enarcando las cejas—. Con lo que yo sé hay de sobra.

—Pero podría encargarme de la parte práctica, con los conservadores y...

—Para eso tengo a Gunnar.

—Pero él no conoce las piezas.

—No le hace falta.

—Pero...

—¡Que no! Majja, está claro que no lo has entendido.

—¿Disculpa? —preguntó al tiempo que se daba cuenta ella sola de que había dicho «¿disculpa?» en lugar de «¿qué?».

—Tienes un conocimiento excepcional de las piezas. Tienes una capacidad única de análisis. Es como si la información se te quedara con la misma facilidad y rapidez con las que se adhiere el velcro. ¡No debes desperdiciar tu talento! Ya te lo he dicho, el conocimiento hay que compartirlo, no dejarlo encerrado aquí, en Hammarnäs.

—¿Compartirlo con quién?

—Con la gente más maravillosa que te puedas imaginar. La gente que se dedica a comprar y a vender en Subastas Wallius, por ejemplo. Tus conocimientos son un billete para cualquier palacio o salón. Los codician los clientes más importantes de Wallius, los más distinguidos...

—¡Me importa una mierda la gente!

Majja se dio cuenta de lo que había dicho y se asustó al ver que el pensamiento se había transformado en sonido. Se quedó mirando a Sten Hammar. Él le devolvió la mirada.

—Perdón —se apresuró a decir antes de tener que oírlo a él expresando su decepción—. Quiero currar, o sea, trabajar, con cosas. Los objetos son lo más importante. ¡Lo único que importa! No quiero estar con esa gente tan fina de Wallius. —Hizo un aspaviento—. ¡En el Museo Nacional, puede! Allí seguramente esté la mejor colección de toda Suecia.

—Se ha estancado —dijo Sten—. Escaparates cerrados y llenos de polvo con objetos que no se renuevan nunca. Que no puedes tocar y apreciar. Y la gente que visita los museos no es... Lo que quiero decir es que el mundo está lleno de piezas y antigüedades cuyos secretos puedes descubrir. Y sus dueños son personas importantes que...

—¡Gente, no! ¡Objetos! —Ya no podía frenarse—. ¿Dónde hay más objetos?, ¿dónde están los mejores, Sten?

—Subastas Wallius. —La respuesta fue instantánea.

Majja asintió despacio mientras miraba al vacío.

—Subastas Wallius —repitió—. Pues allí quiero ir yo.

Sten la miró un buen rato antes de esbozar una sonrisa enorme. Por primera vez, le acarició la mejilla.

—Entonces vamos a asegurarnos de que sea allí donde vayas.

Majja se quedó en la habitación cuando Sten se marchó. Estaba digiriendo lo que le había dicho. Y lo que había hecho. Se llevó la mano a la mejilla que le había acariciado, como si quisiera atrapar la calidez.

Después se estremeció. Un examen. ¡Dios, lo iba a hacer de puta madre! Sten iba a estar orgullosísimo. Nunca llegaría a arrepentirse de haberla aceptado. Se lo estudiaría todo. Una y otra vez. ¡Se aprendería de memoria el ridículo libro de los títulos nobiliarios si era preciso!

Dos meses. Había muchas cosas en juego, y ya empezó a sentir que la invadía el nerviosismo. Seguro que se le descomponía la barriga varias veces. Pero daba igual. El cariño que Sten acababa de demostrarle era la prueba de que iba a salir bien, siempre que se esforzara al máximo.

Bajó la mano y asintió: «Vale. Vamos allá».

34

Después de la visita al gobernador civil, Majja pudo suspirar aliviada mientras salía de Hammarnäs por la alameda. Ni Gunnar ni Inger la habían visto pasar del Jaguar de Sten a su coche, así que nadie había descubierto su atuendo. También sintió alivio por volver a estar en su máquina italiana, con todas sus comodidades y ese pedazo de motor. Había pasado calor conduciendo el Jaguar, y notó que el motor iba lento. Y le había despertado recuerdos que no quería confrontar. A pesar de todos aquellos años, el olor del Jaguar seguía siendo el mismo, y pudo ver ante sí a Sten levantándose del asiento: «Bueno, bueno». Le parecía que podía sentir la tensión y la expectación de las que se había impregnado el coche después tantas excursiones. Se preguntó qué le habría parecido a él el suyo, seguro que habría dicho que era un cochazo y habría meneado la cabeza al verlo tan ostentoso y tan de mal gusto. Pero, aun así, probablemente se habría quedado impresionado por la calidad; al fin y al cabo, no dejaba de ser un objeto, un tipo de obra de arte, aunque no fuera antiguo. Si había alguien que supiera apreciar la calidad dondequiera que se encontrara, ese era Sten.

Ya al final de la alameda, se tomó la libertad de quitarse los tacones, acomodarse en el asiento, ponerse las gafas de sol y acelerar el último tramo hasta la carretera nacional. Sonrió al notar que el monstruo reaccionaba enseguida a sus órdenes. Dios, cuánto le gustaba aquello, la sensación de control, de libertad, de evasión y de poder dejar atrás toda la mierda más deprisa que nadie.

Pero, a pesar de la poca satisfacción que le dio conducirlo, el Jaguar había sido una herramienta extraordinaria y parte de su disfraz. La evidente fascinación del gobernador civil por su fachada le había facilitado el trabajo. Con unos halagos y algo de flirteo, Majja logró llevar la misión a buen puerto. Al igual que con el Lamborghini, era capaz de controlar a los hombres así con manipulaciones apenas perceptibles, y conseguir que se deshicieran de cualquier cuadro o

antigüedad. Resultaba patético de tan sencillo y previsible. Pero muy complicado al mismo tiempo. Porque lo detestaba. Se había prometido no volver a jugar a ese juego. Había mantenido su promesa con alguna excepción, solo la había roto cuando era absolutamente necesario y estaba segura de que le iba a dar resultado. Wallius se había convertido en una parte de ella y, además de la cueva de libros, era el lugar más importante de su vida. Por eso merecía la pena protegerlo y, si podía evitar que estuvieran en números rojos disfrazándose durante unas horas, se disfrazaba.

Pese a que era muy fácil controlar a los hombres jugando con la feminidad y la sexualidad, a menudo le parecían peligrosos. Le vino a la cabeza el recuerdo de Tobbe. No quería pensar en él, intentó apartar la imagen de su rostro cansado y seguro de sí mismo, pero la farsa que acababa de representar le recordó la poca distancia que había entre el juego y la oscuridad a la que dicho juego podía conducir. Cuanto más se sumía en sus pensamientos, más levantaba el pie del acelerador. Al final, el coche empezó a arrastrarse a la velocidad lenta de un Jaguar. Y cuando vio la figura que iba caminando por el arcén, pensó que los ojos le estaban jugando una mala pasada, que sus pensamientos la habían llevado a ver a la persona que le había provocado tanta desdicha. ¿De verdad era él? Pues sí, ese andar amplio y cadencioso, el sexo que se bamboleaba a cada paso y aquellos hombros, que levantaba como un lobo. Era él.

Majja podría haberse agachado, haber pasado de largo y permitir que él ganara una vez más. Haber seguido fingiendo que no malgastaba energía pensando en un cerdo como él. Seguir callando y seguir sufriendo como siempre.

Pero algo había cambiado en ella.

Se acercó por detrás. Tobbe aún no la había visto, Majja avanzaba despacio para que el motor del coche no la delatara. Lento, muy lento, lo alcanzó. Seguro que iba sumido en sus pensamientos, porque solo cuando Majja apareció en su campo de visión se sobresaltó. Y ahí estaba, la mirada abrumadora, fascinada y seductora de un hombre al observar a una mujer atractiva y desconocida.

Ya casi lo tenía.

Y cuando detuvo el coche, bajó la ventanilla del asiento del copiloto y se inclinó hacia delante sonriendo con las gafas de sol y la ondulante peluca, pensó que podría untar a aquel hombre en una

rebanada de pan. Tobbe pestañeó, como si le costara creer que fuera a tener tanta suerte. Como si pensara que aquello era en realidad un espejismo.

Para no arriesgarse a que él saliera del trance, Majja alargó la mano, lo llamó con el dedo índice para que se acercara al coche. En la sonrisa de Tobbe se adivinaba un rastro de felicidad, como la de un león cuyo cuidador le estuviera enseñando un hueso ensangrentado. Sus pies obedecieron inseguros la orden del dedo índice hasta que llegó a la ventanilla abierta.

—Hola, ¿quieres subir? ¿Y nos los pasamos bien un ratito? —dijo Majja con acento de Östermalm.

Tobbe tragó saliva de tal modo que su garganta llena de cicatrices se movió, antes de asentir ansiosamente. Primero manoseó con torpeza el picaporte y luego consiguió abrir la puerta. Se acomodó en el asiento del copiloto como con devoción. Majja imaginó que ya debía de estar empalmado, pero los holgados pantalones Adidas que llevaba no le permitían confirmarlo.

Impresionado, recorrió con la mirada el panel de mandos, la palanca de cambios, el volante y su rostro. En ese momento, Majja se quitó las gafas de sol y la peluca y esperó a que su cerebro se pusiera al día. En cuanto ató cabos, a Tobbe se le escapó un grito de sorpresa, un alarido de asombro que le recordó a cómo grita la gente cuando se baña en un agujero en el hielo.

—¡Joder! ¡¿Eres…?! ¿Qué cojones…? ¿Cómo…?

Las palabras incoherentes y casi guturales que trataba de articular interrumpían su respiración acelerada. Majja se llevó a los labios el dedo con el que lo había llamado y lo mandó callar.

—Tranquilo, Tobbe, tranquilo —dijo poniéndole la mano en el muslo—. Tienes que tranquilizarte. Porque ha llegado el momento.

La sonrisa de él se ensanchó aún más cuando fue recorriéndole el muslo con la mano y la subió hasta la entrepierna. Dio un respingo y tensó el cuerpo con un jadeo.

En ese preciso momento, Majja bloqueó las puertas. Pisó a fondo el acelerador y las ruedas levantaron la grava del arcén. Tobbe soltó un gemido cuando salió disparado hacia atrás e, instintivamente, echó mano de la agarradera de la puerta.

—Pero ¿qué haces…?

No le dio tiempo a decir nada más, los sollozos ahogaron sus

palabras. En una curva cerrada, la cogió del brazo desesperado.

—No, no, no se toca, Tobbe —le advirtió mientras aceleraba aún más—. No debes distraer a la conductora a velocidades así, sabes perfectamente lo que puede pasar, ¿verdad? Quedaríamos hechos papilla si chocáramos contra algo, como, por ejemplo, la pared de roca de ahí adelante.

Tobbe clavó los ojos desorbitados justo en la pared de roca. Que se acercaba. Cada vez más rápido. Lo invadió el pánico y soltó un grito justo antes de que Majja la esquivara derrapando.

—¡Para, Majja! ¡Para, por Dios, que nos vamos a...! —gritaba con todas sus fuerzas.

Majja hizo como que perdía el control. Dejó que el volante girase de un lado a otro y Tobbe soltó un alarido agónico.

—¡Jodeeer, paraaaaa...!

Aprovechó una recta para aumentar la velocidad aún más al tiempo que le hablaba tranquilamente.

—Mírame, Tobbe, ¿a cuántas más has acosado igual que a mí? ¿A cuántas niñas? ¿A cuántas mujeres? ¿Sigues haciéndolo? Tienes que parar. No es bueno para nadie. Pero ¿igual las ganas te pueden? Si es así, tiene fácil remedio. Podemos acabar con las ganas de una vez por todas. ¿Qué te parece? —Soltó una mano del volante y volvió a cogerle la entrepierna. Apretó con fuerza, sin piedad—. ¿Cómo lo hacemos?

Él empezó a golpearle la mano, pero la recta se acabó, volvieron las curvas y Tobbe comenzó a bambolearse de un lado a otro.

—¡Paraaaaa!

—Pídemelo con educación. Di «por favor». Se dice «Para, por favor», Tobbe.

—Para..., ¡por favor! ¡Por favor, para!

Majja puso fin a aquella carrera infernal pegando un frenazo. Las marcas negras de los neumáticos quedaron impresas en la carretera. Tobbe, que iba sin cinturón, salió disparado hacia delante y se dio con los brazos y la frente en el salpicadero. Majja desbloqueó las puertas, Tobbe salió del coche dando tumbos y acabó en el arcén a cuatro patas. Empezó a vomitar hasta que no le quedó nada en el estómago y, cuando levantó la vista, estaba de un blanco cadavérico.

—Tobbe —le dijo Majja sin moverse del asiento del copiloto—, a partir de ahora, compórtate como es debido, y no digas una palabra a

nadie sobre nuestra carrera.

Después cerró la puerta, cambió de marcha y abandonó el arcén a toda velocidad, con la grava crepitando bajo los neumáticos. No miró por el retrovisor.

35

Karin Klinga cerró la puerta del despacho de Lennart y se apoyó en la pared del pasillo para tomar aliento. Acababa de informar a su jefe temporal de que el gobernador civil había recibido su visita y había quedado satisfecho, cosa que Lennart celebró con el mismo alivio y la misma alegría que si hubiera resuelto el asesinato.

Decir que el gobernador civil estaba satisfecho era quedarse corto. Después de fingir que tenía un asunto policial urgente, lo último que Karin vio fue a Majja Skog inclinada sobre una cómoda acariciando el tablero de piedra mientras decía: «Qué mármol verde tan maravilloso...». Si los objetos que estaba consiguiendo para la casa de subastas eran realmente propiedad privada o no era otra cuestión, de la que Karin no podía preocuparse en ese momento.

El gobernador civil estaba satisfecho, Lennart también, y Ricky probablemente ya hubiera nacido satisfecho, aparte de falto de voluntad. Y por lo que respectaba al resto del cuerpo de policía, parecía que actuaban según el lema de «si el jefe está contento, nosotros también».

¿Era ella la única a la que le importaba el caso? ¿La única que se frustraba cada vez más? ¡Si no tenían nada! Dio un cabezazo contra la pared y soltó un suspiro. Tal vez hubiera llegado el momento de llamar a Kulan, no para pedirle ayuda necesariamente, sino para tener un compañero con el que comentar las cosas, alguien que pensara como ella. Si no, también podía llamar a su padre, que, al fin y al cabo, era técnico criminalista...

Cuando le sonó el teléfono, casi llegó a desear que fuera él, pero resultó ser lo opuesto a un compañero con el que tratar los detalles del caso.

—Hola, Berggren —dijo cansada.

—Debes de estar muerta de curiosidad, ¿no, Klinga?

—¿Estás en el grabador?

—Vaya que sí. Qué de copas, trofeos y bártulos.

—¿Han encontrado algo?

—Desde luego, aquí tienen los encargos en papel. Registran hasta lo más insignificante. ¿Sabes que en la década de 1980 un cliente quiso que le grabaran el nombre en el cepillo de dientes para que su mujer dejara de equivocarse? Hasta eso tienen en el registro. Y un revólver impresionante que me encantaría...

—¡Berggren! Céntrate.

—Pues sí que estamos quisquillosos hoy.

—Doy por sentado que les has puesto la cabeza como un bombo a todos los que trabajan ahí, pero ¿has averiguado algo sobre el estuche?

—Ya te digo, quisquillosa... Pero sí. Axel Cronhielm dejó el estuche para que lo grabaran, y las fechas que encargó fueron el 21/8/1958 y el 17/6/1968.

—Vale, bien... —dijo Karin mientras se dirigía a su mesa para anotarlas.

—Pero ya podría haberlo averiguado la supuesta experta.

—Se llama Majja, y ese no es su...

—Sí, claro, por supuesto, se os ve muy coleguitas. Bueno, el caso es que el técnico de sonido ha llamado. Ha conseguido una base de datos de sonidos actualizada y ha preguntado si querríamos volver a probar con el granjero.

Karin suspiró.

—Vale, sí, venga, por qué no. Vuelve a contactar con el hombre.

—Puedo hablar con él esta tarde, iba a acercarme para que me dejara el remolque.

—¿Por qué...? Mira, da igual.

Colgó sin preguntar si era adecuado que un testigo le prestara sus cosas a un agente de policía. Le parecía que era ponerse demasiado tiquismiquis, teniendo en cuenta las más que cuestionables excursiones que había hecho ella con Majja Skog. Además, se había dado cuenta de que en el campo todo el mundo ayudaba a todo el mundo, así era como sobrevivían.

Se quedó en su silla con la mirada fija en la mesa. ¿Por qué había enredado Axel tanto con el tema de los grabados? Y Majja tenía razón: había dos fechas. Pero ¿qué significarían?

Karin abrió la carpeta de Sten Hammar que tenía en el ordenador. Una debía de ser la fecha de la boda. Fue bajando. Pues

no, el 17 de junio era la víspera de la celebración, se casaron el 18. ¿Era posible que hubiera cometido tal error? Y el 21 de agosto de 1958, ¿sería esa la fecha del compromiso? No, en aquella época la gente no pasaba tanto tiempo prometida. ¿O sí? ¿Qué estaba haciendo Sten Hammar en 1958? Siguió buscando, pasó unas cuantas páginas y no tardó en encontrar el 21 de agosto de 1958. Fue su primer día en la Facultad de Económicas de Estocolmo.

Cerró el documento y abrió el de Axel Cronhielm. Al cabo de varios minutos bajando, aparecieron la misma fecha y el mismo suceso.

Karin se reclinó en la silla. De modo que Sten y Axel empezaron en la Facultad de Económicas el mismo día. Y Axel decidió grabar esa fecha en el estuche que le regaló a Sten. ¿Por qué era un secreto? Dio un respingo cuando lo comprendió.

Volvió a abrir la carpeta de Sten y fue pasando las fotos que había hacia el final: una cámara acorazada llena de obras de arte subidas de tono.

—Señor Axel Cronhielm, se lo vuelvo a preguntar, ¿tenían Sten Hammar y usted una relación?

Llevaban un buen rato con el interrogatorio en la comisaría de Östhammar. El sujeto no estaba habituado a un espacio tan aséptico, desgastado y reducido. Nada de café, solo un vaso de agua. Axel Cronhielm no dejaba de sudar, de pestañear y de tragar saliva. Karin era consciente de que ya casi lo tenía. Aun así, el interrogado hizo un último intento, sin mucha convicción.

—En mi vida he oído semejante insolencia...

—¿Tengo que recordarle que esto es un interrogatorio? Sabemos que compró usted el estuche. Sabemos que encargó que le grabaran la fecha del día que Sten y usted se conocieron, así como la fecha del último día de soltero de Sten. ¿Fue usted quien robó el estuche? Entró en Hammarnäs al día siguiente del asesinato, hizo caso omiso del precinto policial, usted mismo lo ha reconocido. De modo que ¿fue usted el que...?

—¡Sí! Sí, fui yo. Yo robé el estuche.

—O sea, que conocía la sala secreta, ¿no?

Axel asintió.

—Pues claro. Si había sido nuestro oasis, nuestro...

—¿... lugar para los encuentros prohibidos? —añadió Karin.

—Teníamos una relación. Bueno, relación..., eso suena... Éramos compañeros de vida.

La cara le cambió de color al pronunciar aquellas palabras, pero mantuvo la misma postura estoica.

—Y cuando Sten Hammar se enamoró de su hermana...

—¡No! Eso no fue lo que pasó. Yo fui quien lo propuso. Lilly ya era una persona inestable antes de que perdieran a su hijo. Siempre lo ha sido. No habría podido tener un matrimonio de verdad nunca. Y Sten, bueno, pues quería mantener la fachada, tener una coartada imbatible de que no era...

—¿Homosexual?

Axel volvió a asentir y prosiguió:

—Inocente de mí, pensé que podríamos continuar con nuestra relación, pero cuando se aproximaba la fecha de la ceremonia, Sten me informó de que lo que teníamos acabaría el día de la boda. Y en nuestra última noche juntos...

Lo interrumpió un sollozo, y Karin retomó la palabra.

—La víspera de la boda, en su última noche juntos, le dejó el estuche como regalo de despedida.

—Sí. Gracias a Dios, no fue la última. Sten buscó consuelo en mí al cabo de unos años, después de la muerte de su hijo, y desde entonces yo estuve a su lado. El estuche se convirtió en un símbolo de nuestro amor.

—Un estuche que luego recuperó usted.

Él levantó la cabeza con los ojos negros y brillantes como dos lagos.

—¡Pues sí! Me llevé el estuche porque no podía soportar la idea de que otra persona lo tuviera, ni siquiera mi hermana, ¡porque lo va a heredar todo! Pese a que fui yo el que...

—¿Por eso le pidió a Sten Hammar que la incapacitara judicialmente? ¿Porque así usted, como hermano y tutor suyo, podría asumir la responsabilidad del patrimonio en caso de que Sten falleciera?

—¡No! Eso es lo más repugn... ¡No! Usted ha visto a mi hermana. Necesita atención profesional.

—¿Y de eso no se está ocupando Inger? ¿No sería que soñaba

usted con quitar a Lilly de en medio y poder vivir en Hammarnäs con Sten como una pareja?

Karin había visto muchas veces en los testigos interrogados la expresión que ahora tenía Axel Cronhielm. Una mirada llena de sorpresa e incluso de admiración al comprobar que alguien había sabido desentrañar el acertijo, mezclada con un destello de horror por saberse descubiertos. Empezaba con las cejas enarcadas y los ojos muy abiertos, a veces un amago de sonrisa y, después, durante una milésima de segundo, el rostro se ensombrecía.

—Es posible —dijo él con rebeldía—. Pero eso no es ilegal. Más bien humano. Nunca dejamos de querernos, ¿sabe? Nunca.

—Pero, aun así, Sten Hammar no quiso dejar desamparada a su mujer, su hermana. Eso lo llenó de angustia y desesperación: usted, el amante, que llevaba toda la vida esperando a tenerlo solo para sí y, cuando surgió la oportunidad, Sten se negó y dio prioridad al bienestar de Lilly. Eso debió de enfurecerlo y sacarlo de quicio.

Mientras hablaba, el interrogado no dejaba de menear la cabeza con labios temblorosos. Cerró los ojos y murmuró algo ininteligible.

Al final, Karin dio un golpe sobre la mesa.

—¡Axel Cronhielm! ¿Asesinó usted a Sten Hammar?

—¡No! —gritó él—. ¡Yo no lo maté! Lo juro...

Gracias a la misma experiencia que le había permitido reconocer su reacción cuando lo descubrió, Karin comprendió decepcionada que ahora estaba diciendo la verdad.

Axel Cronhielm no era el asesino.

36

Cuando Majja salió del hangar, de nuevo protegida bajo su negra coraza, enfiló el sendero que atravesaba el bosque. Le resultaba más fácil caminar con las botas, mucho más fácil que con los tacones. Sentía como si el trayecto en coche con Tobbe le hubiera quitado de los hombros años de peso. Pese a que era poco probable que hubiera conseguido disuadirlo de tratar mal a las mujeres, en cierto modo había logrado resarcirse. Por el momento. Notó un cosquilleo en la boca del estómago. No podía creer que hubiera mantenido la cabeza fría y no hubiera perdido el control, ¡el mero hecho de haberse atrevido! Había estado a punto de marearse al pensar en los gritos y las súplicas de Tobbe, pero el aroma acre que desprendían las agujas secas de pino bajo sus pies era como un reconstituyente de sales aromáticas.

Dios santo, ya no quería saber nada de aquel lugar. Anhelaba más que nunca regresar a la vida de siempre, a los libros de su cueva. Ya solo le quedaba recoger las cosas de su casa, en la granja —bueno, no, las cosas de la granja a secas, pues no era su casa—, después podría marcharse de allí y dejarlo todo atrás para siempre.

Le parecía extraordinario que todos aquellos árboles, montañas, piedras y senderos siguieran allí, completamente impasibles ante todas las desventuras humanas que ocurrían a su alrededor. A ellos les daba igual que Majja no volviera a verlos nunca más. Qué pena que la gente no pudiera ser así de estoica. Habría sido mucho más sencillo si dejar de nuevo la granja y despedirse de Peter, si es que se encontraba en casa, no tuviera importancia. Pero abandonar algo era una elección que uno debía asumir, y que tenía consecuencias: tanto para la persona que se marchaba como para la que se quedaba. Puede que Peter no quisiera mostrarlo, pero Majja sabía que no era como uno de los pinos indiferentes que tenía a su lado. Su hermana significaba algo para él, es posible que más de lo que a ella le habría gustado.

Al llegar a la explanada, se detuvo a escuchar. No percibía ni

ruido ni movimiento. Las ventanas estaban oscuras. Seguramente no estuviera en casa. Majja intentó averiguar si lo que sentía era alivio o decepción, pero su cuerpo no le dio ninguna respuesta. Tal vez si le dejaba una nota... Aunque, ¿qué iba a decirle? ¿«Adiós otra vez. Que tengas una buena vida, hermano»?

Cuando entró en el granero, aún no había decidido si iba a escribirle una carta, si lo llamaría más tarde o si se marcharía directamente sin decir nada. Pero daba igual qué decisión fuera a tomar, porque no estaba sola. Por un segundo creyó ver a su padre en el sofá de las cogorzas, con la cabeza apoyada en la mesa. Incluso el olor era el mismo, el penetrante aroma a licor casero, más fuerte a medida que se acercaba. Había algo más, algo nauseabundo. Por el suelo, junto al sofá, se veían charcos de vómito, que había salpicado las zapatillas blancas y azules, y el pantalón de Peter. Majja se inclinó para comprobar si dormía, igual que había hecho con su padre a lo largo de toda su infancia, y se dio cuenta de que tenía la cara en medio de otro charco de vómito que había en la mesa. Al oír un ronquido, lo agarró por el pelo y le levantó la cabeza. Peter abrió los ojos enrojecidos.

—Majja...

—Pedazo de borracho, aquí no puedes estar.

Después de ayudarle a sentarse, fue en busca de papel higiénico y un vaso de agua. Limpió la mesa y el suelo, dudó un momento, y después también le limpió la cara.

—Menuda pinta asquerosa tienes.

Él le apartó la mano como si fuera un mosquito pesado, agarró el vaso y se lo bebió de un trago. Soltó un hipido.

—¿Te crees que no lo sé? —dijo con una lucidez sorprendente.

—No quería decir...

—Ya —dijo haciendo un aspaviento—. Tengo una pinta asquerosa.

—Y qué más dará.

Peter levantó el tono de voz.

—¡Claro que da! Mira.

Se apartó los labios todavía llenos de vómito y le enseñó los dientes. La mitad estaban amarillos del *snus* y la otra mitad blanquísimos, como los de los famosos, parecían casi de plástico. Que Majja no lo hubiera visto hasta ahora... Pero aquello era una prueba

de que no le había sonreído desde que había vuelto. Mejor, porque la boca tenía un aspecto absurdo. Lo miró extrañada.

—¡No quería tener la boca como papá! ¡Ninguna mujer quiere a un hombre que tenga la boca como papá!

—Pero ¿qué ha pasado?

Peter se rio. Solo con la boca, no con los ojos.

—Primero me dijeron que dejara de utilizar *snus*, así que empecé a fumar. Intenté dejarlo todo, pero entonces engordé. —Hizo una mueca—. ¿Y quién quiere a un gordo con los dientes renegridos?

Dio un puñetazo en la mesa, pero debió de darse cuenta de que Majja se había sobresaltado, porque bajó el tono de voz enseguida.

—Empezaron a arreglármelos, pero era demasiado caro. Todo es muy caro, Majja. A saber cuánto debo.

—Bueno, tienes las vacas —dijo Majja, pero se arrepintió de inmediato al ver que se le ensombrecía la cara.

—No por mucho tiempo. Con la sequía que tenemos, dentro de poco no quedará nada de forraje. Y entonces, se acabó —dijo Peter.

Majja se sentía como una idiota.

—Y ni siquiera puedo permitirme el transporte para llevarlas a sacrificar. ¡Joder! —Volvió a golpear la mesa con el puño, pero esta vez Majja le puso la mano encima.

Peter agachó la cabeza y le apoyó la frente sudorosa en el dorso. Se estremeció, una vez, otra. Sollozaba calladamente. Majja dejó en el aire la otra mano, a escasos centímetros de su espalda. Quería darle una palmadita, pero fue incapaz. La mano no quería bajar.

Lo cogió por los brazos.

—Venga —dijo—, hay que meterte en la cama.

—¿Por qué? —preguntó él entre hipidos—. Puedo matarme bebiendo aquí. Como papá.

Aquellas palabras la sacudieron por dentro, pero aun así esbozó una sonrisa.

—No, Peter, el sofá de las cogorzas es para borrachos de primera clase, y tú eres de clase turista. Venga, puto aborto.

—Puta cría —replicó él, dejándose guiar.

Casi podía caminar por sí solo, pero fue apoyándose en ella. Cuando subía el camino hasta la casa tambaleándose, Majja se sorprendió de lo mucho que pesaba. Después de décadas matándose a trabajar en la granja, estaba delgado, pero era robusto y musculoso.

Lo único que revelaba su edad era el redondel que tenía en el centro, como un embarazo temprano. Majja se dio cuenta de que el único contacto corporal que habían tenido mientras crecían había sido el de las peleas. Porque nunca se habían abrazado con tanto afecto, ¿verdad? Pero no le resultaba embarazoso ni desagradable, pese a que su hermano apestaba y estaba echando todo su peso sobre ella. Se preguntó si él estaría pensando lo mismo.

Cuando llegaron al dormitorio, Peter se soltó y cayó de bruces en la cama. Le dedicó una sonrisa de borracho con la cara vuelta hacia un lado y los ojos cerrados, seguro que apenas tardaría unos segundos en quedarse dormido. Majja le vio el pantalón sucio, empezó a quitárselo y arrastró los calzoncillos de manera que le dejó al aire medio trasero. Sin pensarlo, silbó por el hueco que tenía entre las paletas.

—Puta cría —murmuró él, casi dormido, antes de que ella lo dejara en la cama y volviera al granero.

Nunca antes se había sentido sola allí dentro. Con todos los objetos que no dejaban de parlotearle en la cabeza, discutiendo sobre cuál de ellos le contaría primero sus historias y sus secretos, siempre le resultó imposible sentirse sola en aquel lugar. Pero ahora sí. Era como si el aire estuviera impregnado de su padre y de su hermano, con lo que su ausencia se volvía tan evidente que no sabía si quedarse o salir corriendo.

Cuando le sonó el teléfono, sintió como si la hubieran rescatado.

—Majja.

—Hola, soy Karin. ¿Tienes un minuto?

—Sí.

—Voy a enviarte una foto dentro de un momento, me gustaría que la examinaras con detenimiento y me dijeras si es el estuche que robaron.

—¿Lo habéis encontrado?

—Lo han devuelto, sí.

«Que lo han devuelto. O sea...» Majja se quedó pensando un momento y de pronto lo vio claro.

—Fue Axel quien lo robó, ¿a que sí?

—No puedo decirlo.

—¿A qué correspondían las fechas?, ¿te lo ha dicho?

—Es un asunto de índole privada, no puedo decirte más. Majja, mira la foto para que...

«De índole privada.» En ese momento, Majja lo entendió.

—¿Eran amantes?

—Te voy a enviar la foto ya, llámame cuando la hayas visto.

Karin Klinga colgó, y Majja se quedó con el teléfono en la mano y la mirada perdida. Axel y Sten eran amantes, ahora le parecía evidente. Y también una traición. Que Sten Hammar, su mentor, tuviera una colección de arte homoerótico fue algo inesperado, pero que hubiera escogido como amante a una persona tan desagradable como Axel Cronhielm le revolvía el estómago. Ahora entendía por qué Sten rara vez se ponía de su parte cuando Axel bromeaba con ella de aquella forma tan mordaz.

Ciertamente, nadie elige de quién se va a enamorar, pensó conciliadora, pero no dejaba de darle vueltas a todo. Querer a un hijo de puta era una cosa, pero Sten se había aprovechado de Lilly y le había sido infiel con su hermano. Seguramente, se había casado con ella para poder vivir como un hombre hetero «normal» y le había negado a Lilly un matrimonio cimentado en un amor de verdad. Tal vez la hubiera escogido a ella para poder estar cerca de Axel. La idea le ensombreció el corazón. Hasta ahora, estar en Hammarnäs no solo le había traído los recuerdos negativos, sino también los buenos. Y la oscura imagen que había tenido de su maestro cuando se marchó de la finca había empezado a matizarse. Pero ahora le parecía como si alguien en su interior le dijera: «Sten Hammar: el que nace traidor, muere traidor. Y tú lo sabías».

La notificación del mensaje de Karin resonó muy alto, y Majja se sobresaltó. Miró el móvil y, aún absorta en sus pensamientos, le envió enseguida la confirmación a la inspectora: ese era el estuche robado.

Ya podía añadirlo al inventario de la testamentaría y dejar el asunto zanjado. Misión cumplida, de una vez por todas. De repente, le entró prisa, quería irse de allí. Empezó a recoger sus cosas rápido, pero el olor a vómito de la esquina de las borracheras la estaba frenando. Había que limpiar mejor el suelo y la mesa. Habían caído gotas de vómito sobre el registro, y pensó si debería arrancar la primera página. O tirar el libro entero. Al fin y al cabo, el único que se preocupaba de llevarlo era su padre.

Cogió la página manchada resuelta a arrancarla, pero se detuvo. Había algo raro.

«Fecha, artículo, importe.» Examinó las fechas de la primera

columna y se quedó pasmada. Todas eran anteriores a su marcha. Antes de que abandonara la granja y a su familia, Hammarnäs y a Sten Hammar. Antes de romper con su antiguo yo. Después dejaron de escribir. Todas las ventas cesaron cuando ella se marchó.

Pero no solo se sobresaltó al ver las fechas. Hojeó rápidamente el registro. Vio que las páginas estaban llenas de principio a fin de una caligrafía que no eran los garabatos de su padre.

Era una caligrafía que reconoció enseguida.

Cuando Majja entró en Subastas Wallius, aquello bullía de actividad. Había piezas, cajas de cartón, materiales para embalar y cuadros por todas partes. Detrás de un juego de vajilla asomaba una cabeza. Lotta, la chica de la limpieza. Parecía que ahora la habían ascendido para esclavizarla en Consigna. Desembalar, contar y marcar. Pedir a los intendentes una tasación e informar al cliente. Escribir los textos del catálogo. Lotta parecía resignada. Varios intendentes desfilaron por delante de su mesa apremiando el paso mientras ella intentaba llamar su atención.

—Disculpa, ¿alguien podría mirar esto...?

—No tengo tiempo. Reunión. Hola, Majja.

—Disculpa, ¿podrías...?

—Luego. Hola, Majja.

Majja saludó a sus colegas, que parecían ir todos en la misma dirección, y después se acercó a Lotta. A la joven se le iluminó la cara al ver que alguien quería examinar las piezas, pero al mismo tiempo se la veía dudosa.

—¿Son los platos? —preguntó Majja.

—Sí —respondió Lotta sacando el resguardo.

—China. Dinastía Qianlong, entre ochocientas y mil coronas la pieza —dijo Majja.

—Lo sé —respondió—. Pero ¿qué digo?

—Decorados con colores *famillerose*, montañas cubiertas de nubes y pagodas en un paisaje fluvial...

—No, ¿qué le digo al cliente?

Lotta le enseñó un plato perfectamente dividido casi por la mitad. En la caja que estaba desembalando había más.

—No sigas —dijo Majja—. Estarán todos rotos.

—¡¿Todos?!

—El dueño los ha apilado en horizontal en lugar de en vertical. Un solo bache basta para que se agrieten todos.

No era la primera vez que Majja veía algo así, y en cada ocasión se había maravillado de que la porcelana china del siglo XVIII hubiera conseguido sobrevivir a los mares tormentosos y a las accidentadas carreteras de las Indias Orientales, pero no a los métodos de embalaje del siglo XXI y al transporte en coche sobre una superficie lisa de asfalto.

—Con lo bien que los había embalado el cliente... ¿Qué le digo cuando lo llame?

—Que es imbécil. ¿Has visto a Charlotte?

La joven suspiró y dejó los fragmentos en la caja.

—Estará en la reunión con los demás.

Majja se dirigió a la sala de reuniones, pero se detuvo en la puerta, que estaba entornada, y miró por la rendija. Se irritó al ver que había llegado en medio de una reunión, cuando ella solo quería hablar un momento con su jefa.

Como siempre, no había sillas para todos, algunos estaban apoyados contra la pared, peligrosamente cerca de dos relieves de Barbro Bäckström y un cuadro con un tormentoso paisaje marino. Oyó que la reunión ya había empezado.

—Además, hoy ha llegado una carga con piezas barrocas de un vendedor danés —dijo Charlotte.

—*Warning, warning* —añadió Claes.

—Vamos a dejar a un lado los prejuicios.

—Pues claro que sí —dijo Kurt pasándose la mano por la calva—. Claes tiene razón, para variar. No hay nada que les guste más a los daneses que tomarnos el pelo a los suecos. Así que, por favor, revisa hasta el más mínimo detalle de la madera. Examina cada tornillo.

—En el Barroco no usaban tornillos —susurró Claes.

—Está feo corregir.

Charlotte levantó la mano.

—Vale, vale, podéis encargaros de eso. Pero os agradeceré que tratéis de evitar reclamaciones y compradores descontentos.

Majja entró con la cabeza agachada, y Charlotte la saludó con una sonrisa rápida mientras seguía hablando:

—De modo que mañana recogen el catálogo para llevarlo a imprenta, y creo que nunca hemos tenido una subasta tan floja, pero

también debe haberlas, incluso en Wallius. No tenemos nada de lo que avergonzarnos, de ninguna manera. —Charlotte le dio un montón de papeles a la persona que estaba más cerca—. Ve pasándolo, por favor. Aquí tenéis todas las fechas importantes; desde el montaje de la exposición, la presentación a la prensa y la copa hasta el café con los comerciantes, la subasta y, finalmente, el desmontaje. Apuntadlo en el calendario...

Majja dejó delante de Charlotte el resguardo que llevaba y salió en silencio.

—... y mirad con vuestro jefe inmediato cuándo vais a estar de servicio. —Charlotte había seguido con las instrucciones, pero se detuvo de repente—. Pero ¿qué c...? ¿Una cómoda de Haupt? ¿Un Liljefors? ¿Qué gobernador civil...? ¡Majja!

La alegría de Charlotte era evidente, pero Majja no podía permitirse disfrutar de haber salvado el catálogo de la casa de subastas. Ahora tenía que concentrarse en lo que de verdad la había llevado al Krokan, y no quería que la molestaran.

Se dirigió a la planta baja. Seguro que en la conserjería podría estar sola, siempre almorzaban pronto. Y, además, en ese lugar estaba protegida de todos aquellos que no se encontraban a gusto entre herramientas, tornillos, escaleras, focos, listones rotos de cuadros, cables, pelusas y felpudos sucios. Por no hablar de la colección de carteles subidos de tono que tenían los conserjes y que Majja imaginaba que los jefes desconocían.

Por otro lado, seguro que sus ordenadores tenían acceso al sistema de subastas con la base de datos principal, porque ahí era donde programaban las recogidas y las entregas, organizaban la localización del mobiliario y de los cuadros de las subastas, y comprobaban las medidas y los precios de salida. Encendió el ordenador con un botón renegrido a causa de la suciedad, al igual que el teclado, y apartó una taza de café apestosa llena de *snus* a un lado, y al otro un jarrón del periodo Kangxi valorado en cincuenta mil coronas.

Sacó el móvil y buscó las fotos que había hecho del registro del granero. Acto seguido abrió la base de datos de las subastas. Al cabo de veinte minutos consultando distintas descripciones y vendedores, encontró lo que buscaba y se estremeció.

El ruido que se oyó a continuación podría haber sido su corazón

haciéndose añicos, pero junto a los pies de Majja había trozos de porcelana blanca de hacía trescientos años, que parecían huesos rotos.

Majja Skog ya no era virgen.

37

2005

Había empezado a caer la noche y el frío invernal le escocía en las mejillas, las manos y los muslos. Aun así, Majja se detuvo un momento delante del imponente edificio de Hammarnäs. Qué distinto lo veía y le parecía ahora. Era su última visita antes de la mudanza a Estocolmo, y la casa estaba adornada para la fiesta. Los invitados llegarían unas horas más tarde, pero en el interior ya había muchísima actividad. A través de las ventanas proyectaban su luz en la explanada cubierta de nieve más lámparas encendidas que de costumbre. Más movimientos, más sombras.

Todo había sucedido muy deprisa. Le parecía que apenas había pasado un segundo desde que se puso en contacto con Subastas Wallius, la entrevistaron y consiguió el puesto. Y allí estaba ahora. Aunque últimamente no había tenido mucha noción del tiempo. Había pasado día y noche estudiando y ensayando, había repasado todos los objetos de Hammarnäs hasta que se los supo al dedillo. Esa noche iba a aprobar el examen de Sten.

Estaba más nerviosa ahora, antes de la presentación, de lo que lo estuvo en la entrevista en Wallius, pero lo que sentía sobre todo era expectación. Dios, iba a dejarlos con la boca abierta. Sten iba a sentirse orgullosísimo. Nadie la iba a tomar por una paleta. Le había robado dinero a su padre por primera vez, para poder comprarse unas medias más, por si las que llevaba se acababan rompiendo. Se había pasado media mañana limándose y limpiándose las uñas y recortándose los padrastros. Y el cuello de encaje ya podía picarle y rasparle todo lo que quisiera, podía hacerle heridas incluso, ella se quedaría derecha con las manos entrelazadas y, con dicción serena y bien articulada, ofrecería a los invitados lo que querían. Lo que quería Sten.

Se dio una vuelta despacio. Contempló la casa y los terrenos. Le

esperaba un cambio muy grande, pero estaba deseando poder mudarse a Estocolmo. Y desde luego que volvería a Hammarnäs de visita. Pero ya no como discípula. No sabía bien en calidad de qué.

El nerviosismo volvió a apoderarse de ella. Pensó qué podría hacer si se le descomponía la barriga esa noche, pero no tenía ninguna solución. Decidió que sencillamente aquello no iba a ocurrir y que todo iba a salir como tenía planeado. Sonrió.

—Vamos allá —dijo para sus adentros, y empezó a caminar hacia la puerta de la cocina.

Al principio nadie se fijó en ella cuando entró. La gente se movía como a cámara rápida, con movimientos bruscos seguidos de alguna que otra orden. Dos jóvenes a las que Majja no reconoció, una en la hornilla y la otra delante de una tabla de cortar, se empleaban a fondo, mientras que Inger, con las mejillas encendidas, no dejaba de corregirlas. Había ollas en el fuego y olía tanto a vainilla y a cebolla salteada que parecía que pudiera masticarse el aire.

El aire frío se coló dentro cuando Gunnar abrió la puerta y zapateó resoplando para deshacerse de la nieve.

—Ya he limpiado la entrada, ¿dónde están las antorchas...? ¡Hombre, hola, Majja!

—¡Majja! —gritó Inger dándose la vuelta—. Estabas ahí sin decir nada y no te había visto. Pero mira qué guapa estás. —Le pasó uno de los mechones rizados por detrás de la oreja—. El traje de la señora te queda muy bien. —Dio una palmadita y levantó los brazos—. ¡Felicidades, nos hemos enterado de la buena noticia!

—Subastas Wallius —dijo Gunnar—. No está nada mal.

Majja asintió, estaba avergonzada. Miró de reojo a todo el personal de cocina que habían contratado temporalmente, pero nadie levantó la vista de las ollas y de las tablas de cortar.

—Me mudo mañana.

—Qué emoción. Bueno, como ves, los invitados llegarán más tarde, así que si vas a ver a Sten puede que...

—Lo sé, me ha pedido que haga de guía.

—¡Bueno! Qué maravilla, seguro que les encanta —dijo Gunnar echando mano de un montón de antorchas que había al otro lado de la puerta.

—Faltan varias horas para que lleguen los invitados. Gunnar, deja eso ahora mismo.

—Pero puedo ir colocándolas fuera.

—Se van a mojar con la nieve y después va a costar más encenderlas.

El matrimonio siguió con sus cosas, y Majja se dio cuenta de que iba a echar de menos aquel ambiente tan acogedor.

Gunnar cogió las antorchas, le guiñó un ojo a Majja y salió a los destellos de la oscuridad. Inger suspiró meneando la cabeza antes de coger una bandeja. La preparó con golpecitos rítmicos. Era evidente que todo lo que llevaba ahora había estado allí antes, que tenía su lugar. El mantel de encaje. La sal. La pimienta. La servilleta. El frasco de las medicinas. Un platito con varios cacahuetes sin pelar.

—¿Lilly podrá estar en la cena? —preguntó Majja.

—No —respondió Inger—, hoy no tiene un buen día.

Majja lo comprendió, pero se sintió decepcionada, le habría gustado ver a Lilly para despedirse de ella.

—Quizá la próxima vez —continuó Inger—. ¡No, no, no, a eso hay que untarle mantequilla antes...!

Cuando la mujer empezó a regañar al personal, Majja aprovechó la oportunidad y se escabulló por el pasillo que conducía al gran salón. Estaba desierto, sus pasos resonaban al andar, pero dentro de unas horas estaría lleno de gente saludándose y parloteando, buscando bolsas para los zapatos, recolocándose el pelo con las manos, retirando el papel de los ramos de flores e impregnando el aire de perfume y expectación.

Antes de subir la escalera para ver a Sten, Majja se detuvo ante el espejo del vestíbulo. En la mano llevaba la mochila, y hasta ella comprendía que no combinaba con el resto de su atuendo. Era la misma mochila que había tenido siempre, desde el origen de los tiempos. A pesar de los agujeros y de la cremallera rota, nunca había querido comprarse una nueva. Los garabatos que había dibujado presa de la frustración o esperando aburrida estaban tan descoloridos y llenos de suciedad que ya no se distinguían bien. Metió la mochila al fondo del armario de la entrada. Luego sacó con cuidado el paquete y lo sostuvo como si portara las insignias reales. El lazo se había aplastado un poco, e intentó volver a ponerlo bonito con dedos sudorosos. El envoltorio no era muy impresionante, pero lo importante era el contenido, ¿no?

Se le hizo un nudo en el estómago. ¿Lo reconocería? El rizador de

cintas de almohada del primer día, el día que se conocieron. El primer objeto que él le enseñó. Llevaba mucho tiempo pensándolo, cómo podía demostrarle su aprecio por todos esos años. Su gratitud por el hecho de que ella, una cría mugrienta, pudiera haberse formado con alguien como él. A menudo se había preguntado por qué. Pero su padre nunca le respondió, y, con el tiempo, se le ocurrieron dos razones. Tenía que agradecérselo a aquel niño que murió y dejó sin descendencia a un hombre lleno de conocimiento. Y a su propia capacidad para asimilar ese conocimiento. ¿La habría mirado Sten siquiera si su hijo hubiera vivido, o si ella no hubiera tenido cabeza para aprender? ¿Si no hubiera compartido su pasión por las antigüedades?

Sea como fuere, quería demostrarle su gratitud. Pero no había sido fácil, porque ¿qué se le regala a un hombre que lo tiene todo? El regalo no solo debía ser un símbolo de su gratitud por lo que él le había dado, sino que también debía servir como consuelo ahora que ya no iría a visitarlo con tanta frecuencia. De repente, sintió una pena inmensa por Sten Hammar. Que él, que estaba rodeado de la historia del mundo entero, se encontrara tan solo... Su mujer volaba en su burbuja con las aves, y su hijo volaba por el cielo con los ángeles. Y ahora ella estaba a punto de volar a Subastas Wallius. Esperaba que no la echara demasiado de menos.

Subió la escalera y, como siempre, los objetos que la rodeaban casi empezaron a hablarle. Uno de los retratos barrocos tenía un marco nuevo, se dio cuenta y se preguntó si sería de la misma época o si era reciente. Mirara donde mirara, resonaban los recuerdos, había estudiado con él cada pieza. Los objetos y sus relatos la habían llevado a todos los rincones del mundo y a todos los periodos de la historia, le habían ayudado a huir. Los iba a echar mucho de menos. Y había uno que para ella era más importante que los demás. Le pediría que la dejara un momento a solas en la sala secreta con *La manzana del conocimiento*, la obra de arte que más le interesaba.

Majja llegó a la puerta del despacho, recolocó el lazo del regalo y repasó en voz baja lo que quería decirle. Tenía la boca sequísima. Era capaz de recitar conceptos y términos, y de formular análisis artísticos, pero los sentimientos no los había estudiado nunca. Eso tendría que arreglarlo ella sola.

Cuando abrió la puerta y vio quién estaba allí, se le hundieron los

hombros y dejó caer los brazos. El regalo estuvo a punto de caérsele de las manos.

—¡Anda, mira tú por dónde, ahí viene el trol! Bueno, más que trol, una jovencita muy elegante. —Axel Cronhielm tendió la palma de la mano y gesticuló delante de ella como si estuviera presentando a un animal de circo—. Impresionante, Sten, impresionante de verdad.

—Entra, querida Majja —dijo Sten indicándole que pasara con un gesto de la mano—. Le estaba contando a Axel la buena noticia: mi Badin se ha ganado su puesto en la corte.

«Badin.» A Majja se le tensó el cuerpo entero al oír aquello. Estaban hablando de ella, pero era como si los dos hombres solo se dirigieran el uno al otro. Ella miraba, como si no estuviera allí.

—Felicidades, Sten.

—A quien hay que felicitar es a Majja.

—Pero tú eres el que ha ganado la apuesta.

—Cierto.

Cuando Axel echó mano de algo que parecía un fajo de billetes grotesco, Sten lo rechazó.

—Dáselo a Majja, se lo ha ganado.

—La verdad es que estoy de acuerdo. Cuando acepté la apuesta pensé que estabas loco: sacarla en tan poco tiempo de una vida pobre y disfuncional en la granja y llevarla a conseguir un puesto en los elegantes salones de Subastas Wallius... Y sin que tú la recomendaras. Pero lo has conseguido. Y en cuanto a su aspecto físico, la hazaña es extraordinaria. Una verdadera obra de arte.

Era como si el oxígeno hubiera desaparecido de la habitación. El abogado le tendía el fajo de billetes, pero Majja no lo cogió. Clavó la mirada en Sten.

—¿Una apuesta? —preguntó.

—No te lo tomes a mal, Majja —respondió Sten frunciendo el ceño—. Ni como algo personal. Un anciano tiene pocas cosas con las que entretenerse. Y sabe Dios que no siempre ha sido fácil. Pero tienes un talento insólito, te resulta facilísimo aprender. Así que ha sido un placer. Un verdadero placer.

—Puedes verlo como un experimento social —añadió Axel—. Que te ha llevado hasta Subastas Wallius en Estocolmo. Has sido una cobaya muy afortunada en un experimento que ha dado buen resultado.

—Bueno, no es ningún animal —dijo Sten.

«Un experimento social. Una cobaya.» A Majja le vino a la mente la imagen de las liebres de Gunnar balanceándose con la cara destrozada por un disparo. Era una de ellas. Aunque peor, porque no solo la habían matado, sino que también la habían disecado y la habían usado como decoración.

Observó a Sten, intentó desesperada encontrar a la figura que le transmitía seguridad y a la que había admirado, apreciado y venerado. Pero no la encontró. Ella era tan solo alguien sobre quien había hecho una apuesta, un experimento, un pasatiempo. La verdadera Majja, lo que ella era si se quitaba todo lo que él le había enseñado y la ropa de Lilly que llevaba puesta, no significaba nada para él. Puede que incluso la despreciara.

Empezó a sentir náuseas a medida que lo iba asimilando.

—¿Por eso vine aquí? ¿Por una apuesta?

—Bueno, no... —dijo Sten sorprendido—. Sobre esa historia, o más bien, sobre ese acuerdo, tienes que preguntarle a tu padre. Supongo que ya eres lo bastante mayor. Aunque eso lo decidirá él. Uno no puede opinar sobre cómo crían a sus hijos los demás. Pero pregúntale, adelante. Si me disculpas, Majja, Axel y yo tenemos que organizar unas cuantas cosas antes de que lleguen los invitados. Y seguro que tú tienes que prepararte para la prueba. Mucha suerte, estoy convencido de que saldrá bien.

Ya en el pasillo, se quedó inmóvil. Se miró las manos. Allí seguía el regalo. El lazo estaba aplastado. La primera pregunta que se le pasó por la cabeza era qué iba a hacer con él ahora.

Como si las bailarinas se le fueran quedando pegadas al suelo, repasó lo que acababa de ocurrir. Una palabra tras otra. Las caras. Los gestos. Y otra vez las palabras. ¿Seguía respirando? Casi se le escapa un lamento. Que quería dar paso a las lágrimas. Pero ahora no. Se contuvo y tragó saliva una y otra vez. Porque aún le quedaban preguntas. Antes de hacer nada más, tenía que conseguir que su padre le respondiera. Y esa vez no aceptaría ni excusas ni disculpas ni pretextos de borracho.

Objetos robados. Y ella fue una forma de pagar por ello.

Majja vio su mano a cámara lenta cogiendo la botella y estampándola contra la pared del granero. Sucedió muy rápido, fruto

del impulso. No había margen para la prudencia y la reflexión.

—Majja... Por favor.

Su padre parecía un siervo de Robin Hood pidiendo clemencia. Estaba agachado en el sofá tapándose la cabeza con las manos. Temblando. ¿Sería por el miedo o porque estaba borracho?

Otra botella. Pum. Disfrutaba al oír el golpe contra la pared, como cuando se derretía el hielo en primavera. La botella de cristal explotaba como los fuegos artificiales y, acto seguido, llovía licor casero. Debería haberlo hecho antes. Todo el cariño que llevaba años anhelando él se lo había dedicado a esas botellas. Si hubiera acabado con el alcohol, ¿habría quedado algo de amor para Majja? Igual que cuando murió el hijo de Sten y ella fue la que recibió todo el conocimiento que debería haber recibido él. Aunque aquello no tuvo nada que ver con la muerte y el dolor. Como acababa de saber. Se trataba únicamente de dinero y de aburrimiento, la forma que un puto viejo había encontrado de entretenerse. Los burgueses como Sten eran amables, generosos y tenían buenas habilidades sociales, pero nunca actuaban sin un objetivo, nunca hacían algo que no les reportara un beneficio.

Y claro que comprenderlo le provocaba dolor, sí. Le pinchaba, le escocía y le ardía. Pero que hasta su padre se hubiera aprovechado de ella la sacaba de quicio. Había utilizado a su hija como pago para poder comprar la oportunidad de vender objetos robados. La había hecho cómplice sin darle elección.

Otra botella más. Pum. Ya no le resultaba tan placentero, y Majja expresó su dolor con unos gritos tan fuertes que su padre se tapó los oídos con las manos temblorosas.

—¡Majja, cálmate! Por favor...

Se le hizo un nudo en el estómago y notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Cómo has podido?

Su padre se frotaba la cabeza con las palmas, como un mono.

—Todos estos chismes...

—Objetos robados. ¡Dilo! Son objetos robados.

—Los objetos robados... Mis amigos del barco venían y... Bueno, no puedes traicionar a tus amigos. ¡Con esto hemos pagado tu formación! Sin los objetos y sin el acuerdo con Sten Hammar...

Notó que se estremecía entera.

—¡No vuelvas a decir ese nombre!

Salió corriendo del granero y se quedó delante de la puerta en medio de la oscuridad invernal. Gracias a la luz de la luna y de la farola de una granja lejana podía ver su respiración. Levantó la vista y se llenó de aire el pecho y la garganta. Quería librarse gritando de todo aquello que tanto espacio le ocupaba dentro, mugir con todas sus fuerzas, como el ganado encerrado al inicio de la primavera. Pero no emitió ningún sonido. En un intento desesperado de encajarlo todo, se quedó allí, intentando contar las estrellas que brillaban en el cielo. Resplandecían atentas, como un público expectante de miles de personas aguardando a ver qué sucedería a continuación. ¿Y ahora qué? ¿Qué iba a hacer ahora?

Axel tenía razón, después de todo, porque era la hija de un bandolero, la cría de alguien que se dedica a robar. Y al igual que Ronja, había ido por ahí sin saber que era la hija de un bandolero, hasta que un día vio a su padre como lo que verdaderamente era, y entones lo bajó del pedestal que le había erigido de niña. Y allí estaba ahora, pataleando bañado en alcohol. ¿Qué era lo que pasaba en el cuento?, ¿qué hacía Ronja? Ah, sí, se refugiaba en la cueva y se prometía no volver nunca más. Ella haría lo mismo, solo que, a diferencia de Ronja, pensaba mantener su promesa. Lo tenía decidido.

Pero antes de marcharse, ofrecería una presentación veraz. Al igual que estaba resuelta a mostrar su verdadero yo, estaba resuelta a mostrar la verdadera historia de los objetos. Sacó del bolsillo las notas que había preparado para la presentación, las rompió en pedazos y las dejó caer al suelo.

Ya en la casa, subió al baño. Como una monja que se corta el pelo y se pone el hábito para hacer los votos, se quitó el traje amarillo, echó mano de la maquinilla de afeitar e hizo sus votos: «Confía en ti, no te fíes de nadie más y nunca dejes que nadie vuelva a cambiar tu verdadero yo».

En cuanto salió al rellano de la escalera de Hammarnäs y miró a los invitados, la estancia se transformó. El sonido del vestíbulo de piedra pasó de un zumbido de gente saludándose a un rumor de espanto motivado por la aparición desvergonzada de la piel desnuda, la cabeza rapada y el atuendo negro. Después, se produjo una

silenciosa expectación cuando tomó la palabra con aquel marcado acento del campo de Uppland.

Quizá por primera vez en su vida, Majja Skog dejó que la verdad se hiciera con su persona, con su aspecto y con sus palabras. Todo era cierto: su amor por los objetos hermosos era tan real como la capacidad que tenía de desvelar su origen cuestionable y sus reparaciones dudosas. Nada era ya ni sagrado ni secreto. Copias falsas, retoques y remodelaciones radicales, fue aireando todas las trampas. Podría haber desvelado que Sten había adquirido sistemáticamente objetos robados, pero esa presentación era, sobre todo, para él, y él ya sabía lo que había hecho. Aquella demostración era un aviso con el que la discípula desafiaba a su maestro para reivindicarse a sí misma sin fingir y según sus propias condiciones.

Y en medio del público estaba Sten Hammar. Alto, digno y completamente en silencio. Majja lo miró a los ojos un segundo. Al anciano se le había borrado la sonrisa de la cara. Todo se le había borrado. Tenía la cara como un folio en blanco. Majja sentía el corazón lleno de dolor, pero también le temblaba de satisfacción: Sten Hammar se había quedado desnudo por primera vez en su vida. Y con eso bastaba. No necesitaba volver a verlo. Nunca volvería a verlo.

En adelante, ella sería su propia dueña.

38

—Ostras —masculló Karin.

No sonaba ningún chasquido cuando hacía los ejercicios de rodilla. Solo percibía un leve dolor. Con cada repetición cogía un poco de ensalada que tenía en el escritorio. Iba haciendo el movimiento cada vez más profundo. Suave y silencioso, como una bisagra bien engrasada.

—¡Bien! —gritó levantando los brazos.

Mañana pensaba hacer la prueba y salir a correr, tranquilamente y con cuidado. A primera hora, antes de que hiciera demasiado calor. Seguro que su forma física era lamentable, pero sería maravilloso.

Se sentó en la silla y subió los pies a la mesa, como un sheriff satisfecho. Después de trinchar unos *fusilli* del envase de plástico que había comprado en el Coop de Östhammar, se quedó con el tenedor en la mano. En momentos así era cuando mejor trabajaba su cerebro, si pudiera quedarse un rato allí sentada, encontraría otra línea de investigación, ahora que habían desvelado el secreto del estuche.

Pero esa actitud positiva no tardó en empezar a tambalearse. En cuanto Berggren terminara con la prueba de sonido del granjero en la sala de al lado, celebrarían una reunión para repasarlo todo, y era ella quien debía dirigirla. ¿Qué iba a decir?

Sintió un escalofrío al darse cuenta de que ya no le importaba tanto. El sentimiento más peligroso para un investigador es el de la apatía. En lugar de poner su empeño en ampliar, acelerar, ensanchar las vías de análisis y seguir escudriñando en los entresijos de este caso tan desesperanzador, Karin echaba de menos salir a correr con sus hijos.

Pero ¿qué más podía hacer?, ¿qué otras preguntas podía plantear? Cada respuesta que obtenía era una nueva puerta que se cerraba.

Se metió la pasta en la boca y notó en la cabeza el chirrido del tenedor al cogerla con los dientes. En un intento inútil por ahogar los

pensamientos negativos, subió el volumen de la radio.

Cuando bajó las piernas del escritorio, chocó con la papelera y la volcó. Pero en lugar de colocarla en su sitio, le dio una patada con todas sus fuerzas y la lanzó contra la pared al tiempo que gritaba:

—¡Mierda!

De repente, sonó el teléfono, casi como una reacción a la patada, como si su energía hubiera provocado la llamada. Descolgó y enderezó la espalda; al ver que era el técnico criminalista, sintió como si alguien hubiera oído sus súplicas.

Se puso de pie.

—El Centro Nacional de Medicina Forense se ha tomado su tiempo con el rifle antiguo, pero ya...

—Dime que han encontrado huellas dactilares —interrumpió Karin.

—Me temo que no. Los excrementos y la orina lo han corroído todo. También han cotejado el rifle con las lesiones de la víctima. Las marcas que tiene en el cuerpo no casan con la culata.

La decepción fue mayor de lo que esperaba. Se quedó en silencio. El técnico no parecía muy seguro cuando prosiguió:

—Bueno, os mandaré un informe más detallado, claro, pero he pensado que corría prisa y...

En la radio acababan de empezar las noticias, pero Karin no tuvo ánimo para apagar el aparato o bajar el volumen. Apretó el auricular contra la oreja mientras aquella voz tranquilizadora seguía hablando.

—La fuerza que hace falta para aplastar un cráneo de un solo golpe no deja ninguna culata intacta, y menos una de un rifle con cien años de antigüedad. Y, como ya te he dicho, la forma tampoco encaja. Más bien parece que usaron algún tipo de mazo.

Karin se sobresaltó.

—¿Un mazo?

Esa palabra le encendió la bombilla. Fue como si algo hubiera encajado en su sitio. La palabra era una pieza del rompecabezas, una muy importante.

El técnico criminalista guardó silencio un instante, antes de continuar como si pensara en voz alta:

—En fin. El golpe me recuerda a cómo se mataba antes al ganado, me crie en una granja y...

«El ganado», pensó Karin. El olor que se había quedado flotando

en el escenario del crimen: ¡era el olor del granero! Su cerebro funcionaba cada vez más rápido. Al mismo tiempo, le llegó el eco de las noticias de la radio:

«Las colas para los mataderos son cada vez más largas, pues la sequía está obligando a los ganaderos a sacrificar a sus animales. La policía investiga un número más elevado de lo habitual de sacrificios ilegales en los que dueños matan a sus reses sin autorización dentro de las propias granjas. De ahí que el gobierno estudie la posibilidad de anunciar un paquete de medidas dirigido a los ganaderos con el objetivo de reducir los sacrificios ilegales».

Se le erizó el vello de la nuca. Aunque estaba sentada, le pareció que perdía el equilibrio. A Sten Hammar lo habían sacrificado. Cogió aire y se obligó a quedarse completamente quieta. Fue repasando los días mentalmente como una grabación, revisando cada suceso con el auricular contra el pecho mientras el técnico criminalista esperaba al otro lado de la línea con una paciencia infinita. De repente, recordó algo, se disculpó, colgó y salió corriendo por el pasillo hacia la sala de recepción de testigos.

El granjero estaba igual que la última vez, enfurruñado y con los auriculares puestos, sentado enfrente del técnico de sonido, que ya empezaba a estar harto. Ricky se inclinaba muy alterado, demasiado cerca de él y del ordenador.

—¡No, no, joder! —vociferó el testigo desesperado, y el técnico respondió con un suspiro.

Karin se puso delante de Ricky.

—Ural. ¿Tienes el sonido de una moto Ural?

Él casi se sorprendió al ver la tranquilidad con la que se lo había preguntado.

Era como si la base de datos de sonidos no tuviera fin, el técnico fue bajando un archivo tras otro, hasta que al fin seleccionó uno de ellos y lo reprodujo. Karin no dejaba de mirar al testigo, no quería perderse ni un detalle de su reacción, que no tardó en llegar.

Al hombre se le iluminó la cara.

—Sí... Puede. Sí, sí, ese era el sonido.

Ricky miró a Karin asombrado.

—Bingo, Klinga. ¿Ural, has dicho?

39

Majja había tomado el carril izquierdo por pura costumbre, pero un coche le pitó y la adelantó por la derecha. No le agradaba la idea de volver a la granja y tener que enfrentarse a Peter, así que había ido perdiendo velocidad sin darse cuenta. Y necesitaba pensar con claridad.

Salió del Krokan y se montó en el coche con la intención de dirigirse a la granja para ver a Peter. La impresión que le causó lo que había encontrado en el archivo se fue atenuando gracias a las *Suites para violonchelo* de Bach, que inundaban el coche.

¿Cómo estaba relacionado todo? La caligrafía del registro, que no eran los garabatos de su padre, pertenecía sin duda a Peter. Pero ¿por qué lo había escrito precisamente él, que siempre decía que no le importaba una mierda el granero?

Las descripciones de los objetos que había en el registro eran propias de un aficionado, pero desvelaban lo suficiente como para que Majja pudiera reconocerlos. Al revisar el historial de compraventa de Sten Hammar en la base de datos de Wallius, comprobó con alivio que no figuraban allí. Pero cuando invirtió la búsqueda, el alivio dio paso a la amargura. A medida que iba localizando los objetos, fue pinchando en el nombre del vendedor. El de Sten Hammar no aparecía por ninguna parte, pero junto a cada artículo figuraba el de Elisabet Cronhielm.

Lilly.

No sabía si Sten había estado usando el nombre de su mujer en las transacciones para evitar que lo asociaran con los objetos robados o si se debía a algún motivo desconocido relacionado con los impuestos. Pero daba igual. Sten no solo le había sido infiel a Lilly con su hermano, sino que también la había convertido en una perista. Y todo apuntaba a que él y Peter habían estado en contacto. ¿Acaso habían llegado a colaborar? ¿Era Peter, y no su padre, el proveedor de los objetos robados? ¿O le tomó el relevo cuando su padre se

abandonó por completo? Independientemente de quién hubiera sido, Majja pudo comprobar de un solo vistazo a las cifras del registro y de la base de datos que Sten los había engañado de lo lindo. «A un precio razonable», replicó su padre para defenderse cuando Majja le pidió explicaciones la última vez que lo vio. Para nada. Sten Hammar había conseguido jugosos beneficios.

Majja recordó el registro con la caligrafía de Peter. El hecho de que la venta de los objetos robados hubiera quedado reflejada por escrito en lugar de ocultarla apuntaba a que su padre había estado involucrado. Él, que tanto insistía siempre en que había que cuidar el registro, como si se tratara de un último reducto de orden en su vida degenerada. O quizá pensaran que ellos no tenían nada que ocultar; después de todo, ni habían robado los objetos ni los habían introducido en el país de contrabando. O quizá... Una leve esperanza se encendió en el interior de Majja. Tal vez Peter no supiera nada del acuerdo entre su padre y Sten. Tal vez desconociera el origen de los objetos. Pero ¿por qué, mientras Majja vivió allí, no vio ni oyó nunca nada que indicara que Peter estuviera implicado en lo que había en el granero? Por lo que ella sabía, Peter jamás ponía un pie allí, los objetos que contenía el granero y su existencia misma le inspiraban desprecio y, si de él hubiera dependido, lo habría destruido por completo.

La acababa de adelantar un Volvo Kombi abarrotado que casi rozaba el asfalto de todo lo que llevaba. Los niños que iban en el asiento trasero se apretujaban contra el cristal de la ventanilla como peces en un acuario, y saludaron en dirección al cochazo rosa. Normalmente eso le arrancaba una sonrisa, pero ahora se sentía vacía. Una alarma resonaba sin cesar en su interior. Un nubarrón que se aproximaba, y no precisamente uno de los que toda Suecia estaba deseando ver.

Cuando le sonó el teléfono, dio un respingo. Con la mano sobre el móvil, dudó unos instantes: no quería responder, pero sabía que no tenía más remedio. Cuando por fin descolgó y oyó la voz de Karin Klinga, no le sorprendió. Y tampoco le extrañó que la primera pregunta fuera si su hermano había tenido alguna vez relación con Sten Hammar.

Luego, la inspectora le preguntó la estatura de su hermano; alrededor de un metro noventa, respondió Majja, y finalmente:

¿fumaba Camel Light, por casualidad? Entonces sintió cierto alivio, porque sabía que Peter prefería el *snus*. Pero enseguida le vino a la memoria la mesa del granero llena de vómito. Recordó el parloteo ebrio de su hermano sobre lo mal que tenía los dientes, lo mucho que le debía al dentista y que había cambiado el *snus* por el tabaco. Evocó su propia mano pasando el trapo por la mesa, cómo fue levantando botellas, cajas de *snus*, el registro y un paquete de Camel Light.

—Puede —respondió al fin.

—Gracias. Con eso es suficiente —dijo Karin rápido. Demasiado rápido—. Hablamos luego.

La inspectora, siempre tan correcta, colgó sin despedirse. A Majja le pareció que estaba tensa y resuelta, y tuvo un mal presentimiento.

Se imaginó hacia dónde se dirigía Karin y contuvo la respiración. No podía permitirlo. Miró el reloj del panel de mandos. ¿Le daría tiempo a llegar antes?

Con la adrenalina recorriéndole el cuerpo, apagó los arcos de violonchelo y pisó a fondo el acelerador.

40

Cuando colgó después de la breve conversación con Majja, Karin se sentó muy derecha delante del escritorio. No tenía ninguna prueba, pero cada fibra de su ser le decía que iba bien encaminada. Ya le había pasado antes en numerosas ocasiones. Una palabra, una imagen o un sonido que le resonaba por dentro podía cambiarlo todo.

Lo sacrificaron como si fuera ganado.

La moto, la estatura, el cigarrillo. Y un ganadero seguro que tenía en su poder un mazo para matar vacas, aunque fuera ilegal. Y luego estaba la sensación que le provocaba la relación tan obvia que había entre Hammarnäs y la granja, de la que Majja hablaba a regañadientes.

Todas sus sospechas juntas no eran suficiente para un arresto, pero una visita discreta estaba más que justificada, desde luego.

Karin se levantó, se puso la chaqueta y salió de su despacho. Se encontró a Lennart con un café en una mano y un bollo envuelto en una servilleta en la otra.

—¿Dónde está Berggren? —preguntó mientras comprobaba que lo llevaba todo en el bolso.

Su jefe no pareció percibir el tono tenso con el que había preguntado y, con total tranquilidad, dio un bocado antes de limpiarse la boca con la servilleta.

—En un control de tráfico en Gimo.

—¿Cómo? ¿En un control de tráfico?

—Sí, les faltaban agentes, así que...

No prestó atención a la continuación y, poco después, ya había salido de la comisaría y se dirigía al coche. Lo deseable habría sido contar con el apoyo de otro investigador mientras ella recababa pruebas en la granja, pero, bien mirado, no creía que hubiera en el mundo una persona menos discreta que Ricky. Tendría que arreglárselas sin él.

—Control de tráfico —murmuró para sus adentros mientras

atravesaba a toda prisa el aparcamiento.

Hasta la policía tenía que arrimar el hombro cuando hacía falta, aunque hubiera en marcha una investigación por asesinato.

Cuando el mazo golpeó la cabeza, la vaca se desplomó con un ruido sordo. El animal no emitió ningún sonido más, ni antes ni durante ni después. Reinaba el silencio.

Peter Skog estaba delante del cadáver con el mazo en la mano. Un golpe contundente y eficaz había bastado. Se había bajado la parte superior del mono de color gris metálico, y el sudor de los músculos de la espalda reflejaba la luz del sol. Con todo, daba la impresión de que le había resultado muy fácil. Como si ya lo hubiera hecho antes.

Después de haber examinado la moto Ural que se encontraba entre la alta hierba, rodeada de balizas color naranja para la nieve allí abandonadas, Karin oyó el tintineo de una cadena. La curiosidad se había impuesto a la decisión de no intervenir sola, y pudo ver desde lejos el macabro sacrificio.

El corazón le palpitaba con fuerza mientras sus pensamientos iban cobrando forma. En efecto, de pronto tuvo clarísimo por qué el asesino había usado más fuerza de la necesaria: el agresor estaba acostumbrado a manejar bestias de setecientos kilos, no a nonagenarios endebles. Al igual que en el escenario del crimen, apenas había rastro de sangre. Limpieza. Pulcritud. Precisión.

La sospecha empezó a transformarse en certeza cuando vio detrás de él una pileta redonda de estiércol llena de excrementos líquidos, húmeda y pringosa como un lodazal. No fue casualidad que encontraran el rifle en el montón de estiércol del establo, él sabía que allí desaparecerían las huellas.

Pero el rifle no era el arma homicida. Lo que seguramente mató a Sten fue un mazo de mango largo. Una herramienta que tenía cualquier ganadero.

Se quedó petrificada. Veinte años de experiencia policial y una Sig Sauer en la funda no podían mitigar el terror que la invadía. Aquella no era una persona a la que debiera enfrentarse por su cuenta. Necesitaba refuerzos. En silencio, retrocedió y dobló la esquina del enorme edificio del establo. Cuando le vibró el móvil, se alegró de haberle quitado el sonido. Retrocedió un poco más, miró el nombre de

quien la llamaba y descolgó.

—¿Sí? —susurró.

—Hola, soy Majja otra vez. —Parecía que iba en coche y su voz sonaba angustiada—. Karin, ¿dónde estás? ¿No estarás...?

—De servicio —se apresuró a interrumpirla—. ¿Qué querías?

—Nada en concreto, en realidad, es que...

—¿Qué está haciendo aquí?

Karin se estremeció, porque esas palabras no provenían del móvil. La persona que hablaba se encontraba a su espalda.

Se volvió despacio, tensa como si le estuvieran apuntando con un arma. Un olor la trasladó al vestíbulo de Hammarnäs, al escenario del crimen y a su primer encuentro con la víctima del asesinato. Porque ahora estaba segura, ese era el olor que había percibido: a heno podrido, a *snus*, a sudor y a adrenalina.

Y a sangre. Porque ahora, de cerca, se dio cuenta de que el golpe no había sido tan limpio. Peter tenía la piel cubierta de manchitas rojo oscuro. Los músculos del pecho se le veían tensos por el peso del mazo que sostenía con ambas manos.

Sin dejar de mirarlo, colgó y sacó su placa despacio.

41

—¡Mierda!

Majja gritó y tiró el teléfono. El móvil rebotó por la tapicería de piel del coche. Justo antes de que Karin le colgara, había reconocido la voz de su hermano. Esa voz alerta, que revelaba que estaba tenso.

Le dio un puñetazo al volante y volvió a gritar. No es que supiera lo que estaba sucediendo, pero la embargó un profundo desasosiego.

Aumentó la velocidad. El puñetazo y los gritos dentro del vehículo le habían servido para desahogarse, y ahora podía centrarse de lleno en conducir. Bloqueó todo aquello que no afectara a la conducción, igual que cuando corría por el circuito, y se volvió uno con el coche y la carretera. Sus ojos registraban cada curva, cada pendiente y la forma de conducir de cada vehículo que se acercaba. Los oídos percibían todo lo relacionado con el motor, los neumáticos, las marchas y la potencia. Más que pensarlo, sentía cada movimiento mientras conducía. En una recta alcanzó tal velocidad que la fila de coches que circulaban por la derecha se transformó en una línea continua en su campo de visión. Si le pitaban, no le daba tiempo a enterarse.

El cartel de Gimo. Ya no faltaba mucho.

Después de una curva, vio unos coches de policía aparcados en el arcén. Varias figuras ataviadas de azul oscuro con chalecos amarillo fluorescente iban caminando a lo largo de la carretera. Una de ellas le hizo un gesto levantando la palma de la mano. Majja había reducido la velocidad por pura costumbre cuando vio a la policía, pero reaccionó enseguida y pisó el acelerador para pasar el control como un rayo, de modo que el agente que intentaba detenerla tuvo que apartarse de un salto. Pero durante los breves instantes en que aminoró la marcha, divisó entre los agentes una cara conocida. Con un vistazo rápido al retrovisor comprobó que el agente que se llamaba Ricky hacía aspavientos y le daba una patada a uno de los conos color naranja.

Existía el riesgo de que saliera tras ella, pero Majja no dejó de pisar el acelerador.

42

En buena medida, el trabajo de Karin Klinga consistía en interpretar a la gente, analizar las amenazas, adivinar el estado mental de las personas e intentar predecir cómo iban a comportarse. Pero el hombre que tenía delante era complicado. ¿O sería su propio miedo el que le debilitaba la agudeza? Le había enseñado la placa, había desvelado su identidad. El siguiente paso sería decisivo. Y quizá no solo para la investigación.

Intentó obligarse a mantener la cabeza fría. Obligarse a verlo a través de su mirada profesional. Podía interpretar que estaba alterado, con actitud hostil, los músculos tensos y las sienes palpitantes lo delataban. Albergaba muchísima ira, con el torso algo inclinado hacia delante y el ceño fruncido. Pero cuando le mostró la placa, algo le brilló en los ojos. Cansancio. Como si la hubiera estado esperando. ¿Tal vez incluso ansiaba que apareciera? Ese tipo de agotamiento se convertía a menudo en el catalizador de una resignación definitiva capaz de llevar a una persona a rendirse y, en el mejor de los casos, a confesar. Si la policía jugaba bien sus cartas.

Karin apostó por la humildad y la consideración. A una persona cansada había que recibirla con dulzura, con una almohada sobre la que pudiera recostarse.

—Perdona, ya veo que estás ocupado, puedo volver en otro momento.

—¿Volver para qué?

Peter se dirigió a ella sin mirarla a los ojos. Pues claro. Karin soltó un taco para sus adentros. No había caído en la cuenta de que él podía pensar que se encontraba allí por otro motivo. El sacrificio, por supuesto. Lo que acababa de hacer era ilegal. Y le había revelado que la policía lo había pillado con las manos en la masa. ¿Sería esa la única razón por la que estaba en guardia?

Decidió que, aun así, la táctica apropiada era tratarlo con consideración. Y ganar tiempo.

—Te veo acalorado. ¿Quieres que vayamos a la sombra y nos tomemos algo? ¿Para hablar más tranquilos?

Él la observó un segundo con la mirada vacía. Después asintió, se encogió de hombros y dio media vuelta. Karin retrocedió un poco. Miró a su alrededor. ¿Le daría tiempo de salir corriendo en la otra dirección, de vuelta al coche, y huir de allí? Pero ni la misión ni su instinto policial ni su estado físico se lo permitían. Si él quisiera, podría alcanzarla en un abrir y cerrar de ojos.

Peter volvió al lugar del sacrificio, apoyó el mazo en la pared del establo y echó mano de una botella de agua con la etiqueta descolorida que había sobre un montón de restos de madera. Al lado yacía el animal con las patas ocultas bajo el cuerpo y la cabeza ladeada. Sobresaliendo del hocico se entreveía una lengua gris claro, y las moscas ya habían empezado el festín con la sangre que se resecaba entre los rizos de la frente. En el charco negro y brillante que había junto a la vaca se reflejaban el techo del establo y el revolotear de las golondrinas.

Cuando apartó la mirada del animal y levantó la vista hacia él, no hizo ninguna mueca de asco, estaba segura. Aun así, él la miró sonriente, como si quisiera ponerla a prueba, ver cuánto era capaz de aguantar la mujer policía.

Pero aquella visión le repugnaba tan poco como la imagen del cadáver de Sten Hammar. La sangre fresca sin más no surtía en ella ese efecto. Con él, en cambio, la cosa era bien distinta. La nuez se le movía arriba y abajo mientras bebía de la botella. Se preguntó si habría lavado alguna vez el mono, con esos bolsillos cargados de navajas y cajas de *snus*. ¿Pensaba ducharse siquiera después de sacrificar a los animales? En ese caso, sería la primera ducha que se daba en mucho tiempo.

Peter Skog se retiró la botella de la boca y soltó un eructo. No para provocarla, sino más bien como una señal inmadura de que todo le daba igual. Le tendió la botella. Karin tuvo que esforzarse para no hacer una mueca al pensar en lo que sería poner los labios en el sudor y los restos de saliva del ganadero. Y después tragar, meterse todo aquello en el cuerpo. La rechazó meneando la cabeza y se hizo el silencio. Peter ya no tenía la expresión risueña y provocadora de antes, y su lenguaje corporal revelaba una actitud nerviosa y vigilante.

Haciendo una generalización, podía decirse que la gente

reaccionaba de tres formas distintas al interrogarla. Algunos eran atentos, le abrían la puerta y la invitaban a pasar, le ofrecían café y charlaban un poco antes de preguntar cómo podían ayudarle. Otros se ponían nerviosos y no paraban de hablar. El tercer tipo adoptaba una actitud expectante y difícil de interpretar, como el hombre que tenía delante. Todo él gritaba que no la quería allí, que no pensaba ayudarla, que debería hacerle las preguntas ya o marcharse de una vez.

No podía andarse con rodeos, mostrar debilidad o nerviosismo, pero, al mismo tiempo, tampoco podía ser amenazante en absoluto.

Su única opción era ser amable y muy clara.

La primera pregunta revelaría cuál era la verdadera razón por la que se encontraba allí, y sabía que no debía actuar sola. Pero sentía que la resolución del caso estaba tan cerca que casi podía tocarla. Así que, a sabiendas de que era un error, continuó:

—Imagino que te has enterado del asesinato de Hammarnäs, ¿verdad?

No tenía ninguna expresión en el rostro, su única respuesta fue un gesto afirmativo y apenas perceptible con la cabeza.

—Estamos intentando averiguar si alguien de la zona ha visto o ha oído algo.

El rostro seguía inexpresivo, pero había levantado la mano, que ahora descansaba en el mango de madera del mazo. ¿Era una amenaza?

—¿Han visto o han oído algo aquí, en la granja?

Karin se dio cuenta del error que acababa de cometer: se le había ido la mirada al mazo, en lugar de mantenerla firme en el rostro de Peter para ver su reacción. Entonces clavó la vista en sus ojos, pero era demasiado tarde.

—¿Qué es lo que está mirando? ¿Esto? —dijo levantando el mazo a la altura de su cara.

A Karin le saltaron todas las alarmas. Era plenamente consciente de que tenía en la funda el arma reglamentaria.

—Sí. ¿Te importaría que nos lo lleváramos?

Apenas había terminado la pregunta cuando el mazo surcó el aire con un silbido. Sacó la pistola, pero se le escapó de las manos cuando el mazo le aterrizó con fuerza en la rodilla. Le fallaron las piernas, y el crujido de los huesos al romperse se mezcló con su alarido de dolor.

Buscó a tientas la pistola como sumida en una niebla. Peter volvió a levantar el mazo, pero Karin logró coger una tabla del montón de restos de madera. Consiguió apartarse como pudo, de modo que el golpe no la alcanzó. Con el subidón de adrenalina, se sentó y apuntó al brazo. Y le dio. Peter perdió el equilibrio y ella volvió a golpearlo en la cara.

No esperó a ver qué efecto había tenido el golpe, sino que se puso de pie y se fue cojeando con un dolor insoportable, alejándose de él en dirección a los escombros y la alta hierba. Sonó como si Peter se hubiera caído y se hubiera llevado por delante el montón de madera. Pero el ruido no cesaba, no se había desmayado, no tardaría en volver a ponerse en pie. Karin miró a su alrededor presa del pánico. El hilo de lágrimas mezcla de dolor y miedo le enturbiaba la vista. Parpadeaba frenéticamente, pero no dejaban de brotarle. A través de la neblina vio una cosa de color naranja chillón. Las balizas para la nieve, aún clavadas en la alta hierba del año anterior. Y a su lado, un objeto metálico oxidado con púas afiladas, tal vez un rastrillo. Se acercó todo lo rápido que pudo y se agachó después de haber vuelto a levantar con manos temblorosas la hierba que había pisoteado. Como una liebre perseguida por un zorro, se quedó completamente inmóvil, conteniendo la respiración.

Al poco, los pulmones doloridos la obligaron a coger aire y solo entonces volvió a percibir aquel hedor penetrante. Se dio la vuelta despacio y, a pocos metros de donde se encontraba, vio la pileta. Redonda, con los bordes de hormigón gris, llena de estiércol líquido.

Crujido de grava y ruidos sordos. Desde su escondite, Karin pudo ver que Peter se levantaba. Se llevó una mano a la sien ensangrentada, en la otra sostenía el mazo, y echó a andar por la explanada tratando de encontrarla.

El terror se había apoderado de ella, y empezó a mirar en todas direcciones buscando una salida, mientras el dolor de la pierna iba aumentando al tiempo que él se acercaba. No tenía más remedio que actuar deprisa. «¡Piensa, piensa!» Era imposible que consiguiera llegar hasta el coche, y no estaba segura de poder defenderse sin el arma. Le temblaba la mano mientras buscaba el rastrillo oxidado. No había ninguna pieza suelta. Se hundió en la hierba otra vez, recorrió el suelo con las manos. No había ninguna rama afilada. Allí no había nada más que hierba seca. «Dios mío, dame algo.»

Se volvió hacia la pileta apestosa.

Bueno. Estaba lo bastante cerca. Era una línea que no quería cruzar, un abismo, la esencia de su peor pesadilla, pero daba la casualidad de que esa pileta era también su única opción de mantenerse con vida.

Cuando Peter rodeó el establo y desapareció durante un momento, Karin vio la oportunidad.

Arrancó una baliza naranja, aguantó el dolor y reptó por el suelo como un soldado hasta el borde de la pileta.

Y se impulsó hacia dentro.

43

A Majja le latía el corazón como si tuviera una bomba en el pecho. Aquella era la última curva antes de llegar a la granja. Al principio había pensado en entrar con el coche hasta la explanada, pero luego cambió de idea. Porque en realidad no sabía qué iba a encontrarse. Como tampoco sabía qué clase de persona era su hermano. ¿Seguiría Karin Klinga en la granja? Quizá hubiera hablado un poco con él y después hubiera vuelto a la comisaría sin más. Pero no, había un coche junto al carril, delante de la granja. El desasosiego de Majja iba en aumento.

Después de aparcar cerca del otro vehículo, se bajó y miró dentro.

La chaqueta y el bolso de Karin.

Recorrió a pie el último tramo. De momento, no veía a nadie moviéndose ni oyó ninguna voz, solo el zumbido de los insectos y el silbido de las golondrinas por el aire. Por lo demás, reinaba tal silencio que el ruido de sus pasos en la grava le resultaba estruendoso.

Cuando llegó a la explanada, se dio cuenta enseguida de que algo iba muy mal. Había una vaca muerta abandonada sobre un charco de sangre, rodeada de restos de madera esparcidos. Se acercó un poco. ¿Qué estaba pasando?

Con el rabillo del ojo entrevió al fin una figura. Peter. Miraba hacia la pileta de estiércol, tan quieto y erguido como una estatua. ¿Qué estaba haciendo? Quiso llamarlo, pero al verlo su instinto se lo desaconsejó.

¿Qué estaría mirando? Lo único que veía distinto en la pileta de estiércol era que en la superficie sobresalía una baliza de nieve naranja, pero ¿qué tenía aquello de interesante?

La estatua se movió. Muy despacio, Peter acercó una tabla estrecha a la pileta. Pero, en lugar de recuperar la baliza, que evidentemente no debía estar allí, la hundió en la superficie llena de burbujas.

—¡Peter! —gritó Majja—. ¿Qué haces?

Él se sobresaltó, y la tabla se le cayó con un chapoteo. Se quedó mirándola como si fuera un fantasma.

—Majja...

—¿Qué haces, Peter?

Él meneó la cabeza.

—Algún desgraciado ha tirado ahí una...

De repente, la superficie se abrió. Alguien surgió de la pileta con ímpetu. Todo sucedió muy rápido. Con un solo movimiento, Peter atrapó a la persona, la rodeó con el brazo y le puso una navaja en la garganta.

Pese a que estaba cubierta de estiércol y no podía mantenerse derecha, Majja vio que se trataba de Karin Klinga.

—Peter, ¡no!

Tenía la mirada vacía e inexpresiva.

—Majja, lárgate.

—¡Por favor, Peter, para!

—Hazle caso a tu hermana —dijo Karin con voz ronca.

—¡Y tú cierra el pico!

Apretó la hoja de la navaja y Majja vio que le atravesaba la piel. Parecía como si Karin estuviera sonriendo, pero tenía una pierna en una posición extraña y le corría sangre por la mejilla y la garganta; estaría apretando los dientes de dolor, seguro.

Y era Peter el que la había herido. Su hermano. Aunque ella misma se había pasado toda la niñez aguantando golpes, que le tirara del pelo y que le escupiera, esto era otra cosa, era algo muy distinto.

—Para, Peter, tú no eres así —dijo mientras el llanto se le agolpaba en la garganta.

A Peter se le ensombreció la mirada y, aunque no soltaba a Karin, se centró en Majja.

—¿Que no soy así? ¿Que no soy así, Majja? ¿Qué sabes tú de cómo soy, de en quién me he convertido? No sabes nada. No has estado aquí. ¿Cómo vas a comprender lo que ha sido de mí, de nosotros? ¿De nuestra familia?

Esas palabras quemaban como si fueran ácido mientras las lágrimas le surcaban las mejillas y no dejaba de sollozar.

—Lo siento, Peter, lo siento...

—¡No! ¡Nada de «lo siento»! Puede que haya perdido la razón

hace mucho, pero no puedo enfadarme. Contigo no, Majja. Si es que no lo entendías.

—Lo siento...

—¡Deja de decir que lo sientes! —gritó—. ¿Es que no te enteras de que eso es lo único que me ha permitido seguir a flote, saber que te libraste? ¡Te libraste de verlo y de tener que entenderlo! Te libraste de estar aquí cuando papá se mataba bebiendo, te libraste de comprobar si respiraba, de darle la vuelta para que no se ahogara con su propio vómito. Te libraste de esquivar los puñetazos y no tuviste que oír todos los insultos que me dirigía. Cuando el olor a alcohol, a vómito y a bilis se me quedaba grabado en la piel, en el pelo, en la ropa y en el aire, deseaba que se muriera. ¡Que se muriera! Pero cuando murió, la soledad y los pensamientos fueron mucho peores.

—Lo entiendo, ¡claro que lo entiendo! Pero suéltala, Peter. Es policía...

—¡Sí! —bramó—. Precisamente por eso ella también tiene que escucharme. A saber cuándo vuelve a escucharme alguien. Lo único que quieren es arrestar, juzgar y encerrar a la gente. ¡A nadie le importan los porqués!

—A mí, sí —dijo Karin con un graznido bajo el brazo tenso de Peter—. Yo sí quiero saberlo. Cuéntame por qué. ¿Qué pasó cuando te quedaste solo con tus pensamientos, Peter?

Él soltó una carcajada.

—Esa era la pregunta que no dejaba de rondarme la puta cabeza. ¿Qué había pasado? Había decidido no ser como mi padre y, a pesar de ello, me di cuenta de que cada día me iba hundiendo más en el fango. ¿Por qué pasó lo que pasó con esta familia? Me pregunté cuándo había cambiado todo. Una noche, borracho y solo, lo entendí. Comprendí que todo cambió, que todo se fue a la mierda, el día que Sten Hammar entró en el granero y en nuestras vidas. Fue Sten Hammar el que te apartó de nosotros y el que te volvió demasiado buena para nosotros, el que nos estafó y el que cada vez nos exigía más objetos. Porque de eso al menos sí que te habrás dado cuenta, Majja, de que era yo el que tenía que ocuparme de los objetos robados y ponerme de acuerdo con los viejos colegas marineros de papá, ¡todos igual de alcoholizados!

—Pero ¿por qué, Peter?

—Porque papá era demasiado débil, ¡¿por qué, si no?!

Necesitábamos dinero para la granja y él se empeñaba en que tú pudieras pasearte por los salones de Hammarnäs. Y sabía que, si no lo hacía yo, lo haría papá, y entonces todo se iría a la mierda. Nunca llegamos a hablarlo, pero sé que se culpaba y se lamentaba: por la hija que había perdido y por el hijo que se había convertido en un criminal. Después, cuando te marchaste a Estocolmo, todo se acabó. Sten Hammar dejó de pedirnos más objetos y papá se mató bebiendo. Y quedé yo, como en un vacío. Si no hubiera sido por Tobbe, seguramente me habría suicidado. Claro que él no podía estar conmigo a todas horas. Y los pensamientos seguían ahí...

Dejó de hablar, y Majja sintió que el silencio era atronador. Movía los labios como hablando para sí mismo. Resultaba desgarrador ver el aspecto tan frágil que tenía, tan roto, como si hubiera envejecido veinte años en veinte minutos.

Al final fue Karin Klinga la que rompió el silencio.

—Asesinaste a Sten Ha...

—¡Cállate! —Presionó un poco más la hoja de la navaja, y Majja se estremeció.

—Para, Peter, ¡suéltala!

—No pasa nada, Majja —dijo Karin con voz fatigada—. Deja que lo diga. Que lo asesinó.

Peter soltó un grito, pero sonó extraño, era un alarido que podría haber proferido un perro al que hubieran pisado o un niño que se despertara de una pesadilla.

—¿Por qué lo hiciste, Peter? ¿Por qué esa noche? —preguntó Karin.

—¡Porque ya no podía más! Todo se había ido acumulando. Todo iba a peor. Las deudas, la soledad, no veía salida. No dejaba de pensar en quitarme la vida. Terminar con todo. Pero este puto calor, o la borrachera, no lo sé... No podía pensar con claridad. No podía soportar que aquel viejo estuviera tan tranquilo en su finca como si no hubiera ocurrido nada, que siguiera viviendo sin tener ni idea de cuáles habían sido las consecuencias. Así que me planté allí. No pensaba que fuera a morir. Solo quería decirle lo que sentía, igual darle un guantazo en la boca, asustarlo con el mazo, no matarlo. Pero se negó a escuchar y se comportó de una manera tan fría y tan altanera... Incluso cogió un rifle viejo de la pared y me apuntó con él. Y yo, que nunca me he acordado de lo que los maestros o quien fuera

decían, recuerdo exactamente lo que dijo. Las palabras se me han quedado grabadas: «Se ve que el talento no está bien repartido entre los hermanos, unos tanto y otros tan poco», me dijo mientras se daba golpecitos en la frente con los nudillos. «Con los músculos, las amenazas y ese mazo no vas a llegar muy lejos en la vida. En cambio, con esto...» Y volvió a darse golpecitos en la frente. «Aunque quizá tu cerebro sea tan mediocre y esté tan alcoholizado como el de tu padre.» Otra vez los golpecitos. Y entonces se torció todo. Le quité el rifle y...

—Lo mataste —dijo Karin.

—Sí. Lo maté. Fue un solo golpe, pero le di en toda la frente como si fuera una vaca.

Majja cerró los ojos, se tapó los oídos con las manos y soltó un alarido. Un grito inhumano. No quería oírlo. La invadieron el pánico, la impresión, el asco, la angustia, la culpa; tenía que soltar algo. Las imágenes de Sten y de la vaca sacrificada en la explanada se sucedían, y después dieron paso a otra imagen: la de ella misma, brincando de alegría con las bailarinas puestas, lejos de aquel infierno que había dejado atrás.

Peter hizo caso omiso de la desesperación de Majja y prosiguió:

—Luego estropeé la puerta y me llevé el rifle para que pareciera un robo con homicidio. Y lo enterré en el montón de estiércol. Y bueno —dijo hundiéndose—, eso es todo. Esa es la verdad.

—Lo siento, Peter —fue lo único que Majja atinó a decir.

Él meneó la cabeza.

—Era Sten Hammar quien debería haber pedido perdón, no tú, Majja. Fue él quien rompió la familia. Fue culpa suya. Y mía.

Majja lo miró.

—¿Tuya?

—¡Joder, que yo era tu hermano mayor! Si hubiera conseguido mantener a la familia unida, quizá tú no... Quizá me habrías visto con...

Se le desencajó la cara. Por primera vez en la vida, Majja vio a su hermano llorando abiertamente, sin esconderse, sin hacer como que se le había metido algo en el ojo y sin carraspear. Era insoportable. A pesar de la sangre, la mierda y el pis de vaca, parecía desnudo e inocente. Unas estrías mezcla de lágrimas y suciedad le surcaban la cara, y después cesó el llanto.

—Majja, ¿sabes que cuando peor estuve cerraba los ojos y me

imaginaba que tú y yo llevábamos a papá a una buena residencia y cuidábamos de la granja juntos? Y que Sten Hammar nunca había existido. —De repente se puso derecho, bajó la mirada hacia Karin y pareció que despertaba de un letargo. Levantó la voz—: ¡Pero eso es solo un sueño! En la vida real, todo se terminó. Te quiero, Majja. Por eso tienes que irte, no quiero que estés aquí, no tienes por qué ver...

—Pero, Peter, yo querría...

—¡No! ¡Lárgate, Majja! ¡No deberías estar aquí!

La mano que sostenía la navaja había ido descendiendo, hirió a Karin a la altura de la clavícula y ella hizo una mueca de dolor.

—¡Te he dicho que te vayas! —gritó Peter con voz ronca—. ¡Vete, Majja!

Majja fue retrocediendo hasta el lugar donde su hermano había sacrificado a la vaca, pero sin dejar de mirarlo. Estuvo a punto de tropezarse con el animal muerto, se apartó y le dio a algo con el pie. Un arma.

Al encontrar la pistola volvió en sí. Peter le estaba dando la espalda y parecía que hablaba con Karin.

Sin pensarlo, se agachó, cogió el arma y se escondió detrás de los restos de madera. Cerró los ojos unos segundos, notó la sangre palpitándole en los oídos, intentó relajar las pulsaciones y la respiración, que le agitaban el pecho a un ritmo demasiado acelerado.

Tal vez fuera el olor de la madera lo que la trasladó a la zona de tala, al montón de troncos y el blanco. En su interior podía volver a oír la voz de Peter, aquel tono de voz calmado que había utilizado para enseñarle a disparar: «El hombro bajo, contén la respiración, la vista y el punto de mira centrados, y presiona con suavidad, no con fuerza».

Cuando le quitó el seguro al arma, aún no se había decidido, no sabía si conseguiría disparar. ¿Y si no le daba en la pierna, sino en la espalda o en la cabeza? ¿Y si le daba a Karin? O si no le daba a nada, ¿seguiría haciéndole daño a la policía? Apoyó el antebrazo en el suelo y se obligó a respirar hondo y más despacio. Notaba las palpitaciones en el dedo con el que iba a disparar.

«El hombro bajo, contén la respiración, la vista y el punto de mira centrados, y presiona con suavidad, no con fuerza.»

Clavó la mirada en la pierna de Peter, contuvo la respiración y puso el dedo en el gatillo.

Un ruido a su espalda la desconcentró. Se volvió rápidamente y vio a un hombre, pero cuando Peter y Karin empezaron a gritar, giró la cabeza enseguida. Karin estaba pataleando, y chilló:

—Ricky, ¡¡¡nooo!!!

Acto seguido sonó un disparo.

44

Debía de haberse quedado dormida y en un estado como de ensoñación. Cuando Karin abrió los ojos, seguía oyendo el disparo, el gimoteo de Peter Skog y el ruido sordo que hizo al caer a sus pies. Pero lo que más le resonaba en la cabeza era el grito de Majja. Los ruidos del presente ahogaron la imagen cuando recordó dónde se encontraba. El rechinar del plástico del calzado ergonómico de las enfermeras. El rumor del tráfico al otro lado de la ventana. Un carrito que recorría el pasillo con un tintineo.

Le rugía el estómago. Dios, qué hambre tenía. Pero el médico le había dicho que eso era buena señal. «¿Qué habrá hoy para comer?», pensó. Seguramente fuera la única persona del mundo que prefería el pollo y las verduras hervidas del hospital al plato de kebab que Ricky pedía en Östhammar.

Recordó a su colega. Ricky era un imbécil de gatillo fácil. Se había arriesgado a dejar a Nora y a Filip huérfanos de madre. Y había matado de un disparo a una persona que ella había estado a punto de convencer. Casi lo tenía. Cuando Majja se retiró, Karin empezó a dialogar con Peter. Al fin y al cabo, ya lo había reconocido todo y se estaba calmando. Pero en el mismo instante en el que relajó la presión de la navaja, se oyó el disparo. A pesar de que le había hecho señas a Ricky para que no disparara. Pues sí, Ricky era un imbécil. Pero había actuado para salvarle la vida a una colega. A ella. Ni más ni menos. Había actuado correctamente y se merecía su aprecio y su gratitud. Y se lo diría en cuanto se atenuara la rabia que sentía.

Había estado muy serena desde el incidente, solo cuando vio a sus hijos comprendió lo poco que había faltado. Que había existido un riesgo real de que no hubiera llegado al hospital, de que Filip y Nora la hubieran perdido.

A pesar de todas las desgracias que suponía haber perdido una vida, de que Majja Skog seguramente hubiera quedado traumatizada y de que su salud se hubiera deteriorado muchísimo, tenía que

reconocer que, en lo más hondo de su ser, sentía cierta satisfacción. Otro caso resuelto. Aunque sabía que esa satisfacción no tardaría en convertirse en un vacío. Y el vacío, en desasosiego, que a su vez se transformaría en energía. Y ella, con la pierna con una férula. «Mierda.» Cambió de postura sin pensarlo y notó un pinchazo bajo la férula. Hizo una mueca y enseguida sintió una punzada en la herida del cuello. «Joder.»

Lo único bueno de la operación de rodilla fue que la desinfectaron entera. Había pocas cosas más susceptibles de infección que una intervención de rodilla, y no cabía duda de que la habían saneado a conciencia. Hacía todo lo posible por no pensar en el fango en el que se había bañado, pero aun así lo seguía teniendo presente como una plasta alrededor de sus ideas. Cuando sus hijos fueron a verla, no se le escapó que Nora arrugaba la nariz al abrazarla en la cama del hospital. Tanto ella como Filip tuvieron mucho cuidado de no mencionar el baño en la pileta. Como expertos hijos de una policía, sabían que era mejor no hacer demasiadas preguntas. Después de un breve informe de los acontecimientos, sin entrar en navajas, golpes y sangre, pasaron rápidamente a hablar del futuro, de la rehabilitación y de salir a correr. Así lo habían hecho siempre.

A pesar de que el último año había disfrutado de la soledad en su torre y había visto el contacto con Magnus sobre todo como un mal necesario, cuando sus hijos fueron a verla al hospital sintió por primera vez que faltaba una persona. Que, en situaciones así, se notaba que la familia no estaba al completo. Fue como si Nora le hubiera leído el pensamiento y le dejó caer que su padre había querido ir, pero que estaba ocupado con otra cosa, con otra persona. Karin se sorprendió, pero, ante todo, sintió alivio, al fin y al cabo, llevaba mucho tiempo deseando que ocurriera, aunque también le provocó el mismo tipo de vacío que un caso resuelto. Porque así era, el matrimonio ya estaba disuelto. Cerrado. Archivado. Era estupendo, desde luego. Pero dejaba un vacío.

Unos golpecitos suaves interrumpieron sus pensamientos. Majja Skog se encontraba en la puerta. Desentonaba bastante con el blanco aséptico de aquel lugar. A pesar de la palidez de su rostro, toda Majja parecía negra, tanto por dentro como por fuera. Estaba inmóvil, expectante, preparada para huir ante la menor amenaza.

—Hola, Majja. Pasa.

Los hombros encogidos. La mirada esquiva. Completamente sola en el mundo. A lo mejor la que debería estar allí tumbada era ella.

Le señaló una silla, y Majja se sentó algo dudosa. Miró a Karin, le sonrió un instante y volvió a bajar la vista. Karin la recordó al volante, ante el animal herido, junto al proyector y delante de las obras de arte. Y pensar que eran la misma persona... Que alguien tan lleno de conocimientos pudiera parecer tan inseguro.

Silencio. Majja se revolvió un poco en la silla, de manera que se oyó el rechinar de su chaqueta de cuero. Estaba claro que quería decir algo. Karin se imaginaba qué era. Ya había visto aquella mirada antes, en los familiares del autor del delito deseosos de pedir perdón por lo que había hecho su allegado. Como si hubieran podido impedir lo ocurrido. Pero eso rara vez sucedía.

Majja miró de reojo la férula y el vendaje.

—No es nada —dijo Karin—. Son gajes del oficio.

Ella la miró extrañada, parpadeó varias veces. Después cerró los ojos con fuerza y asintió. Parecía aliviada, y Karin deseó con fuerza que no fuera algo temporal. Aunque Lennart le hubiera dado el pésame en nombre de la policía, sintió la necesidad de pedirle perdón.

—Lo que pasó no debería haber sucedido —empezó a decir—. Pero a veces...

—Gracias por intentarlo —la interrumpió Majja.

Karin se quedó sin palabras. Es verdad, no hacía falta decir más. Claro que eso no era cierto del todo. Su periodo de intercambio en Östhammar había durado menos de lo esperado, pero había sido más movido de lo que cabía imaginar. Karin había espabilado y había conseguido ceder el control. Y eso había ocurrido sobre todo gracias a Majja. Haberla conocido y la experiencia de cuanto habían vivido juntas le había dejado huella, y Karin quería agradecérselo. Una persona como Majja Skog no se olvidaba con facilidad.

Majja se puso de pie, había terminado la misión autoimpuesta de pedir perdón y dar las gracias. Karin contuvo el impulso de cogerle la mano, de obligarla a quedarse un poco y así evitar el vacío que sabía que acabaría produciéndose.

—¿Sabes, Majja? Mi padre era técnico criminalista, y dice que a menudo contaban con la ayuda de expertos. Los llamaban *detectives de antigüedades*. Estaban cortados por el mismo patrón que los policías, tenían la misma vista para los detalles —dijo Karin mirándola. Le

tendió la mano—. Así que puede que volvamos a vernos.

Majja asintió y le estrechó la mano. Karin pudo entrever una sonrisa de verdad. Aunque discreta.

45

Cuando Majja entró en el amplio ascensor del hospital, aún seguía dando vueltas a aquellas palabras. «Detective de antigüedades.» Un tanto ridículo, pero le gustaba la idea. Al menos era mejor que «la Lisbeth Salander de Wallius». Y también mejor que «Ronja», «Badin» y «la hija del bandolero». Se preguntó si todo el mundo tendría tantos apodos como ella. Y cómo lo que sentía por cada uno dependía de a quién se le había ocurrido. De Karin Klinga y Charlotte, su jefa, aceptaría casi cualquier cosa. Pero de otros, como...

De pronto se abrieron las puertas del ascensor y ella retrocedió automáticamente. Axel Cronhielm parecía igual de sorprendido.

—Hombre, Majja... Se ve que es la hora punta de las visitas a la inspectora.

Pese a que la había llamado por su nombre, Majja salió del ascensor e intentó pasar de largo.

—¡No tengas tanta prisa! —Las puertas volvieron a cerrarse y el ascensor continuó vacío—. Necesito hablar contigo, te habrás dado cuenta, pero nunca me lo coges cuando te llamo. Aunque seguro que tienes motivos personales...

—No hace falta que volvamos a tener contacto. La tasación está lista, te llegará por correo.

—Ah, sí, claro. Muchas gracias. Había pensado que quizá podríamos reunirnos en mi despacho o en Hammar...

—No voy a volver allí. En los documentos figura todo lo que hay en la casa. No sé si quedará algo en otro lugar, en una casa de subastas o en poder de un conservador. Tampoco si la colección ha sufrido cambios por compras o ventas desde que... la estudié. Tengo que irme.

Axel la miró enarcando las cejas.

—¿No lo sabes? —Parecía sorprendido de verdad—. Sten no cambió nada desde que te fuiste.

Majja se quedó extrañada, comprendió que lo que le decía era

importante, pero no qué implicaba exactamente.

—Vamos a sentarnos en algún sitio, que te lo pueda contar.

Majja contempló aquel rostro que tanto tiempo llevaba detestando. Tenía una expresión casi amable, complaciente. Tal vez todos aquellos sucesos lo hubieran conmovido. Lo siguió hasta la cafetería del hospital, manteniendo la distancia, y se sentó de brazos cruzados en una silla vieja.

Él apoyó las manos en la mesa y después entrelazó aquellos dedos esqueléticos como si fuera un pastor dispuesto a rezar.

—Como te he dicho, no se ha comprado ni vendido nada desde... aquella noche. Sten dejó de preocuparse por la colección. No volvió a enseñársela a nadie más.

Majja se estremeció. Repitió mentalmente lo que acababa de decirle Axel, pero le costó entender lo que significaba.

—Bueno, no voy a negarte que me sacabas de mis casillas —continuó él—. Aunque yo estuviera allí, Sten se ponía tan contento cuando tú ibas a Hammarnäs... No paraba de hablar de «mi discípula, mi querida Badin, mi genio». Lo tenía completamente maravillado el hecho de que una joven de campo ejerciera sobre él un efecto así, pero nunca acertó a explicar qué era exactamente. Le pregunté una vez y me respondió con tono críptico: «Su mirada me exige que responda, y su sonrisa es mi recompensa». Cuando hice ver que me molestaba, él intentó quitarle importancia riéndose, como si fuera más bien un juego, pero yo me di cuenta desde el primer momento de que nuestra apuesta solo fue una forma de restarle importancia y de incluirme a mí. De ocultar lo que de verdad sentía por ti. Y se arrepintió. Para el resto de su vida. Se dio cuenta de que te había dolido que hiciéramos la apuesta. Así que, cuando desapareciste, desapareció también su pasión.

Mientras hablaba, Majja había ido inclinándose hacia delante y relajando los brazos.

—Para remediarlo, o como prueba de su aprecio, dejó un sobre, en el que pone «Badin». Contiene una suma nada desdeñable de cinco...

—Badin. —Majja casi escupió la palabra. Dinero. Para remediarlo. Se le revolucionaron todos los motores y se puso en pie de golpe—. Badin no quiere su dinero. El bufón de la corte, el esclavo, la broma que soy no lo necesita.

—¿Cómo que «broma»? —Axel levantó la voz—. Entonces es que no me has prestado atención. Para Sten, tú eras cualquier cosa menos una broma, Majja. Sufrió mucho por tu marcha de Hammarnäs. ¿Y lo de Badin? Creía que sabías más de historia. Puede que el nombre de Badin provenga de la palabra *broma* en francés, pero estoy completamente convencido de que lo que Sten Hammar tenía en mente es que a Badin lo querían. Tanto que se convirtió en hijo adoptivo de la reina.

46

Cuatro semanas después, Majja pasó el cuchillo por el precinto de la caja y reveló el contenido: Sten Hammar Collection. Cogió el catálogo que estaba arriba del todo, casi tibio aún de la imprenta. Cuando lo hojeó, le llegó el aroma de la tinta. Había salido como esperaba. Limpio, sencillo y digno. En la portada había una manzana de oro, *La manzana del conocimiento*, la gran atracción de la subasta.

Notó que los hombros se le relajaban. Nunca había trabajado tanto para preparar una subasta ni había pasado tanto tiempo en el Krokan. Pero es que aquello era distinto. A pesar del título del catálogo, no se había implicado en la subasta por Sten Hammar. Lo había hecho por Lilly.

Charlotte le había cedido el timón a Majja sin hacer ninguna pregunta ni comentario, y no protestó cuando le dijo que iba a catalogar ella misma toda la colección. Lo único que quería era una ayudante que le echara una mano, y pidió a Lotta, a la que acababan de contratar, lo que resultó ser una muy buena jugada.

La ayudante anotó encantada todo lo que Majja le fue contando sobre las piezas y entregó el texto del catálogo ese mismo día. Por la noche, Majja lo revisó. Y cuando fotografiaron los objetos, estuvo presente para asegurarse de que seleccionaban los detalles más interesantes. Supervisó la disposición de los muebles y la colocación de los cuadros. El trabajo había avanzado rápido y sin tropiezos.

Lo único que resultó un tanto problemático fue el apartado del catálogo llamado «Procedencia». También fue el único apartado por el que preguntó Charlotte: Majja parecía saberlo todo acerca de aquellas piezas y, aun así, la única información acerca de su procedencia era el nombre de Sten Hammar, ¿por qué? Cuando Charlotte fue al grano y le preguntó si era verdad que no sabía nada de los anteriores propietarios, Majja no se sintió cómoda negándolo. Aun así, meneó la cabeza. Porque se trataba de desagraviar a Lilly, y si en toda aquella historia había algún inocente, era ella.

Lotta, la ayudante, entró y, cuando vio el catálogo, se le iluminó la cara y pasó la mano por la portada.

—Vaya, qué bonito ha quedado.

—Ven —dijo Majja—, nos están esperando. Llevaremos una caja cada una.

A pesar de que en los últimos días prácticamente había estado viviendo en la casa de subastas, la transformación era evidente. Que las polvorientas salas de exposición vacías pudieran convertirse en aquello... Estaban colocando los arreglos florales y un conserje estaba echándoles un último vistazo a las bombillas. Todos los trabajadores de Wallius, con independencia de cuál fuera su sección, se reunieron allí con los ojos resplandecientes, como niños en Nochebuena. Porque ese momento siempre era mágico. El momento en el que se abría una exposición. En cuanto empezara la copa de bienvenida se rompería la magia, habría que centrarse en los negocios, en atender a los clientes y en buscar compradores. En ese instante, cuando todos los objetos se encontraban en su sitio, limpios y perfectamente iluminados, eran aún solo suyos.

Cuando soltaron las cajas, los colegas se amontonaron para coger un ejemplar de lo que iba a ser su Biblia durante la próxima semana. Kurt fue el primero en llegar. Había una regla no escrita que decía que él siempre iba primero.

Con una amplia sonrisa, fue asintiendo satisfecho mientras lo hojeaba.

—Qué buen trabajo, Majja. En serio, muy bueno.

Claes iba de aquí para allá con la nariz hundida en el catálogo.

—*Nice*. Aunque creo que yo habría escogido algo más claro...

Kurt lo interrumpió clavándole un codo en el costado.

—Mira, ya viene el ejército de mesas de ping-pong. No respires.

Un aroma a perfume, betún y laca inundó la sala mientras iban entrando las azafatas.

—¿«Mesas de ping-pong»? —preguntó Lotta en voz baja.

Majja sabía lo que era, pero volvió a escuchar encantada la explicación de Kurt.

—Haz la prueba —susurró Kurt—: si lanzas una pelota de ping-pong al casco que llevan en la cabeza, rebotará, te lo prometo. Sí, podéis reíros, pero os diré que esos peinados vienen del mismísimo

palacio real. Durante las visitas de Estado, los peinados de las damas deben resistir las corrientes de aire al salir de los jets privados, las visitas a los barrios pobres y las cenas de gala en residencias oficiales.

Fredrik Wallius entró sonriente dando grandes zancadas y con un bronceado muy favorecedor. Después de ajustarse varias veces la chaqueta azul marino, se aclaró la garganta.

—Estimados compañeros. Como director general de Wallius, quería daros una cordial bienvenida a una subasta interesantísima. Vais a recibir un catálogo en papel, pero espero que os haya dado tiempo a echarle un vistazo a buena parte de la copia que hay en la web. Contamos con que sea la exquisita colección de estuches la que más atención atraiga. Nuestra *pièce de résistance* es, por supuesto, *La manzana del conocimiento*, que, por motivos de seguridad, permanecerá bajo llave hasta que abramos. Pero podéis pasearos para tocar y apreciar todo lo demás antes de que empiece la velada vip y podamos brindar con champán. Suerte.

Cuando el personal de Wallius se dispersó para contemplar la exposición, Charlotte se les acercó.

—Bueno, ha salido estupendamente, ¿no? ¿Estáis listos para los vips?

—*Of course*. Voy preparado con pinzas para la nariz, desinfectante de manos, regaliz y bolsas por si alguien vomita —dijo Claes, y se giró con elegancia para dirigirse con Kurt hacia los objetos expuestos.

—Eso no iba para ti, evidentemente —le dijo Charlotte a Majja cuando se quedaron solas—. Te esperan unos días de muchísimo trabajo respondiendo preguntas y redactando informes. Hoy tienes la noche libre.

Majja asintió agradecida por poder librarse del gentío y los besos en la mejilla, pero se estremeció al oír la palabra «libre».

Charlotte la miró y le puso la mano en el brazo.

—Puedes estar orgullosa, Majja —le mostró el catálogo—. Poca gente sería capaz de presentar un trabajo así en tan poco tiempo.

Majja no estaba de acuerdo. La subasta le había ayudado a sobrellevar las circunstancias. Lo que la asustaba era quedarse sola con sus propios pensamientos.

Epílogo

Bach inundaba la cueva. Al otro lado de la ventana había oscurecido, dentro de poco, la única luz de la sala provendría de las farolas y de la pantalla del ordenador, pero Majja no tenía fuerzas para levantarse a encender las lámparas de las librerías.

Fue leyendo las noticias sobre la subasta. La mayoría eran artículos breves, y muchos tenían fotografías de *La manzana* y de la sala de subastas. Algunos llevaban titulares llamativos como: «Lluvia de oro en Wallius», o: «La manzana de Wallius le da un mordisco al mercado del arte».

Empezó a leer un periódico local con un artículo algo más enjundioso:

> En la residencia de Vingadal, a las afueras de Östhammar, han estado hoy de celebración con champán y tarta princesa. La viuda Lilly Hammar ha donado a la institución la totalidad de los beneficios obtenidos en la subasta que tuvo lugar anoche en Wallius, de modo que ya pueden respirar aliviados después de tanto tiempo viviendo con la amenaza de cierre. En la residencia están deseando ver la pajarera, la *volière*, que van a construir allí muy pronto.
>
> La cuantía de la donación ha sido elevada. Muchos amantes del arte acudieron a Wallius para adquirir obras de la Sten Hammar Collection. Lo que más interés despertó fue la exclusiva colección de estuches. Cuando la atracción de la subasta, *La manzana del conocimiento* de Fabergé, se subastó por 4,2 millones de coronas, un murmullo recorrió la sala. En todo caso, después de la interminable puja, el nombre del comprador sigue siendo desconocido.
>
> El naviero y magnate de los negocios Sten Hammar era un apasionado coleccionista de obras de arte. Según la intendente, Majja Skog, responsable de la subasta, lo que movía a Sten Hammar no era la inversión, sino la pasión, siempre fiel a su lema: «El conocimiento reside en el tacto».

Esto último lo leyó mientras acariciaba con la yema de los dedos la superficie metálica del estuche, sus curvas, el pistilo deshilachado, la hendidura en el agujero de gusano; rozaba el tallo y volvía a

empezar. El oro absorbía rápido el calor de la mano, y casi parecía que estuviera vivo. Como si el conocimiento, igual que un reactor nuclear, palpitara en su interior.

Contempló la manzana. Sintió una punzada en el estómago. Le escocían los ojos. *La manzana del conocimiento*. Se había sentido sucia al aceptar los millones que le había dejado su mentor, pero con aquella compra había apoyado una buena causa y, al mismo tiempo, había conseguido una obra de arte repleta de recuerdos. Buenos recuerdos. No necesitaba nada más. Ya tenía su riqueza al alcance de la mano: los libros y los conocimientos que poseía.

Y aun así...

Se le hizo un nudo en la garganta y rompió a llorar. Por primera vez en la vida, Majja Skog se sintió sola en su cueva, a pesar de que la había montado precisamente para poder disfrutar de la soledad. Allí podía estar tranquila con los libros y vivir en los mundos que le ofrecían sin que nadie la molestara. Vivir su vida, y no la de otro. Y allí era, en efecto, adonde había querido volver durante aquella dolorosa visita al pasado.

Sin embargo, ahora la incomodaba la soledad.

Sintió la pesadez de los brazos sobre el escritorio cuando se dio cuenta de que era por Peter. Lo echaba de menos. Pues claro. A lo largo de todos los años que había pasado en la cueva, nunca tuvo contacto con él y siempre hizo lo posible por no recordarlo siquiera. Pero su hermano y la granja siguieron existiendo en alguna parte de su conciencia. Lo quisiera o no, Majja había tenido una familia.

Al principio creyó que lo que oía eran sus lágrimas. Las gotas empezaron a sonar contra el cristal como un repiqueteo que dio paso a un golpeteo incesante y, finalmente, se transformó en una lluvia torrencial.

Se acercó a su única ventana, encajada entre dos librerías, y la abrió por completo. Se oían gritos de asombro en las aceras, algunos asustados, otros alegres. Cuando miró hacia la calle Hantverkargatan, vislumbró a gente que saltaba entre los charcos mientras se tapaba la cabeza con un periódico. Una mujer salió despacio de un restaurante, se plantó en la calle con los brazos abiertos y levantó la cara al cielo. Debía de ser agradable.

Majja sacó un brazo, dejó que la lluvia le mojara la mano y luego se la pasó por el rostro. Se aclaró las lágrimas con el agua de lluvia.

Pensó en la naturaleza y en la tierra sedienta. Todavía faltaba para que pudiera beber, durante un tiempo, el agua no haría más que correr por la superficie. Pero, poco a poco, cuando se aclarara el polvo y desaparecieran las grietas, el suelo se empaparía cada vez más rápido de aquel oro líquido.

Y, cuando la superficie estuviera saturada de lluvia y empezara a reparar sus heridas, quizá podría volver a crecer algo nuevo y sano.

Agradecimientos

A Karin Linge Nordh, mi editora, y a Agnes Cavallin, mi redactora, a Rebecka Leffler, directora editorial, y al resto de las personas maravillosas que integran Bazar Förlag, gracias por vuestra profesionalidad, vuestro entusiasmo y vuestra extraordinaria sensibilidad para el lenguaje. Trabajar con vosotras es un privilegio.

A mi agente, Erik Larsson, de Albatros Agency, gracias por tu eterno compromiso, tu sexto sentido y tu vista para los detalles. Gracias a ti, mis miras se han ampliado más aún.

Henrik Åberg, gracias por tu valiosa lectura, por tu experiencia y por ser una fuente constante de inspiración. Compartir contigo el amor por las artes es lo mejor que me podía pasar.

Gracias a Lisa y Henrik Ringmar, y a Louise Martinsson por vuestro apoyo literario y vuestra inestimable amistad.

Al fiscal del distrito Henrik Olin y al comisario Patrick Widell, gracias por haber compartido conmigo con tanta generosidad vuestros conocimientos y experiencia acerca del trabajo policial.

Gracias, Niklas Natt och Dag, por tu apoyo profesional, tus buenos consejos y sugerencias.

A Bukowskis y a Stockholms Auktionsverk, gracias por todo lo que he podido aprender con vosotros, y por seguir siendo mis templos de inspiración y de placer estético.

Gracias a la Galería SENDA, de Barcelona, por brindarme el primer trabajo que desempeñé en el mundo del arte: así fue como empecé.

Gracias a Skajs Antikhandel y a Christine Ohlander, y a Li Pamp, de Stockholms Auktionsverk, por vuestra maravillosa colaboración en *La discípula*.

Y, ante todo, gracias a mi familia por todo lo que me dais a

diario.

La discípula
Hélène Gullberg

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Adepten*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Jordi Diaz Alamà

© Hélène Gullberg, 2023
Publicado de acuerdo con Albatros Agency, Suecia

© de la traducción, Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-322-4859-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39

40
41
42
43
44
45
46
Epílogo
Agradecimientos
Créditos